



Lemir 21 (2017) - Textos: 251-448

ISSN: 1579-735X

GIANFRANCESCO STRAPAROLA
FRANCISCO TRUCHADO (Trad.)

HONESTO Y AGRADABLE
ENTRETENIMIENTO DE
DAMAS Y GALANES



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

EL texto que presento corresponde a la traducción que Francisco Truchado hizo de la primera parte (las seis primeras *Noches*) de *Le piacevoli notti*, de Gianfrancesco Straparola, cuyas dos partes se publicaron en Italia en 1550 y 1553 respectivamente. El raro ejemplar compulsado (accesible *on line*) pertenece a la Biblioteca Nacional de Austria (Sign. 38.W.32) y corresponde a la edición de Zaragoza-1578, estampada por Juan Soler para el librero local Pedro Ibarra. No se conoce otra española más antigua, pero bien pudo haberla, pues Truchado, «vecino de Baeza», disponía de autorización desde 1574 y en Baeza funcionaba la imprenta de J. B. Montoya, que estampó en 1575 el famoso *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan.

El ejemplar consta de 27 pliegos (A... Z; Aa... Dd). Carece de 4 folios (73, 74, 75 y '188'); el fol. 9 está rasgado en la parte superior; el anverso del fol. '155' tiene un retal blanco pegado en un lateral, y del último cuaderno (Dd) sólo se conserva el primer fol. ('205'). El fol. 107 está numerado '167' y la foliación se trabuca a partir del fol. 147, numerado '143'. Para resolver las carencias textuales he recurrido a la edición de Pamplona-1612 (Parte I), y para ayudarme en los pasajes de dudosa interpretación (que no son pocos) he recurrido a una edición italiana de 1556 (Partes I y II).

Francisco Truchado disponía del texto completo de *Le piacevoli notti*, pero no respetó el orden primitivo de las fábulas. En concreto, a las contenidas en su *Primera parte* aplicó el siguiente:

Noche	Fábulas	V. Italiana
I	1...5	Id.
II	1...5	Id.
III	1...4	Id.
	5	VI-5
IV	1...2	Id.
	3	XIII-2
	4...5	Id.
V	1	Id.
	2	X-5
	3	XIII-3
	4	XIII-4
	5	XIII-1
VI	1	VIII-5
	2	—

Aparte de esto, Truchado se separó en muchos lugares del texto original: unas veces por pudor, atendiendo a «la diferencia que hay entre la libertad italiana y la nuestra»; otras, por puro capricho, y otras (las menos) por error de interpretación. Pero en ningún momento he pretendido en esta modesta edición hacer anatomía de las incontables desviaciones, de modo que sólo he consultado la versión italiana en aquellos pasajes en que la confusión resulta manifiesta. En algunos de esos casos he enmendado el texto, y en otros me he limitado a dejar nota.

LE PIACEVOLI

NOTTI DI M. GIOVANFRANCESCO STRAPAROLA da Carauaggio.

NELLEQUALI SI CONTENGONO le fauole con i loro inimmi da dieci donne, et duo giovani raccontate, cosa diletteuole, ne piu data in luce.

LIBRO PRIMO.
CON PRIVILEGIO.



APPRESSO ORFEO DALLA CARTA TIEN PER INSEGNA S. ALVISE. M. D. LVI

LEPIACEVOLI

NOTTI DI M. GIOVANFRANCESCO STRAPAROLA DA CARAVAGGIO.

NELLEQUALI SI CONTENGONO le fauole con e lor inimmi da dieci donne raccontate, cosa diletteuole, ne piu data in luce.

Libro secondo.

CON PRIVILEGIO.



Appresso Orpheo dalla carta a san Bortolamio. M. D. LVI.

PRIMERA
PARTE DEL HONESTO Y AGRADABLE ENTRETENIMIENTO DE DAMAS, Y GALANES.

COMPVESTO TORIOAN FRANCISCO CARUACHO, CAUALLERO NAPOLITANO. Y traduzido de lengua Toscana en la nuestra Vulgar, por Francisco Truchado vezino de Baesa.



CON LICENCIA.

En Pamplona, en casa Nicolas de Añayn, impresor del Reyno de Nauarra, y a su costa. Año 1612.

SEGUNDA
PARTE DEL HONESTO Y AGRADABLE ENTRETENIMIENTO DE DAMAS, Y GALANES.

COMPVESTO TORIOAN FRANCISCO CARUACHO, CAUALLERO NAPOLITANO. Y traduzido de lengua Toscana en la nuestra Vulgar, por Francisco Truchado vezino de Baesa.



CON LICENCIA.

En Pamplona, en casa Nicolas de Añayn Impresor del Reyno de Nauarra, y a su costa. Año 1612.

Por otro lado (y quizá sea lo peor), la traducción de Truchado plantea infinitos problemas de sintaxis, con el subsiguiente dilema para el Editor. Es tentador arremeter al texto el cuchillo entre los dientes, a «¡Santiago y cierra España!», para darle la coherencia y fluidez que a todas luces necesita y que el lector moderno agradecería, pero yo he optado por enmendar sólo aquello que me ha parecido podría achacarse al cajista de la imprenta y sólo en contados casos me he permitido reordenar el pasaje. Espero haberme contenido en lo más y excedido en lo menos; pero, sea como fuere, dejo nota de toda intervención practicada.

E. S. F.

Barcelona, junio 2017

ÍNDICE

PRIMERA NOCHE

Salardo, hijo de Reinaldo Escalia, se partió de Génova para el Monferrar, donde esperimentó tres mandamientos que su padre le había dejado en su testamento, y condenado a muerte viene libre a su propia tierra.

Casandrino, famosísimo ladrón, le hurta la cama y el caballo con linda astucia al Corregidor de Peruxia su amigo, y enmendándose deste vicio se hace hombre de bien.

Escarpafico una sola vez engañado de tres ladrones, él los engañó tres veces por muy lindo e ingenioso arte.

Tebaldo, príncipe de Salerno, quiere a Doralice, hija suya, por mujer, y perseguida del padre se va a Ingalaterra, y Ginés, rey de la provincia, se casa con ella y en ella hubo tres hijos, los cuales fueron muertos y degollados por Tebaldo su abuelo, y el rey de Ingalaterra vengó la muerte de sus hijos.

Dimitrio, hombre de grande hacienda halló a su mujer Policena con un cierto ciudadano y se la entrega a sus hermanos, de los cuales fue muerta, e Dimitrio se casa con su criada.

SEGUNDA NOCHE

Galeote, rey de Inglaterra, tuvo un hijo que del vientre de su madre nació en forma de puerco; y casado tres veces, por cierta aventura se quita el hediondo pellejo y queda en la humana forma un mancebo gentil, hermoso y bien dispuesto. El cual coronado y elegido por rey, se nombraba «el Rey Puerco».

Filenio, estudiante, viene a Bolonia; fue engañado de tres hermosas damas, y con una fingida fiesta, de cada una dellas se vengó.

Carlo de Arminio ama a Teodosia, y ella no le quiere a él porque había prometido su virginidad a Dios; y procurándola un día abrazar, permitió Nuestro Señor que abrazase muchas sartenes y calderas, tanto, que con la tizne se paró muy negro, y no siendo conocido de sus criados, ellos propios le molieron a palos.

El Demonio sintiendo que por la mayor parte los maridos se quejan de sus mujeres, se casó con Silvia Valvastro y eligió por padrino suyo a Malgesí; e no pudiendo el Demonio hacer vida con su mujer, la dejó y se entró en el cuerpo del duque Melfo, y Malgesí su padrino, por cierto conoscimiento, le sacó del cuerpo del Duque.

Simplicio Guzmán, caballero, se enamoró de Giralda, mujer de Giraldo Greñudo, villano, el cual con astucia estraña le coge con su mujer, y molido a palos le envía a su casa.

TERCERA NOCHE

Pedro, inocente, por virtud de un atún que él había pescado y librado de la muerte se casó con Luciana, hija de Luciano, rey de Capraya, la cual se empenó por cierto encantamiento.

Dalfieno, rey de Túnez, tuvo dos hijos, el uno llamado Lístico y el otro Sultán, que por otro nombre secretamente le llamaban «el Porquero». El cual se casó por cierta aventura con Belisandra hija de Atarante, rey de Damasco.

Blancabella, hija del marqués de Mantua, por mandado de una madrina de don Fernando, rey de Nápoles, fue mandada matar, y los criados le sacaron los ojos y le cortaron las tetas, y por una culebra fue reducida en su natural forma y con Fernando su marido volvió a hacer vida conyugal.

Fortunato, por una injuria rescibida, se ausenta de sus padres y va peregrinando por el mundo, y por su buena suerte entra en un bosque donde halló tres animales, de los cuales por su buena sentencia fue galardonado. Después llega a Polonia, donde entró en una justa, y en precio della le dieron en casamiento una hija del Rey llamada Doralice.

Mamolín conjura unos estudiantes que en una huerta suya estaban comiendo higos.

CUARTA NOCHE

Ricardo, rey de Tebas, tuvo cuatro hijas. La una dellas se va peregrinando por el mundo mudado el nombre de Costanza en Constante; la cual fue a parar a la corte de Caco, rey de la Bitinia, y se casó con ella por su virtuoso celo.

Glauco, caballero de Atenas rescibió por adoptiva esposa a Filenia Centuriona, y por el grande celo que della tenía la acusó por adúltera ante el juez, y por intercesión y astucia de Hipólito su amigo fue libre, y Glauco su marido condenado a muerte.

Un soldado compró cierta cantidad de gallinas a un villano de Sayago, y en lugar de pagárselas, le engaña a él y a un fraile que estaba confesando a un labrador.

Merino, hijo del rey de Arcadia, se enamoró de Genobia, mujer de Reimundo, médico, y llevándosela Merino a su tierra, Reimundo murió de dolor.

Flaminio se partió de Ostia buscando la muerte y encontró con la vida, la cual le hizo ver el miedo y probar la muerte.

QUINTA NOCHE

Sireno, hijo de Filipo, rey de Sicilia, libró a un salvaje de la prisión en que su padre le tenía; y la madre, por miedo del Rey, envía su hijo por el mundo, y el salvaje le libra de muchos peligros.

Zíngar, homicida y ladrón, fue preso y puesto al tormento. El cual no confesó, y viendo a su inocente hijo padecer en el tormento confesó, y el juez le concedió la vida con perpetuo destierro. Después Zíngar se hizo ermitaño, por donde salvó su ánima y fue ejemplo de muchos que su mal vicio seguían.

De la envidia que entre las naciones reina, como dos criados de dos soldados, el uno tudesco y el otro español, que comían juntos, lo muestran.

Plutón, villano, procurando matar una mosca mató a su amo, y del homicidio se libra con una simple gracia.

Maestro Gaspar, médico, con su extremada virtud sana los locos.

SEXTA NOCHE

Maestro Lactancio, sastre, muestra a Dionisio su criado el oficio, y aprendiendo dél muy poco, de otro que secretamente usaba sale maestro, por el cual merece casarse con una hija del rey de Sicilia.

Fábula segunda.

HONESTO

y agradable entretenimiento de damas y galanes.

Compuesto por el señor Ioan Francisco Caruacho cauallero Napolitano. Y traduzido de lengua Toscana en la nuestra vulgar, por Francisco Truchado vezino de Baeça.



EN ÇARAGOÇA,

¶ Impresso con licẽcia en casa de Ioan Soler impressor de libros enfrente de S. Francisco, Año. 1578.

Venden se en casa de Pedro Ibarra
Librero, a la Cuchilleria.

LICENCIA

EL doctor Pedro Cerbuna, Prior y Canónigo de la Sancta Iglesia Metropolitana de Zaragoza, en lo spiritual y temporal Vicario general por los ilustres señores Prior, Canónigos y Cabildo de la dicha Iglesia, sede vacante por muerte del excelentísimo señor don Hernando de Aragón, último arzobispo, con tenor de las presentes damos licencia, conforme al Sancto Concilio de Trento, que se pueda imprimir en esta ciudad y arzobispado de Zaragoza este libro intitulado *Entretenimiento de damas*, por ser obra que no toca a nuestra religión cristiana. Dada en Zaragoza, a 25 de junio de 1578.

El doctor Pedro Cerbuna,
Prior y Vicario general

Sebastián Moles,
Notario

DON FELIPE,

por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón,
de las dos Sicilias, de Hierusalén, de Navarra, de Granada,
de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca,¹ de Sevilla,
de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén,
Conde de Flandes y de Tirol, etc.

POR cuanto por parte de vos Francisco Truchado, vecino de la ciudad de Baeza, nos fue fecha relación diciendo que vos habíades traducido un libro de lengua toscana en lengua castellana, intitulado *Honesto y agradable entretenimiento*, y era de alguna moralidad, suplicándonos vos mandásemos dar licencia y facultad para le poder hacer imprimir y vender en estos nuestros Reinos, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la pregmática por Nos agora nuevamente sobre ello fecha se dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, e Nos tuvimoslo por bien. Por lo cual damos licencia y facultad para que cualquier impresor destos nuestros Reinos, por esta vez, puedan imprimir el dicho libro, que de suso se hace mención, sin que por ello caiga ni incurra en pena alguna. Y mandamos que la tal impresión se haga por el dicho libro original, que va rubricado cada plana y firmado al fin dél de Alonso de Vallejo nuestro escribano de Cámara y uno de los que en el nuestro Consejo residen, y después de impreso no se pueda vender ni venda sin que primero se traiga al nuestro Consejo juntamente con el original para que se vea si la dicha impresión está conforme a él y se tase en lo que cada volumen se hubiere de vender, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros Reinos; y no fagades ende al,² so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para nuestra Cámara. Dada en Madrid, a treinta días del mes de setiembre de mil y quinientos y setenta y cuatro años.

Va enmendado «libro», vala, y «sobre raído» leen «sobre ello», vala.³

D. Eps. Segoviens. El Licenciado Fuenmayor. El Licenciado Joan Tomás. El Licenciado Contreras. El Doctor Francisco de Avedillo. El Licenciado Covarrubias. Licenciado Hernando Dávalos de Sotomayor.

Yo Alonso de Vallejo, Secretario de Cámara de Su Majestad, la fice escribir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo.

1.- Orig.: 'Mallorca'

2.- Otra cosa, nada distinto. Nótese que este doc. autoriza imprimir el libro sólo 'por esta vez': los derechos de autor quedaron protegidos durante 10 años por el Privilegio (doc. sgte.).

3.- Valga, es válido. El impresor reproduce innecesariamente la anotación escribanil que refrenda enmiendas introducidas en el doc. manuscrito original.

EL REY

POR cuanto por parte de vos Francisco Truchado, vecino de la ciudad de Baeza, nos fue fecha relación diciendo que vos habíades traducido un libro de lengua toscana en la nuestra vulgar, intitulado *Honesto y agradable entretenimiento*, el cual era de alguna moralidad, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir y privilegio por diez años, o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la pregmática por Nos agora nuevamente sobre ello fecha dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, e Nos tuvimoslo por bien. Y por la presente vos damos licencia y facultad para que vos o la persona que para ello vuestro poder oviere, y no otra persona alguna, podáis hacer imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mención, en estos nuestros Reinos por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes que corren y se cuentan desde el día de la fecha desta nuestra cédula, so pena que cualquiera persona que sin tener para ello vuestro poder le imprimiere o hiciere vender pierda toda la impresión que hiciere e vendiere, con los moldes e aparejos della, y más incurran en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hicieren, la mitad de la cual dicha pena sea para nuestra Cámara e Fisco, y la otra mitad para vos el dicho Francisco Truchado. Y todas las veces que se oviere de imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años se traya al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricada cada plana y firmada al fin dél de Alonso de Vallejo, nuestro escribano de Cámara y uno de los que en el nuestro Consejo residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original y se os dé licencia para lo poder vender y se tase el precio a que le oviéredes de vender cada volumen, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros Reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y otras cualesquier justicias destos nuestros Reinos que guarden y cumplan y ejecuten, y hagan guardar, cumplir y ejecutar esta nuestra cédula y todo lo en ella contenido. Fecha en Madrid, a tres días del mes de noviembre de mil y quinientos setenta y cuatro años.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad,
Antonio de Eraso

A LA ILUSTRE SEÑORA
DOÑA ISABEL ANA DE CARVAJAL,
mujer del ilustre señor don Cristóbal de Carvajal,
gentilhombre de la boca⁴ de Su Majestad
y veinticuatro⁵ de Baeza,

Francisco Truchado, su servidor, S. P. D.⁶

COSTUMBRE era muy celebrada entre los sabios egipcios, ilustre señora, dedicar sus obras y escrituras a Mercurio, como a dios y señor de las cosas de ingenio delicadísimo compuestas, por que los murmuradores (a cuyo gusto no hay cosa dulce ni sabrosa) no tuviesen lugar ni osasen soltar la rienda del abominable vicio de la murmuración y por que todos en general las tuviesen en aquella veneración que convenía. Y ahora, los que con suave y amoroso estilo han escrito y escriben, casi imitando a los de Egipto, dirigen sus trabajos a los más poderosos príncipes y señores, de cuya virtud y méritos valor y autoridad resulta,⁷ porque de tan felice dedicación nascen premios muy honrosos (dignos, por cierto, no de silencio). De los cuales es el uno, que con su dedicación dan muestra a quien los dirigen de la afición y deseo que a su servicio tienen; el otro, que desta manera seguros, a velas tendidas navegan por el tempestuoso golfo⁸ de la detraición, enderezando el curso de su navegación a puerto tan seguro que las inconstantes y satíricas olas no osan llegar temiendo contradicción y resistencia; tercero, y más principal entre otros muchos, es que debajo de tales nombres y amparos eternizan sus obras con gloriosa fama e inmortal memoria. Ansimesmo, ilustre señora, aunque yo escritor no sea, quiero imitar tan célebre y antigua costumbre, por el deseo que de gozar de tan honrosos premios tengo y por la necesidad que esta mi traducción de tan importantísimo favor tenía.

Esto es, señora ilustre, lo que mi *Honestísimo colegio*,⁹ a V. M. dedicado, va buscando, aunque los mordaces comentarios y satíricas sentencias digan que hago servicio a V. M. con obras olvidadas y sacadas de rincones ajenos. Yo holgara que mi humilde ingenio echara la raya más alta por que los que están a la memoria no hiciesen el oficio de las viles y venenosas arañas, que con sólo su tacto convierten la dulce y sabrosa miel en amarga y mortal ponzoña; mas procurando tan felicísimo remedio como es el amparo de V. M. segura-

4.- Originalmente, el caballero que atendía a la mesa del rey. Posteriormente se limitaron a acompañarle en sus salidas públicas a caballo.

5.- En ciudades importantes de Andalucía se nombraban 24 regidores municipales.

6.- *Salutem plurimam dicit*: le desea salud.

7.- Entiéndase: la obra gana 'valor y autoridad' según la 'virtud y méritos' del personaje a quien se dedica.

8.- Mar profundo.

9.- Junta, reunión.

mente hago lo que soy obligado, como el buen padre que con la solicitud posible busca y procura estado tan honroso para su hijo, que el uno por el otro merezcan ser respectados; porque, como los filósofos dicen, los libros son hijos del buen juicio que los compone, y así queda el tal compositor, como padre, obligado a la disposición de tal empresa si quiere gozar de tan dichoso título e inmortal memoria. Esta es la verdadera disculpa de mi osado atrevimiento, suplicando a V. M. no desdeñe favorecer y recibir debajo de su amparo este pequeño servicio con la voluntad que le ofresco, pues favoreciéndole engrandesce sus propias cosas. Vale.

AL DISCRETO Y PRUDENTE LECTOR

NO os maravilléis, amigo Lector, si acaso hubiéredes leído otra vez en lengua toscana este *Agradable entretenimiento* y ahora le halláredes en algunas partes (no del sentido) diferente. Lo cual hice por la necesidad que en tales ocasiones se debe usar, pues bien sabéis la diferencia que hay entre la libertad italiana y la nuestra, lo cual entiendo será instrumento para que de mí se diga que por enmendar faltas ajenas saco en público las mías. Por tanto, prudentísimo Lector, suplícoos las corrigáis y amigablemente enmendéis,¹⁰ porque mi voluntad y deseo fue acertar con la verdadera sentencia y que vos escardando estas peregrinas¹¹ plantas cogiédeses dellas sus morales y virtuosas flores.

Atrevime también a hermohear este honesto entretenimiento con estos últimos y ajenos versos, de divino juicio compuestos, y usar de diferente sentido, no menos gustoso y apacible que el suyo propio, porque así convino al atrevimiento, como en la *Segunda parte* deste *Honesto entretenimiento* veréis.¹² Vale.

10.– Orig.: 'enmendays' (6v).

11.– Singulares.

12.– Se publicaría en Baeza-1581.

SONETO DE JUAN DONCEL

SI la romana fue de sí homicida¹³
por él, y al Rey por ella el daño vino,
por vos, Lucrecia, vuestro autor divino,
y vos por él, tendréis eterna vida.
En vos se medirá la sin medida
alteza del ingenio peregrino,
clarísimo en el mundo y solo digno
de empresa, cual sois vos, esclarecida.
Disfrazada, encogida y descompuesta
acá os vimos estar en lengua estraña,
y apenas ya os conocen de compuesta.
¿Sabéis, Lucrecia, lo que agora resta?
Daros a conocer a toda España,
y que España y el mundo os haga fiesta.

SONETO DE GIL DE CABRERA

LA honra es galardón de la virtud
y premio del que hizo hecho honroso;
por ésta se desvela el estudioso,
y el fuerte tiene en poco la salud.
Quien gasta bien la verde juventud
siguiendo al fiero Marte belicoso
o siendo de las letras amoroso,
premios de honor tendrá en la senectud.
Testigo es de vuestro claro ingenio
el *Colegio de damas* tan limado
que de toscana lengua tradujistes,
donde os favoreció un divino genio,
tanto como en el ser fuerte soldado
cuando aquel arte bélico seguistes.

13.– Lucrecia, esposa de Lucio Tarquinio Colatino, se apuñaló tras ser violada por Sexto Tarquinio, primo de su esposo. Sexto era hijo del rey Tarquinio el Soberbio, destronado a raíz de la revuelta consiguiente. Roma pasó a ser una república.

PARTE PRIMERA

DEL HONESTO Y AGRADABLE ENTRETENIMIENTO DE DAMAS Y GALANES

Compuesto por el señor Joan Francisco Carvacho,¹⁴ caballero napolitano, y traducido de lengua toscana en la nuestra vulgar por Francisco Truchado, vecino de Baeza.

ARGUMENTO

EN Milán, antigua y no menos principal ciudad de Lombardía, abundante y en extremo perfeccionada de hermosas damas, compuesta de admirables edificios y palacios muy soberbios y copiosa de todas aquellas cosas que a una gloriosa ciudad convienen, habitaba un caballero famosísimo llamado Octavio María Esforza, arzobispo de la dicha ciudad, al cual por recta línea y natural derecho convenía y tocaba el Estado de Milán muerto Francisco Esforza, duque del Estado. Mas por la revolución de los estraños tiempos, crueles odios, y sanguinolentas batallas que en el dicho Estado se ofrescían se partió de Milán con una hija suya llamada doña Lucrecia, mujer de don Francisco Gonzaga, primo de don Federico, duque de Mantua.¹⁵

Escondidamente se fue, entreteniéndose en algunos lugares secretos, y como sus parientes entendiesen la partida procuraron seguirle con todo el perjuicio posible. Mas el desdichado Octavio María considerando la persecución que sus parientes le acontinuan y el mal corazón que contra él tenían y contra su hija (que ya estaba viuda) concertaron de tomar aquellas pocas joyas y dineros con que al presente se hallaban y partirse para Venecia, adonde hallaron a don Beltrán Ferrer, caballero de ilustre y excelente sangre, de naturaleza benigno, amoroso y gentil, del cual fueron muy bien rescebidos y con estremados regalos y amorosas palabras en su propria casa hospedados.

Como Octavio María y su amada hija considerasen que la demasiada y larga tardanza en casa ajena muchas veces causa disgusto, procuraron no fastidiar al dicho caballero, de quien tanto regalo recibían, y así, buscaron otra posada donde tuviesen su proprio recogimiento, y

14.– Gianfrancesco Straparola da Caravaggio (pobl. de Lombardía).

15.– En la versión italiana: 'Marchese di Mantova' Mantua fue elevado a ducado en 1530. Federico II Gonzaga fue el último marqués y el primer duque.

agradesciéndole el regalo se despidieron y concertaron embarcarse en una pequeña y ligera fragata. Dando las velas al dichoso viento, enderezaron su desenfrenada proa hacia Morano, lugar marítimo, donde alquilaron una casa de estraña y maravillosa belleza.

Mirando su artificioso y delicado fundamento, lindo sitio, altas torres y deleitosos jardines llenos de varias y diferentes flores y abundante de todas fructas, verdes yerbas y olorosas rosas, en extremo notaron bien su belleza, con la cual recibieron tanto contento que sería prolijo escribirlo; y subiendo por un muy delicado y artificioso caracol miraron las gentiles y magnificas salas, soberbios aposentos, y sobre un estanque de agua un deleitoso y agradable mirador que toda la tierra señoreaba. La querida hija contenta de tan excelentes extremos, con dulces y amorosas palabras rogó a su padre le hiciese merced de comprar aquella casa.

Procurando, pues, el padre contentar a su amada hija, compró la dicha casa, de lo cual la ilustre dama recibió grandísimo contento, tanto, que el día y la noche gastaba en pasear por el mirador que sobre la clara agua salía, donde veía los escamosos peces que en la salada agua del mar saltaban. Mirábalos también nadar por aquí, por allí, agua arriba y agua abajo, de que no pequeño gusto recibía.

Y como esta hermosa dama en otro tiempo había sido servida de honestas y hermosas doncellas, viéndose al presente carecer de este regalo procuró en aquella gloriosa ciudad diez damas no menos hermosas que graciosas, la virtud de las cuales sería muy largo contar. Y dellas fue la primera Ludovica. Ésta tenía los más delicados y hermosos ojos que jamás se vieron, y resplandecientes como lucientes estrellas, de tal manera que a todos los que la miraban les causaba no pequeña admiración. La otra fue Vicencia, de costumbres admirables, en hermosura estraña, que su delicada vista daba grandísimo refrigerio al que la veía. La tercera fue Leonor, a la cual su natural belleza y hermosura convenía, pues era tan graciosa y cortés cuanto en otra dama se podía hallar. La cuarta fue Alteria, de tan hermosos cabellos, que naturalmente parecían ser rayos del Sol, la cual con la fe que las demás suelen servía a su señora. La quinta fue Laura, de gentil presencia, pero un poco desdeñosa y zahareña,¹⁶ la cual con su hermoso mirar encadenaba a aquel que de veras la miraba. La sexta fue Eritrea: aunque pequeña, ninguna la excedía en hermosura, porque tenía los ojos resplandecientes más que dos luceros en la obscura noche; la boca, pequeña; el pecho, blanco, un poquito alzado, tanto, que no se hallaba en ella cosa que no fuese extremo. La séptima fue Cateruza Bruna, la cual, después de su extremada belleza, era amorosa en sus palabras. La octava fue Ariana, dama, aunque en edad pequeña, de presencia venerable, un mirar grave, de estremada elocuencia y divinas virtudes adornada. La novena fue Isabela, de raro ingenio, la cual con sus oscuros argumentos y vivas proposiciones a todos los circunstantes admirablemente rendía. La última fue Flordiana, prudentísima y de otros extremos esmaltada, y en hermosura no menos que las demás.

Todas juntas y cada una por sí servían a la generosa Lucrecia, señora dellas, la cual juntamente eligió otras dos damas de venerable presencia, de sangre noble y de edad no muy viejas. Éstas sentadas una a la mano derecha y otra a la siniestra, con sus sabios consejos y honesta doctrina a la hermosa Lucrecia entretenían; la una de las cuales era la señora Cla-

16.- Intratable.

ra, mujer de Hierónimo Guedizón, caballero alemán;¹⁷ la otra, la señora Verónica, mujer de Clivornio Ursino, caballero muy noble y antiguo, romano.

A esta honesta compañía concurrieron muchos gentileshombres, caballeros muy sabios, entre los cuales vino un obispo de Casal de Rodas y Evangelista Citarino, caballero natural de Bolonia, embajador del Rey de Inglaterra,¹⁸ y el sabio Pedro Bembo, caballero milanés, hombre de gran manera y delicado juicio. Éstos ocupaban los primeros lugares junto a la señora Lucrecia; después se sentaban Bernardo Capelo, grandísimo poeta, el amoroso Antonio Bembo, y el modesto Benito Tridigiano y el donoso Antonio Tuburchela, y el cerimonioso Beltrán Grimaldo Ferrer y otros muchos caballeros, los nombres de los cuales sería prolijo contar.

Todos éstos, juntamente o la mayor parte, de día y de noche se juntaban en casa de la señora Lucrecia, donde unas veces con amorosos bailes, dulces conversaciones, suaves cantos y músicas se entretenían, con lo cual la hermosa señora y sabias damas se entretenían y holgaban. Había también entre ellos delicados cuentos, agudos propósitos y algunos problemas, de los cuales la señora Lucrecia era juez y declaraba. Y porque ya se llegaban los últimos días de Carnestolendas,¹⁹ que sólo están dedicados a juegos, invenciones, bailes, danzas y otros entretenimientos de alegría (como es costumbre), la señora Lucrecia mandó a todos los caballeros que, so pena de la desgracia suya,²⁰ al honesto colegio la noche siguiente se redujesen para dar el orden²¹ que en holgarse habían de tener.

Venida, pues, la obscuridad de la siguiente noche, todos, según les fue mandado, vinieron, y por su orden, según el lugar les convenía, se sentaron, y la sabia Lucrecia dijo:

—Gentiles hombres y caballeros, con quien sólo es mi entretenimiento, y vosotras, agradables doncellas: nosotros estamos aquí juntos, según la usada y vieja costumbre, para dar a entender nuestro dulce y agradable entretenimiento y por que estas Carnestolendas y pocos días de contento que nos quedan podamos tomar algún poco de placer y discretamente holgarnos sin perjuicio alguno con aquella fe que los tales caballeros con semejantes personas suelen guardar; y así, cada uno de vosotros propondrá aquello que más gusto le dará, pero con aquella honestidad que dicha tengo.

Las damas y galanes a una respondieron que lo que convenía era que ella determinase lo que se había de proponer, pues todos la obedecían por señora y en tal caso le daban las veces. Considerando Lucrecia en esta facultad concedida, vuelto su diáfano rostro a la ilustre compañía dijo:

—Pues, señores, gustáis, y vuestro contento es que yo determine el orden que en tal caso se ha de tener, yo de mi voto querría que cada noche, hasta tanto que durasen estos días de placer, danzásemos, como es costumbre, y que cinco damas destas mías cantasen una canción a contento suyo, y cada una de las cinco damas, a quien por suerte le tocara, diga un cuento, o por mejor decir, una fábula, y al fin della una enigma, o un qués cosa y

17.— En la versión italiana: 'moglie di Girolamo Guidiccione, gentiluomo ferrarese.'

18.— En la versión italiana: 'tra' quai il Casal bolognese, vescovo e del re d'Inghilterra ambasciatore, il dotto Pietro Bembo. cavaliere del gran Maestro di Rodi, e Vangelista di Cittadini melanese.' El obispo y embajador debe ser el bolonés Giambattista Casali (1490-1536).

19.— Los días anteriores a la Cuaresma.

20.— De caer en desgracia con ella, de enojarla.

21.— Orig.: 'ordden' (11r).

cosa,²² y que entre nosotros todos lo declaremos, y acabados de declarar, cada uno se vaya a reposar a su casa. Pero si aqueste mi parecer no os da gusto, yo estoy dispuesta a seguir el vuestro, y cada uno diga su contento.

Esta proposición fue de todos bien determinada y admitida, y mandaron traer un dorado vaso en que metieron cinco boletines, en cada uno el nombre de las cinco damas, y revolviéndolos por que ninguna se quejase, metió la mano una de las damas, y el primero que de suerte salió fue el de la hermosa Laura, la cual recibió tanta vergüenza que volvió su delicado rostro como una rosa; y prosiguiendo el orden, salió segunda Alteria; la tercera, Cateruza: la cuarta, Eritrea; la quinta, Ariana.

Después desto mandó que viniesen los instrumentos de música, y sacaron una guirnalda hecha de verde laurel y a la primera dama que de ventura salió, que fue Laura, se la pusieron en la cabeza, y la señora Lucrecia le mandó que la siguiente noche diese principio a su dulce fabular. Mandó después que Antonio Bembo con los demás caballeros guiasen una danza, y obedeciendo el mandato tomó de la mano a Flordiana, de quien estaba enamorado, y los demás caballeros hicieron lo que Bembo había comenzado. Acabada la danza con pasos muy graves, con dulces razones los galanes y damas se fueron a una cuadra, que ricamente era tapizada, donde había aderezada una colación, y acabada, comenzaron entrellos a darse motes y apodos, y reírse luego todos de la señora Lucrecia y cada uno de su dama, y se partieron.

Venida la siguiente noche, todos juntos en el honestísimo colegio hicieron algunos bailes y danzas, saltarelos,²³ y la señora Lucrecia danzó con la hermosa Laura y la mandó que diese principio a su canción, fábula y enigma. Y al punto se levantó en pie y hizo su acatamiento a la señora y a los circunstantes, y puesta en un lugar un poco más alta que los demás, donde estaba una silla tachonada de plata y guarnecida de terciopelo carmesí, y acompañada de las otras cuatro damas que por suerte salieron, todas juntas, en favor de la señora Lucrecia, la siguiente canción con suaves y concertadas voces en tal manera cantaron:

VERSOS

Dama que sólo en nombre semejante
a la consorte sois de Colatino,
pues en gracia, belleza y don divino
cien mil leguas y más lleváis delante.
Delante della el Rey, su falso amante,
no contrastó al querer adulterino,
y todo vil querer, de vos indigno,
si en vos se pone, muera al mismo instante.
Celoso Amor de ver a su enemiga
la Castidad reinar en vuestro pecho,
os tiró para en vos vengarse della.

22.- Cósicosa, quisicosa, enigma.

23.- Danza vivaz de origen napolitano.

La flecha se quebró sin hacer mella.
Airado Amor, con rabia y con despecho
al arco, aljaba y flechas dio una higa.²⁴

Cuando las cinco damiselas callando mostraron su canción ser llegada a glorioso fin sonaron los instrumentos, y Laura, a quien el lugar primero de aquesta noche por suerte tocaba, sin esperar el segundo mandato dio principio a su dulce fábula diciendo así:

ARGUMENTO: Salardo, hijo de Reinaldo Escalia, se partió de Génova para el Monferrar;²⁵ donde experimentó tres mandamientos que su padre le había dejado en su testamento, y condenado a muerte viene libre a su propria tierra.

NOCHE Y FÁBULA PRIMERA

DE todas las cosas que el hombre hace o veramente piensa hacer, ora sean buenas, ora malas, es obligado en buena sazón²⁶ considerar el fin dellas. Así, habiendo de dar principio a nuestra dulce y agradable conversación, mucho más holgara si otra dama de vosotras diera principio a nuestro fabular, porque a tal empresa no me hallo suficiente de la elegancia que tan ilustre conversación requiere, porque sé cierto que carezco della por no ser ejercitada en tal arte, como han hecho estas elegantes damas. Mas pues dello sois contentos y por suerte me ha tocado ser la primera de nuestro ejercicio, suplícoos mi poca elegancia y torpe estilo no sea causa de murmuración y burla, porque no os puedo servir sino con aquella gracia que de lo Alto me fue concedida; y así, daré principio, dejando el ancho y espacioso campo a la elegante compañía para que después con más polido estilo seguramente pueda fabular.

Y de mí sabréis que por muy dichoso y bienaventurado se puede tener aquel hijo que con debida reverencia es obediente al padre, por ser mandamiento dado del eterno Dios, y guardándolo, largamente vive sobre la haz²⁷ de la tierra y en todas las cosas habrá buen fin; y, por el contrario, el desobediente goza del título más desdichado que hoy se halla y sus deseos vienen a cruel y malvado fin, como por la presente fábula que contaros entiendo²⁸ fácilmente podréis entender.

Sabréis, pues, hermosas doncellas, que en Génova, ciudad antiquísima y por ventura la más agradable que hoy se halla, no ha mucho tiempo que un caballero llamado Reinaldo Escalia, de antiguo linaje, abundante en bienes de fortuna, y de prudencia no pobre,

24.- Gesto de desprecio consistente en cerrar el puño y mostrar la yema del dedo pulgar entre el índice y anular.

25.- Monferrato (como se lee en la versión italiana y en textos contemporáneos castellanos): una región del Piamonte.

26.- Maduramente, sensatamente.

27.- Faz.

28.- El traductor lo usa por 'pretendo.'

tenía un hijo llamado Salardo. A éste amaba el padre más que a todo lo del mundo, y lo administraba y acostumbraba como debe hacer un bueno y benigno padre, ni tampoco le consentía faltar cosa que tocase a la gloria y honra del mundo.

Sucedió, pues, que Reinaldo habiendo venido a la vejez gravemente enfermo, considerando estar ya en lo último de su vida mandó llamar un escribano y ordenó su testamento, en el cual instituyó a Salardo por universal heredero. Después le mandó, como buen padre, que tomase en la memoria tres preceptos y que nunca jamás se le olvidasen. De los cuales fue el primero que por muy grande amor que tuviese a su mujer no le descubriese secreto alguno; segundo, que por ninguna cosa legitimase hijo ajeno ni le dejase heredero de sus bienes; tercero, que no se sometiese a señor que por su solo juicio gobernase su tierra. Después de encomendado esto le dio su bendición y por espacio²⁹ de un cuarto de hora espiró.

Considerándose Salardo ser mancebo rico y de alto linaje, en lugar de cumplir con el ánimo del padre y hacer lo que era obligado a conciencia, en las paternas obsequias³⁰ determinó casarse. Y así, buscó mujer hermosa y de no menor linaje que él, aunque pobre, la cual tenía nombre Teodora, hija de micer³¹ Oriscalo de Oria, caballero ginovés de los más principales de la ciudad.

Aunque esta dama era muy hermosa y bien acostumbrada, era un poco desdeñosa y desamorada.³² Ésta era muy querida de Salardo su marido, tanto, que della un punto no se apartaba. Como pasasen dos años que Teodora no se empreñase, parecióle a Salardo ir contra los mandamientos de su padre dados en lo último de su vida, y así, determinó legitimar un hijo y dejarle por natural heredero de su hacienda. Y legitimó un hijo de una pobre viuda, llamado Postumio, el cual fue tan viciosamente³³ criado, que en toda aquella tierra no había hijo de príncipe más regalado.

Pasado cierto tiempo le pareció a Salardo salirse de Génova e irse a habitar en otro lugar no menos vicioso y agradable; pero movido de un cierto apetito y extraño parecer que suelen tener los que sin superior viven, tomó grandísima cantidad de dineros y joyas, y en un coche ricamente aderezado él y su mujer, con su hijo Postumio, se partieron tomando el camino de Monferrato. En cierta ciudad del Marqués se alojó, donde tomó grandísima amistad y crédito con los caballeros de aquella tierra. Con ellos se entretenía monteando y cazando e con otros muchos placeres de que él se deleitaba. Era tanta su magnificencia, que de todos era honrado y querido.

En este ínterin llegó a las orejas del Marqués la fama y liberalidad de Salardo, y viéndole mozo, rico, sabio y generoso y para cualquier efecto prompto, fue tan amado del Marqués, que un punto no se hallaba sin él. Tanto era junto Salardo a la persona del Marqués, que para cualquier merced que se pretendía era imposible sin el favor de Salardo. Considerándose, pues, Salardo tan particular del Marqués y puesto en tanta estima, procuraba con toda diligencia contentalle y agradalle en cualquier cosa que se ofreciese, así en la caza como en otros muchos entretenimientos que a los tales príncipes convienen.

29.- Y al cabo.

30.- Exequias, periodo de luto. En la versión italiana: 'Ne passò l'anno della morte del padre, che Salardo si maritò'.

31.- Tratamiento que se aplicaba a los letrados.

32.- Poco afectiva.

33.- Regaladamente.

En este punto sucedió hallarse Salardo solo en un aposento imaginando entre sí propio el grande honor y particular amor que el Marqués le tenía y cómo estaba en ocasión de venir a mayor estado él y sus sucesores. Ni más ni menos consideraba y traía a la memoria las graciosas costumbres y buenos términos en que su hijo Postumio estaba puesto y cómo le era tan obediente. Estando Salardo en esta imaginación, decía:

—¡Válame Dios! ¡Cómo se engañaba mi padre en todo lo que me mandó en el extremo de su vida! Cierto creo que estaba loco o insensato, como suelen estar los viejos cuando caducan. Yo no sé qué frenesís le tomó al viejo loco de mandarme que no prohijase hijo ajeno ni me sometiese al mando de ningún señor que por solo su juicio gobernase su tierra. Agora entiendo que sus preceptos eran falsos y llenos de mentira, pues veo la experiencia en Postumio mi hijo adoptivo, que es mejor y más obediente, sabio, gracioso, gentil y bien acostumbrado que jamás se igualó persona ninguna con él. ¿Quién podría mejor regalarme que el Marqués, pues él solo gobierna su estado, no tiene ninguna persona que le corrija sino él, y no es menos el amor que me tiene que si yo fuera su superior? Tan de veras me maravillo, que no sé qué decirme. Verdaderamente hay algunos viejos insensatos que no acordándose de sus mocedades y locuras³⁴ en su juventud cometidas quieren dar preceptos a sus hijos con cargos de conciencia, maldiciones, y que un punto no salgan de lo mandado. Esto no lo hacen por amor, sino movidos de una simplicidad y locura para que sus hijos se vean en algún trabajo, pues veo que de tres preceptos que mi padre me encomendó, los dos han salido mentirosos y al contrario de aquello que sentía. Presto quiero hacer del tercero experiencia, porque bien sé que mi muy amada mujer me quiere y cordialmente ama más que a la lumbre de sus ojos, y no menos yo a ella. Por donde entiendo y conozco cuánta sea la simplicidad, o por mejor decir, locura de la vejez, pues en la hora de la muerte se acuerdan de dar leyes a sus hijos después dellos hartos de gozar las cosas de este mundo. Agora conozco, cuando mi padre mandaba todo esto, que carecía del natural sentido, y como viejo insensato y fuera de sí hacía y se ejercitaba en cosas de niños. ¿En quién podré yo mejor confiarme que en mi propia mujer, pues negó padres, hermanos, casa y natural por mí y sé cierto que ambos a dos somos un querer y no querer y un mismo corazón? Y así, entiendo y estoy seguro que le puedo descubrir cualquier secreto por importante que sea. A lo menos haré experiencia del amor y fee que me muestra. Aunque bien entiendo que me ama más que a sí, sólo quiero ver si están bien fundados en sus opiniones los que dicen ser irremisible pecado ir contra los mandamientos del padre; que no deben de ser menos que sueños vanos las cosas destes mentecaptos viejos que de continuo andan vacilando aquí y allí.

Dispuesto, pues, Salardo a experimentar el tercero precepto de su padre salió de su casa y se fue a la posada del Marqués y entrose en un aposento donde había muchos halcones, azores y otros pájaros con que el Marqués se recreaba, y ascondidamente Salardo hurtó el mejor y máspreciado que el Marqués tenía en su alcándara³⁵ y secretamente se fue en casa de un muy amigo suyo que por nombre había Francés, al cual le dijo:

34.— Suplo 'locuras' (15v).

35.— Percha o vara donde se posan las aves de cetrería.

—Amigo mío: suplícoos me guardéis este halcón y le regaléis como cosa vuestra, porque me importa mucho. Y ha de ser tan secreto que ninguno lo entienda hasta tanto que yo os diga a qué propósito y para qué os le doy.

Despedido Salardo, se fue a la plaza, donde compró otro halcón que allí se vendía y fuese a su posada, y matándole delante de su mujer, dijo:

—Teodora, muy amada mujer mía: yo, como tú sabes, no puedo sufrir a este Marqués ni con él puedo tener una hora de descanso, porque cazando o ejercitando las armas o en cualquiera otro ejercicio me quiere tener delante de sí, y escapo muchas veces tan cansado que no sé si estoy muerto ni vivo. Y porque yo no recibo otro mayor fastidio que la caza, hele hecho al Marqués un tiro³⁶ muy bueno, del cual entiendo recibirá no pequeño enojo y por ventura me dejará descansar algún día para que yo pueda darte algún contento y regalo.

Teodora respondió:

—Decime, señor, por mi vida, ¿qué habéis hecho?

Salardo dijo:

—Hele muerto el mejor y máspreciado halcón que tenía; y no se me da nada de ningún género de dolor que reciba, aunque muera, a trueque de estar siempre con vos. Por mi vida, señora Teodora, que luego le mandéis aderezar, que yo quiero, por mejor satisfacerme, que nos le comamos.

Oyendo la mujer estas palabras se volvió contra Salardo encareciéndole mucho el yerro cometido. Dijo:

—Yo no sé, Salardo, cómo habéis tenido corazón para cometer tal traición y grave exceso para disgustar al Marqués, que tan de veras nos ama y en todos sus secretos sois el primero y acerca de su persona tenéis el primer lugar; ¡Ay de mí, mezquina! ¿Cómo habéis tenido tan poco juicio? Si por ventura el Marqués supiese tal caso, cierto incurriades en peligro de muerte.

Salardo respondió:

—¿Cómo lo ha de saber el Marqués, pues ninguna otra persona lo sabe sino vos? Por tanto, ruégoos por el amor que entre nosotros dos está no lo descubráis a nadie, porque si se supiese tal delito sería para vos y a mi gran ruina y no menor deshonra.

A esto respondió Teodora:

—Señor mío: no dudéis que antes sufriría mil muertes que poner tal secreto en las mordaces lenguas del vulgo.

Ya estaba bien aderezado el halcón y puesta la mesa cuando se sentaron a cenar; mas Teodora no quiso cenar del halcón por ruegos ni caricias de Salardo su marido, y movido de una diabólica ira Salardo alzó la mano y dio una bofetada a Teodora en su mejilla.

Muy enojada Teodora y llorando, en alta voz dijo:

—¿Cómo, traidor, has tenido corazón para maltratarme? Yo te prometo que no has de olvidar la bofetada, que yo la vengaré de tal manera que de mí no te olvides.

Ya era llegada la hora del dormir cuando ambos a dos, aunque enojados, se acostaron. Procuraba con amorosas palabras Salardo apaciguar el enojo de Teodora, pero ella no gustaba nada destas caricias ni en toda la noche le respondió palabra.

36.— Hurto, engaño.

Venida la mañana, Teodora se levantó y sin consideración alguna se fue al Marqués, al cual puntualmente contó la historia del halcón. Y entendida del Marqués, recibió tanto enojo que en gran rato no pudo hablar palabra. Luego mandó prender a Salardo y sin réplica ninguna mandó le ahorcasen y su hacienda se hiciese tres partes: la una se le diese a su mujer, como acusadora del crimen; la otra se le diese a su hijo, y la tercera se le diese al que usase el oficio de verdugo contra Salardo.

Postumio, su muy querido hijo, habiendo oído la sentencia que el Marqués había dado contra su padre y la división de los bienes, fue a su madre y dijo:

—Señora: considerada la sentencia que contra mi padre está dada, parésceme, por que la hacienda no vaya fuera de nuestro poder para que otro la goce, será bien ser yo su verdugo, y desta manera gozaremos³⁷ del tercio de los bienes.

Teodora respondió:

—Muy bien me parece, hijo mío, lo que habéis considerado.

Y así, se fue Postumio en casa del Marqués y dijo:

—Excelentísimo señor: yo y mi madre hemos acordado, por que la hacienda de mi padre no venga a disminución, atento el bando y pregón de Vuestra Excelencia yo quiero ahorcar a mi padre y que el tercio de su hacienda se me dé como a cruel parricida y verdugo suyo.

Lo cual fue alegremente concedido del Marqués.

Había rogado Salardo a Francés su fiel amigo, a quien había dado de guardar el halcón y descubierto el secreto, que cuando la justicia y sus ministros le llevasen a ahorcar luego pareciese ante el Marqués y le suplicase que Salardo pareciese ante él antes que le diesen la muerte y le oyese dos razones, las cuales serían parte para que de aquel peligro escapase.

Ya traían al infelice Salardo a justiciar manifestando en alta voz su delicto, y andando poco a poco, imaginaba el poco juicio que había tenido y no consideraba lo que los frailes le predicaban. En esta coyuntura dio un gran grito, que espantó la gente, y dijo:

—Agora entiendo lo que mi viejo padre me mandó en su testamento ser verdadera experiencia y natural consejo de padre y que no me quería mal, antes me aconsejaba lo que me convenía. Yo, como insensato sin juicio y mozo, no le quise entender ni rescebir como obediente hijo y conociendo él la naturaleza de los príncipes, su poder absoluto, y la de dos domésticos enemigos que en una hora aman y aborrecen, suben y abajan. Yo prometo, si mi fortuna me libra y vuelvo en mi poder, de apartarme de todos y obedecer lo que mi padre me mandó como hijo verdadero. ¡Oh si Dios quisiera que yo no hubiera experimentado el secreto de mi mujer! ¡Oh Salardo, cuánto te hubiera valido obedecer a tu padre y huir de truhanes y aduladores, marqueses, cazas, palacios! Agora creo lo que me ha traído el confiarme y creer al cruel Marqués, pues ha mostrado lo que me amaba ser fingido y falso. Agora he experimentado aquel proverbio ser muy verdadero: «Los príncipes son como el vino en el frasco, que por la mañana está bueno, y a la noche destemplado. ¡Oh mísero Salardo, a qué punto has venido, en qué priesa³⁸ te ves por no obedecer al caduco viejo de tu padre! ¿Adónde está tu nobleza y honra? Todo ha venido a convertirse en nada

37.— En la versión italiana: 'et che io guadagnassi'

38.— Aprieto, mal caso.

por una mujer. ¡Oh inmenso Dios, perdóname, que soy mozo y sin consejo, criado en los vicios y regalos del mundo!

El pobre Salardo, él mismo hablaba y respondía, él se reprehendía y daba consejo. Postumio su hijo metido entre aquellos sayones³⁹ y aconsejado en lo que había de hacer, se llegó al desdichado padre y con arrogantes palabras le dijo:

—Padre mío: atento a la sentencia que el Marqués ha dado contra vos, por que vuestra hacienda no se desperdicie yo he propuesto ser vuestro verdugo. Prestá paciencia, que ello ha de ser así.

Salardo respondió:

—Por cierto, hijo mío, vos miráis bien por mi hacienda y hacéis lo que sois obligado. Agora conozco el amor que me tenéis. Esperanza tengo llevaréis el gualardón y premio de tal empresa. Hacé vuestro oficio. Por cierto yo entendí morir descontento y agora gusto mucho de morir en vuestras manos.

Luego Postumio le puso la soga al cuello y le animaba diciendo sufriese con paciencia aquella desdichada muerte. Y atándole las manos atrás decía:

—Caminá padre, que es tarde, que ya llegamos al lugar do pagaréis vuestro pecado.

Llegados, pues, con aquel tropel y alto ruido de trompetas, estandartes, roncadas voces de pregoneros, y al lado su amado hijo, subió Salardo en lo más alto de la escalera y al pueblo contó la causa que a tal caso y muerte le había traído, y desde allí hablaba unas veces con los padres, otras con los hijos, diciéndoles que fuesen obedientes a sus padres y que él moriría por no haber obedecido al suyo. Oída que fue la causa de la condenación de Salardo no hubo nadie que no tuviese lástima al desdichado mancebo.

En el ínterin que todo esto pasaba Francés su amigo fue con la brevedad posible al Marqués y dijo:

—Excelentísimo señor: suplícoos me digáis cuál es la causa que a vuestro muy amigo Salardo habéis sentenciado a tan cruel muerte. Pues sé cierto que en toda su vida os dio desgusto ni le pretendió dar, no será justo darle la muerte sin que primero seáis informado si Salardo os ha ofendido o no: suplícoos mandéis que parezca ante vos, y por sus verdaderas palabras conoceréis la inocencia suya ser grande, y mayor el deseo que de serviros tiene. Y de otra manera, sabed cierto que él muere injustamente.

Entonces volvió los ojos el Marqués, y puestos en Francés muy airados, dijo:

—¡Véteme delante, no trates más en ese negocio! Por mi cabeza te juro de mandarte ahorcar a ti también, que cierto debes ser tal como él.

Luego Francés se arrojó a los pies del Marqués, y llorando dijo:

—Benigno señor: habé misericordia deste desdichado caballero; tené piedad dél; conocé el amor que le teníades y cómo os servía tan de veras con amor no fingido. Cese vuestro enojo y ciega ira: no muera Salardo con ocasión tan injusta; que cierto, si vos me escucháis, sé mitigaréis vuestro enojo. Oíd la disculpa de Salardo: no digan por vos, señor, que sois inhumano, injusto y cruel y que hacéis morir a vuestros amigos tan sin razón.

El Marqués muy airado, respondió:

—Yo te prometo que entiendo que buscas tu muerte pretendiendo dar la vida a tu amigo.

39.— Alguaciles, ministros de justicia.

Francés respondió:

—Señor: yo soy contento de morir con Salardo si no le halláredes sin culpa e inocente desta causa.

El Marqués habiendo considerado la grandeza del amor deste Francés con Salando, dijo ser contento que por una hora entretuviesen a Salardo, y no probando Francés estar sin culpa ambos muriesen. Luego despachó el Marqués un criado para que sus ministros trujesen ante él a Salardo en la propia forma y manera que estaba.

Cuando Salardo llegó ante el Marqués y le vido estar muy enojado, los ojos en tierra, la voz baja y temerosa, casi llorando dijo:

—Señor mío: atento a los buenos servicios que os he hecho y el grande amor que os tengo no merecía ser yo condenado a tan ignominiosa muerte. Y por la causa que entiendo me hacéis morir no tengo culpa; que vuestro halcón está vivo, regalado y en aquel estado que antes era; porque cierto yo no le tomé para matalle ni para daros desgusto, sino para hacer experiencia de ciertos preceptos que mi padre me dejó en su testamento. Y para más eficazmente hacer la experiencia me descubrí a mi buen amigo Francés para que regalase el halcón y le guardase hasta tanto que viese el fin desta aventura.

Y contado del principio al fin el modo que con su amigo había tratado, el Marqués conoció las palabras de Salardo salir de lo íntimo del corazón, y visto su halcón estar muy bien tratado y regalado mejor que solía quedó casi sin sentido admirado, tanto, que el Marqués no supo qué responder y en su juicio trataba lo mal que lo había hecho en condenar a muerte tan promptamente a su amigo Salardo. Y alzando los ojos, casi de lágrimas llenos, puestos en Salardo dijo:

—¡Oh Salardo, amigo mío! Si agora pudieses ver con tus propios ojos mis entrañas conocerías la tristeza que a mi corazón aflige, y claramente juzgarías que la sogá que tu cuello tiene ligado y las angustias que con el trago de la muerte has rescebido no han sido la mitad del dolor que mi corazón ha sentido. Y pienso nunca vivir contento, pues en tal manera te he ofendido y tan injustamente pagado el amor con que me servías y la fe con que me amabas. Mas si pudiese ser que lo pasado por ti pudiese yo rescibir, cierto con alegre ánimo lo pasaría; mas siendo como es tan imposible, esforzarme he con todo mi poder y estado, pagarte la injuria rescebida y el descontento tuyo fácilmente volverlo en alegría.

Luego el Marqués con sus propias manos le desligó la sogá del cuello, y abrazándole y besándole en el carrillo le dio su lado derecho y le sentó junto a sí. Y el Marqués mandó que con aquella propia sogá diesen la mesma muerte a Postumio por su dañada intención. Salardo su padre no lo consintió, antes suplicó al Marqués que le trujesen ante él, y cuando Salardo le vido dijo así:

—Postumio, hijo mío desde su tierna niñez en mis manos hasta agora criado: no sé qué justicia haga en ti, porque se me pone delante el amor que hasta agora te he tenido y la afición con que te he criado, como pretendía darte vida descansada y honra en este mundo. Por otra parte considero tu dañada intención, pues procurabas con toda diligencia matarme siendo mi propio verdugo. Por la una, razón me manda que como padre te perdone, y por otra me obliga que cruelmente te castigue y me muestre contra ti muy cruel. ¿Qué haré? Si no te castigo, ¿qué dirá el común de mí? Y si te castigo voy contra el divino precepto. Mas por que no digan que soy muy piadoso ni muy cruel, tomare la justicia por medio, y de mí no serás corporalmente castigado ni menos del todo perdonado. Toma,

pues, hijo, esta sogá, que con ella procurabas matarme, y en recompensa de los bienes que de mí pretendías tráela contigo, acordándose siempre de mí y de tu grave error, y vete tan lejos de mí que jamás de ti oiga nueva alguna.

Y así, desdeñosamente le alanzó de sí con palabras muy feas do jamás dél oyó nueva ninguna.

Teodora, que ya había sabido la nueva de la libertad de su marido Salardo, fuese huuyendo con la cantidad de joyas que le habían quedado y entrose en un monesterio, donde la desdichada dio fin a su vida. Sentida Salardo la muerte de su mujer, pidió licencia al marqués del Monferrar y se fue a Génova, donde alegremente fue recibido de todos los caballeros con juegos, fiestas y torneos. Y así, vivió en la dicha ciudad repartiendo gran parte de sus bienes con pobres, donde dichosamente acabó su vida.

— o O o —

Ya había dado Laura fin a su fábula, con la cual había hecho llorar a las damas y a los galanes movido a tristeza; pero cuando conocieron que el caballero Salardo era restaurado de vida recibieron todos grandísimo comento, aunque las damas estrañamente⁴⁰ sintieron el infelice fin de Teodora, y movidos todos de compasión, juzgaban el estraño caso.

La señora Lucrecia, que atentamente había escuchado, medio llorando dijo:

—Por cierto, caballeros, Laura nos ha hecho llorar y reír con su piadoso cuento, del cual podemos las mujeres sacar doctrina; los hombres, ejemplo, y los hijos conocer la obediencia a sus padres.

Luego Laura suplicó oyesen su enigma, y con alegre rostro dijo así:

VERSOS

Debajo de dos cárceles cerrada
 nació. Después de mí un malvado hijo
 nació, por suerte mía desdichada,
 tan grande como es un grano de mijo,
 del cual, por hambre,⁴¹ fui despedazada
 y sin dolor alguno me deshizo.
 ¡Oh triste suerte mía muy acerba,
 pues yo⁴² quedé, de madre, para sierva!

No sin grandísimo contento fue escuchado el qués y qués tan sentido y obscuro por la dichosa Laura ingeniosamente dicho, y quién de una manera, quién de otra lo interpretaba, pero ninguno hubo que diese la perfección ni el delicado sentido. Y la hermosa Laura, sonriéndose, dijo:

—Hermoso y sabio auditorio: el qués y qués, si no me engaño, no significa otra cosa sino la haba seca; que cuando nace está debajo de dos cáscaras, y después sale della un gusanillo pequeño que nosotros llamamos «coco» o «gorgojo», a modo de un granillo de mijo,

40.— En gran medida.

41.— Orig.: 'hombre' (22r).

42.— Orig.: 'no' (22r).

el cual cruelmente la roe y consume sin que della quede provecho alguno, y la desdichada haba, de madre, queda hecha esclava.

A cada uno contentó el sentido de la sabia Laura, y todos le dieron las gracias que de tal empresa merecía, y haciendo reverencia a la señora Lucrecia y mesura⁴³ a las damas y galanes se fue a su asiento. Y Alteria, que sentada junto a Laura estaba, segundó antes que la sabia señora la mandase, y dijo:

ARGUMENTO: Casandrino, famosísimo ladrón, le hurta la cama y el caballo con linda astucia al Corregidor de Peruxia⁴⁴ su amigo, y enmendándose deste vicio se hace hombre de bien.

FÁBULA SEGUNDA

VALEROSOS caballeros y gentiles damas: la virtud es una de las estimadas preseas⁴⁵ que en el mundo un juicio humano puede alcanzar, y es cosa que el hombre con curso de tiempo puede señorear, porque se dice un proverbio: «No hay cosa imposible al hombre». Este proverbio o refrán me da materia para contaros una fábula, aunque no ridícula, será agradable y de contento, con la cual daré a entender la astucia y dolo⁴⁶ que usan los que pretenden bienes ajenos, o por mejor decir, ladrones.

En Peruxia, antigua y noble ciudad junto a Roma, celebrada de divinos estudios y abundantísima de lo necesario a la vida humana, vivía no ha mucho tiempo un mancebo astuto y muy donoso llamado Casandrino. Éste era de todos los del pueblo tan conocido, no sé si por sus estraños hurtos o delicado juicio, que⁴⁷ no solamente sonaba en Peruxia su fama y admirables astucias, mas en toda la Romania.⁴⁸

Sucedió, pues, que en Peruxia muy a menudo faltaban ganados, escaladas las casas y robadas, y siempre imaginaban en Casandrino; mas como fuese tan amigo del Corregidor ninguno osaba querellar dél, hasta tanto que, movidos con la demasiada razón, muchos vecinos de la tierra se quejaron al juez cómo les faltaban cada día sus haciendas y que nadie se atrevería a hacerlo sino Casandrino; que por amor de Dios le castigase o reprehendiese con buenas palabras. A todos los despedía el Corregidor prometiéndoles el castigo con la justa información. Apenas se apartaban los vecinos de allí cuando el Corregidor no se acordaba más dellos que si tal caso no hubiese sucedido, aunque por su conciencia no dejaba de reprehender a Casandrino el mal vicio en que vivía.

Aunque Casandrino usaba este oficio, tenía una virtud: que no usaba dél con avaricia, ni por guardar ni adquirir hacienda, antes lo ejercitaba y usaba de magnificencia y liberalidad con aquellos que le querían bien y con quien entendía él que conservaba su amistad

43.- Inclinación de cabeza.

44.- Perugia, capital de la Umbría.

45.- Alhajas.

46.- Orig.: 'dolor' (23r).

47.- Suplo 'que' (23r).

48.- Emilia-Romagna es la región al N. de la de Umbría y su capital es Bolonia. En la versión italiana: 'era quasi noto à ciascuno del popolo Perugino'.

usando del secreto que para tal vicio convenía, y aun, si posible era o necesidad se ofrecía, le acompañase a tales insultos⁴⁹ para que con seguridad lo efectuase, como era el juez, escribanos, alguaciles y porquerones⁵⁰ que en Peruxia residían. Todos éstos, o la mayor parte, participaban de lo que Casandrino robaba de noche, porque le acompañaban en cualquier insulto que hacía, y porque Casandrino era muy donoso, alegre y chocarrero,⁵¹ y gastaba lo que tenía liberalmente, amábanle infinito.

Considerando el juez las justas querellas que cada día de Casandrino daban, no sabía qué hacerse; lo uno, por el grande amor que le tenía, lo otro por lo mucho que perdía no teniéndole consigo Y no atreviéndose a castigarle, le llamo un día muy secretamente en un aposento, donde con amorosas palabras le reprehendía que dejase aquel mal vicio y siguiese la virtud y se apartase de tantos peligros como de tal ocasión resultaban.

Casandrino, que atento escuchaba las palabras del juez, respondió:

—Señor mío: yo he entendido vuestros buenos ejemplos y doctrina que salen de la viva fuente de amor. Yo os lo agradezco muy de veras; mas entendé que hay muchos tan sujetos a la envidia, que entre sí mismos se consumen, como el hierro con el orín, por ver a otros prósperos, ricos y puestos en buenas amistades, como yo estoy con vos: éstos procurarán⁵² cautelosamente y con falsos testimonios infamarme. Mejor les sería a estos traidores mentirosos tener la venenosa lengua entre los dientes que mover escándalos y odios para que yo me pierda.

El juez, que pocas palabras le bastaban vencer y había menester poca levadura, dio crédito a las falaces palabras de Casandrino, no acordándose de las querellas y maldades que dél se decían porque estaba ciego con su provechosa amistad.

Casandrino y el juez trataban entre ellos cuentos y astucias donosas, entre las cuales dijo de un mozo que Naturaleza le había estremado de tanta astucia que no había cosa en el mundo, por escondida o cerrada que estuviese, que él con sus artes y subtilísimos instrumentos no la hurtase. A esto respondió el juez:

—Yo no puedo entender que en el mundo haya otro que haga eso sino tú, porque eres el más astuto, sagaz y malicioso que jamás se ha visto. Pero si te basta el ánimo esta noche hurtarme la cama del aposento donde duermo, yo te prometo mi fe⁵³ de darte cien escudos.

Entendidas estas palabras, Casandrino respondió, medio turbado:

—De manera, señor juez, que vos me tenéis por ladrón. Entendé cierto que yo no soy ni hijo de tales padres ni lo mamé en la leche; mas porque yo de mi industria y arte viva no es razón imaginar tal de mí —y en este punto se levantó de la silla casi enojado.

Imaginando se fue cómo le daría este asalto al juez, pues dello mostraba rescebir gusto y a él se le seguía provecho. Vuelto Casandrino en casa del juez, dijo:

—Pues, señor, tenéis de mí tal concepto, yo haré lo que me mandáis. Estad alerta.

Y tratando en su juicio la malicia y astucia con que había de burlar al juez y metido en esta confusión, se le ofresció un estraño caso; y fue éste: que en aquel proprio día se había

49.- Asaltos.

50.- Corchetes, agentes de la ley.

51.- Bromista.

52.- Orig.: 'procurauan'(24r).

53.- Te doy mi palabra.

muerto en Peruxia un médico, el cual estaba enterrado en un cementerio fuera de la iglesia de los frailes de Sancto Domingo. Y aquella noche, al primer sueño, fue Casandrino a la sepultura donde estaba sepultado el médico y facilísimamente le desenterró, y poniéndosele a cuestras le llevó⁵⁴ a su casa y le desnudó la mortaja y le vistió sus vestidos mismos. Estaba tan al natural con ellos el médico, que nadie le juzgara ser otro que Casandrino.

Y tomándole a cuestras lo mejor que pudo, se fue hacia el palacio donde dormía el juez y subiose por una escalera arriba (que para tal ocasión había traído), y puesto sobre el tejado el cuerpo muerto, y enderecho donde estaba la cama del juez, empezó a destejar el aposento lo más fuera de rumor que pudo, y con los instrumentos que traía hizo un grande agujero.

A este rumor recordó⁵⁵ el juez, y escuchando lo que Casandrino hacía recibía grandísimo contento, porque esperaba el punto en que Casandrino tenía de entrar por la cama, y entre sí mismo decía:

—Date priesa, Casandrino, hijo, que no dormirás esta noche en mi cama.

Estando, pues, el juez los ojos abiertos y con los sentidos atento, esperaba cuándo Casandrino había de hacer el efecto. Y en este punto tomó Casandrino el cuerpo muerto; ligado con una sogá le descolgaba poco a poco, y con el grande peso que sentía le dejó caer, dando con él un fiero golpe. De lo cual el juez estrañamente se espantó, y con el mejor ánimo que pudo encendió una lumbre y allí vido el cuerpo descoyuntado y muerto, el cual juzgó ser verdaderamente de Casandrino su amigo, por los propios vestidos, y turbado dijo:

—jAy de mí, mezquino, que por cumplir una voluntad que tan poco importaba he sido causa de la muerte deste desdichado! ¿Qué dirán de mí cuando en la tierra⁵⁶ se entienda tal desgracia?

Metido el juez en este llanto llamó a la puerta de un criado suyo, de quien él mucho se fiaba, al cual contó el infelice caso por su culpa cometido y le rogó que en el jardín hiciese una sepultura y secretamente enterrase el cuerpo de Casandrino por que tan vituperable caso no se supiese.

Mientras el juez y el mozo enterraban el cuerpo muerto Casandrino hallo coyuntura y entró en el aposento del juez, y de la ropa toda de la cama hizo un lío y lo más presto que pudo se le llevó.

Ya estaba sepultado el cuerpo y llorada la desdichada muerte cuando el juez se vino a dormir, y visto que la cama le faltaba quedó casi sin sentido, imaginando en la subtileza del famosísimo ladrón.

Venida la mañana, Casandrino se fue en casa del juez como tenia de costumbre, y ambos a dos en buena conversación, dijo el pretor:

—Verdaderamente, Casandrino, tú eres el más famoso y sutil que hoy se halla en el mundo, pues con tan delicada astucia me has hecho sin cama, ¿Quién pudiera hacer esto sino tú?

A esto nada respondía Casandrino, como hombre que bien sabia disimular en tales efectos, ni menos se reía ni mostraba dársele nada, lo cual daba por disculpa.

54.- Orig.: 'leuo' (25r).

55.- Despertó.

56.- Territorio, región.

No contento con esto el juez, dijo:

—Casandrino: si tú esta noche me hurtas mi caballo, que es la mejor presea que en mi casa tengo, yo te prometo dar otros cien escudos.

Cuando Casandrino entendió la voluntad de su amigo el juez fingió del enojado, y casi turbado de la cólera, el rostro demudado, dijo:

—No querría, señor, que vos fuédes ocasión de mi perdición y ruina.

Viendo el juez que Casandrino no gustaba de su voluntad, dijo:

—Cuando tú no hicieses esto yo prometo gualardonarte con docientos azotes en lugar del dinero que de mí has de haber.

Casandrino, que bien conocía ser peligroso su negocio, dijo:

—Señor: yo haré todo lo que pudiere por daros contento, puesto caso que⁵⁷ se ofresce grande ocasión para que los de la ciudad venguen sus dañados corazones y justamente digan sus querellas no ser falsas; pero no miraré yo el fin deste efecto, mas el de vuestra voluntad. Entendé cierto, señor, que por agora no me hallo suficiente —y tomando licencia dél se despidió.

E] juez, que de veras procuraba experimentar las industrias de Casandrino, llamó a un criado suyo y le dijo:

—Anda: ve a la caballeriza luego, y ensíllame el caballo y sube en él —a todo esto estaba presente el juez,⁵⁸ y dijo a su criado—. Mira que has de estar esta noche sobre este caballo y no te has de dormir, que si te duermes te lo han de hurtar y tú me lo pagarás. Mira por ti. Ves aquí dos clavos con que claves la puerta por dedentro, que yo la cerraré por defuera —y así se despidió.

Venida la obscura noche, Casandrino tomó sus sutiles instrumentos y fuese a la caballeriza, donde por un agujero que él hizo vido al mozo que dulcemente dormía. Casandrino, que bien sabia los rincones de casa, fue a la puerta falsa de la caballeriza, la cual halló estar cerrada con dos herraduras y un candado, y quietamente, lo mejor que pudo, con sus sutiles hierros, sordas y agudas limas la descerrajó y fue paso entre paso donde el mozo estaba, al cual halló, con el freno en la mano, que suavemente roncaba.

No dejó de rescebir Casandrino algún descontento por la mala ocasión que para efectuar su negocio tenía, y así, imaginó una sutil y delicada malicia, y a palmos midió la distancia que había desde el suelo a la silla y fuese al jardín, donde tomó cuatro varas que en cuadrángulo substentaban con maravilloso artificio una fresca parra, y a todas hizo una punta y las hincó en tierra dejándolas un poco más largas de la medida, de modo que, arrimadas a la silla, subían al mozo dos palmos más alto que el caballo, apuntándolas en cuadrángulo para que fácilmente, sin recordar al mozo, que ajeno de cuidado dormía, le sacase el caballo d'entre las piernas. Luego le cortó las riendas que en la mano tenía, el pretal, cinchas y gurupera,⁵⁹ y al caballo puso en los pies y manos unos trapos ligados de tal manera que sin rumor sacó el caballo, dejando al mozo a rienda suelta durmiendo sobre la silla.

57.— Aunque.

58.— Entiéndase: 'el juez acompañó al criado a la caballeriza para asegurarse de que hacía lo mandado.'

59.— Grupera: pieza almohadillada que cubre la grupa del caballo.

Llegada la mañana, el juez se levantó con el cuidado que de ver a su caballo tenía, donde halló al mozo, que aún no había recordado del pesado sueño, caballero en su silla, las riendas en la mano, y recordándolo el juez, le preguntó:

—¿Dónde está el caballo?

El mozo respondió no saber ninguna cosa más que de la misma manera que le había dejado se hallaba, y castigándole el juez con feas palabras, le envió a buscar el caballo. Imaginando el pretor en tan extraño caso, Casandrino entró saludándole con mesurado rostro tratando de diferentes negocios. Al cual dijo el juez:

—Por cierto, amigo, tú mereces la corona del mas sutil y extraño ladrón que hoy se halla en el mundo, Si tú haces otro efecto, para mí será muy gran contento. Sabrás, pues, que el cura de Sant Pedro, que Severino tiene por nombre, duerme dentro de la iglesia todas las noches. Si tú me le traes aquí metido en un costal yo te prometo otros cien ducados y dártelos todos juntos; que cierto que si tú sales con esta empresa mereces mucho más.

Era este Severino hombre de buena vida, recogido y virtuoso, y solo se ocupaba⁶⁰ en su iglesia, porque para otros negocios no era⁶¹ nada suficiente. Considerando Casandrino el ánimo del juez contra el pobre clérigo ser dañado, porque muchas veces le reprehendía cosas con que daba mal ejemplo en la tierra, Casandrino entre sí dijo:

—Verdaderamente este hombre me anda buscando la muerte; mas por ventura su pensamiento le engaña como yo efectúe este negocio, el cual entiendo será el postrero, porque ya es mucho vicio.

Queriendo, pues, Casandrino poner por obra lo que el juez le había mandado, imaginó⁶² un extraño caso, considerada la bondad y simplicidad de Severino. Y fue ésta: que Casandrino pidió a un amigo clérigo una alba⁶³ y una estola la más linda y recamada que halló; después tomó dos papelones⁶⁴ muy gruesos y dellos hizo dos alas, pintadas tan al natural las plumas, que nadie juzgara ser menos. También hizo una diadema que relumbra como un fino cristal, y en anocheciendo se salió de la ciudad con todas estas cosas arriba dichas, porque así convenía por estar la iglesia fuera de los muros, y fuese a la casa de Severino y detrás de unos espinos que la cercaban se escondió, donde estuvo todo un día y una noche aguardando coyuntura de poder efectuar su imaginación.

Y la siguiente noche, al punto de la oración, vino Severino y un monecillo a tocar el Ave María y dejáronse la iglesia abierta, y mientras ellos tañían Casandrino se vistió el alba y la estola al cuello y la diadema con unos muy largos cabellos de cáñamo teñidos, que para tal ocasión había hecho, y puestas las alas en aquel modo que a los ángeles suelen pintar, en tal forma estaba Casandrino, que verdaderamente parecía ser cosa divina. Y mientras ellos visitaron la iglesia, como de costumbre tienen los sacristanes, Casandrino se escondió detrás del altar, y cuando sintió llegar a Severino con el muchacho dijo con voz humilde y baja:

—¿Quién quiere ir a la gloria?

60.- Orig.: 'occupa' (27v).

61.- Orig.: 'es' (27v).

62.- Orig.: 'E imagino' (27v).

63.- Túnica blanca.

64.- Cartones.

Esto dijo tres o cuatro veces, y cuando la gente lo sintió ambos salieron al cuerpo de la iglesia y vieron a Casandrino, que con la obscuridad de la noche, la blancura del alba y el resplandor de la diadema y alas, que verdaderamente plumas de pavón⁶⁵ parecían y resplandecían como los rayos del Sol. De lo cual el muchacho quedó tan espantado, y el buen Severino casi sin sentido de ver una cosa tan rara, que cierto creyó ser cosa divina.

Cuando Casandrino vido tan buena coyuntura, con más alta voz dijo:

—¡Quien quiere ir a la gloria métase en este costal!

Esto dijo cuatro o cinco veces, y el monacillo dijo al clérigo:

—Señor: yo quiero ir a la gloria; que tan buena ocasión como ésta no es de perder.

Severino, que no era nada malicioso, dando crédito a las engañosas palabras de Casandrino⁶⁶ dijo al muchacho (por que no fuese antes que él a la gloria):

—¡Oh pecador de mí, hijo, que se me ha olvidado el breviario en la torre! Por tu vida que subas por él.

Mientras el muchacho fue, Severino humildemente se llegó al ángel, que tenía abierta la boca del saco, y sin hablarle palabra se entró dentro. Casandrino, ladrón astuto y malicioso, viendo cumplido su deseo ató de presto la boca del costal y liolo muy bien, y quitándose las ropas de ángel echose a cuestras al engañado clérigo, con el cual fue derecho a la posada del juez, y desatándole delante dél, sacó al pobre Severino más muerto que vivo.

Cuando el clérigo se vido delante del juez afrentose tanto con la burla de Casandrino, que dél querelló dando voces diciendo cómo le había engañado y metido en aquel costal con gran deshonor suya y daño de su persona. Suplicábale que dél hiciese justicia, porque un caso tan horrendo no se había de disimular para que fuera ejemplo a los malhechores.

El juez, que bien sabía la historia del principio al fin, no podía disimular la risa, y vuelto hacia Severino dijo:

—Padre mío: reposaos; no os alborotéis, que yo haré justicia, puesto caso que esto es más burla que no odio ni interés.

Y así, con palabras amorosas le despidió. Luego mandó llamar a Casandrino y que juntamente trujesen cuatrocientos ducados, y a Casandrino los presentó diciendo así:

—¡Casandrino, Casandrino! Mayores hechos tienes que fama. Agora conozco tus insultos, embustes y malicias ser las más estrañas que hoy se hallan. Ves aquí más del dinero que yo te prometí, pues lo has ganado con estrañas aventuras. Procura con ellos vivir tan honradamente que ninguno se me queje de ti de hoy más, porque te doy mi palabra, sin remisión alguna te tengo de ahorcar.

Casandrino recibió el dinero, y dándole gracias se despidió del juez. Y con ellos trató en mercancías, de donde procedió ser hombre muy rico, virtuoso y quitado de vicio malo, del cual se recibió grande ejemplo y doctrina en aquella tierra.

— o O o —

Agradó a todos, especialmente a las damas, la fábula de Alteria, y dándole todos las gracias, rieron el donoso cuento. Y cierta dama dijo:

65.— Pavo real.

66.— Orig.: 'Casandro' (28v).

—Por cierto, señora Alteria, una ladroncilla debéis de ser, pues tan claramente mostráis y descubrís astucias tan estrañas de ladrones.

El caballero Bembo, que de la graciosa dama estaba enamorado, dijo:

—Por cierto, con justa razón se le puede decir ladroncilla, pues con sus vivas proposiciones roba las voluntades, aunque ajenas de su servicio sean.

Con estas razones Alteria mostró su divino rostro como la matutina rosa con la vergüenza que rescibió; pero vuelta un poco en sí, dijo:

—Por cierto, caballero, yo no soy ladrona, pero he contado la fábula de Casandrino como la he leído, aunque no con aquella gracia que era obligada a tan ilustre conversación.

Luego la señora Lucrecia mandó que aquella plática no pasase más adelante, sino que dejasen proceder a Alteria con su qués cosa y cosa.⁶⁷ La cual con alegre rostro y dulce risa dijo:

VERSOS

¿Quién son aquellas, hermosas doncellas,
que pagan el mal que nunca hicieron,
y puestas en alto para mejor vellas,
las miran dos ojos que nunca las vieron?

No fue de menos placer el enigma que la fábula, y cada uno daba su sentencia, pero ninguno el verdadero sentido sino Alteria, con delicado juicio, dijo:

—Caballeros ilustres y hermosísimas damas: mi qués cosa y cosa no significa sino las orejas del ladrón, pues pagan ellas el delito que no cometieron, y para que mejor las vean los ojos de aquel que no las había visto las ponen en alta picota bien altas, donde las vee.

Acabado el docto enigma de Alteria, Cateruza, que junto a Alteria estaba sentada, conociendo que a ella le tocaba la tercera fábula, con alegre rostro de tal manera comenzó:

67.— Orig.: 'cosas' (29v).

ARGUMENTO: *Escarpafico*⁶⁸ una sola vez engañado de tres ladrones, él los engañó tres veces por muy lindo e ingenioso arte.

FÁBULA TERCERA

EL fin de la fábula dulce y sabiamente contada por la señora Alteria me da materia y me obliga a contar otra no menos gustosa que agradable; pero diferente: que en la suya Severino fue engañado de Casandrino y no se pagó,⁶⁹ pero en esta Escarpafico más veces engañó a aquellos que sola una vez le engañaron, así como por el discurso de mi fábula entenderéis.

Junto a Mola,⁷⁰ ciudad en nuestros tiempos muy conocida, está una villa llamada Postema, y en una iglesia desta villa en tiempos pasados oficiaba un clérigo llamado Pre Escarpafico,⁷¹ hombre muy rico, pero estrañamente avariento y miserable. Éste tenía por gobierno de su casa y hacienda una moza taimada y sagaz llamada Nina, la cual no veía hombre ninguno que no le decía lo que le daba gusto. Porque esta moza era fiel y con prudencia gobernaba la hacienda su amo la quería mucho.

Y el buen clérigo en su juventud fue uno de los más gallardos y gentiles hombres que en la villa se hallaba, pero llegado ya a la cansada y desabrida vejez no podía sufrir la fatiga y caminar a pie. Nina su criada, considerando el demasiado cansacio que por su avaricia tenía, le aconsejó que comprase una cabalgadura por que no acabase la vida antes de tiempo y a tan poca costa lo podía hacer.

Vencido, pues, Escarpafico con la persuasión de Nina, fuese un día a una feria que cerca de la villa se hacía, donde halló un muleto⁷² muy vil y de poco precio (porque no convenía menos a su gran miseria), y diéronsele por cinco ducados. Sucedió que en el concierto dél se hallaron tres compañeros que más se holgaban con haciendas ajenas que con las suyas propias, como se usa en nuestros modernos tiempos. Viendo éstos la compra tan vil que el clérigo había hecho, dijo el uno dellos:

—Yo quiero, compañeros míos, que aquel muleto del padre sea nuestro.

—¿Cómo? —respondieron los compañeros.

—Salgamos —dijo el fullero— al camino por do él ha de pasar, y el uno estará apartado del otro un tiro de ballesta y cada uno le dirá: «Padre mío: ¿dónde habéis comprado el asno?». Y estaremos en este propósito, afirmándole ser asno el muleto, y desta manera sé cierto que fácilmente será nuestro el muleto.

Con este ardid se partieron de común acuerdo, y puestos en el camino por trechos, como estaba concertado, pasando el sacerdote salió uno de los ladrones al camino fingiendo venir de la feria. Dijo:

—Dios os salve, padre mío.

—Bien seáis llegado— respondió el padre.

68.— 'Pre Scarpafico' en la versión italiana.

69.— No tomó represalias.

70.— Imola.

71.— Del italiano 'Pre' Scarpafico': el padre Scarpafico.

72.— Mulo joven.

El ladrón le preguntó:

—¿Qué habéis comprado en esta feria, padre mío?

Respondió:

—Este muleto.

—¿Qué muleto? —dijo el fullero.

—Este en que vengo caballero— respondió el padre.

—Decí, por vida vuestra —preguntó el fullero—: ¿hacéis burla de mí?

—¿De qué o por qué? —respondió Escarpafico.

Dijo el engañador:

—Porque me queréis hacer creer que ese animal en que vais cabalgando es muleto, siendo asnillo y de vil precio.

—¿Cómo le decís vos asno a lo que yo veo y conozco? —dijo el padre, y sin más entretenerse dio de espuelas a su cabalgadura, imaginando en lo que el ladrón le había dicho.

Apenas había pasado un tiro de ballesta cuando a él salió otro de los compañeros y dijo:

—Buenos días, padre mío honrado. ¿De dónde venís?

—De la feria —respondió el clérigo.

—¿Hay buena feria? —preguntó el engañador.

—Buena —respondió el padre—. Y en ella he comprado este muleto.

Y haciendo del espantado el picaño,⁷³ dijo:

—¿Cómo «muleto»? Por vida vuestra, ¿habeisle comprado por mulo?

—Sí —respondió el padre.

—Pues por Dios que vos habéis echado buen lance, que él es asno y ruin, y aun os apostare el valor dél.

El clérigo dijo:

—Por el hábito de Sant Pedro⁷⁴ que si otro alguno me lo dice, que no ha de ir más conmigo.

Y prosiguiendo su camino salió el tercero, y saludándole dijo:

—Venga en hora buena el padre honrado. ¿Por ventura viene de la feria?

—Sí vengo —dijo el padre—, que en ella he comprado este muleto.

—¿Cuál muleto? —dijo el fullero.

Respondió el clérigo:

—¿No le veis aquí? ¡Pues vengo caballero en él!

Dijo el compañero;

—Por Dios que entiendo que hacéis burla de mí, padre honrado.

—No hago por cierto— dijo el clérigo—, que por tal me le han vendido.

—¡Oh pobre de vos! —dijo el tacaño—. ¿No veis que os han engañado, pues os dan un ruin asnillo por mulo? Y por ventura os le han encajado muy bien.

Y mirándole a la cara, el padre le dijo:

—Por mi vida, hermano mío, que me lo han dicho aquí abajo otros dos hombres de bien; y cierto yo no los podía creer, porque pensaba que hacían burla de mí —y apeándose

73.- Pícaro, desvergonzado.

74.- Orig.: 'Sedro' (31v).

del muleto dijo—. Hermano mío: yo os hago un presente dél, aunque no sea sino porque no hagan burla de mí en mi tierra.

Agradescióselo mucho el fullero, y subió en él y fuese a buscar sus compañeros, y el engañado padre caminó a pie hasta llegar a su casa.

En este punto se asomó Nina a una ventana, y viéndole venir cansado y a pie, descendió lo más presto que pudo y díjole:

—¿Cómo venís a pie, señor? ¿Esto es lo que yo os había rogado e importunado, que comprádes una cabalgadura, y agora venís así?

A la cual respondió Escarpafico:

—Has de saber, hija mía, que yo había comprado un muleto, y cierto me engañaron, que me le dieron por mulo y era asno. E yo no le conociera sino que en el camino me desengañaron muchos preguntándome qué tanto me había costado el asno, a los cuales respondía que no era sino mulo. Ellos que sí, yo que no, de suerte que yo conocí ser asno, y por que de mí no hicieran burla en algún corrillo o conversación determiné antes presentalle y venirme a pie que no caballero para que de mí mofaran.

—¿A quién lo presentastes? —preguntó Nina.

—A uno de aquellos que me desengañaron —respondió el padre.

Nina dijo:

—¡Válame Dios, señor! Y ¿cómo os hizo Dios tan bueno y fácil de engañar? ¿No veíades vos que aquellos traidores mentían y hacían burla para quitárosle? Por cierto, señor, yo entendí que érades más avisado, astuto, sagaz más que una raposa, pues se dice un común proverbio: «Por eso sabe el Demonio tanto, porque es viejo». A fe, señor, que a mí no me engañaran.

—No recibas pena —dijo Escarpafico— por tan poca cosa, que si ellos me han hecho una burla yo les haré dos. Deja hacer a mí, que estos que me han engañado no se contentarán con una sola vez; antes si ellos son lobos viejos y aves de buena presa, ellos han de venir con nuevos engaños a estafarme, o quitarme el dinero o hacer otra cualquier traición según su profesión.

Había en aquella villa un pastor el cual tenía dos cabras, entre otras muchas, que se parecían la una a la otra de tal manera que nadie las diferenciara, y el clérigo las compró por el dinero que entre ellos se concertaron. Venido el día siguiente, mando a Nina que aderezase muy bien de comer, porque había de traer convidados ciertos amigos de la feria; a la cual mandó que tomase cierta carne de ternera y della hiciese un guisado, y asase un pedazo de lomo y con algunas especies le hiciese algún apetito,⁷⁵ y lo demás que fuese necesario a tal convite, como ella tenía de costumbre lo aderezase. Y en este ínterin tomó el padre una de las cabras y atole un ramal a los cuernos y amarrola en su huerto para que allí se apacentase, y con la otra cabra se fue a la feria.

Apenas era llegado el clérigo al mercado cuando le salieron a rescebir los fulleros que con el muleto habían usado la treta, y llegándose a él dijeron:

—Sea bienvenido el padre honrado. ¿Viene a comprar algo de la feria?

Escarpafico dijo:

75.- Apetiite; condimento.

—No vengo sino a hablar a ciertos amigos y llevarlos a comer a mi casa, a los cuales entiendo hallar por aquí. Y si sois contentos de ser mis convidados, yo la rescibiré por muy grande merced.⁷⁶

No fue menester importunar a los señores, porque luego aceptaron el convite. Y como Escarpafico había hecho el gasto con la orden dada a su criada Nina, compró delante de los convidados otro tanto como él había dicho a su criada, y poniéndoselo sobre el lomo a la cabra en presencia de los fulleros, le dijo:

—Anda: vete a casa y di a Nina que tome este lomo de ternera y lo ase, y desta pulpa⁷⁷ haga un guisado, con su sabor de especias, y aderece otras cosas que más a su gusto sean, porque llevo convidados a estos señores —y dándole con una varilla, dijo—. Anda con Dios y haz lo que te digo. Mira no me falte punto.

La cabra, cargada con toda aquella carne y puesta en su libertad, se fue que nadie supo por dónde ni a dónde, de manera que nunca más pareció.

Luego que el padre y los fulleros dieron una vuelta al mercado, paresciéndoles ser hora de comer se fueron poco a poco con el clérigo a su casa y entráronse en el huerto donde estaba atada la cabra que él había dejado apascentando, y creyendo los fulleros fuese la propia que él había enviado con el bastimento quedaron muy espantados. Y estando en buena conversación, dijo Escarpafico a su criada:

—¿Has aderezado aquello que te envié con la cabra?

Nina, que ya estaba avisada de la malicia, respondió:

—Si señor: ya yo hice lo que la cabra me dijo.

—¿Qué te dijo? —preguntó el padre.

Nina respondió:

—Que señor enviaba aquella ternera para que de la pulpa hiciese un guisado, y asase el lomo y que yo aderezase por acá lo que a mí me diera comento, porque traíades convidados esos señores.

Oídas estas razones los engañadores, y viendo ser las propias que él había dicho en su presencia a la cabra, admiráronse⁷⁸ de ver una cosa tan estraña y entre ellos trataron en qué manera pudiesen quedar con aquella cabra.

Ya habían dado fin a su comida y entrellos comunicado el modo de su engaño para llevarse la cabra, porque a ella se habían acudiciado y les pareció ser presea con que podían ganar mucho dinero. Entrellos habían tratado de hurtarla, y visto ser imposible sin ser sentidos, les pareció ser más cómodo comprarla, y dijeron a Escarpafico:

—Señor: ¿sois contento de vendernos aquella cabra?

A los cuales respondió no querérsela vender, porque ellos no tenían dinero para pagar su valor. Pero cuando ellos la quisiesen trujesen cien escudos⁷⁹ de oro y desta manera la llevarían. Creyendo los ladrones que hurtaban bogas,⁸⁰ le dieron luego el dinero demandado y Escarpafico dio a ellos la cabra. A los cuales dijo el padre:

76.- Suplo 'merced' (33r).

77.- Carne deshuesada.

78.- Orig.: 'admirandose' (33v).

79.- En la versión italiana: 'cinquanta fiorini'. El detalle adquirirá relevancia algo más adelante.

80.- Peces de escaso tamaño. 'Hurtar bogas' se decía del robo fácil pero poco rentable. En la versión italiana: 'panni franceschi'.

—Señores: advertí, por que de mí no os quejéis, que no estando la cabra mostrada a vuestro trato y conversación la empongáis poco a poco hasta que os conozca, porque, como dicen, «el uso es otra naturaleza».

Mas los buenos compañeros, ciegos con la cobdicia, llevaron su cabra con gran contento a su posada, y a sus mujeres dijeron:

—Mirá que mañana no aderecéis nada de comer hasta tanto que os lo enviemos y demos el orden de lo que habéis de hacer.

Venida la mañana, todos juntos con la cabra se fueron a la plaza, donde compraron muchos pollos y gallinas, y puestos sobre el lomo de la cabra, le dijeron:

—Cabra: anda; vete a casa y di a nuestras mujeres que aderecen eso, porque hoy comeremos todos juntos.

Finalmente le dieron el orden que habían de tener aquel día en la comida, y cargada la cabra de todo este bastimento, danle con una varilla y despidieron, de tal manera que nunca más la vieron.

Llegada la hora del comer se fueron a su posada con mucho contento, tratando de su buena compra y deseada comida. Y a sus mujeres, sonriéndose, dijeron:

—¿Qué os parece, señoras, de nuestro buen criado?

—¿Qué criado? —respondieron las mujeres— ¿No fuera mejor haber enviado de comer?

—¿No ha venido a casa una cabra cargada de bastimento para hoy?

A los cuales respondieron las mujeres:

—Decime, mentecaptos, simples: ¿entendéis que una bestia como aquélla os había de servir y tratar con vosotros racionalmente? Cierto vivís engañados, porque vosotros queríades engañar cada día a la gente, mas agora habéis pagado con las setenas.⁸¹

Los ladrones viéndose engañados del clérigo y perdidos los cien escudos, fuéronse⁸² a buscar a Escarpafico para matalle. Mas el sagaz clérigo que no estaba del todo seguro, antes sospechaba lo que había de suceder, siempre tenía a los ladrones delante de los ojos por no venir en algún disgusto. El cual dijo a su criada Nina:

—Hija: toma esta vejiga llena de sangre y pónstela a la garganta tan secretamente que no sea vista; y si por ventura estos traidores vinieren contra mí airados por la primera burla, yo les haré otra: fingiendo tener tú la culpa, yo me mostraré muy airado contra ti y te daré una puñalada en la vejiga, y tú fingirás caer muerta en tierra y después déjame hacer a mí.

Apenas había formado estas palabras cuando los engañados traidores entraron por la puerta las espadas desnudas para matar al astuto viejo. A los cuales dijo:

—Hermanos: teneos.⁸³ Por amor de Dios no me matéis sin culpa. Decime la ocasión; que si esta mi criada os ha dado desgusto, no es justo que yo lo pague.

Y sacando un cuchillo de su vieja y rota vaina se fue contra Nina, a la cual hirió en el lugar señalado. Y como della saliese tanta sangre, fingió dar consigo muerta en el suelo.

Visto el caso extraño, con un cierto género de congoja dijo el buen viejo:

81.— El séptuplo.

82.— Orig.: 'viéndose engañados del clérigo, tomaron cincuenta escudos, y fueronse' (34v). En la versión italiana: 'vedendosi dirisi dal prete, & aver tratti i cinquanta fiorini'. El desliz del traductor anticipa el coste del siguiente engaño del cura.

83.— Deteneos, conteneos.

—¡Oh desdichado de mí, sin ventura! ¡Qué he hecho? ¡Cómo ciegamente he muerto esta desdichada, que era el gobierno de toda mi casa, descanso de mi vejez, remedio de mis trabajos? ¡Cómo podré yo vivir sin ella?

Y tomando una flauta que él traía escondida, le comenzó de tañer junto al oído⁸⁴ a la astuta moza, y fingiendo haber resuscitado se levantó en pie.

Viendo esto los fulleros, quedaron más admirados, y rogaron les vendiese aquella flauta si quería que el enojo no pasase mis adelante; y entre ellos se concertaron por cincuenta ducados y contentos se fueron a sus casas.

Sucedió un día que un ladrón de aquéllos riñese con su mujer, y ciego de la cólera le hincó un cuchillo por los pechos y desta herida murió. Visto este triste caso, el marido tomó la flauta y hizo lo que el clérigo con su criada, pensando reducirla en la deseada vida, mas su trabajo era por demás.

El otro compañero viendo esto, dijo:

—¡Oh desdichada bestia! Tú no sabes hacer. Déjame a mí un rato: haré lo que el padre hizo.

Y púsose⁸⁵ la flauta en la boca, dándole muchas palmadas, haciendo muchos ademanes, pero nada le aprovechaban. Viendo esto el tercer ladrón, quiso también experimentar el engañoso artificio, de manera que la desdichada quedó por muerta.

Estando estos compañeros tristes, o por mejor decir avergonzados, todos de conforme acuerdo se fueron a casa del clérigo con intento de dar fin a sus días, y tomaron un costal y metieronle dentro con ánimo de ahogalle en un río que apartado del pueblo estaba.

Ya traen al desdichado viejo cerca del⁸⁶ río cuando por entre unas matas verdes y floridas adelfas que al río cercaban sintieron un gran rumor de gente, donde fue necesario que los desdichados fulleros huyesen, dejando al pobre clérigo metido en el costal y fuertemente atado.

A esta coyuntura pasó por allí un pastor con su ganado pasciendo, y acaso oyó una voz muy lastimada que decía:

—¡Ay de mí, que me la quieren dar por mujer, e yo soy clérigo y no la puedo rescebir!

El pobre pastor quedó casi sin espíritu, y no podía entender de dónde viniese aquella tan estraña voz y tantas veces repetida. Finalmente, volviendo la cabeza aquí y allí vido el costal en el cual estaba ligado el pobre clérigo, y llegándose⁸⁷ a él todavía se lamentaba, y el misericordioso pastor desatando el costal, vido al cano y viejo sacerdote. Al cual le demandó por qué causa estaba metido en aquel saco dando tan grandes y lastimadas voces. Respondió que el señor de aquel lugar le quería casar con una hija suya, y él no la quería ni podía, por ser clérigo.

El pastor, que cierto creía las palabras de Escarpafico estar sin malicia, dijo:

—Decime, padre mío: ¿entendéis que me la darán a mí por mujer?

—Sí —respondió el padre—, si tú te metieses en este costal como yo estaba.

84.— Pudorosamente, el traductor cambia 'tra le natiche' (entre las nalgas) por 'junto al oído'.

85.— Orig.: 'pusole' (35v).

86.— Suplo 'del' (36r, primera lín.).

87.— Orig.: 'llegondose' (36r).

Luego consintió el pobre pastor, por la codicia de la dama, y dejando sus ovejas se metió en el costal, y atado fuertemente, el astuto clérigo se alejó gran trecho con el ganado.

No había pasado gran rato cuando los tres fulleros volvieron al lugar deseado para dar fin del viejo clérigo, y sin hablarle palabra le tomaron a cuestras y le echaron en el río, donde el desdichado pastor acabó su vida.

Ya estaban contentos los tres compañeros, y enderezando el camino hacia su casa, uno dellos acaso alzó la cabeza y vido entre unas verdes y frescas yerbas muchas ovejas, y entre ellas sus amados corderillos. Éstos concertaron de robar, si pudiesen, alguna parte del ganado para restaurar lo perdido, y llegándose a la manada conocieron a Escarpafico, que era pastor della. De lo cual quedaron muy espantados, porque cierto entendieron que quedaba ahogado, y demandáronle con qué orden o cuál diablo le había sacado del río.

Escarpafico respondió:

—¡Oh bobos, no entendéis ni sabéis nada aunque profesáis el arte! Que si más adentro me metierades, diez veces más ovejas vinieran sobre mí.

Oída esta razón, respondieron:

—¡Oh padre mío! Si vos quisiédes que gozásemos todos dese beneficio, aquí traeremos otros costales; y metednos dentro del río por que participemos de tanto bien como ése.

—Hermanos: yo estoy presto a daros todo el contento posible —dijo el buen viejo.

Y así, trujeron tres costales de cáñamo nuevos, y metiéndolos dentro a cada uno, los arrojó en un sordo y hondo remanso del río, donde acabaron sus vidas con tan desdichada muerte. Escarpafico rico de dineros y ganado se fue a su casa, y con su querida Nina algunos años alegremente vivió.

— o o o —

Acabada que fue la fábula de Cateruza, mucho agradó a la honesta y sabia compañía, y todos le dieron las gracias tratando entre ellos la sagacidad del buen viejo y la inocencia de los tres engañadores. Y por que el orden no se rompiese, la sabia Cateruza dijo:

VERSOS

Por bosques y breñas, por montes y llanos,
anda un traidor con la cruz a cuestras;
las rodillas en tierra y las manos puestas,
deshace lo hecho de más de diez años
con cuatro elementos que trae en unos paños,
y puestos en cárcel muy honda y obscura,
acaba la vida de la criatura
con voz temerosa y gritos estraños.

Gran contento rescibieron las damas y galanes con el obscuro enigma de Cateruza, y entre ellos había grandes y diferentes propósitos; mas todos rendidos a la hermosa Cateruza, le rogaron declarase su delicado qués cosa y cosa. La cual con alegre semblante dijo:

—Ilustres caballeros y hermosísimas damas: mi qués cosa y cosa no significa otra cosa sino el cazador, que a traición mata las fieras, ora con ballesta, ora con arcabuz. Y los

cuatro elementos significan la pólvora, compuesta dellos, y la cárcel honda es el cañón donde meten la pólvora, que con su temerosa respuesta acaba la vida de un ciervo o otro cualquiera animal.

Después que Cateruza hubo declarado su enigma, para que prosiguiese con el orden contenido la hermosa Eritrea, la señora Lucrecia mandó a Cateruza bajase del tribunal asiento dejando el lugar a cuyo era.⁸⁸ Y puesta Eritrea en el señalado lugar, alegremente dijo:

ARGUMENTO: Tebaldo, príncipe de Salerno, quiere a Doralice, hija suya, por mujer, y perseguida del padre se va a Ingalaterra, y Ginés, rey de la provincia, se casa con ella y en ella hubo tres hijos, los cuales fueron muertos y degollados por Tebaldo su abuelo, y el rey de Ingalaterra venga la muerte de sus hijos.

FÁBULA CUARTA

ENTIENDO, hermosísimas damas, que no habrá ninguna entre vosotras que por experiencia no sepa cuán grande sea la potencia de amor y los estímulos que a la corruptible carne fatigan, y Amor, cómo potente rey gobierna, aunque sin justicia, su imperio, así como por la presente fábula que contaros entiendo sabréis.

Tebaldo, príncipe de Salerno, amorosas damas (ansí como he entendido contar), tuvo por mujer adoptiva⁸⁹ una muy prudente y sabia doncella, y no de bajo linaje, en la cual hubo una hija que en belleza y costumbres a todas las damas de Salerno excedía; aunque mejor le fuera a Tebaldo no haberla tenido, porque no le sucediera un caso tan desdichado.

La mujer de Tebaldo, en la edad moza, pero en el juicio muy vieja, sucedió venir en el extremo de su vida por cierta enfermedad que repentinamente se le ofresció, y en este punto rogó a su marido (que más que a sí amaba) que si por ventura de aquella enfermedad no escapase y las crueles Parcas⁹⁰ el hilo de su vida cortasen, no se casase con ninguna otra mujer sin que primero hiciese experiencia con un anillo que ella tenía en su dedo, y aquella dama que justo le viniese, ésa rescibiese por mujer, y otra alguna no. El Príncipe (que no menos la amaba) tuvo gran cuenta con las palabras tan de veras rogadas, el cual juró por su vida y salud de no salir un punto de lo encomendado.

Muerta, pues, la hermosa mujer, sepultada y honrada con las funerales y pomposas honras como a tal persona convenían, determinó Tebaldo de casarse, y vínosele a la memoria el punto que su querida mujer en el extremo de su vida le encomendó, y ansimismo usó dél.

Ya era divulgado por toda la tierra como Tebaldo, príncipe de Salerno, se quería casar, y llegada esta fama a las orejas de muchas señoras de estado, virtud y linaje no menos que Tebaldo, muchas dellas pretendían casarse con él, y Tebaldo, deseoso de cumplir la voluntad de su difuncta mujer, a todas aquellas damas que por esposa se le ofrescían el anillo que guardado tenía en sus largos dedos se les probaba, y no hallando ninguna a quien el

88.- A su dueño. En este caso, a quien tocaba el turno.

89.- En la versión italiana, simplemente 'per moglie'.

90.- Cloto hilaba, Láquesis medía y Átropos cortaba el hilo de la vida de los hombres.

anillo le viniese justo (porque a unas le venía ancho; a otras, angosto, a otras no le cabía), y considerando esto, a ninguna rescibió por mujer.

Sucedió que estando Doralice un día comiendo con su padre vido sobre la mesa el anillo y conoció ser de su amada madre, y tomándole en la mano se le metió en el dedo y con alegre rostro dijo a su padre:

—Padre mío: ¿no veis el anillo de mi madre que justo me viene en el dedo?

Viendo esto Tebaldo, no sin género de contento se le vino a la memoria lo que su mujer le había rogado en el extremo de su vida.

No pasó mucho tiempo que un estraño y diabólico pensamiento se le puso en el corazón a Tebaldo de casarse con Doralice su hija. Imaginando en su pensamiento el sí y el no, y vencido⁹¹ de la diabólica proposición, encendido del amoroso fuego y de la hermosura, gracia y gentileza y aviso de su hija un día la llamó en el aposento donde él trataba sus secretos, a la cual dijo así:

—Doralice, hija muy amada: viviendo tu madre, en el último de su vida me rogó y ahincadamente me encargó, por el amor que entre ambos había, que en ninguna manera rescibiese por mujer a otra sino aquella a quien este su anillo le viniese justo. Yo juré por su salud y mi vida, prometiéndole hacer y obedecer lo que ella tan caramente me había rogado.⁹² Y desto he hecho experiencia en muchas damas, salernitanas y de otras partes, que en conyugal matrimonio me pretendían, y a ninguna he hallado que justo le venga este anillo; y cierto no son menos hermosas ni en estado inferiores que éste.⁹³ Pues con mis ojos he visto la experiencia que a ninguna le esté tan bien como a ti, he determinado y estoy dispuesto muy de veras de casarme contigo, porque desta manera cumpliré mi deseo y la fe que a tu madre di.

La hermosa hija, que no era menos honesta que avisada, entendió la mala y dañada intención del perverso padre, y entre sí mesma consideraba la nefanda proposición de su padre. Quedó tan turbada esta pobre señora, que no sabía de sí, ni menos respondía a las perversas razones del padre por no airalle para que su desenfrenado apetito viniese a efecto. Pero vuelta en sí, mostrándose alegre y contenta, de la presencia de su padre se partió. Y no habiendo en todo el servicio de su padre de quién fiarse sino de una ama que de su tierna niñez la había criado y virtuosamente acostumbrado, a ella se fue como a su madre verdadera y dio parte de toda su congoja pretendiendo de ella el remedio verdadero.

La cual entendiendo el desordenado ánimo del padre y la constancia y firmeza de la honesta doncella, se determinó a sufrir cualquier género de castigo o pena que le diesen antes que conformarse con el perverso propósito de su padre, conhortando la casta doncella por que la honesta virginidad no viniese a corrupción tan deshonesta. Puesta el ama en esta confusión, pensando el modo y remedio que tendría para la penada Doralice, ora pensaba uno, ora imaginaba otro, pero nunca hallaba remedio para tal dolor; porque si le decía que se huyese de casa y alejase de la visión paterna, se le hacía muy cuesta arriba por lo que se ofrecía a su honor y por el temor que de la muerte tenía.

91.— Orig.: 'vencida' (39r).

92.— Orig.: 'gado' (39r).

93.— Orig.: 'esta' (39r).

Muchos eran los remedios que la piadosa ama imaginaba, y entre ellos se le ofreció uno excelentísimo y digno de saber; y es que en el aposento de la madre de Doralice había un aparador de perigrina belleza, con sutil arte y delicada mano labrado, en el cual la sabia Doralice tenía encerradas muchas preseas y preciadas joyas. En toda la corte del padre ninguno había que lo supiese abrir sino la prudentísima ama, la cual sacó las joyas que dentro estaban y metió dentro del aparador cierta conserva de tan maravillosa virtud que cualquiera que la comiese no tenía necesidad de ningún otro género de sustento, y llamó a la sabia doncella, a la cual hizo un parlamento y dio a entender ser cosa de gran remedio para su congoja meterse en aquella caja hasta tanto que Dios le diese otra mejor y más alegre fortuna y que su padre del abominable y libidinoso apetito fuese removido y apartado.

Doralice, obediente a lo que la querida ama le aconsejaba, puso por la obra lo acordado; mas el padre aún no refrenado del malvado propósito, muchas veces demandaba al ama por su deseada hija, y como no hallase ni supiese nueva dónde estaba, rescibió tanto enojo que la amenazó jurando de hacerla morir muy deshonoradamente si no le daba a su hija.

No habían pasado muchos días cuando Tebaldo, una mañana al salir del sol, con la rabiosa ansia que de hallar a su hija tenía entró en el aposento donde el aparador estaba, y de velle rescibía doblado el dolor, y así, luego mandó que se le quitasen delante de sus ojos, porque en velle rescibía grandísima pena y se le representaba la ausencia de su hija.

Luego los criados dieron orden para sacar el almario del aposento, y Tebaldo mandó que luego le vendiesen. Puesto en la plaza, nadie le miraba que de su delicado primor y admirable belleza no se admirase. Entre los cuales se halló un rico mercader ginovés que muy de veras se acodició a la real presea, y así, determinó no dejalle por ningún dinero, y tratando del precio, se concertó con el que le vendía. Luego mandó a unos criados suyos que en la nave le servían que tomasen aquel aparador y le embarcasen de manera que no rescibiese daño, y así, le metieron en la nave, acomodado en un lugar donde iba muy bien tratado.

El ama, que todo lo pasado veía, dello rescibía grandísimo contento, y por otra parte se dolía de la pérdida y ausencia de Doralice, aunque se ponía delante una muy justa y buena sentencia: que «cuando dos males grandes han de suceder, el mayor se debe huir».

Ya el mercadante había dado las velas al favorable y próspero viento y la nave a las ondas del mar, y con dichosa fortuna arribó a un deseado puerto de la isla de Bretania llamada Ingalaterra, y haciendo escala vido en una playa mucha gente, entre la cual estaba Ginés, que poco tiempo había estaba ungido y coronado por rey de Ingalaterra, el cual ligeramente corría por la arena tras de una ligera cierva que por el temor de la muerte se había metido en la mar. El Rey muy cansado con el gran trabajo recibido de correr tras la velocísima cierva, quiso reposar un rato a la sombra que unos frescos, verdes y copados árboles hacían. Apenas se había sentado cuando vido la hermosa y gruesa nave que disparaba muchos tiros y que en una ligera y bien aderezada fragatilla venía un hombre que en su manera mostraba ser algún gran señor, y así, mandó el Rey que luego fuesen a saber quién era, que por ventura podía ser algún príncipe pasajero, que en su presencia lo mostraba.

Luego que los criados se informaron quién era se embarcaron en la misma fragatilla enderezando la proa a la gruesa nave, en la cual vieron ricas y excelentes preseas, y entre ellas el real y maravilloso aparador; y dello avisaron al Rey como aquél era el patrón de la nave y dentro della traía muchas cosas de gran contento. Alabáronselas tanto, que en

aquel momento mandó llamar al señor de la nave y juntamente se embarcó con él, y llegados a la nave, el Rey se holgó en extremo de ver tantas y tan ricas preseas.⁹⁴

El patrón fingiendo no conocer al Rey, amorosamente le regaló en su navío con tan excelentes conservas como a tal persona convenían, y usaba dellas con tan buen término, que el Rey gustaba mucho, y más de su conversación; pero ninguna se igualaba con el contento que de ver tan real pieza rescibió, y así, le preguntó si le quería vender. El mercader respondió que sí, y fácilmente fueron concertados dándole más de lo que le estimaba, y el Rey mandó que luego le llevasen a su casa y en el aposento propio donde dormía le⁹⁵ metiesen.

Ginés, que por ser muy mozo no estaba casado, sólo se entretenía en contentos que a los tales príncipes son dados, especialmente en la caza, porque della gustaba mucho.

Doralice, que escondida estaba en el estimado aparador, bien entendía lo que el Rey secretamente trataba,⁹⁶ y entrela mesma consideraba los peligros y grandes fortunas que hasta venir en aquel punto había pasado, y con sola esperanza de un buen fin se consolaba, por haber venido a manos de un Rey tan potente. Y mientras el Rey se iba al acostumbrado ejercicio la hermosa Doralice salía fuera de la caja (porque el ingenio y subtileza de abrilla a sola ella estaba fácil), la cual con linda orden, lo mejor que podía aderezaba el aposento y cama en que el Rey había de dormir, y usaba de ciertos perfumes y por cima de una recamada colcha desparcía muchas y odoríferas⁹⁷ flores de violetas, jazmines y otros muchos olores que al almizque excedían y al cerebro y sentidos confortaban. Esta dama usaba de este ejercicio tan secretamente que nadie lo sabía ni entendía, de lo cual el Rey, con el demasiado cansacio que de la molesta y continua caza traía, rescibía tanto contento que verdaderamente parecía estar en el Paraíso Terrenal o entre orientales y aromáticos⁹⁸ árboles.

Quiso Ginés un día saber de su madre y damas cuál era de ellas la que con tal primor tanto contento y gloria le daba en esmerarse tan de veras en la limpieza y orden de su cama y aposento, lo cual era cosa nueva y de pocos días usada. Todas las damas respondieron no saber ellas ni su madre cosa ninguna más de como sentían aquellos suaves olores, y cuando ellas iban a aderezar el palacio le hallaban puesto en orden y perfumado de olores no vistos en aquel reino.

Todavía el Rey no contento desta satisfacción, quiso informarse y de veras saber cuál fuese la dama que con tanto cuidado le regalaba, y así, fingió otro día partirse a un castillo que, dos leguas de allí, las marítimas ondas le combatían, y escondido se quedó en el aposento en cierta parte donde de todo lo que Doralice hacía, Ginés a su placer la veía. No estuvo gran rato cuando Doralice, más hermosa que el Sol, salió de la real caja y dio principio a su acostumbrado ejercicio con el orden arriba contado.

Juzgá, hermosas damas, el contento del Rey en tan dichosa ocasión.

94.- En la versión italiana, la nave echa el ancla en la playa donde casualmente el Rey se está ejercitando. Éste ordena que se presente ante él el patrón de aquella nave, y el mercader aprovecha la ocasión para alabar su mercancía y provocar que el Rey decida ir en persona a la nave.

95.- Orig.: 'la' (41v).

96.- Otra confusa aportación del Traductor. En la versión italiana, Doralice deduce por los ruidos y voces que el arcón se encuentra en la cámara real y las tareas que en ella hace la servidumbre.

97.- Orig.: 'odorifas' (42r).

98.- Orig.: 'Arromaticos' (42r).

Ya había la hermosa dama dado fin a su excelente oficio cuando con grave paso se iba a encerrar en su secreto lugar; mas el Rey, que atento había visto lo deseado, salió al encuentro, y tomándola de la mano, considerando en su gentileza y en su angélica belleza se le vinieron las lágrimas a los ojos y animosamente le preguntó quién era. Doralice respondió con aquella virginal vergüenza, los ojos bajos, el su rostro encendido, ser hija natural de un príncipe, el nombre del cual no se acordaba porque desde su tierna niñez fue encerrada en aquella oscura prisión (aunque la causa no quiso declaralle).

Luego el Rey dio parte deste secreto a su madre, de lo cual todos recibieron grandísimo contento, y entre ellos determinaron ser cosa muy justa que a Ginés se la diesen por esposa, y asimesmo fue recibida con el contento y parecer de todos los Grandes.⁹⁹ En la cual el Rey tuvo dos hijos, los más hermosos que en aquella isla se hallaban.

Tebaldo, padre de la hermosa Doralice, acontinuando en su desordenada voluntad, no hallando a su amada hija (que por diversos y estraños reinos la había buscado), imaginó un día que en aquel aparador pudiera ser haberse escondido y fácilmente haberse ido peregrinando por el mundo. Vencido, pues, de la ira, Tebaldo determinó probar su ventura, creyendo ser el último remedio de su deseo. Y tomando traje de un mercadante joyero, aderezó gran cantidad de joyas muy ricas y de gran valor, de plata y oro con grandísima sutileza labradas, y de esta manera se salió de Salerno sin que nadie le conociese. Y discurriendo por diversas ciudades sucedió llegar a una ciudad donde, por ventura, encontró con el patrón de la nave, que con gran fortuna había dado al través¹⁰⁰ con su navío. Éste era aquel a quien Tebaldo había vendido la caja, e informándose dél a quién la había entregado y en cuyo poder quedaba, respondió haberle dado al rey de Inglaterra y haber ganado en él dos veces más del costo. Luego Tebaldo, no sin gran contento, se fue a la vuelta de Inglaterra, y en breve tiempo llegó a la misma ciudad donde la corte estaba.

Cuando Tebaldo vido tantos príncipes, caballeros y hermosas inglesas, sentid, hermosas damas, la congoja que rescibiría en verse de su bien y regalo tan ajeno; y más porque de veras se le representaba la ausencia de Doralice y cómo por ella peregrinaba.

Llegó, pues, Tebaldo a la puerta del real palacio, sacó todas sus joyas y en el orden que los tales joyeros suelen las puso y colgó debajo de las ventanas donde las damas solían apararse, porque allí entendió ver a Doralice, que ya era reina de Ingalaterra. Entre las joyas que Tebaldo traía, vendía husos y ruelas de plata y otras muy ricas piezas de oro, y cuando Tebaldo veía algunas de las damas, en alta voz decía: «¿Quién compra husos y ruelas de plata?», y así discurría por todas sus mercancías.

Esta voz oyó una de las damas que a la ventana acaso se asomó, y dijo a la Reina:

—Señora: un hombre está debajo destas ventanas vendiendo las más lindas cosas que en mi vida vi.

Luego mandó Doralice que le hiciesen subir con las joyas más ricas que tuviese, y entró en el real palacio, donde no fue conocido porque la hermosa Doralice no se acordaba de su padre, aunque Tebaldo bien la conoció.

Mirando, pues, la Reina las piezas de maravillosa belleza, demandó al mercader cuánto quería por cada ruela y huso. Respondió que dos mil ducados, pero si ella era conten-

99.- La mayor distinción de nobleza, al punto de no estar obligados a descubrirse ante el rey.

100.- Atorado en algún arrecife o banco de arena. Este detalle no se lee en la versión italiana.

ta dejarle dormir una noche donde sus hijos dormían, que él se la presentaría; y no sólo aquello, pero todas sus joyas.

La Reina, que no era nada maliciosa ni sospechaba en la traición del mercader, fue persuadida y rogada de sus damas que le dejase dormir en el aposento donde él había pedido, y que ellas tendrían cuenta con los príncipes, pues a tan poca costa y sin resultar daño se podía hacer, sólo por ver la voluntad de aquel hombre tan simple. Y así, la Reina consintió, y antes que las doncellas le metiesen en el lugar demandado concertaron con la Reina de darle un bebedizo de misturado vino para que siempre durmiese, y si alguna traición pensase no la pusiese en efecto.

Venida la noche, el mercadante fingió estar muy cansado, y una de las damas le llevó al aposento muy secretamente, donde estaba aderezada una cama como de tal persona. Y antes que le acostaran, una de las doncellas dijo:

—Padre mío: ¿tenéis sed?

—Sí, hija mía— respondió el mercader, y en un vaso de oro le trujeron del preparado vino.

Pero el astuto Tebaldo tomó el vaso y¹⁰¹ fingiendo beber del vino, por entre las ropas lo derramó. Y regalándole las damas, le acostaron entre los príncipes.

Había en aquel aposento una ventana que salía donde la Reina dormía, tan baja, que fácilmente se podía entrar por ella. Venida la medianoche, pareciéndole a Tebaldo estar todo sosegado, quietamente se entró en el aposento donde Doralice dormía, y halló sobre una mesa un estuche que la Reina consigo traía; y llegándose a los infantes los degolló, y el sangriento cuchillo le metió en el estuche. Y por una ventana que a la calle salía, no muy alta, se descolgó y se fue donde secretamente estuvo.

Venida la mañana se entró en casa de un barbero y se mandó rapar a navaja la barba y cabello por que así le desconociesen. También se vistió unos hábitos de ermitaño o romero con que se paseaba por la ciudad.

Las damas y doncellas, cuando llegó la¹⁰² hora que los infantes solían levantarse, fueron a darles de vestir, y vieron tanta sangre en la cama, que quedaron casi sin sentido, y llegándose a ellos vieron estar degollados. Luego alzaron los gritos e lamentables voces; lastimadamente lloraban, rompiendo las tocas, arañando sus caras, mesando sus cabellos; en alta voz manifestaban la crueldad cometida. Oída la triste nueva la Reina, con sus reales y blancos pies descalzos y en camisa fue corriendo, donde halló sus cristalinos espejos quebrados y de amarga y desdichada muerte acabados. Lloraban Doralice y el Rey con tanta lástima, que al duro áspide enternecieran.

Ya había volado la fama por todo el reino como los Príncipes eran muertos y no sabían de quién. Sucedió que cerca de allí vivía un nigromántico que fácilmente sabía e conocía las cosas pasadas y por venir. Esta nueva dieron al Rey ciertos caballeros de su corte, y dello se holgó¹⁰³ mucho; y así, mandó que luego le llamasen e ante él le trujesen, al cual demandaron si se atrevía a decir quién degolló los Príncipes.

Entonces respondió que sí, y llegándose al Rey dijo:

101.— Suplo 'y' (44r, últ. lín.).

102.— Orig.: 'a' (44v).

103.— Orig.: 'y dellos holgo' (45r).

—Sacra Majestad: mandá que todas las personas, así hombres como mujeres, que consigo trujeren cuchillos parezcan ante vos, que luego hallaréis el verdadero homicida.

—¿En qué manera? —preguntó el Rey.

El nigromántico respondió:

—Señor: aquella persona que halláredes el cuchillo ensangrentado, metedle en prisiones, que aquél es el traidor.

Luego se echó bando por toda la tierra que ante el Rey pareciesen todas las personas, así hombres como mujeres (porque es costumbre en aquella tierra en general traer cuchillos). No hallando el Rey lo que tan aficionadamente deseaba, mandó venir al nigromántico y contole todo lo que con diligencia había hecho y cómo no había hallado el ensangrentado cuchillo.

—No es posible —dijo el mágico— que vos, señor, los habéis¹⁰⁴ visto todos.

El Rey respondió:

—Por cierto, hermano, solos dos he dejado de ver: el uno es de mi amada mujer, y el otro es de mi vieja madre.

A esto respondió:

—Sacra Majestad: no respectéis a nadie, que cierto lo hallaréis.

Luego el Rey tomó los dos estuches, el de su madre e mujer, y los miró uno a uno, y en el de Doralice halló el ensangrentado cuchillo.

Cuando el Rey vido ser verdadera la proposición del nigromántico, movido de una en-diablada ira y acelerado furor dijo:

—Dime, malvada Doralice sin piedad, enemiga de tu propia sangre, traidora, verdugo de tus propios hijos: ¿dónde tuviste ánimo para ensuciar tus manos con tan inocente sangre? Yo te juro por mi real cabeza que has de pagar la traición con una muerte que en el mundo no se haya oído mayor justicia.

En este ínterin que el Rey trataba entre sí mismo el género de muerte para atormentar la desdichada e sin ventura Doralice vínosele a la imaginación que luego la tomasen los verdugos y desnuda en carnes la metiesen en la tierra hasta los pechos y le diesen a comer ciertos manjares que en el cuerpo se le convirtiesen en¹⁰⁵ venenosos gusanos que sus inocentes entrañas despedazasen, y así, acabase la desdichada con muerte deshonorada.

Doralice, que no le era cosa nueva padecer muchos trabajos y fortunas, conociendo su inocencia, con buen ánimo y paciencia se determinó a sufrir la vituperosa muerte viéndose carecer de sus hijos y apartada de la voluntad de su marido y ajena de todo género de contento y aborrescida tan sin razón, juzgando ser menos mal morir ella que por inocencia sus amados hijos.

Cuando Tebaldo supo la cruel sentencia pronunciada contra Doralice su hija se partió a la vuelta de Salerno, y en entrando en su casa, la primera persona con quien habló fue el ama que a Doralice había criado y metido en la secreta caja. Lo primero que Tebaldo le dijo fue como el rey de Inglaterra tenía sentenciada a su hija a cruel muerte, habiendo sido él la causa. Finalmente le contó de principio a fin el extraño suceso de sus aventuras, hasta aquel punto en que a Doralice había dejado.

104.— Hayáis.

105.— Suplo 'en' (45v, últ. lín.).

Oída la infelice historia, el ama fingía tener muy gran contento, pero en su corazón rescibía grandísima congoja; y movida de un cordial amor, secretamente se partió y lo más breve que pudo llegó a Inglaterra, donde se informó del cruel tormento que la Reina padecía, y preguntando por el lugar donde la desdichada estaba, la llevó de la mano otra peregrina que en la cruel justicia se había hallado, e vido la infelice Reina que ya estaba en lo último de su vida.

Mas la lastimada vieja se fue llorando al palacio del Rey donde en general daba audiencia, y prostrada en tierra, llorando dijo:

—Sacra Majestad: suplícoos me hagáis merced de darme un rato de audiencia, porque importa a la honra de vuestra corona.

Y abrazándola el Rey, la hizo levantar y sentar junto a sí. También mandó que la gente se saliese afuera, y quedaron solos el Rey con el ama, la cual dijo:

—Sabé, alto y poderoso señor, que Doralice vuestra mujer es mi hija, y aunque no la he traído en mi desdichado vientre, hela criado con estas infelices tetas y por mi industria vino a vuestro poder. Sabed cierto que ella padece sin culpa e injustamente la muerte que le dais. Tené misericordia della. Mirad que ésta es traición que se le ha argüido; lo cual si no fuere así, yo me condenno a la propria muerte, porque entonces me hallaré la más bien empleada que mujer se vido. Y si estáis atento sabréis quién fue el verdadero traidor que a vuestros amados hijos dio la muerte —e sin faltar punto le contó el desdichado suceso e traición cometida por Tebaldo su padre y las estrañas venturas que la desdichada Reina había pasado hasta aquel punto.

Oído, pues, el cuento tan largo e no menos estraño, y conocido el cruel homicida, mandó luego el Rey que luego fuesen adonde Doralice padecía e la quitasen de aquel tormento con la honra y pompa que a tal persona convenía.

Juntamente fue el ama, y la sacaron de la sepultura (que más muerta que viva estaba) y trujéronla ante el Rey. El cual abrazándola y besándola, lloraba conociendo haber padecido tanta e tan gran deshonra injustamente. Él mesmo y la ama la metieron en la cama, e mandó que los mejores médicos de todo el reino viniesen, donde en breve tiempo fue recuperada y puesta en salud.

Después desto el Rey mandó hacer grande ejército de gente de guerra e municiones que a tal ocasión convenían, e mandó que marchasen a la vuelta de Salerno, donde en breve tiempo llegaron, y batiendo la tierra, trabando escaramuzas, cada día degollaban y mataban mucha gente de Salerno, hasta que una noche dieron asalto en la ciudad y entró gran número de gente en casa de Tebaldo, donde fue preso y en fuertes prisiones atormentado. Luego dieron orden de llevar a Tebaldo a Inglaterra, y al Rey se le presentaron. El cual, por mejor informarse, mandó atormentar a Tebaldo, y así, confesó largamente el estraño caso.

Otro día mandó Ginés que trujesen cuatro caballos y le metiesen en un carro de bronce, un brasero, y dándole fuego por debajo, con tenazas ardiendo cruelmente le despedazasen y sus crueles carnes las diesen a los rabiosos perros declarando su delito. Y así, el cruel y desdichado Tebaldo acabó su miserable vida, y el Rey con Doralice vivió mucho tiempo y se gozaron largos días con gran contento.

Estaban todas las damas y galanes con grande atención escuchando la lastimera fábula de Eritrea, que a todos había movido a pasión y tristeza. La cual sin romper el usado orden, procedió con su enigma desta manera.

VERSOS

Nació entre animales un ave tan vil
que a sus propios hijos consume la vida.
Con odio los mata, con ira los mira.
De envidia que tiene aqueste civil¹⁰⁶
de vellos tan gordos los muele a picadas,
las carnes y plumas les saca a bocados;
y luego los hijos, de desesperados,
le comen al padre las duras entrañas.

Varias fueron las sentencias e opiniones que en explicar el sutil enigma los caballeros y damas tenían, porque cada uno daba su sentencia diferente del verdadero sentido, porque ninguno entendía cuál animal fuese en el mundo tan cruel y sin piedad que por envidia del bien de sus hijos venga a consumirse en los huesos. La hermosa Eritrea, viendo las diferentes opiniones, con dulces e agradables palabras, sonriéndose dijo:

—Señores: no os maravilléis que se hallen padres que, de envidia que a sus hijos tienen, vengan en tal estado; como el milano, que por verse viejo, flaco y débil, con envidia de ver a sus hijos gordos y lindos, con su duro pico les consume sus tiernas carnes; y ellos movidos de ira, matan a sus padres y comen de sus crueles entrañas.

La resolución del oscuro enigma a todos dio grandísimo contento, y la señora Eritrea se levantó en pie¹⁰⁷ haciendo a todos la reverencia se fue a su lugar, y la señora Lucrecia hizo seña a la prudentísima Ariana para que el orden comenzado siguiese. La cual alegre (aunque vergonzosa) se levantó, y en el lugar señalado se asentó y dijo:

106.— Vil, de baja condición.

107.— Suplo 'e' (48 r).

ARGUMENTO: *Dimitrio*,¹⁰⁸ *hombre de grande hacienda halló a su mujer Policena con un cierto ciudadano y se la entrega a sus hermanos, de los cuales fue muerta, e Dimitrio se casa con su criada.*

FÁBULA QUINTA

LAS más veces vemos, amorosas damas, que en el amor hay grandísima diferencia e discordia, pues vemos muy claro, cuando un hombre ama y de veras quiere a una dama, ella no le puede ver, y al contrario. De aquí nasce la rabia del repentino y desatinado celo, enemigo del bien y causador de todo descontento; de aquí nascen las deshonras e ignominiosas muertes. Y callo innumerables males en que los hombres e mujeres repentinamente suelen incurrir por ocasión deste maldito celo, los cuales si uno a uno los hubiera de contar, sería notada de molesta e importuna más que de agradable. E puesto caso que yo dé fin a nuestro fabular esta primera noche, pretendo deciros una fábula, y della podremos sacar no pequeño ejemplo las mujeres y sabrán el modo de tratar con sus maridos para no venir en tan infelice y mal afortunado fin como Policena.

Venecia, por su Señoría¹⁰⁹ e magistrados muy noble, abundante de varias nasciones de gente, felicísima por sus sanctas y divinas leyes, está fundada en el extremo seno del Mar Adriático y es llamada «reina de la Italia». Esta maravillosa ciudad tiene la mar por muralla y le favorece el cielo más claro que a ninguna otra tierra de Levante, de donde procede tanta claridad de ingenios e altos juicios. En ésta se halla el más rico y gran tesoro que jamás se vido. A ésta honra el cuerpo del evangelista San Marcos y otros muchos edificios y excelentes casas.

En esta ciudad se halló no ha mucho tiempo un mercader muy rico llamado Dimitrio: hombre leal, de buena vida e un poco miserable. Éste tenía grandísimo deseo de tener hijos que heredasen su hacienda, y así, tomó por mujer una muy hermosa doncella llamada Policena, la cual fue tan amada de su marido, que igual querer no se vido en hombre. Traíala tan bien aderezada que en toda Venecia no había más bizarra dama de galas, joyas y gruesas perlas. Demás desto, tenía su casa la más abundante de bastimentos que en Venecia había. Pero todo esto no convenía a la baja condición de Policena, porque era gran pompa para su estado.

Sucediole en este medio a Dimitrio que, teniendo tantas mercancías en su casa, quiso hacer un viaje a la vuelta de Chipre. Ansimismo alistó y puso en orden una nave, y a su querida Policena dejó en su servicio una criada de quien él mucho se fiaba.

Ya las velas con el favorable viento habían sacado la gruesa nave del cerrado puerto enderezando la proa al deseado e vicioso reino de Chipre, donde Dimitrio solía vender sus mercancías, y Policena quedaba en su casa dándose muy buena vida con regalos e paseos y otros muchos deleites. E metida en el golfo de los vicios desta vida hallola Amor con poca constancia y fe para su marido, y como no pudiese la cuitada resistir las saetas de Amor, se aficionó a un ciudadano de su parroquia, mozo, gentil hombre e bien dispuesto. Como este ciudadano viese a Policena que en la iglesia le miraba mucho e otras veces le hacía

108.- 'Dimitrio Bazzarotto' en la versión italiana.

109.- La fórmula de gobierno adoptada en la república de Venecia.

señas con ojo alegre y amoroso melindre, y en ella vido todas las calidades de belleza que a una hermosa dama convenían, no menos enamorado que ella, se determinó de allí adelante requebralla y con suaves músicas secretamente servilla.

No pasaron muchos días que ambos a dos vinieron en un recíproco amor, y se gozaron el uno y el otro muchos días sin ser sentidos de ninguna persona, no acordándose Policena de su marido que en la mar navegaba.

Ya había Dimitrio vendido toda su mercancía con grande ganancia, y cargado su navío, alegremente hizo el viaje a la vuelta de Venecia, donde con dichoso tiempo desembarcó y fue a su casa con el deseo que de ver a su amada Policena traía. A la cual halló con gran brío llorando y le demandó cuál fuese la causa de su llanto, y respondió que le habían dado unas nuevas tan malas que ya le tenían por muerto, e visto la merced que Dios le había hecho en traerle delante sus ojos vivo y sano e sin trabajo alguno, no podía abstener las lágrimas de contento. Pero no sabía las maldiciones y plegarias que en su ausencia a Dios pedía, y que las temerosas olas del mar le sorbiesen para que más libremente pudiese gozar de su libertad y holgarse con aquel que tanto amaba.

No pasaron muchos días que Dimitrio hizo otro viaje, de lo cual no pequeño contento rescibió Policena y a su querido ciudadano dio aviso. El cual no menos que ella lo deseaba, y venida la hora entre los dos concertada secretamente se encerraron. Pero como el continuo paseo no esté bien a un hombre recogido, ni menos sus frecuentes conversaciones (especialmente con mujeres) no sean bien juzgadas, sucedió vivir enfrente de su casa un hombre llamado Manucio, compadre de Dimitrio e muy amigo suyo, el cual ya había sentido como se encerraban juntos. Y porque Manucio su compadre no juzgaba bien tanta conversación, un día viendo que a una mesma hora y con la propia señal que él le había visto hacer Policena le abrió y con sus propios ojos conoció ser verdad, no quiso escandalizar la tierra, antes aguardó coyuntura que viniese Dimitrio para que mejor diese remedio a su mal.

Venido el tiempo de invernar (como de costumbre tienen los marineros) Dimitrio vino a su deseada tierra, y desembarcando se fue derecho a su posada, y llamando a la puerta salió a la ventana la criada. E cuando conoció ser su amo fue corriendo dando voces de contento para abrille, y abrazándole le dio el bienvenido. Policena, cuando supo la nueva del marido, descendió la escalera abajo los brazos abiertos; mostrando haber recibido gran contento, le mostraba e hacía grandísimas caricias y regalos.

Pasada que fue aquella noche sin gozar de la belleza y contento de amor, por venir cansado con los trabajos y fortunas¹¹⁰ del mar, otro día siguiente Dimitrio se levantó sobre la cama y sacó de una pequeña cajuela admirables joyas de oro de inestimable valor y a Policena su mujer las presentó, y la traidora no le mostró ningún agradecimiento, porque en su corazón vivía y en su memoria adoraba al otro.

Sucedió a Dimitrio otro viaje a la Pulla,¹¹¹ a ciertos negocios que a su mujer dio cuenta, de lo cual fingía rescebir gran disgusto por su ausencia y le rogaba con halagüeñas palabras que en su camino no se detuviese, porque un día se le hacía mil años y le tenía atravesado en su corazón. Manucio, que muchas veces había visto al ciudadano entrar e salir y hacer

110.- Tempestades, tormentas.

111.- Puglia, región marítima de Italia.

otras muchas cosas disolutas (que a mí no conviene decir), parecióle a Manucio cometer gran traición si no descubriese un tal y extraño caso a su amigo, para que nadie tratase de su honra. De manera que se determinó de todo punto contar el caso, y para mejor tratallo le convidó un día a comer, y al fin de la comida le dijo así:

—Dimitrio, compadre mío: vos sabréis, si no me engaño, que yo os amo y amaré mientras que el espíritu gobierne este mortal cuerpo, y no habrá cosa, por ardua que fuese, que yo no la haga. E así, si os da gusto, os contaré cosas admirables de que estaréis espantado, aunque dello no rescibiréis contento alguno. Mas, si vos sois sabio, prudente, como yo creo, refrenaréis el furor para que mejor conozcáis la verdad.

Respondió Dimitrio:

—¿No sabéis, señor Manucio, que vos podéis comunicar conmigo sin escrúpulo alguno? ¿Habéis por dicha muerto¹¹² o cometido algún delito? Decídmelo: no dudéis, que cierto os ayudaré con toda mi hacienda, vida e honra.

Respondió Manucio:

—Compadre mío: yo no he muerto alguno, mas otro mata vuestra honra e fama.

—Hablame claro —dijo Dimitrio—, no me tengáis suspenso con vuestras obscuras razones.

—¿Queréis que os lo diga muy claro? —respondió Manucio—. Escuchad con atención e sabréis como vuestra querida Policena, mientras vos estáis en vuestros naufragios, largos viajes e molestas peregrinaciones, duerme todas las noches con un cierto ciudadano y con él se da muy buena vida.

—¡Válame Dios! —dijo Dimitrio—. ¿Cómo puede ser eso, pues sé cierto que me ama más que a sus ojos, y jamás me despedí della que no me hinchese mis barbas de lágrimas? Cierto que si lo viese, aún no lo creería.

Al cual respondió Manucio:

—Mirad, señor, e abrid los ojos del entendimiento, pues tenéis tan buen juicio; que yo me ofrezco mostrároslos y que con vuestros propios ojos los veáis, si lo hacéis y os regís por mi consejo y buena orden que yo os daré.

Respondió Dimitrio:

—Por cierto, señor Manucio, yo haga todo aquello que vuestro consejo ordenare a trueque de ver un extraño caso como éste.

—No cumple hacer otra cosa —dijo Manucio— sino que a vuestra mujer le mostréis muy buena cara y la regaléis mejor que hasta aquí ni le deis a entender cosa alguna de congoja. Pues estáis de camino, fingid embarcaros en la nave y veníos a mi casa derecho, sin que nadie os conozca ni sepa vuestra pasión, y de esta manera veréis y conoceréis lo que digo ser verdad.

Venido el día que Dimitrio se había de partir, hizo a su mujer muchos regalos. Encomendándole la casa y dándole orden de su buen gobierno se despidió, y fingiendo embarcarse, escondidamente se fue a la posada de Manucio. Y fue tanta su ventura, que en espacio de dos horas se levantó una fortuna y borrasca en el mar que parecía el cielo venirse abajo con gran tormenta.

112.— Parece faltar 'alguno,' pero en textos de la época se lee 'muerto' como 'matado, asesinado.' Ej.: ¡Confesión, que me han muerto!

Bien sabía el amigo la partida de Dimitrio, y no temiendo la obscura y tenebrosa noche, a la hora acostumbrada, con la seña vieja que ellos tenían, Policena le abrió la puerta, y dadas las manos se fueron en un aposento donde acostumbraban sus libidinosos apetitos y carnales vicios.

Todo esto veía Dimitrio por un agujero que Manucio para esta ocasión había hecho en una pared que a su propia casa salía. Al cual dijo:

—¿Qué os parece, señor Dimitrio? ¿Conoceréis agora ser verdad todo lo que yo os decía? Estad de buen ánimo, que si vos queréis yo os daré remedio de amigo y entonces haréis lo que mejor os pareciere. Lo que agora os cumple es que vos vais por estas calles y con el primer pobre que encontréis trocadle esos vestidos vuestros con los suyos, aunque muy viejos sean; y luego os ensuciaréis las manos y cara con lodo y contrahaciendo la voz llegaréis a vuestra puerta fingiendo ser un miserable pobre. Demandad por amor de Dios que os den posada, aunque sea en el pajar, porque llegáis agora de camino y con la tempestuosa noche no halláis posada. Por ventura, pues decís que vuestra criada es tan caritativa, se moverá a piedad y viendo el cruel tiempo os dará en casa donde durmáis, y desta manera veréis lo que tanto deseáis.

Luego Dimitrio puso en efecto lo que su amigo le había aconsejado, y fue a su posada aquella misma noche, con aquella tempestad y fortuna de agua, y llamando a la puerta dos o tres veces dando crueles gemidos, se asomó a la ventana la criada y dijo:

—¿Quién llama a esta hora a la puerta?

Respondió el pobre Dimitrio:

—Señora: yo soy un pobre viejo caminante que por la tempestad de la obscura noche he llegado en esta tierra y no hallo posada ninguna. Por amor de Dios me deis un pajar o algún poco de lugar en vuestra caballeriza para descansar esta noche.

La moza movida de piedad, rogó a su ama que por amor de Dios albergara un pobre viejo, porque hacía gran tempestad y no tenía el cuitado donde acogerse para que se enjuga, aunque no fuese sino por andar su señor peregrinando por el mundo y por ventura se hallaría en alguna necesidad. De lo cual fue muy contenta Policena, y dijo:

—Ábrele, por que te ayude a asar esas gallinas y perdices.

Luego la criada abrió la puerta y metió al pobre en la cocina, donde estaban los dos enamorados calentándose, abrazados ambos a dos. Cuando vieron al pobre viejo enlodado, mojado e roto, cada uno le daba un apodo y se reía dél, y llegándose Policena a él, dijo:

—Hermano: ¿cómo os decís?

Respondió el pobre:

—Señora: yo me llamo Bienveo.

Oyendo esta respuesta, los dos, que bien se amaban, rieron tanto que casi no pensaron acabar aquella noche, y abrazándose con el galán, dijo Policena:

—¡Válame Dios. ánima mía! ¿Qué tenéis? ¿Por qué no os dejáis besar, que toda esta noche estáis triste y desabrido y mustio?

Contemplad, hermosísimas damas, el dolor de Dimitrio cuando en su presencia se hacían tales excesos.

Llegada la hora de cenar, la criada puso a los señores la mesa, sirviéndoles con muchos y diferentes manjares, frutas e conservas y delicados vinos. Estaba el pobre Dimitrio en este íterin muy triste y afligido, al cual dijo la benigna criada:

—Padre mío: no estéis triste. Holgaos, que en buena casa estáis. ¡Ay del pobre señor!, que anda luchando con las soberbias olas del mar y con la enemiga fortuna de la tierra, pasando malas noches y peores días, y su traidora mujer se da buen tiempo holgándose con sus amores y maldiciendo al cuitado marido sin razón; que cierto es un hombre tan de bien que no meresce tal traición como esta mujer comete, pues no le falta nada de cuanto quiere y puede pedir; y mira tan poco por su honra, que fácilmente se ha dejado engañar del falso amor, a la cual dará el pago que suele. Andad acá conmigo poco a poco, sin hacer rumor, y veréis por entre la puerta los insultos y traiciones que estos dos hacen y el poco respecto que en la mesa tienen.

Luego que llegaron a la puerta escuchó Dimitrio, y vido las ceremonias de amor que los dos hacían. Venida la hora de descansar, ambos a dos se fueron a la cama amorosamente razonando, y en el aposento donde dormían había una ventanilla baja por donde fácilmente Dimitrio los vía y oía las razones y pláticas que dél trataban. Y en toda la noche el viejo no pegó sus ojos, porque la imaginación era tan grande y el cuidado no menor que le fatigaba.

Venida la mañana, el pobre viejo fingió estar contento y del molesto trabajo descansado, y agradeciendo la buena obra se despidió sin ser conocido de persona alguna y se fue a casa de Manucio, el cual sonriéndose, dijo:

—Compadre ¿cómo andan los oficios? ¿Habéis visto por ventura lo que no creíades?

—Sí por cierto —respondió Dimitrio—, que jamás creyera tal. Mas pues así lo quiere mi dura suerte, abrazarme he con la paciencia.

Manucio dijo:

—Compadre: tomad agora estas mis ropas y lavaos bien vuestra cara y poneos en orden sin perder tiempo. Andad a vuestra casa fingiendo que el crudo y tempestuoso tiempo no os ha dejado salir del puerto. Y mirad que estéis alerta por que el amigo no se os huya, que estando vos en casa, al punto que él os sienta ha de procurar esconderse en algún secreto lugar aguardando coyuntura para salirse. Y vos en este ínterin enviaréis a llamar los parientes de vuestra mujer rogándoles se vengan a comer con vos porque tenéis negocios importantes que tratar con ellos. Y teniendo vos el amigo encerrado, fácilmente haréis vuestra voluntad.

Paresciéndole bien a Dimitrio el consejo de su compadre, se desnudó los pobres vestidos y se puso los que su compadre le había dado y fuese a su casa. Llamando a la puerta, se asomó la criada a una ventana. Conociendo ser su amo, fue corriendo al aposento donde aún estaba Policena con su querido amigo acostada, a la cual dijo:

—Señora: levantaos presto, que mi señor es el que llama a la puerta.

Luego se desmayó Policena, y perdida gran parte de los sentidos, lo más presto e mejor que pudo escondió el desnudo amigo en un arcaz donde tenía gran parte de sus preesas preciadas, y con una ropa¹¹³ vestida, descalza e casi sin sentido fue corriendo a su marido diciéndole:

—¡Oh marido mío, vos seáis muy bienvenido!, que cierto, puesta mi imaginación en vos, no he podido cerrar los ojos toda la noche pasada ni el día he podido descansar siquiera un rato, porque la tormenta grande del mar y fortuna de la tierra me ha afligido y puesto en gran congoja pensando en vuestra ausencia y peligro de vida. Mas bendito sea Dios, pues os ha traído en salvamento.

Luego que Dimitrio entró en el aposento, los ojos bajos, triste y sin contento, dijo:

—Policena: yo no he podido dormir esta noche con la gran fortuna que me ha corrido, y cierto querría reposar un poquito, si pudiese. Y mientras, vaya esa moza a casa de vuestros hermanos y dígales de mi parte que les suplico se vengan a comer conmigo.

Respondió Policena:

—Por vida vuestra, señor Dimitrio, no sea hoy el convite: dejaldo para otro día, porque agora llueve y la moza está ocupada en la lejía.¹¹⁴ Por ventura mañana hará mejor tiempo y se convidarán.

Respondió Dimitrio:

—Si mañana abonanza el tiempo me tengo de partir.

—No tenéis razón —dijo Policena— de partiros tan presto, pues venís tan cansado. Pero si os da gusto no comer solo, llamemos a Manucio que venga a comer con vos.

Respondió el marido:

—Vos decís muy bien, porque le quiero mucho, pues ha hecho tanto por mí.

Luego le enviaron a llamar, y le rogó Dimitrio que secretamente fuese en casa de los hermanos de su mujer y de su parte los convidase y se viniesen todos juntos. Esto hizo Manucio como hombre que ya estaba en el punto. Luego vinieron los cuñados y dieron orden a la comida, aunque no con la voluntad de Policena. Acabada la comida, dijo Dimitrio:

—Señores cuñados: yo no os he mostrado las galas de mi mujer ni servicio de casa¹¹⁵ en todo este tiempo que nos conocemos. Agora, si sois contentos, os quiero mostrar las preseas, joyas e ropas de Policena —y esto¹¹⁶ no sin misterio.

Y levantándose todos juntos de la mesa, se fueron mano a mano por las cámaras, donde les mostró mucho trigo, leña, bastimentos y mercancías (que en casa del duque de Venecia no se podía hallar mejor provisión). Luego mandó a su mujer que sacase las joyas que tenía, y así, sacó una caja de orientales perlas y preciosas piedras, de lo cual los hermanos holgaron mucho, y dijo Dimitrio:

—¿Qué os parece del tratamiento y vida de vuestra hermana?

Ellos respondieron:

—Señor: bien sabemos la vida que a nuestra hermana dais.

También le mandó abriese las arcas de los vestidos, al cual Policena respondió:

—Señor: no seáis tan fastidioso, que mis hermanos no han de sacar nada por ver mis ropas. Baste lo que han visto.

Dimitrio, enojado, respondió:

—Abrid todas estas cajas una a una, porque, si no, abrasarlas he, y a vos con ellas.

Luego Policena, fingiendo contento, alegremente las abrió y sacó las ropas, pero cuando llegó a la última arca, que a trasmano¹¹⁷ estaba, fingió habersele perdido la llave. A la cual dijo Dimitrio (no sin malicia, porque bien sabía dónde estaba el cuitado amigo, que su fiel criada le había informado del secreto):

—No cumple disimular, señora Policena; que ella se ha de abrir o yo la he de descerrajar.

114.— Colada.

115.— Ajuar.

116.— Se sobreentiende 'lo dijo'.

117.— Apartada.

Todavía Policena afirmaba no tener la llave, y Dimitrio con un martillo la descerrajó, donde hallaron al cuitado amigo temblando, desnudo e con gran vergüenza. Cuando los hermanos de Policena vieron la gran traición quedaron muy espantados, y movidos de una rabiosa e repentina ira quisieron matar a entrambos a dos; mas Dimitrio no consintió. A los cuales dijo:

—Señores: reportaos y sosegad vuestro corazón, que cierto no es valentía ni grandeza matar a un hombre sin armas, desnudo y rendido, aunque fuese mayor traidor que éste —y volviendo la cara a sus cuñados, dijo—. ¿Qué os parece, señores, desta malvada hembra? ¿Qué le faltaba en mi casa, pues en ella tenía puesta toda mi esperanza y afición? ¿Merezco yo que con tal traición se me pague una buena obra? ¿Hay razón en el mundo ni ley que consienta dejar ésta con vida?

La cuitada, que no tenía disculpa por haberla hallado con el hurto en las manos, nada respondía, y Dimitrio les contó la historia de la noche pasada, y al adulterino amigo con feas palabras le castigaba. Y Dimitrio le mandó que se desnudase la camisa, y los cuñados le daban al pobre amigo muchas coces, azotes y empujones. Y Dimitrio le dijo:

—Sólo quiero vengarme en ti; no con muerte, sino así como estás te vayas delante de mí,¹¹⁸ porque no será razón ensuciar mis manos en una tan vil sangre por una malvada hembra.

Luego le abrieron la puerta, y los cuñados iban tras él dando gritos, las espadas desnudas. Y Dimitrio dijo a sus cuñados:

—Señores: tomad vuestra hermana y llevadla donde os diere gusto, porque yo os doy palabra y juro de no vella más con mis ojos en toda mi vida.

Los hermanos tomaron la sin ventura Policena y la llevaron a su casa, donde secretamente le dieron una cruel muerte y en un secreto e profundo pozo la metieron.

No pasaron muchos días que Dimitrio, atenta la fidelidad de Felicia su criada, se casó con ella, a la cual hizo presente y donación de toda su hacienda agradeciéndole mucho la misericordia que dél tuvo la noche de su fortuna. Con la cual se holgó muchos años en larga paz y contento.

— o O o —

Luego que Ariana dio fin a su fábula todos a una notaron la virtud y constancia del deshonorado Dimitrio, pues tenía delante a su enemigo y de su vida no quiso triunfar, habiendo sido de su deshonor ocasión. No fue menor el miedo del cuitado adúltero, pues en carnes se fue por medio de las plazas y calles reales temblando avergonzadamente.

Viendo la señora Lucrecia las varias pláticas e diferentes razones que entre las damas y galanes se trataban, mandó a Ariana que procediese con su enigma. La cual alegremente dijo:

VERSOS

Decidme si sabéis, por aventura,
¿cuál es aquel varón tan desdichado
que en nombre de mujer lo han transformado,
perdiendo el primer ser y su figura?
Y no contentos desta desventura,

118.— De mi vista, de mi presencia.

le dan otro martirio con el fuego,
mudándole aquel nombre en otro, luego
dispone dél al punto la criatura.

Este qués cosa y cosa pareció a todos muy obscuro, y no podían imaginar su verdadera significación. Porque eran diferentes los pareceres y ambigua la general resolución, todos rogaron a la hermosa Ariana fuese contenta de sacallos de aquella duda. Y sonriéndose, dijo:

—Gentiles caballeros y hermosas damas: mi qués cosi y cosa no significa otra cosa sino el trigo, pues pasa tantos martirios para venir en forma de pan. Y vemos primero tener nombre «trigo», y luego le mudan el nombre y forma en «harina». Después pierde este propio nombre¹¹⁹ de «harina» y cobra otro, que es «pan», del cual dispone, o por mejor decir, come la criatura después de cocido en el horno.

Este enigma declarado de la sabia y hermosa Ariana fue de todos estrañamente notado, y gran parte de los caballeros y damas lo encomendaron a la memoria. Acabada la última fábula y el dulce fabular de la primera noche, mandó la señora Lucrecia que danzasen una pavana¹²⁰ y encendiesen las hachas para que los caballeros se fuesen a sus posadas; con esta condición: que la siguiente noche al honesto colegio volviesen, so pena de su desgracia si algún caballero faltase.

119.– Orig.: 'nobre' (57r).

120.– Orig.: 'paua-' (57r).

NOCHE SEGUNDA

HABIENDO Febo metido sus doradas ruedas en las saladas olas del Océano mar, y sus rayos no daban ya claridad a nuestro hemisferio, y su cornuda hermana las oscuras tinieblas con su clara luz expelía y señoreara el universo, y las vaguíferas¹²¹ e resplandecientes estrellas con su clara luz el alto cielo habían pintado, cuando la honesta e dulce compañía al lugar acostumbrado concurrió, y sentados todos por el acostumbrado orden que en la pasada noche habían tenido, la señora Lucrecia mandó que las cinco damas que quedaban segundas en. También mandó a Trivigiano que escribiese los nombres de las damas y los metiese en el vaso de oro, para que cada una por su suerte, como antes se había hecho, fabulase. Trivigiano obediente a lo que la hermosa Lucrecia mandó, salió por suerte, primera, Isabela; segunda, Flordiana; tercera, Leonor; cuarta, Ludovica, y la quinta fue Vincencia. Las cuales al son de una arpa y otros instrumentos hicieron su danza, pavana y psaltarelo.

Acabada su concertada danza todas se sentaron, y las cinco damiselas con amorosas e angelicales voces la siguiente canción cantaron:

VERSOS

Aquel es limpio amor, loable, honesto,
 que haciendo en el alma eterno asiento,
 por más que crezca el fuego y el tormento
 jamás muestra deseo deshonesto
 y si espera, conforme prosupuesto,
 de no ofender con obra o pensamiento
 a la fama, valor, merescimiento,
 de aquella en quien la fe constante ha puesto.
 Y si el fuego tuviere tanta fuerza
 avivando de limpia resistencia,
 que consuma y acabe al tierno amante,
 como al morir la viva fe no fuerza,
 muriendo por no errar, clara experiencia
 será de honesto amor, limpio, constante.

Ya habían acabado la suave canción cuando Isabela (a quien por suerte había tocado el primer lugar de la segunda noche), con alegre rostro, a su fábula dio principio diciendo así:

121.- Vagantes, errantes. Orig.: 'vagíferas' (57v).

ARGUMENTO: Galeote,¹²² rey de Inglaterra, tuvo un hijo que del vientre de su madre nació en forma de puerco; y casado tres veces, por cierta aventura se quita el hediondo pellejo y queda en la humana forma un mancebo gentil, hermoso y bien dispuesto, el cual coronado y elegido por rey, se nombraba «el Rey Puerco».

FÁBULA PRIMERA

HERMOSO y sabio auditorio: no hay lengua, por elegante y facunda que sea, que pueda declarar e dar a entender lo mucho que debe el hombre a su Criador por habelle formado a su divina semejanza, y no contento con esto, le hizo señor de todo lo que en este corruptible mundo crió. En este propósito se me ha ofrecido una fábula, en nuestros tiempos acaescida, de uno que del vientre de su madre nació puerco, y después, por cierta aventura, quedó en humana forma y de todos fue llamado «el Rey Puerco».

Sabréis, pues, elegantes y hermosas damas, que Galeote, rey que fue de Inglaterra, en bienes temporales muy rico, tuvo por mujer adoptiva una hija del rey de Hungría llamada Ersilia, la cual de belleza, virtud e cortesía era extremo entre todas las damas de aquel reino.

Sucedió en gran tiempo esta Reina no empreñarse, de lo cual los Reyes estaban descontentos. Andando en este tiempo Ersilia cogiendo flores en un huerto donde ella se recreaba, y sintiéndose muy cansada, se sentó en un lugar donde había gran¹²³ diferencia de flores y olorosas yerbas, y con la gran suavidad e dulce armonía de los pájaros que allí sonaban se adormió. Y en este ínterin pasaron volando por el aire tres airadas hadas, las cuales viendo adormida a la hermosa Reina, se pararon contemplando en la gran belleza y extremada hermosura de Ersilia y entre ellas determinaron inviolalla,¹²⁴ y no contentas con esto, la encantaron.

Ya¹²⁵ estaban las tres hadas de acuerdo y en un parecer conformes, la primera dijo:

—Yo quiero que la primera noche que ésta duerma con su marido se empreñe, y della nazca un hijo que en hermosura no se halle segundo.

La segunda dijo:

—Yo quiero que nadie la pueda ofender, y que de ella nazca un hijo que en hermosura, gentileza e virtud no se halle otro en el mundo.

La tercera dijo:

—Yo quiero que ésta sea la más sabia e rica mujer que jamás se halle otra segunda, mas que el hijo que concibiere nazca en natural forma e figura de un puerco. Y no solo esto, sino que en los gestos e visajes le sea conforme, y deste hado no sea desencantado si primero no se casare tres veces.

Despedidas las tres hadas Ersilia recordó, y tomando las flores que cogido había, con mesurado paso a su aposento se fue.

122.— ‘Galeotto’ en la versión italiana.

123.— Orig.: ‘gaan’ (48v).

124.— Conservarla incorrupta.

125.— El Traductor lo emplea como ‘ya que’.

No pasaron muchos días que Ersilia se empuñó, y llegada la hora del deseado y doloroso parto parió un hijo, los miembros del cual no eran humanos, sino naturalmente de puerco. Llegado el monstruoso caso a noticia del Rey (a los mejores juicios remito el dolor que los Reyes recibirían), y por que el parto no redundase en perjuicio de la Reina (que en posesión de muy sancta e bien casada estaba), el Rey muchas veces determinó de matalle y muy secretamente echarle en el mar: pero grandes e diversas eran sus imaginaciones, y a lo último determinó criar aquel monstruo proponiendo ser proprio, engendrado y hijo natural suyo. Y postpuesto aquel mal propósito, abrazando la piedad mezclada con el dolor, consintió fuese criado no como bestia, mas como racional.

Y como el lechoncillo tierno sintiese el regalo, amorosamente y con halagüeños gruñidos se llegaban a su madre, levantándose en dos pies se metía en su regazo y con la sucia y hedionda trompa se llegaban a los cristalinos pechos, regalándose de la manera que los tales animales suelen hacer. Mas la piadosa madre así lo regalaba como si racional criatura fuera, y poniéndole las manos sobre el peloso y áspero lomo lo abrazaba e besaba no de otra manera que si fuera la más linda criatura del mundo, y llegándose el porquezuelo a la piadosa madre la cola retorcida, estregándose en las faldas de sus preciadas ropas mostraba rescebir gran contento.

Ya era el monstruo animal algún tanto crecido cuando comenzó humanamente a hablar y andarse por la ciudad, donde estaban las inmundicias, lodos y hediondas basuras, como los tales de costumbre tienen. Después, así sucio e hediondo, se tornaba a su casa, y llegándose a sus padres gruñendo se estregaba en los ricos paños, dejándolos llenos de estiércol. Todo esto le consentían como a hijo natural.

Pasado cierto tiempo sucedió venir un día muy sucio, e puesto en el regazo de su madre, gruñendo le dijo:

—Madre mía: yo querría casarme.

Oyendo esto la madre, le respondió:

—¡Oh loco, sin natural juicio! ¿Es posible que tal pretendes? ¿Quién te ha de querer a par de sí,¹²⁶ ni aun mentarte en su boca por marido, siendo un hediondo¹²⁷ puerco?

A la cual respondió, muy enojado, que en todas maneras le diesen mujer.

Metida la Reina en esta confusión, no sabía determinarse, y dijo al Rey:

—Señor: ¿qué os parece que hagamos deste nuestro hijo, que ya me pide mujer? Cierro yo no puedo imaginar cuál mujer haya en el mundo que tal admita por marido.

Y volviendo otra vez a su madre, gruñendo y en alta voz le dijo:

—Señora: dadme mujer.

Al cual respondió la piadosa Reina:

—Calla, hijo mío, que ya daremos orden a ello.

Y más alto respondió:

—Yo quiero casarme, y no callaré hasta tanto que me den por mujer aquella doncella que yo he visto hoy, porque a mí me da gusto y me pareció muy bien.

Esta doncella de quien el puerco estaba enamorado era hija de una pobre mujer, la cual tenía tres hijas que en hermosura y belleza excedían a todas las demás del reino. Enten-

126.— A su lado.

127.— Orig.: 'hedionda' (60r).

diendo esto la Reina, luego envió a llamar a la dicha mujer, y que juntamente trujesen la hija mayor que tenía, a la cual Ersilia dijo:

—Madre mía: yo sé que estáis pobre y con muchos hijos. Si vos sois contenta, presto seréis socorrida y puesta en extremo de honra, porque la cruel Fortuna me ha sido madrastra y por hado me dio un hijo que de mi vientre salió en natural forma de puerco. Yo le querría casar con vuestra hija la mayor, si entendéis que natural voluntad os mueve a conocer ser mi hijo; pero si el juicio vuestro es tan flaco que dudéis en lo que os digo, sed constante y tened fe en mi palabra; que éste, aunque Naturaleza monstruosamente le crio, cierto es mi hijo, salido de mis entrañas. Y no le perdáis el respecto por verle en esta forma, antes le conservad y tened en mucho, como a hijo¹²⁸ de tales padres; que cierto, si Dios le conserva en este siglo, él será rey de toda esta provincia y tierra que a nuestra corona es subjecta.

Oyendo estas palabras la hija, en extremo se turbó. Perdiendo aquel color que la natural vergüenza e virginal empacho suele sentir, quedó su rostro coma la rosa; pero forzando su vergüenza con la obligación respondió que no consentía de su voluntad; mas si de poder absoluto Su Majestad la forzaba, que ella postponía su libertad. Y así, buenas palabras fueron terceras¹²⁹ para que la sabia doncella diese el sí.

Volviendo el puerco a su casa sucio y lleno de lodo, fue derecho a su madre, la cual dijo:

—Hijo mío: ya os tengo buscada mujer muy a vuestro contento.

Sintiendo el puerco el regalo de su madre, retorcijada la cola, erizadas las ásperas cerdas y fuertemente gruñendo y estregándose en las reales vestiduras mostraba el contento que rescibía. Luego la madre mandó llamar a la hermosa doncella, que ricamente estaba ya aderezada de estimadas preseas, preciadas joyas e orientales perlas, y puesta delante los Reyes, al puerco se la dieron por mujer. Y viéndola tan hermosa, gentil y de admirable belleza, alrededor de ella se andaba oliéndola e haciéndole las caricias que los tales animales suelen usar.

Viendo la dama las caricias deste hediondo animal que le ensuciaban las ropas y preciadas galas, y con los agudos colmillos las rompía, muy desdeñosa y airada lo expelía de sí dándole de puñadas y arrancándole los pelos.

Con el gran dolor que el puerco sentía,

—Mujer —dijo—: por qué me maltratas y me das tanto tormento? ¿Yo no te he hecho esas ropas y te las he dado?

La cual respondió muy airada:

—Ni tú ni tu bellaca y sucia casta me las dieron.

Llegada la hora de dormir, dijo la doncella:

—¿Qué tengo yo de hacer de este monstruo? ¿Para qué le quiero? Por cierto que cuando a éste le vea en el primer sueño, que le tengo de degollar por no vivir en tal fatiga.

El puerco, que no estaba muy lejos, bien oyó estas palabras, pero nada respondió; antes se acostó entre las blancas y olorosas sábanas hinchéndolas de hediondo estiércol, lodo y otras perversas basuras, y a su mujer se llegaba gruñendo y escarbando, y con los agudos colmillos rompiendo los lenzuolos mostraba a su mujer grandísimo regalo y amor, aunque dello no mostraba la zahareña y descontenta dama rescebir ningún género de gusto.

128.— Orig.: 'hijos' (60v).

129.— Mediadoras.

No pasó mucho rato cuando el puerco, con la demasiada fatiga que de acariciar su mujer había rescebido, se quedó adormido, y con el cuidado que tenía de dar fin y cabo de su marido, ella entre sí mesma hablaba e respondía. Vencida, pues, desta deliberación y puesta en el orden que a tal efecto convenía, el puerco recordó, y con las agudas navajas la hirió de tal manera que repentinamente murió. Y levantándose muy de mañana, según su natural costumbre, a pacer y bañarse por los hediondos lodos, parecióle a la Reina visitar a su nuera y saber de su comento.

Fuese a una cuadra, donde los dos habían dormido, y halló a la desdichada dama degollada. Volviendo el puerco a casa, reprehendido de su madre dijo haber hecho él la justicia que ella pretendía hacer y haberle pagado conforme a su merecimiento.

De allí a pocos días le vino en la imaginación de tornarse a casar con la segunda hermana desta desdichada dama. Lo cual estorbaba la Reina todo lo posible, considerando el infelice fin de la primera mujer. El puerco, que pertinaz y soberbio estaba, conocida la voluntad de su madre, dijo:

—Yo os prometo, si no se hace lo que he pedido, de revolver la tierra, y todas las cosas que pudiere haber ponellas en confusión y dar mal fin dellas. Por eso, procurad cumplir mi voluntad, que así conviene a mi contento.

Y oyendo esto la Reina, fue al palacio donde el Rey estaba, al cual contó la voluntad y pretensión de su hijo. A esto respondió el Rey:

—Parésceme señora ser menor mal matalle que no esperar la gran confusión y ruina en que éste ha de poner el reino.

La Reina, que al fin era su madre y le tenía aquel natural amor de hijo, no consintió con el parecer de su marido por no quedar ajena de contento e sin hijo, aunque en monstruosa forma nascido; e así, mandó llamar a la pobre madre y que con la segunda hija ante ella viniese, y con ella secretamente trató el casamiento con más temor que voluntad.

Ya estaban los dos casados, mas en las voluntades no conformes, de donde sucedió el proprio fin y muerte que a la primera, y secretamente se salió de casa a su acostumbrado ejercicio; y metido en este deseo de casarse, porque así convenía y estaba determinado entre las Parcas,¹³⁰ se volvió a su casa a la hora acostumbrada, mas siempre venía tan hediondo, que en sólo su mal olor conocían cuándo entraba o por dónde andaba. El cual fue de sus padres con feas palabras castigado y del cruel delicto reprehendido, amenazándole con ignominiosa muerte si en tal caso reincidía. A los cuales respondió y dio por descargo haber hecho lo que ellas pretendían hacer dél.

No pasó mucho tiempo que el horrendo monstruo habló con su madre y de veras propuso tornarse a casar con la tercera hermana (que la más hermosa de todas era), y como la demanda le fuese negada, él con astucia y asidua diligencia¹³¹ lo procuraba, amenazando a sus padres con temerosos gestos, fuertes gruñidos y crueles tenazadas¹³² si por esposa no se la daban.

Considerando la Reina aquellos feos visajes, villanas palabras e airadas razones que su hijo les decía, sentíalas tanto la madre, que cuasi venía en término de perder el juicio;

130.— En la versión italiana no se mencionan: 'il porco la uccise, come la prima, e di casa tostamente si partí. Et ritornato a l'ora debita'

131.— Orig.: 'diliengcia' (62v).

132.— Bocados, mordiscos.

pero mezclando el materno amor con el colérico enojo, y como lo más prive a lo menos, mandó llamar la Reina a la afligida madre y que juntamente trujese su tercera hija (que sola quedaba), llamada Meldina. Dijo:

—Yo quiero y soy contenta que tú tomes a mi hijo el puerco por esposo. Y no temas, que si tú sabes contentalle, tú serás la más dichosa mujer que hoy se halle en el mundo, y tanta será tu fortuna felice cuanto fue contraria de tus hermanas por su mal gobierno.

A la cual Meldina con mesurado rostro respondió ser dello muy contenta. Y agradeciendo tanta merced como se le hacía en aceptarle por mujer de una persona tan principal como era su hijo, y agradeciendo a la Fortuna la vuelta dichosa que a su rueda había dado, pues de pobre mujer la había puesto en tan alto estado, sintiendo la Reina la buena voluntad de la graciosa doncella no pudo abstener las lágrimas de contento, aunque no dejaba de temer el desdichado fin que de las demás¹³³ había visto.

Y vistiéndose la nueva esposa de preciadas ropas e admirables joyas que Ersilia le había presentado para las reales bodas, entró el puerco más hediondo y sucio que nunca se vido. La esposa benigna e amorosamente le recibió, abrazándole y haciendo otras caricias que los tales desposados suelen. Contemplando la Reina en la virtud e nobleza desta dichosa dama, le dijo:

—Hija mía Meldina: besadlo y abrazadlo; no tengáis temor. Mirad que estáis en un punto de ser la más valerosa mujer que jamás se ha visto.

Mas como Naturaleza haga su oficio, sentía la hermosa Meldina gran disgusto en hacer lo que la Reina le decía, a la cual respondió:

—Sacra Majestad: tres cosas he oído contar y cierto me parecen muy verdaderas, La una es ser gran locura procurar lo imposible; la segunda, que no a todas cosas se debe dar crédito; la tercera es un proverbio muy antiguo y digno de tener en la memoria: «Más vale pájaro en mano que buitre volando».

El señor puerco, que atento estaba a lo que decía, aunque tendido en tierra haciendo del dormido, se levantó en pie; llegándose a la hermosa dama, le daba con la sucia trompa en el pecho y con su áspera lengua la hermosa cara le lamia, y cercándola alrededor, de cuando en cuando se estregaba en las recamadas ropas y hacía otros extremos, de que la sabia doncella rescibía no pequeño espanto.

Ya era llegada la hora del dormir cuando Meldina, acompañada de muchas dueñas y doncellas, se despidió de la Reina para irse acostar. Y pareciéndole a Meldina ser caso muy feo acostarse sin su marido, se entretuvo un rato en la conversación de las damas tratando el modo en que se había de gobernar con su marido. Apenas se había sentado¹³⁴ Meldina cuando entró el puerco, hediondo, sucio y lleno de estiércol; echando espumajos por la boca, los ojos bermejos, torcida la cola, dando quijaradas se llegó a la hermosa Meldina. La cual con amorosas palabras, alzando una rica colcha y blancas sábanas le acostó, y llegándose a él le rescibió en sus brazos besándole y tentándole sus ásperas y pelosas carnes. También mandó cerrar las cortinas, por que el frío no le diese fastidio, y ansí, los dos se quedaron dormidos.

133.— Orig.: 'damas' (63r).

134.— En el lecho, se entiende.

Venida la mañana, el puerco se levantó a su acostumbrado pasto, dejando la carpa hedionda, sucia y llena de basura, y no menos a la hermosa dama. Cuando la Reina sintió el rumor y el hediondo olor le daba fastidio conoció estar ya levantado su hijo, y fue al aposento entendiendo ver a la hermosa Meldina en el estado que a sus desdichadas hermanas había visto. A la cual halló alegre y contenta (aunque no muy limpia), y dello dio gracias a Dios, agradeciéndole el don concedido a su amado hijo por haberle dado mujer a su gusto.

No pasó gran rato cuando el puerco vino en conversación con su amada Meldina, a la cual dijo con amorosas palabras:

—Mujer mía muy amada: si yo entendiese que tu hermosura había de condescender con mi afición, yo te descubriría un secreto, muy alto, que hasta agora le he tenido muy oculto porque mi desventura y desgracia me forzaba a ello. Mas yo te he mirado, y juzgo con mi entendimiento, y no me engaño, que más se debe fiar de ti, pues has forzado tu misma voluntad y vencido tu miedo, triunfando con tu animoso corazón. Y porque cierto conozco me tienes grande amor, respóndeme si eres contenta de sabello.

Meldina respondió:

—Señor mío: yo no quiero de vos más de lo que me hiciéredes merced; y si sois contento de manifestármelo, yo os prometo el secreto hasta tanto que vuestra voluntad sea contenta.

Confiado el marido en las palabras de su querida mujer se quitó delante della el hediondo pellejo, quedando en la forma de un hermoso y gentil mancebo. Y toda aquella noche holgó con su querida Meldina, rogándole no le descubriese, porque le quedaba poco tiempo de cumplir con su fortuna, y que sola ella sería causa de su bien o de su mal usando del secreto cómo le rogaba. Luego se vistió el hediondo pellejo y se fue al lugar donde tenía de costumbre bañarse.

Remito a los mejores juicios el contento que Meldina rescibió cuando se vido acompañada de un mancebo tan gentil, dispuesto y hermoso, y así, proseguía su contento de amor cada noche.

Pasados pocos días Meldina se empreñó, y llegado el día del deseado parto parió un hermoso infante, con el cual los Reyes rescibieron gran contento por verle en la forma humana.

Paresciple a Meldina ser cosa injusta tener guardado un secreto tan alto a sus suegros, y estando un día en conversación, secretamente les dijo:

—Prudentísimos reyes y señores míos: yo creí estar casada con una fiera bestia y cierto vivía engañada, porque me habéis dado por marido el más lindo hombre y más gentil que en el mundo se ha visto ni Naturaleza crió. Y cierto creed que cuando se viene a dormir conmigo se quita el abominable pellejo y queda en la forma más bella que en mi vida vi. Lo cual nadie bastaría a creer si con sus propios ojos no lo vee.

La Reina, creyendo que Meldina la burlaba, dijo:

—Hija mía, ¿cómo daríades orden para que yo lo viese?

Respondió la nuera:

—Vení esta noche a mi aposento muy secretamente, que yo os dejaré abierta la puerta y así veréis lo que digo ser verdad.

Venida la noche, esperando la hora que todos podrían dormir, la Reina y su marido fueron secretamente a la cama, donde halló al hermoso hijo en brazos de la dichosa

Meldina y el hediondo pellejo tendido en tierra. De lo cual holgaron estrañamente, y los Reyes no consintieron que en aquel horrendo vicio perseverase: tomaron el pellejo y secretamente le hicieron pedazos.

Fue tanta el alegría del rey Galeote, que fue causa de venir en una grave dolencia, como muchas veces acontece, y por que el reino no viniese en sediciones ni bandos mandó Galeote que luego alzasen por rey a su amado hijo, donde con alegres justas y reales triunfos fue coronado con esta condición: que siempre le llamasen «el Rey Puerco». Y así, vivió muchos años gozando de su querida Meldina y nuevo nombre, el cual muy discretamente y en paz gobernó su reino.

— o O o —

Cuando el sabio colegio sintió haber dado fin Isabela a su dulce cuento todos se rieron y se admiraron de la estraña ventura de Meldina e monstruoso caso del Rey Puerco. Luego la señora Lucrecia mandó a Isabela que con su enigma prosiguiese. La cual alegremente dijo en esta manera:

VERSOS

Dadme, señor, si vos sois contento,
lo que no tenéis ni habéis de tener.
Si cierto pensáis de lo poseer,
vivís engañado y fuera de tiento.

Luego que Isabela dio fin al ingenioso enigma todos quedaron admirados. Y no pudiéndose persuadir a la obscura significación, con amorosas palabras Isabela dijo:

—Ilustres caballeros y hermosas damas: mi qués cosi y cosa no significa otra cosa sino ésta: que una dama, siendo de edad para casar, dijo a su padre que le diese marido por estas oscuras palabras que yo os propuse. Y pues tan claros son vuestros juicios, cierto conoceréis tener ésta razón en pedir lo que su padre no tenía ni había de tener, porque el hombre no puede tener marido.

Estrañamente rieron la donosa exposición de Isabela, y por ser grande el rumor que en el honesto colegio se hacía, la señora Lucrecia mandó a Flordiana que en el honesto fabular secundase. La cual con vergonzoso rostro, puesta en el lugar señalado, dijo:

ARGUMENTO: *Filenio*,¹³⁵ estudiante, viene a Bolonia; fue engañado de tres hermosas damas, y con una fingida fiesta, de cada una dellas se vengó.

FÁBULA SEGUNDA

NUNCA creyera, valerosas damas, ni imaginara que mi señora Lucrecia me hubiera dado comisión para fabular sabiendo mi torpe estilo e poca frecuencia; mas forzando mi voluntad a su contento haré lo que soy obligada a decir: un cuento de mucho gusto. Y si por ventura mi molesto fabular no os contentare, suplicoos recibáis mi voluntad y deis culpa a la señora Lucrecia, pues se pagó de mi torpe rudeza y poca elegancia.

En Bolonia, nobilísima ciudad de Lombardía, madre de los estudios e acomodada de todas las cosas que a tal ciudad convienen, se halló un gentilhombre estudiante, el nombre del cual era Filenio, hermoso mancebo y muy enamorado. Sucedió en Bolonia hacerse una muy rica fiesta, a la cual fueron convidadas muchas damas particulares¹³⁶ y hermosas. Juntamente concurrieron muchos caballeros y estudiantes de Bolonia. Entre ellos vino Filenio, hombre muy enamorado,¹³⁷ y (como es costumbre de mozos) con todas las damas se requebraba, de lo cual las damas se holgaban y rescebían contento.

Acabada su conversación e amorosos requiebros, quiso Filenio danzar con una dama llamada Julia, no menos sagaz que hermosa, e no rehusando su suerte, con pasos muy graves salió¹³⁸ a danzar. En el ínterin que los instrumentos se templaban Filenio tenía a la señora Julia de la mano, y con voz muy baja le dijo:

—Hermosa dama: en particular debéis dar gracias a Dios, pues os hizo la más linda que mis ojos han visto —y apretándole la mano, hizo la señora Julia cierto melindre, a la cual dijo Filenio—. Ángel mío: no os espantéis, porque Amor fuerza a los hombres a hacer cosas sin término, y es tanta la afición que os tengo, que cierto me parece poco lo que hago. Y si con mi amor correspondéis, yo seré el más dichoso que en el siglo vive; si no, cierto que serán causa de mi muerte vuestros desfavores. E no será cosa justa señora mía, amándoos como os amo, dejéis de admitirme en vuestro servicio y dispongáis de mis cosas, aunque pequeñas a vuestro merecimiento.

Julia, que atenta había escuchado las amorosas razones de Filenio, mostró no haberlas entendido, y así, nada a su propósito respondió.

Acabada la danza, la sabia Julia se sentó, y el apasionado gentilhombre quiso danzar con otra dama. Y tomándola de la mano, como es costumbre, Filenio comenzó de requebralla diciéndole así:

—Cierto no hace al caso, gentil e hermosa señora, quereros dar yo agora a entender cuánta sea vuestra belleza, pues el espejo cada día os muestra la gran hermosura que a vuestro angelical rostro adorna y a vuestra gentil presencia ennoblece. Solo quiero daros a entender el amor que en mí reina sujetándome a vuestro servicio. Y gozaré siempre de

135.- 'Filenio Sisterna' en la versión italiana.

136.- Sin título de nobleza; pero también 'significadas, notables'

137.- Enamoradizo.

138.- Orig.: 'salia' (66v).

esta gloria hasta que el espíritu olvide mis humanos y desdichados miembros, siendo vos dello servida. Aunque injustamente me llamo desdichado, pues merecí estar delante de una diosa que tan de veras amo y por señora mía la pretendo obedecer.

La hermosa dama, que Casandra se decía, puesto caso que bien había entendido las ofertas y adulaciones del enamorado Filenio, nada le respondió. Y acabada la danza, sonriéndose Casandra, con las de demás damas se sentó.

No pasó gran rato que Filenio quiso danzar con otra dama, la más linda, gentil y de buen aire que en el sarao había. Con ella danzó un saltarelo. Era tanta la gente que a esta fiesta ocurrió, y el rumor tan grande, que Filenio tuvo lugar para hablar con su dama, a la cual dijo:

—Honestísima e no menos hermosa señora: cierto entiendo me tendréis por desvergonzado y de poco juicio, pues tan repentinamente os he descubierto el amor que tan de veras os tengo. Suplícoos no deis culpa a mi loco atrevimiento, sino a vuestra ocasionada hermosura, que no sólo a mí, pero a todos los mortales que de veras os mirasen a vuestro merecimiento rendiréis, y si el ciego Amor ante vos pareciese, en la misma moneda que a mí le pagaríades. Esta es la causa, señora mía, que me ha forzado para siempre teneros esculpida en mi corazón y en el altar de mi memoria adoraroa. Suplícoos, ángel mío, tenzáis misericordia del que por vos perderla mil vidas si se ofresciese.

La hermosa dama, que Medea tenía nombre, entendiendo las amorosas palabras del enamorado Filenio, no dejaba en cierta manera de aficionarse, pera considerando su honra ser de tanto valor, nada respondió a Filenio. Acabada su danza hico la usada cortesía, y con las demás señoras se sentó.

Estando todas tres juntas, secretamente tractaban del buen aire, linda gracia y curioso brío que en danzar tenían. La señora Julia dijo, casi haciendo burla:

—Señoras mías: yo quiero daros parte de un caso el más extraño que jamás se vio, y a mí me ha sucedido hoy.

—¿Qué es? —preguntaron las damas.

—Yo os lo diré —respondió Julia—. Sabed, señoras mías, que estando danzando me he hallado un nuevo enamorado, el más lindo, gentil y galán que en Bolonia se halló. Hame dado a entender con muy avisadas y amorosas razones ser vencido de amor por mi extraña belleza, y que de día y de noche ocupa su memoria y rinde su voluntad a mi servicio —finalmente les contó toda la historia como entre ellos había pasado.

Casandra y Medea, que por las palabras conocieron ser el proprio que a ellas se había ofrescido, diéronlo a entender a Julia, y entre ellas consultaron y conocieron ser palabras fundadas en falso amor e fingido querer, y entre ellas concertaron este extraño caso: que cada una le hiciese un engaño de tal suerte que no se le olvidarse al enamorado mancebo.

Acontinuando fue¹³⁹ Filenio en su requiebro, cuando a la una dama, cuando a la otra, entreteniéndolas con sus amorosas razones, y ellas, que bien entendían el humor de Filenio, entreteniánle diciendo:

—Señor Filenio: no os dejéis vencer tan de veras de Amor, ni tampoco desmayéis en vuestro contento, porque no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague. Ciertamente cuando no penséis, gozaréis de vuestros servicios.

139.- Orig.: 'que' (68v).

Estas palabras trataba en su memoria el enamorado Filenio, y de ellas colegia poder gozar del último punto de amor, si posible fuese. Pero no le sucedió conforme deseaba.

Julia, que no podía ya sufrir las amorosas palabras de Filenio, llamó a una criada suya muy donosa y no menos hermosa que su ama, a la cual impuso el modo con que había de proceder para dar a entender a Filenio el grande amor que Julia le tenía y cómo de veras deseaba serville.¹⁴⁰

Entendido el caso Filenio, no fue poco contento, y respondió a la criada:

—Andá, hija mía, y a vuestra señora daréis mis besamanos, y decidle de parte mía que me espere, que se cierto que su marido está fuera y sin impedimento alguno me puede hacer merced.

Cuando Julia sintió la embajada del enamorado mancebo mandó a una criada suya que fuese al huerto y le cogiese un gran manojo de cambrones.¹⁴¹ Púsolos debajo de la cama donde habían de dormir.

Venida la noche, Filenio tomó su espada y solo se fue a su requiebro, y con la señalada seña fue presto abierta la puerta. Ambos a dos habían amorosamente razonado cuando la señora Julia dio orden para acostarse. Apenas se había desnudado Filenio cuando el marido de la enemiga Julia llamó a la puerta, y fingiendo ella haberlos cogido el marido en fragante delicto, cautelosamente se amorteció, y no sabiendo a dónde esconder al desdichado amante, lo mejor que pudo le dijo:

—Señor: yo no hallo otra mejor remedio sino que os metáis debajo desta cama, y así placera a Dios que libremente escapéis deste peligro.

Considerando Filenio el grande peligro que se ofrescía de su vida, así desnudo se metió debajo la cama, donde tan cruelmente se espinó, que era un dolor ver sus ensangrentadas carnes abiertas, y cuanto más de las crueles espinas se defendía, mejor dellas era lastimado. No osaba el desdichado amator dar voces por que Alberto, marido de la señora Julia, no le sintiese y fuese causa de su muerte.

Considerad, ilustre auditorio, el punto en que el infelice Filenio se vido por su loco atrevimiento y grande inocencia.

Venida la mañana, el marido de Julia salió de casa y el pobre estudiante se vistió lo mejor y más presto que pudo; sin hablar con su dama se salió. Tanta era la sangre que del desdichado salía, que por donde iba dejaba señal. Iba tan ciego Filenio del miedo, que creyendo estar cerca de su casa dio en medio de la plaza, donde muchos muchachos al presente se hallaron, y dieron tras él a gritos, a zapatazos, hasta que le hicieron entrar en una caballeroza de un muy amigo suyo. El cual secretamente le llevó a su casa, donde adolesció, y vino casi en el último de su vida si no fuera por los grandes remedios y medicinas que le hicieron.

No pasaron muchos días que Filenio, con la recuperada salud, siguió su loca fantasía de amor con las otras dos damas Casandra y Medea. Fue tan solícito en su requiebro, que alcanzó hablar una noche con Casandra, a la cual dio a entender la amorosa pasión que de ella sentía y a su lastimado corazón fatigaba, en satisfacción de lo cual le suplicaba se doliese dél, pues tan de veras la amaba. La astuta Casandra, fingiendo agradecer el amor a Filenio y tener compasión de su amorosa fatiga, con palabras le entretenía; pero era tan

140.— Orig.: 'serviulla' (68v).

141.— Zarcas.

continuo en su proceder, que ya palabras no tenían lugar para escusar a Casandra, y así, secretamente le¹⁴² metió en su casa.

Ya estaban los dos amantes desnudos para acostarse cuando Casandra dijo:

—Señor: suplicoos os entréis en este aposento, donde tengo gran diferencia de olorosas aguas, cordiales conservas, sustanciales olores y rica confitura: de aquello que más os diere gusto podréis traer, para que antes que el perezoso sueño escuse la afable y dulce conversación hagamos colación.

El estudiante, que rendido estaba a la astuta Casandra, sin réplica alguna se entró en el aposento, donde estaba armada una trampa, y a pocos pasos el engañado Filenio puso el pie sobre una tablilla que Casandra con cierto arte tenía puesta para que las mozas no le diesen asalto en las conservas. Apenas Filenio se había afirmado sobre el pie cuando, sin reparo alguno, dio consigo en una bodega, que bien alta estaba, un gran golpe (y no peligroso, porque Casandra la tenía llena de sacas de lana). Y como el desdichado amante se hallase en aquel oscuro lugar, procuraba a tienta hallar la puerta o otro cualquier agujero para poderse salir, y como remedio ninguno hallase, maldecía la hora y punto en que nació y el momento que a Casandra conoció, pues tan mal gualardonó sus servicios.

Venida la mañana, vido por ciertos agujeros de la bodega entrar luz, los cuales, de muy antiguos e inusitados,¹⁴³ estaban llenos de hediondo y pegajoso moho, por donde, ora con las uñas, ora con los dedos, cavaba la húmeda tierra, y con gran trabajo hizo un agujero por donde apenas salió, y fue a dar a una calle no muy lejos de la plaza. Así desnudo y descalzo, con gran vergüenza e gritos de la gente, lo mejor que pudo llegó a su casa renegando de su corta ventura que en amar tenía, y más de Casandra, pues tan mal pagó su afición.

Medea, que bien había sabido las burlas de sus dos amigas, procuró no ser menos que ellas y hacerle otra burla muy buena por que se acordase de la noche del sarao.

Andando el tiempo, paseaba Filenio la calle de Medea haciendo del grave, mirando su sombra, puliendo su barba, con mesurado paso. Acertó a alzar los ojos donde su Medea estaba, y con alegre rostro e amorosas palabras le dijo:

—Cierta, señora mía, agora conozco lo mucho que debo a mi buena fortuna, pues me ha traído delante de quien tanto deseaba y por quien pretendo haber el galardón que un buen servicio espera.

Medea guiñándole con el ojo, dulcemente reía y con amorosas e halagüeñas palabras le contentaba, de manera que muchas veces le paseaba la calle, y ella le salía al encuentro a la ventana e le decía:

—En hora buena vea yo tan linda presencia, que cierto tengo cansados los ojos y gastado el sentido de contemplalle en mi memoria y retratalle en mi corazón, Ahora entiendo la poca fe de los hombres que en amar tienen y su ligero prometer ser falso, pues tan de veras se arrepiente el señor Filenio en darse por mío y tan tarde cumple la merced que me promete.

—¿En qué —dijo Filenio—, señora mía, os he disgustado? Decídmelo, porque de veras a mí mismo daría la muerte antes que dejar vuestro servicio, pues sin vos mi contento y vida poco vale.

142.— Orig.: 'les' (70r).

143.— Desusados.

Olvidado Filenio de los pasados infortunios, hacía muy poca cuenta de lo por venir. Así, continuando en su amorosa ronda e haciendo del apasionado, sucedió que Medea le envió una carta con una vieja alcahueta, en la cual le daba a entender ser grande su tormento, porque en cualquier hora o momento tenía la imaginación puesta en él; que le suplicaba fuese servido hurtar un poco del tiempo para hablar con ella secretamente, porque desta manera seria aliviada de tan gran tormento como a su corazón fatigaba.

Filenio tomó la carta. Creyendo las amorosas palabras que en ella venían y no el cauteloso engaño con que eran escritas, y desacordado de las pasadas injurias fue el más contento hombre del mundo, y en cada cantón, corrillo o conversación leía la carta, sintiendo la sustancia de ella ser amorosa. Y por mejor enterarse le respondió que si ella, como decía, le amaba y por amor dél sentía tormento, no vivía engañada, porque cierto estaba presto a lo que a su servicio tocase.

Leída la respuesta Medea, halló gran oportunidad para hacelle venir a su posada, donde con grandes sospiros, engañosas lágrimas y fingidas palabras le dijo:

—Filenio mío: no sé qué hombre sino tú me hubiera vencido y puesto en el término que agora estoy. Pero es tanta tu gentileza y tan grande tu merecer, que no sólo a mí, pero a todas las damas pondrás en el extremo que yo me veo.

Creyéndola el necio amator, dijo:

—Ánima mía: a mí me pesa que yo sea causa de vuestro disgusto. Pero si vos sois contenta, hacedme merced mañana en la noche, con una seña que os daré, abrirme la puerta para que yo haga experiencia de vuestro amor y dé crédito a vuestras palabras. Y lo mesmo haréis vos de mí.

Concedió la cautelosa Medea en la demanda de Filenio. Venida la hora de la seña le abrió la puerta y le metió en un aposento, donde le rogó se desnudase, porque su contento era dormir con él aquella noche, y cuando le tuvo desnudo le dijo:

—Alma mía: parésceme cosa injusta acostaros sin hacer colación —y metiole en una sala donde tenía una rica colación aderezada, y para mejorar su propósito le tenía un vaso de vino compuesto y mixturado para que fácilmente Filenio se adurmiese.

Acabada la colación, Medea le dio a beber, y Filenio alegremente, no considerando el engaño, lo bebió. Luego Medea le roció con odoríferas e instiladas aguas, y con perfumes al sueño aplicados le perfumó tanto que le encalabrinaba¹⁴⁴ los sentidos con la suavidad que del regalo sentía.

Cuando Medea vido su deseo haber llegado a buen fin y que Filenio dulcemente dormía, llamó a una criada suya muy hermosa que del engaño participaba, y ambas a dos le tomaron al desdichado de los brazos y piernas y quietamente le sacaron en medio de la calle, lejos de la casa un tiro de piedra.

Ya eran dos o tres horas del día y todavía Filenio suavemente dormía, de manera que la gente que le veía estrañamente se espantaban. En este ínterin acertaron a pasar dos condiscípulos suyos que juntos oían en las escuelas, y como le conociesen procuraron recordalle, pero estaba tan vencido que apenas volvió en sí, y cuando se vido desnudo y en medio de la calle, aturdido del gran frío de la noche, quedó imaginativo de verse en tal estado, porque creía estar al lado de Medea. Luego llevaron sus amigos a Filenio cubierto

144.— Orig.: 'encalabriaua' (72r).

con un manteo hasta su posada casi tullido del frío, y con el gran calor del fuego fácilmente recuperó su salud con la buena diligencia.

Puesto Filenio en el ser que primero era, imaginaba las pasadas injurias, e sin dar muestra de pesar fingió estar más enamorado que nunca de todas tres damas; cuando con la una, cuando con la otra, se requebraba con apariencia de perfecto amator, no dándoles a entender nada de lo pasado. Aunque cuando a la memoria se le venían las injurias rescebidas acordaba unas veces vengarse cruzándoles las caras, otras diciendo dellas en los corrillos; mas como considerase la grandeza¹⁴⁵ de las mujeres y su poca constancia y variedad¹⁴⁶ de entendimiento, coligió no ser cosa justa vengarse en ellas de aquel modo, y así, se refrenó.

Pero continuando en su acelerada fantasía vínosele a la memoria un caso en el cual la fortuna le fue favorable; y fue éste: que Filenio tenía en Bolonia alquilada una hermosa y grande casa donde tenía una sala no pequeña, en la cual determinó hacer una solemne fiesta, y para ella convidó muchas damas principales. Entrelas fueron Julia, Casandra, Medea, y como las mujeres sean amigas de fiestas, bailes, danzas y banquetes, concedieron en el ruego de Filenio no¹⁴⁷ acordándose de las injurias e ignominiosas afrentas contra Filenio.

Venida la hora de dar la colación que en los tales saraos se acostumbra, dijo:

—Señoras mías: suplícoos vengáis todas tres juntas secretamente conmigo donde diferentemente que a las demás os quiero convidar y hacer el regalo que amor me obliga y afición me fuerza, por que de veras entendáis mi voluntad no ser fingida y que a respecto vuestro se ha ordenado esta fiesta.

Las damas considerando que por haber allí tanta gente no se les perdería el respecto, fueron al aposento que Filenio las llevó, y cuando las tuvo dentro, mientras tomaban la confitura les cerró la puerta y dijo:

—Agora, malvadas hembras, os pagaré los regalos que me hecistes porque pretendí ser vuestro servidor. Holgaos, que no os tendréis envidia ni os reiréis de mi desdichada fortuna, antes lloraréis vuestro loco atrevimiento.

Oyendo las damas estas palabras quedaron más muertas que vivas, y a cada una le pesaba de la ofensa hecha contra Filenio, maldiciendo la hora y punto en que allí entraron, dándose la una a la otra la culpa por haberse fiado dél. El buen estudiante con airadas palabras y rostro severo las amenazaba, y les mandó que por cuanto se le hacía de mal privarlas de la vida por su honor, que luego se desnudasen en camisa. Oyendo estas palabras, fuertemente llorando hacían lástimas rogándole se le quitase el enojo y no probase su ira en tres mujeres rendidas a su voluntad, sino que mirase el punto en que estaban tenidas en Bolonia y lo mucho que perdían si se entendiese tal desastre y afrenta entre las damas bolonesas a trueque de no ganar él nada.

Después de cumplida su voluntad echábasele a los pies y con lastimadas palabras le rogaban les diese licencia para que se fuesen, por no ser sentidas ni notadas por un caso tan feo.

Filenio, que ya tenía el corazón de diamante y no las castigaba por ira, sino por que conociesen su yerro, dijo:

145.- Relevancia social. Algo más abajo: 'el punto en que estaban tenidas en Bolonia'

146.- Volubilidad.

147.- En el ejemplar de Zaragoza-1578 faltan los fols. 73 a 75. Paso, pues, a la ed. de Pamplona-1612.

—Desnudaos. Si no, por vida de mi salud que habéis de ser causa de vuestra deshonra.

Las hermosas damas oyendo las soberbias palabras de Filenio, con la mejor paciencia que pudieron quedaron desnudas en carnes. Y cuando Filenio las vido tan hermosas, blancas y de cuerpos gentiles no dejó de recibir algún género de pasión; pero trayendo a la memoria las injurias pasadas, renunciando la ley de piedad y pertinaz en su duro y cruel propósito, después desto el astuto mancebo tomó los vestidos de las damas y en otro aposento los encerró, y con amorosas palabras les decía que se acostasen la una junto a la otra en aquella cama que al propósito estaba hecha. Las damas con gran temor y miedo dijeron:

—¡Oh insensatas y sin consejo! ¿Qué dirán agora nuestros maridos y parientes cuando sepan un caso como éste? Más valiera no haber nacido que venir en las mordaces lenguas del pueblo.

Cuando Filenio las vido acostadas y en carnes llorando su ventura, tomó un lenzuelo y las cubijó diciendo así:

—Mirad, señoras: si no os hallo como os dejo, yo os doy mi palabra de traer muchos muchachos para que os saquen por las calles en carnes vivas dando gritos y manifestando vuestro delito.

Luego se salió Filenio del aposento y bajó a la sala, donde halló a sus maridos bailando con otras damas, y acabada la danza los llamó adonde sus mujeres estaban y dijo:

—Señores míos: yo os he traído aquí para daros un poco de pasatiempo y mostraros la más bella cosa que jamás vistes.

Y llegándolos a la cama donde sus mujeres estaban, con una hacha en la mano alzó del lenzuelo por la parte que a los pies cubría hasta las rodillas, donde veían las hermosas y blancas piernas. Luego les descubrió hasta los pechos y les mostró hasta las tetas, de lo cual los maridos recibían no pequeño contento.

Remito a vuestros delicados juicios el término en que se verían las desdichadas señoras cuando sentían a sus maridos recibir contento de verlas en tal estado. Y las cuitadas, por no ser conocidas, no osaban hablar, antes con la paciencia posible esperaban el fin de tan extraño caso.

Los maridos rogaban al buen Filenio les mostrarse los rostros, pues habían gozado con la vista de sus cuerpos. Lo cual no consintió Filenio, pero no contento con esto, tomó las vestiduras de todas tres y mostrolas a sus maridos alabándolas de bien hechas, galanas y costosas, y cuando los maridos las vieron, no dejaron de recibir gran sospecha, que se comían las entrañas, y entre sí decían:

—¡Válame Dios, cómo le parece al vestido que hice a mi mujer!

Otro decía:

—¿No es éste el escofión¹⁴⁸ que yo compré en la feria?

El otro decía:

—Pues éstas son las arracadas o zarcillos que hoy le compré. ¿Qué puede ser esta tentación?

Y así echaban juicios sobre este caso.

Luego les rogó Filenio se bajasen a la sala, y por no alborotar la fiesta no quisieron probar sus intenciones, antes cenaron en conversación.

148.— Cofia de red.

Cuando el enamorado Filenio vido todos los caballeros y damas sentados a la mesa mandó a los pajes que con toda diligencia sirviesen. Luego fue al aposento donde las tres damas estaban, y descubriéndolas dijo:

—Buenos días, señoras. ¿Habéis visto vuestros maridos cómo van contentos de haber visto vuestros hermosos cuerpos? Levantaos de ahí, que ya es hora de ir donde os esperan las demás damas.

Las desdichadas señoras llorando, temían sucederlas algún infelice fin, y así, se levantaron casi muertas y dijeron:

—Señor Filenio: basta ya si sois contento, pues os habéis vengado tan a vuestro salvo y no resta otra cosa sino que con vuestra propia espada nos saquéis la vida, lo cual más que otra cosa deseamos. Y si acaso por ser mujeres alguna cosa merecemos, nos dejéis ir, os suplicamos, a nuestras casas sin que nadie nos conozca, por que nuestra honra no venga en detrimento.

Pareciole a Filenio haber hecho lo que les bastaba en satisfacción de las injurias recibidas, y así, las mandó vestir y por un postigo falso las echó. Y las agraviadas damas, sin ser de nadie conocidas, se fueron a su casa, donde se desnudaron las conocidas ropas y se vistieron las de entre semana, cada una esperando a su marido.

Ya era acabada la cena cuando sus maridos se despidieron de Filenio agradeciéndole el regalo y el contento que en mostrarles tan lindas damas como en sus cuerpos parecían habían recibido. Llegados a sus casas hallaron a sus mujeres sentadas al fuego labrando; y porque las ropas que habían visto en casa de Filenio les daba alguna sospecha, por no vivir engañados con tal dolor cada uno preguntó a su mujer dónde había estado la noche pasada y las ropas de tales señas dónde estaban. A los cuales cada una astutamente respondió ninguna haber salido de su casa, y abriendo las arcas mostraron las demandadas ropas. De lo cual quedaron los maridos mudos, porque no sabían qué decir, y contaron a sus mujeres puntualmente cómo les había sucedido con Filenio. Y mostrando buen semblante, las mujeres fingieron admirarse y no saber nada del extraño caso. Luego se fueron a dormir.

Venida la mañana, Filenio dio vuelta a la calle de las damas, y ofreciéndose al encuentro con ellas, porque iban a misa, les dijo:

—Señoras mías: yo estoy en la mayor confusión del mundo, porque quería saber cuál de nosotros tuvo mayor temor o cuál fue mejor librado.

Las damas, ocupadas de un vergonzoso empacho, los ojos en tierra, no acertaron a hablar. A las cuales, sonriéndose Filenio, dijo:

—Señoras mías: donde las dan las toman.

— o O o —

Acabada que fue la fábula, todos rieron la venganza de Filenio, aunque deshonestá, a respecto de las injurias recibidas, y todos juzgaron ser mayor la injuria de Julia con sus crueles espinas y el peligro en que estuvo cuando Casandra le hizo saltar de tan alto contra su¹⁴⁹ voluntad, y el grande frío y afrenta que por causa de Medea pasó aquella noche en

149.— En este punto retomo la ed. de Zaragoza-1578.

la calle, durmiendo sobre la tierra pensando pasar la noche en su amorosa gloria; y no reprobaron la venganza de Filenio, pues habiendo cometido el mal no supieron gobernarse.

Luego Flordiana dio principio a su enigma, la cual deseaba no fuese menos gustosa que la fábula porque no se vengasen de ella como Filenio de sus enamoradas damas; pero confiada en su rara habilidad e delicado juicio dijo:

VERSOS

Un vivo y dos muertos trabaron batalla.
 Cobrando la vida un muerto después,
 otro también vivió, y así es
 que muerto esperaba vivir, y se halla
 que ambos dos¹⁵⁰ vivos batieron la malla.
 Quedando con vida el uno después,
 el primer vivo al segundo miraba,
 por ver si podía hablar con un muerto,
 y viéndole firme y en la vida cierto,
 habló con el muerto lo que deseaba.

Fue el sutil qués cosi y cosa diversamente interpretado, pero ninguno hubo que verdadero sentido le diese. Como Flordiana vido el extraño vacilar, dijo:

—Caballeros: paréceme que yo he de dar fin a mis trabajos y declarar mi enigma. Yo lo haré de muy buena gana; no porque yo sea bastante, sino el calor¹⁵¹ de todos los circunstancias. Y por no ser notada de molesta, no significa otra cosa sino el estudiante, el pedernal, yesca, eslabón y la vela y libro, desta manera: que un vivo, que es el estudiante, trababa batalla con los dos muertos, que son el eslabón y el pedernal. «Cobrando la vida un muerto después» significa la yesca encendida del fuego, que muerta esperaba vivir, y después perdiendo ésta la vida, vivió la vela para alumbrar. «El primer vivo al segundo miraba» significa el estudiante, que miraba la vela si vivía o alumbraba para «hablar con un muerto», que era el libro. Y viendo el estudiante qué bien ardía el candil o vela, «habló con el muerto lo que deseaba», que significa ponerse a estudiar o leer en su libro.

Mucho se holgaron con la exposición de Flordiana tan sutilmente declarada, y porque ya era la medianoche, la señora Lucrecia mandó a Leonora que a su fábula diese principio. La cual con humilde y mesurado rostro y alegre semblante dijo:

150.— Orig.: 'los' (76r).

151.— Camaradería, apoyo.

ARGUMENTO: *Carlo de Arminio*¹⁵² ama a Teodosia, y ella no le quiere a él porque había prometido su virginidad a Dios; y procurándola un día abrazar, permitió Nuestro Señor que abrazase muchas sartenes y calderas, tanto, que con la tizne se paró muy negro, y no siendo conocido de sus criados, ellos propios le molieron a palos.

FÁBULA¹⁵³ TERCERA

SEÑORAS mías: la fábula de Flordiana, avisada y artificiosamente dicha, ha sido causa para moverme el propósito que tenía de contaros otra casi al propio tono de la suya; mas porque entiendo que no dejaréis de gustar, quiero fabular de modo que sea agradable a las damas, pues hasta aquí lo ha sido a los galanes, aunque la mía no será tan larga, por evitar fastidio.

Carlo de Arminio fue hombre belicosísimo y de gran valor, aunque poco temeroso de Dios y renegador, como suelen los soldados, que poca cuenta tienen con sus ánimas, pero al fin llevan el pago que a los tales da Dios. No sólo tenía este vicio, pero era el mayor homicida que en aquellos tiempos se hallaba y dado a la bestial lujuria. Tanta era su maldad, que no se hallaba en la tierra segundo.

Éste, como era mozo gentil y de buen aire, fuertemente fue vencido de Amor, porque halló en él la silla y dominio que en los tales suele. Ansí que, enamorado de una doncella hermosa hija de una viuda pobre (la cual, aunque necesitada fuese de la pobreza y fatigada de la necesidad, procuraba antes morir de hambre que consentir ni hacer vileza para que su amada y hermosa hija pecase), la doncella, que Teodosia tenía nombre, ultra de ser hermosa, gentil y adamada,¹⁵⁴ era la más honesta que en aquella tierra se hallaba (de manera que solo su pensamiento y obra no era más de ocuparse en el servicio de Dios y culto divino, despreciando los bienes temporales), Carlo, encendido del lascivo amor, no perdía punto en pasealle la puerta, porque el día que dejaba de verla tres o cuatro veces entendía morir de congoja; y muchas veces la intentó con dádivas, lisonjas, mensajes y alcahuetas para reducirla a su voluntad y trabajaba en vano, porque la cristiana doncella tenía diferente celo, y ansí, de veras rogaba a Dios apartase aquel desdichado de aquel vano propósito y deshonesto apetito.

No pudiendo este caballero resistir los crueles estímulos de Amor y bestial furor, temía no se la escondiese su madre en alguna secreta posada. Sin considerar el fin que de tal caso podía suceder, sujetándose a su vano deseo y posponiendo la honra de la doncella determinó hurtalla para mejor gozar della, aunque no dejaba de temer el rumor y escándalo que en el pueblo se movería, porque todos estaban mal con él y con sus cosas, y ansí, ordenó con dos criados suyos muy valientes hurtalla. Y un día, al punto del anochecer, todos tres de conformidad tomaron sus armas y se fueron a la casa de la doncella, donde halló la puerta abierta, y antes que entrase dentro mandó a sus criados hiciesen buena guardia y aunque perdiesen la vida no dejasen salir ni entrar a ninguno hasta tanto que él volviese donde ellos estaban.

152.- 'Carlo da Rimino' en la versión italiana.

153.- Orig.: 'Eabula' (77r).

154.- Fina.

Habiendo, pues, Teodosia sentido rumor en la casa y conocido ser el importuno Carlo, secretamente se metió huyendo en una cocina, donde fuertemente se encerró. Y descendiendo Carlo por una escalera halló a la vieja madre de Teodosia, que estaba hilando ajena de la traición, y preguntole por su hija. Luego que alzó los ojos la honesta viuda y vido al caballero armado y en término de no guardar respecto a su honra, se amorteció; y vuelta en sí, quiso gritar para ser socorrida, y conociendo lo poco que le aprovechaba, por ser tarde, tomó por mejor partido poner su honra en la mano de Dios, en el cual mucho confiaba. Tomando, pues, un poco de ánimo, se volvió hacia Carlo diciendo así:

—No sé yo, señor mío, con qué loco atrevimiento osastes entrar en mi casa ni a qué propósito, pues sabéis que no pretendo deshonorar a mí ni a mi hija y procuramos vivir honestamente sin perjuicio de la vecindad. Si venís con honestidad, Dios os dé contento, y si no, os aparte del mal pensamiento y no consienta que vuestro malvado e dañado deseo sea parte para que mi hija pierda su virginal honor y respecto. Entended, señor, que si vos morís por ella, como decís, es en balde, porque su virginidad la tiene prometida al alto Dios, y así, creo la favorecerá.

Oyendo Carlo las compasionadas palabras de la honrada vieja mucho se turbó, pero no fueron causa para moverle de su maldad y malvado apetito y desenfrenado deseo que tenía, y como un loco fue por toda la casa a buscalla, no dejando rincón, hasta que entró en la cocina y por una ventanilla vido a Teodosia puesta en oración, y con amorosas palabras le dijo:

—Teodosia, vida mía: entiende que no soy venido aquí por violar el honor tuyo, que cierto en más le tengo que el mío. Si eres contenta, quiero hablarte y tratar de veras para rescebirte por mi esposa y mujer.

Teodosia, que atenta¹⁵⁵ escuchaba las palabras de Carlo, sin¹⁵⁶ más término le dijo:

—Señor mío: por amor de Dios os ruego y suplico que os apartéis de ese pensamiento, porque cuando yo creyese ser verdad lo que decís, no puedo casarme, que mi virginidad la tengo prometida aquel alto Juez que todo lo gobierna y lo provee: Y si por ventura quisieredes contra mi voluntad cumplir vuestros bestiales deseos, espero en el alto Dios os moverá de ese propósito y os clarificará el juicio para que conozcáis el bien y el mal y uséis del que mejor fuere para vuestra salvación, por que no vengáis en eterno tormento y damnación.

Carlo que no gustaba desta doctrina ni sanctas palabras, ni menos sentía calor ni ramo¹⁵⁷ de amor en Teodosia para dar gusto en su voluntad, arremetió Carlo con repentina ira a la puerta de la cocina y fácilmente la echó en el suelo, donde halló la devota doncella en contemplación. Y en aquel punto consideraba Carlo en la rara belleza e divina hermosura, y de su amor más que primero inflamado, creyó en aquel punto gozar de su virginidad, e arremetiendo a ella bien como el galgo a la perseguida y cansada liebre, la honesta doncella se defendía lo mejor que podía. Tendidos aquellos rubios cabellos por sus hombros, instilando lágrimas pedía a Dios misericordia. Y como la pobre sintió no poder

155.- Orig.: 'atento' (78v).

156.- Orig.: 'si' (78v).

157.- Principio, asomo.

más defenderse, por el demasiado cansancio que la fatigaba, puso su imaginación en Dios demandándole ayuda.

Apenas había acabado la lamentable oración cuando Teodosia miraculosamente desapareció, y Carlo, perdido el sentido natural y arremetiendo hacia el lugar donde con su dama hablaba, abrazándola y besándola fue su fortuna tan cruel que besaba las sartenes y calderas que en la cocina había y otras cosas semejantes que en los tales lugares suelen estar.

Creyendo Carlo haber cumplido parte de su vana voluntad y tenerla a su mandato, no contento con esta vez, sino otras muchas arremetió a las calderas e sartenes, echando a rodar las ollas, que traía un rumor como si espíritus anduviesen por la cocina, y siempre creía abrazar a su amada Teodosia. De donde salió la cara y las manos negras como de tal oficio, de donde podremos entender lo que comúnmente se dice: «de tales romerías, tales veneras¹⁵⁸ se sacan».

Apresuradamente se salió Carlo del aposento y fue a la puerta, donde los valientes criados hacían la guardia, y como le vieron tan desfigurado, que verdaderamente no parecía hombre, sino cosa diabólica y espantable, quisieron huir; pero forzando su voluntad cobraron un nuevo ánimo, y llegándose a él le miraban a la cara por ver si era hombre o demonio; y cuando le vieron tan sucio, horrible e abominable remetieron a él, y con las astas de las alabardas le dieron tantos palos que lo dejaron tendido en el suelo medio muerto; y no contentos con esto, le despojaron de los vestidos dándole muchas puñadas, coces y bofetadas. Y menudeaban tanto, que al pobre gentilhomme no le dejaban hablar para saber la causa por que tan cruelmente le trataban. Y de lástima que le tenían le dieron lugar para que se fuese de entre sus manos, y luego Carlo dio a correr por las reales calles, volviendo la cabeza de cuando en cuando porque creía que aún estaban sobre él.

Iba este desdichado caballero tan mal tratado, los ojos hinchados, bañado en sangre y dando voces por las calles lamentándose de sus criados. Sucedió en este ínterin estar la justicia en la plaza, y fueron corriendo a él, y cuando le vieron sucio, negro y ensangrentado creyeron ser algún loco, y uno le daba un pescozón, otro le escupía, aquél le ayudaba con una coz. Y por más vituperalle le entregaron al brazo seglar¹⁵⁹ de los muchachos, donde con mucha zapatilla le seguían,¹⁶⁰ dando voces diciendo: «¡Al borracho, muchachos!».

A este rumor salió el corregidor a una ventana y demandó qué cosa fuese aquella, Respondiéronle ser un loco que traía la plaza revuelta y mandó que se le trujesen delante, pero con todo esto no dejaban de sacudille el polvo que en la cocina se le había apegado. Cuando el corregidor le vido tan disforme, sucio, feo, se espantó, porque conoció ser su amigo Carlo de Arminio y que aquello procedía del amor de Teodosia, porque bien sabía lo mucho que la amaba. Luego le mandó limpiar e poner en orden, prometiéndole castigar a los culpados en tal delito.

Con todo esto, Carlo no sabía si estaba negro ni sucio: sólo sentía los dolores de los palos; y cuando le dijeron estar tan lleno de tizne y carbón aún no lo creía si no se miraba en una caldera de agua que para lavarse le habían traído. Fue tanto el dolor que rescibió en verse de aquella suerte, que se dio más puñadas que había rescebido, y movido de ira juró

158.- La concha de la vieira, que usaban como distintivo los peregrinos que volvían de Santiago de Compostela.

159.- Secular, civil. El tribunal de la Santa Inquisición no ejecutaba las penas de muerte, sino que entregaba el reo a la autoridad civil.

160.- Orig.: 'seruian' (80r).

vengarse, aunque su hacienda viniese en perdición con su persona y honra, si el corregidor no castigaba tan gran maldad.

Luego envió por Teodosia, creyendo haber hecho tal caso por arte mágica. Como la hermosa doncella considerase lo mucho que perdía, por no andar delante las justicias se fue a un¹⁶¹ monasterio de monjas de sancta vida, donde ascondidamente estuvo sirviendo a Dios y acabó su vida.

Pasó algún día que Carlo procuraba saber de su dama, y no sabiendo nueva alguna della, de aborrido se fue a un castillo que mucha gente de guerra le tenía cercado. Un día asomándose entre dos almenas a reconocer el campo, desgraciada y perdidamente vino una bala sobre su cabeza, de tal manera que no pudo decir *mea culpa* y repentinamente murió, sin gozar del verdadero fructo de amor por pretender lo imposible.

— o O o —

Cuando las damas conocieron haber acabado Leonor su dulce cuento rieron el disfraz¹⁶² de Carlo, que pensando abrazar su dama Teodosia gozaba de la fruta del suelo de las calderas y beso de las sartenes e abrazos de las ollas y asadores. También rieron el desdichado y poco conocimiento de los criados, porque tan mal conocieron el pan que en la casa de su amo habían comido.

Luego la señora Leonora dio principio a su enigma en este modo:

VERSOS

Criome Natura pulida y hermosa,
 más blanca que nieve caída en el prado.
 La madre me muele, la hija me moja,
 su cuerpo les cubro a mal de mi grado.
 Mis carnes me cortan con hierros agudos
 por darles contento a todas naciones,
 y luego procuran con sus invenciones,
 que muestre hablar los sordos y mudos.

Fue el docto qués cosi y cosa alabado de todos, y rendidos a su exposición rogaron a la hermosa dama lo declarase, y así, dijo:

—Señoras mías: mi qués cosi y cosa no da a entender otra cosa sino la tela, la cual pasa los martirios que sabéis mojándola la madre, traqueándola la hija para ponerla blanca, y luego con las tijeras agudas cortan de ella camisas para cubrir las humanas carnes. Y esto hacen todas naciones, como sabéis. Y después de vieja, rota y desechada, hacen con invenciones papel para que los sordos y mudos puedan,¹⁶³ escribiendo en él, dar a entender lo que quieren¹⁶⁴ decir o hablar.

161.- Orig.: 'aun', no 'a vn' (80v).

162.- La ridiculez.

163.- Orig.: 'pueden' (81v).

164.- Orig.: 'quiere' (81v).

Aplació mucho la exposición de la sabia Leonor, y así, por ser gustosa, todos la encomendaron a la memoria.

La¹⁶⁵ hermosa Ludovica, aunque no se sentía muy buena (por cierto disgusto que su galán con un disfavor le había dado), quiso guardar el orden que las demás damas habían tenido, pero la señora Lucrecia doliéndose de su poca salud, dijo al sabio Trivigiano que en lugar de su dama (pues había sido causa de tenella en tal estado) le daba su vez para poder combatir con las demás damas; con una condición: que lo rescibiese por favor de Ludovica. Todas a una juzgaron tener razón, y no rehusando la suerte Trivigiano, hizo acatamiento a las damas y galanes, y puesto en el lugar señalado, con elegantes palabras dijo así:

ARGUMENTO: El Demonio sintiendo que por la mayor parte los maridos se quejan de sus mujeres, se casó con Silvia Valvastro y eligió por padrino suyo a Malgesí; e no pudiendo el Demonio hacer vida con su mujer, la dejó y se entró en el cuerpo del duque Melfo, y Malgesí su padrino, por cierto conoscimiento, le sacó del cuerpo del Duque.

FÁBULA CUARTA

EL poco juicio que hoy se halla en las mujeres y su menor constancia (trato de aquellas que sin consideración alguna dejan trabucar los ojos del entendimiento y procuran cumplir a rienda suelta su apetito) me da ocasión que yo cuente a esta ilustre compañía una fábula, la cual, aunque molesta y mal compuesta sea, será causa de algún ejemplo para que las mujeres entiendan el orden de tratar con sus maridos e convenirse con ellos. Si por ventura fuere algo mordaz no se me dé culpa, porque cierto pretendo dar todo el contento del mundo; antes se le dé a la señora Lucrecia, pues me puso en la batalla, y yo estoy obligado a pelear poniendo a ella por escudo y a vosotras, avisadas damas, por jueces.

Gran tiempo ha, graciosas damas, que habiendo sentido el Demonio las graves quejas que los maridos tienen de algunas mujeres, determinó casarse; y así, tomó la forma de un gentil y hermoso mancebo, y acomodado de gran cantidad de tesoro e joyas, como persona que fácilmente se podía remediar. Éste se puso por nombre Estornija.

Estendida la fama suya por toda la ciudad, como era tan rico, de gentil presencia y acreditado en muchas partes, no faltaban terceros para casalle y acomodalle entre tantas y hermosas damas de buen dote como en aquella ciudad había. Entre las cuales le trujeron una dama de admirable belleza, rica, gentil, llamada Silvia de Valvastro, de la cual mucho se contentó el Demonio, e la tomó por su adoptiva mujer y eligió por padrino a Malgesí.

Acabadas las pomposas y solemnes bodas llevó a su casa a su amada Silvia. No pasaron muchos días que el Demonio le dijo:

—Silvia, mujer mía más que a mí propio amada: fácilmente puedes conocer el grande amor y afición que en ti tengo puesta, y esto lo has podido conocer por muchas causas ser verdad. Y por esto tú me has de conceder una cosa sola que pedirte quiero, la cual para ti será facilísima y buena, y para mí de gran contento si tú la cumples. Y es que agora me pidas todo aquello que te diere contento, así de ropas como joyas, preseas y galas, conforme a lo

165.— Orig.: 'de la' (81v).

que las mujeres de tu calidad suelen usar. Y esto hágolo por dos cosas: la una, por el amor que te tengo; la otra por que si adelante se usaren otras invenciones o nuevas galas no me importunes ni fuerces mi voluntad con nuevos ruegos. Por eso pídemme agora, aunque sea un tesoro verdaderamente; inventa nuevos trajes, que poco te cueste, porque mi voluntad es de una vez contentarte para toda la vida, y cierto entiende que yo no haré otra cosa.

Silvia que a cada punto mudaba su parecer (como las mujeres tienen por don natural), pidió término a su marido por espacio de un día mientras hablaba con su madre, que Anastasia se decía, y porque las viejas saben mucho, así se aconsejó con quien no la engañase. A la cual contó del principio al fin lo que con su marido pasaba, y ansimesmo le aconsejó la sabia madre desta manera: tomó pluma y papel, y escribió tantas demandas, que cierto creo no haber lengua que en un día natural pueda contallo. A la cual dijo:

—Vuelve a tu casa y dile a tu marido que te cumpla todo cuanto en esta lista se contiene.

Luego que Estornija leyó la pretensión de su mujer y conosció ser muy poco para lo que su potencia señoreaba,¹⁶⁶ dijo:

—Silvia Valvastro: guarda que no te falte nada; recorre tu memoria. No tengas vergüenza, por que no se cante al fin la *Gloria* y llores al *Requiem eternam*. Por eso mira que no me vencerán tus piadosas palabras, fingidas lágrimas ni amorosos melindres.

Silvia que ya no sabía qué demandar, dijo que se contentaba con lo que en aquel papel se contenía, y que en toda su vida no le demandaría otra cosa. Luego Estornija le hizo muchas ropas de gran valor, estrañas invenciones, nuevas galas y otras muchas preases de gran precio. Después desto le dio muchas joyas de oro, perlas, piedras y otras muchas cosas que por no ser molesto no cuento; y para mejor resumirme, le dio dos veces más de lo que demandaba.

Silvia que ya estaba rica, bizarra e contenta, sucedió de allí a cierto tiempo que en la ciudad se ordenaba una muy rica fiesta para la cual fueron convidadas todas las damas particulares. Entre ellas fue una la señora Silvia, y todas de conformidad concertaron hacer su nueva invención de ropas por que no fuesen conocidas cuando saliesen de máxcara, y así, cada una procuraba sacar diferente gala, una mejor que otra. Silvia, que también era del número de estas damas, se halló la más confusa del mundo, porque todas sus galas eran diferentes de lo que pretendían para tal ocasión, por lo cual vino en tanto descontento que no dormía ni comía, porque todo el tiempo gastaba en llorar y sospirar por la obligación hecha a su marido.

Estornija que bien entendía el descontento de su mujer, fingió no saber nada, y llegándose a ella, le dijo:

—Silvia: ¿qué tienes? ¿Por qué andas tan triste y descontenta? ¿No quieres ir a esta pomposa y alegre fiesta?

Silvia halló la ocasión en la mano para responder, y dijo:

—¿Cómo queréis, marido mío, que yo vaya a este sarao, pues sabéis que mis vestidos e joyas todas son diferentes de uso?¹⁶⁷ ¿Queréis que sea yo la más escarnida de todas y que digan e corten¹⁶⁸ de mí que no tengo marido que me vista ni dé contento?

A la cual respondió el marido:

166.— Orig.: 'sañoreaua' (83r).

167.— No están a la moda.

168.— Critiquen, murmuren.

—¿Yo no te he cumplido tu voluntad por toda tu vida y tienes más ropas que cuantas damas hay en la ciudad? ¿Qué quieres?

No respondió nada su querida Silvia, antes se quejaba de su mala suerte llorando y suspirando por los rincones, y teniéndole el Diablo lástima, le dijo:

—Agora, Silvia, yo quiero contentarte otra vez para toda mi vida: demanda de nuevo lo que tu voluntad fuere; y mira que si otra cosa se te ofrece será imposible fastidiarme, antes tendrás el pago conforme tu merecimiento.

Silvia muy contenta, tornó a demandarle infinitas galas, preseas y tesoro, lo cual Estornija sin faltar un punto cumplió por dar gusto a la desenfrenada voluntad e bizarra fantasía de su mujer.

No pasaron muchos meses que las damas inventaron nuevos trajes, diversos colores y galanas invenciones, de las cuales se hallaba Silvia muy ajena, y porque ella no podía parecer ante las otras damas, puesto caso que estaba muy bien vestida, no dejaba de recibir gran vergüenza por el decir de la gente que andaba vestida de templecillo;¹⁶⁹ pero no osaba decir a su marido cosa ninguna, porque dos veces la había contentado de todo aquello que a su voluntad había ordenado.

Estornija viendo estar a Silvia tan melancólica y triste, fingió no saber el porqué, y preguntóle:

—¿Qué tienes, Silvia mía? ¿Por qué estás tan malcontenta?

Astutamente, Silvia respondió:

—Señor mío: ¿no tengo de estar malcontenta, pues me hallo sin nueva gala conforme las damas de mi calidad usan, y me veo que ni aun a la ventana oso mostrarme por no ser escarnida y ultrajada de nadie? De todo os darían a vos la culpa, siendo yo de tan buena fama y de vuestra honra celosa y solicita. Y vos tenéis tan poca cuenta conmigo en lo que toca a mi persona, que cierto de mí propia tengo vergüenza.

Luego que Estornija oyó estas palabras, encendido de ira dijo:

—¿En qué te he faltado yo para que me digas tan feas palabras y me des culpa sin causa? ¿Yo no te he contentado dos veces, dejando a tu voluntad la rienda? ¿Qué es esto? Agora acabo de conocer la razón que tienen los casados de quejarse por la mala vida que sus mujeres les dan, aunque más las amen. Yo no puedo sufrirte ni contentarte ya tu insaciable apetito; antes me iré donde nunca más te vea ni de mí tengas nueva alguna —y repentinamente delante de ella se desapareció, de lo cual quedó muy espantada Silvia.

Y fue a parar Estornija a la ciudad de Melfo,¹⁷⁰ donde, con el grande enojo que llevaba, se entró en el cuerpo del duque de la dicha ciudad y gravemente le atormentaba. Perseguido, pues, de este maligno espíritu, mandó el Duque echar un bando por toda su tierra que con toda brevedad buscasen un hombre de sancta vida que le pudiese sacar de aquel tormento.

Sucedió que Malgesí, padrino que fue de Estornija, por ciertos delitos fue desterrado de su tierra y vino a vivir en Melfo, donde se halló sin oficio y determinó de aprovecharse de su habilidad echando bando por toda la tierra ser hombre experimentado en quiromancia; aunque falsamente, porque no sabía sino jugar de ventaja y hincar¹⁷¹ un dado para ganar el dinero a todo hombre que con él jugase.

169.— Vulgarmente. Hoy diríamos 'de mercadillo/baratillo.'

170.— Debe tratarse de Melfi, en la región de Basilicata.

171.— Manipular, cargar.

Sucedió un día haber jugado con ciertos caballeros del palacio del Duque a los cuales ganó todo su caudal cautelosamente, y desgustados le dijeron:

—Vos sois un grandísimo fuellero, metecinco y sacaséis;¹⁷² pero yo os prometo hacer un castigo que siempre os acordéis de mí: sosegaos en la tierra, que vos la pasearéis a «arre acá, blanquillo».¹⁷³

Y sin más detenerse, un gentilhombre de aquellos que habían perdido su dinero se fue al Duque diciendo así:

—Excelente señor: aquí está un hombre llamado Malgesí el cual dice y se alaba ser único en sacar e atormentar espíritus, ora sean terrestres, ora estén en el aire, ora en el agua o en el fuego. Y no sólo esto, pero aun dice ser el mejor quiromántico del mundo. Parece que sería bueno Vuestra Excelencia hiciese experiencia en él.

Cuando el Duque entendió el caso mandó que luego le trujesen ante él. Venido Malgesí, el Duque le miraba a la cara y conoció tener manera de proceder en su oficio, al cual dijo:

—Malgesí: yo tengo nueva que tú te alabas de ser especial en sacar y atormentar demonios. Yo estoy endiablado, como tú sabes: si te basta el ánimo sacarme de esta congoja yo te prometo dar todo mi tesoro; y no sólo esto, pero hacerte he uno de los más particulares de mi casa y el más bien afortunado de todos.

Malgesí, que de tales cuidados estaba remoto, quedó muy espantado, negando no haber publicado tal. El gentilhombre que esta nueva había dado al Duque se llegó a Malgesí y en alta voz le dijo:

—Decid, maestro: ¿no os acordáis cuando dijistes que os obligábades de librar al Duque mi señor de la fortuna en que estaba?

Malgesí muy espantado, negó la demanda, y estando ambos a dos en esta cuestión dijo el Duque:

—Poned silencio en vuestra contienda. Y a vos, maestro Malgesí, os doy de término tres días para que penséis y¹⁷⁴ recorráis vuestros libros.

Malgesí respondió:

—Señor:¹⁷⁵ yo no tengo libros, ni mi habilidad es tan alta que pueda librar a Vuestra Excelencia de tal tormento.

El acusador¹⁷⁶ dijo:

—Señor excelente: no le creáis, porque es el mayor traidor que hoy se halla en este siglo. Y si a mis palabras no dais fe, sentid el rumor del pueblo y lo que dél se dice, atento el bando que él propio ha echado en la tierra. Y para más fácilmente resumirme, creed ser el mayor nigromántico que hoy se halla.

Todo lo negaba Malgesí; pero no le aprovechó nada, porque ya el Duque estaba informado, aunque cautelosamente. Al cual tornó a decir:

—Mira Malgesí: yo te prometo, si no me libras deste trabajo, pues tu fortuna en tal caso te fue favorable, de castigarte como a pertinaz. Y si tu voluntad conforma con mi

172.- Ratero, tramposo. La expresión 'metedós y sacacincos' se aplicaba al carterista.

173.- A mal traer, con penalidad. Expresión equivalente a 'Arre acá, cinchado', y se refieren a bestias de carga.

174.- Suplo 'y' (86r).

175.- Orig.: 'señer' (86r).

176.- Orig.: 'occusador' (86r).

deseo te prometo el mejor castillo o renta que a mi estado honra. Ultra desto, prometo tener gran cuenta contigo. Y si acaso perseveras negando, ten por muy cierta la muerte: no te engañe confianza.

Habiendo Malgesí entendido la voluntad del Duque quedó espantado, y apartado de la presencia del Duque sólo se ocupaba imaginando el orden que en sacar el espíritu había de tener.

Llegado el término limitado para el tal efecto Malgesí vino a la posada del Duque, y con cierto parlamento le hizo tender sobre un tapete y empezó a conjurar al maligno espíritu mandándole que saliese de aquel cuerpo y más no le atormentase.

Estornija, que a su placer estaba, en aquel ínterin no le respondió, porque con todas sus fuerzas fatigaba al pobre Duque, de tal manera, que los endemoniados visajes daban gran temor a los circunstantes.

Malgesí tornó a repetir sus conjuros, con los cuales estrañamente oprimía a su ahijado, y atento el grave dolor, respondió Estornija:

—¿Qué queréis, compadre mío? ¿Por qué me atormentáis? ¿Qué mal os he hecho? Dejadme, porque yo estoy a mi contento y vos gastáis el tiempo en balde.

De nuevo atormentó Malgesí a Estornija preguntándole por qué le decía padrino. Al cual respondió:

—Si vos me dais palabra de no echarme de aquí yo diré por qué os llamo padrino.

Y así, le prometió de no fastidiarle más, y respondió:

—Sabed, señor Malgesí, que yo soy Estornija vuestro ahijado, marido de Silvia Valvastro. ¿No lo sabéis vos? ¿Acordaisos de tal y tal cosa que nos sucedió, y cuándo hecimos el concierto de nuestro casamiento, cuántos triunfos, giras y banquetes hemos hecho en este siglo?

Respondió Malgesí:

—Dime: ¿por qué causa atormentas el cuerpo de este desdichado Duque, o por qué le fatigas?

—No gastes tiempo —respondió el Demonio—, porque no es mi voluntad decir la causa.

Tanto le constriñó Malgesí, que al punto le hizo decir con qué orden tan sin vergüenza había entrado allí, y declaró cómo había dejado a su mujer por el demasiado fastidio que le daba, y con la gran cólera deste enojo se entró en el cuerpo del Duque porque la Alta voluntad era contenta.

Malgesí dijo:

—Hijo mío: hacedme un placer, ya que os habéis declarado conmigo; y es que al punto os salgáis deste cuerpo y no le maltratéis tanto. Baste ya lo hecho, pues sabéis que me va la vida salir con este intento.

Al cual respondió:

—¿Qué necio eres y porfiado! ¿Para qué me quieres sacar de donde estoy a mi contento, pues sabes que no me obliga a cosa alguna para obedescer a nadie más de a sólo el Criador? ¿Para qué quiero yo, señor Malgesí, andarme al gusto de las mujeres ni al placer de los hombres, sino sólo al mío dar contento?¹⁷⁷

Respondía¹⁷⁸ Malgesí:

177.— Orig.: 'comento' (87v).

178.— No creo haya errata por 'Respondió', sino que hay que interpretar 'Insistía'.

—Estornija: hazme este placer. No mires sino aquella voluntad con que te serví cuando me oviste menester. Ten una cosa por cierta, hijo mío: que si tú no haces esto serás causa de mi muerte.

—No deseo yo otra cosa, Malgesí, sino que tú mueras —respondió Estornija—, para llevarte al profundo y dar un nuevo placer a mis compañeros, por que a lo menos no digan que vine en balde al mundo.

Enojado Malgesí con la respuesta de Estornija, de nuevo lo atormentó, tanto, que contra su voluntad salió dando bramidos renegando de Malgesí y la hora que le conoció para descubrirse a él, pues fue causa de su tormento.

Quedó tan molido el Duque, que grande espacio de tiempo no pudo hablar, y vuelto en sí conoció estar fuera el malvado demonio. Y Malgesí le dijo:

—Excelente señor: estad de buen ánimo, que no os dará más fastidio este malvado. Sólo quiero de vos que luego de mañana mandéis venir aquí todos los instrumentos de música, y repiquen las campanas y disparen toda la artillería, de manera que cierto se entienda hacer grande alegría en la tierra para que ocupéis vuestro sentido y no imaginéis en tal pasión. Dejadme hacer a mí.

Venida la mañana Malgesí se fue a la posada del Duque, y mientras le conjuraba sonaban las campanas, cajas y pífanos,¹⁷⁹ e la artillería toda del pueblo y otros instrumentos, que verdaderamente parecía ser el último día del Juicio. Cuando Estornija sintió tanta diferencia de instrumentos dijo:

—¿Qué es esto, compadre mío? ¿Por qué se hace tanta alegría en la tierra?

Respondió Malgesí:

—¿No lo sabéis vos? ¿Para qué os hacéis tan de nuevas, traidor? ¿Pensáis que yo soy algún inocente, o que vengo agora al mundo o que no conozco vuestras traiciones?

A esto respondió Estornija:

—Por vida vuestra, padrino mío, me digáis por qué es esta fiesta.

—Has de saber —dijo Malgesí— que el Duque ha sabido cómo tú te despediste de tu mujer muy enojado, y ha procurado traella para que hagas vida maridable con ella, y ahora entra en la ciudad y manda que todos los caballeros de su corte salgan a recibilla y se hagan alegrías por la tierra. Y así, cada uno procuraba con su diferencia de instrumentos serville, para darte a entender el contento que siente con su venida. Por eso procura salir a recibilla y sufrirla, aunque no quieras, como mujer propia.

Entonces dijo Estornija:

—¡Oh Malgesí! Agora entiendo lo mucho que sabes, pues con tus invenciones, engaños y traiciones me has apartado de mi descanso y procuras meterme donde tenga la más mala y desesperada vida que en este mundo se puede imaginar. Mas por que tú no rescibas ese contento ni huelgues de mi desgusto yo quiero antes irme a los profundos que no contentar una mujer que tan de veras es mi destrucción y desgusto. ¡Quédate tú y ella con todos los diablos!

Y haciendo el Duque feos visajes y dando crueles golpes con su cuerpo en tierra, dio un gran grito y dijo:

179.— Flautas traveseras de tono muy agudo.

—Yo te prometo que en toda tu vida no oigas nueva alguna de mí, para que tú no procures ni seas parte para juntarme con Silvia Valvastro.

Y dejando un hediondo y estraño olor de alquerebite¹⁸⁰ en la casa se fue, y el Duque quedó libre desta tentación y en poco tiempo recuperó la salud y a Malgesí hizo señor del mejor castillo que de su patrimonio tenía, del cual mucho tiempo gozó, y pasó su vida alegremente a pesar de los que su muerte procuraban.

Ofreciose en el pueblo donde Silvia Valvastro vivía una fiesta que fue forzoso hallarse en ella la señora Silvia, y un día fue a sacar ciertas galas e joyas para su contento y hallolas todas convertidas en carbón y ceniza. De lo cual quedó Silvia casi sin sentido, y movida de una diabólica ira tomó una sogá y se ahorcó.

Sentid, hermosas damas, el contento que el Demonio rescibió de verse vengado de su mujer, y conoced cómo hemos de resistir las tentaciones y no dar gusto a los vanos apetitos entendiendo sacar dellos buen fin, pues tenemos en la mano la experiencia y ejemplo en la infelice Silvia, que confiada se perdió.

— o O o —

Luego que las damas y galanes conocieron ser venida a glorioso fin la artificiosa fábula de Trivigiano, fue solemnizada con gran risa y encomendada a la memoria, puesto caso que las damas rescibiesen algún género de disgusto por lo que les tocaba al ser mujeres y tan infelice fin como Silvia tuvo. Sintiendo la señora Lucrecia el bajo rumor de las damas y la grande risa de los caballeros, mandó que todos callasen y que Trivigiano prosiguiese con su enigma. El cual con ingenioso estilo, dijo:

VERSOS

Está entre nosotros, hermosas doncellas,
la cosa más alta qu'el Padre crio.
Ver y sentir y palpar concedió,¹⁸¹
oler y gustar, a este subjecto.
Sentidos no tiene, y tiene intelecto;
anda ascondida do nunca se vio.
No tiene manos, cabeza ni pies,
estase sentado y siempre camina.
Muy sabia será la que lo adivina.
Decidme, galanes, aquesto qué es.

El obscuro enigma de Trivigiano por lindo orden contado fue causa que cada uno se fatigase vanamente procurando interpretallo, y considerando los paresceres y juicios ser diferentes de su propósito, dijo:

—Caballeros y hermosas damas: paréceme que gastar el tiempo en balde sería razón darme a mí la culpa. Y por salirme desta ocasión suplícoos me deis licencia para declarallo, rindiendo vuestros juicios a la obscuridad del subjecto, como en tal conversación se suele.

180.— Alcrebite: azufre.

181.— Orig.: 'concedido' (89r).

Respondieron todos ser contentos y que Trivigiano declarase su escuro qués y qués,¹⁸² y así, dijo:

—Señoras mías: mi qués cosa y cosa no significa otra cosa sino el ánima del hombre. La cual debajo de este sujeto de ser ánima, conoscemos que por virtud della goza el mortal hombre de los cinco sentidos corporales, y así, aparta racionalmente el bien del mal. Y está escondida donde nadie humanamente la puede ver, y ella de su proprio don natural camina y va donde el cuidado la solicita. Y esto conoscemos ser verdad, según la Naturaleza nos muestra ser la cosa más alta que el Criador pudo hacer en este siglo.

El honesto colegio quedó en cierta manera admirado de la delicada exposición de Trivigiano, el cual dijo:

—Suplícocos, hermosas damas, no me tratéis de mordaz ni satírico, porque mi fábula declara la vana codicia de las mujeres y da a entender los trabajos que los hombres con ellas pasan. Antes quiero que saquéis della ejemplo moral para que no fastidiéis a vuestros maridos ni seáis ocasión de vuestra ruina; y los hombres aprendan a poner a sus mujeres en los medios, para que virtuosamente vivan sin dar fastidio a quien tanto deben.

—Sea como fuere —dijo Vincencia, a quien la vez tocaba del fabular—, basta, señor Trivigiano, que vos os habéis vengado de las mujeres; pero yo pretendo pagarme de mi mano y contaros otra fábula no menos ejemplar que la vuestra.

Y haciendo la usada reverencia, en el lugar señalado se sentó y dijo:

ARGUMENTO: Simplicio Guzmán,¹⁸³ caballero, se enamoró de Giralda, mujer de Giraldo Greñudo, villano, el cual con astucia estraña le coge con su mujer, y molido a palos le envía a su casa.

FÁBULA QUINTA

EN Padua, ciudad muy nombrada por la prenda que del bienaventurado San Francisco tiene, habitaba no ha mucho tiempo un labrador, aunque villano, muy rico, llamado Giraldo Greñudo, el cual era en malicias estraño, casado con Giralda, aunque criada en aldea, no dejaba de ser en extremo hermosa y de muchos codiciada. De la cual se enamoró Simplicio Guzmán, caballero paduano, y desto fue la causa la frecuente conversación y afinidad de sus posadas. En tanto extremo la amaba Simplicio que no dormía ni comía, sino sólo gastaba el tiempo en su amorosa imaginación contemplando en la extremada hermosura y avisado entretenimiento de Giralda, tanto, que muchas veces estuvo a punto de perder el natural juicio. Era Simplicio tan secreto en las cosas de amor, que ni aun a su dama lo¹⁸⁴ daba a entender, no sé si de miedo o de vergüenza, o por que Giraldo no tratase mal a Giralda.

Tenía Simplicio Guzmán una fuente junto de su casa, que el agua della diferenciaba a todas las de la tierra, donde Giralda por la mañana y a la noche, por su contento, con un

182.— Orig.: 'pues' (89v).

183.— 'Simplicio di Rossi' en la versión italiana.

184.— Orig.: 'lo' (90v).

cántaro de la clara agua cogía; pero Amor, que a nadie perdona, fatigaba tanto al¹⁸⁵ caballero, por haber hallado en él fácilmente asiento, y conociendo la buena fama de Giralda no se atrevía a descubrir su amoroso celo, antes con sólo vella rescibía¹⁸⁶ mucho regalo y de aquello sólo gustaba. De lo cual Giralda no sabía cosa alguna, porque sólo se ocupaba en el servicio de su casa y su marido; sin cuidado de amor vivía.

Sucedió, pues, que un día Giralda, yendo a la fuente según su costumbre, por cierta ventura se encontró con Simplicio su enamorado, al cual la honesta Giralda, con la simplicidad que antes solía, dijo:

—Buenos días dé Dios a vuestra merced, señor Guzmán.

Y Simplicio no respondía otra cosa sino «Tico», pensando entretenella con sólo este mote y traerla a coyuntura de poder descubrir su corazón; pero la hermosa Giralda, ocupada en sólo su camino, no le respondía ninguna¹⁸⁷ cosa a la proposición tan mal fundada.

Muchas veces le sucedía esto, pero ella, que de su malicia estaba descuidada, sin hablar se iba a su casa. Imaginando en la vana proposición de Guzmán, que tantas veces le decía «Tico», determinó Giralda decillo a su marido, y estando un día ambos a dos en buena conversación dijo:

—Marido mío: yo quiero descubriros una cosa de la cual entiendo que recibiréis gran contento.

—¿Qué es? —preguntó Greñudo.

—Sabed, señor —respondió Giralda—, que siempre que voy a la fuente por agua hallo al señor Guzmán nuestro vecino paseándose por el pretil, al cual doy los buenos días y no me responde otra palabra sino «Tico». Y muchas veces me pongo a considerar qué querrá decir esta palabra y no le hallo sentido ni fundamento.

—Y vos —dijo el marido—, ¿qué respondéis?

—No le digo nada —dijo Giralda—, antes abajo mi cabeza y me vengo a mi casa.

—Mirá, mujer mía— dijo Greñudo—: haced una cosa, que cuando Guzmán os dijere «Tico», respondé vos «Taco» y estaréis atenta a lo que os respondiere. Y no le digáis otra cosa, sino pasá de largo.

Llegada la hora que Giralda solía ir a la fuent, halló al enamorado Guzmán donde solía, al cual dijo:

—Buenos días dé Dios a vuestra merced.

Y respondió, según su costumbre:

—Tico.

Y replicando Giralda como de su marido era instruida, dijo:

—Taco.

Luego que Guzmán sintió la palabra de Giralda entendió que ya tenía entre las manos lo que deseaba, y considerando en la palabra que su señora le respondió creía estar enamorada, pues se daba motes con él.

Todo el suceso contó Giralda a su marido, a la cual dijo Greñudo:

—Mira que estés atenta, y siempre que Guzmán te diga «Tico» responde «Taco», porque su chiste no va sin fundamento.

185.— Orig.: 'el' (90v).

186.— Orig.: 'rescibio' (90v).

187.— Orig.: 'ninguno' (91r).

Otra vez se encontraron en la fuente, y el requebrado Guzmán dijo:

—Tico, señora mía.

Y ella respondió:

—Taco, señor Guzmán.

Y con mesurado y entonado paso se llegó a ella y dijo:

—Señora mía: cierto deseaba hallar coyuntura para poder hablar con nos fuera de vuestra posada, y ha venido mi fortuna a tan buen punto, que me ha sucedido mejor que deseaba.

Respondió Giralda:

—Señor: suplico a vuestra merced se quite de ahí, porque la gente que le viere hablar conmigo no puede juzgar bien de nosotros, y creerán que tratamos algunas traiciones.

Guzmán respondió:

—Señora: vos tenéis grande razón de mirar el punto de vuestro honor; mas, si vos sois contenta, quiero esta noche hablaros dos palabras en vuestra casa.

Respondió Giralda:

—Señor: yo soy casada con un hombre honrado. Si acaso os hallase en mi casa ¿qué haríades, o qué dirían de mí los que tal nueva supiesen? Mas por daros contento yo os avisaré si mi marido se va fuera, y así, tendréis lugar de hablarme.

Llegada que fue a su casa contó a su marido toda la historia, y en resolución dijo haberle rogado le diese lugar aquella noche, o otra cualquiera, para que pudiese declararle la pena que a su corazón afligía.

Giraldo, que era hombre astutísimo y malicioso, conoció la voluntad de Guzmán no ser otra sino ensartar perlas a lo obscuro. Dijo a su mujer:

—Mira: si te tornare a hablar, dile que esta noche puede venir y dejadme hacer a mí.

Venido, pues, el día siguiente, Giralda (según usaba) fue por el agua, donde halló en el puesto a Guzmán, y dándose de sus motes alegremente, le dijo Giralda:

—Señor Guzmán: esta noche puede vuestra merced venir, que yo daré lugar para que hablemos.

Luego que llegó a su posada contó al marido lo pasado y como dejaba concertada la venida para aquella noche, de lo cual se holgó¹⁸⁸ mucho el villano, y dijo:

—Vamos a henchir dos costales de trigo y fingiré que me quiero ir al molino por que mejor se haga nuestro efecto. Enviaréis a vuestra criada a la posada de Guzmán, y diga que porque quiero irme al molino me haga merced de prestar dos costales; y hinchireislos de trigo y poned junto a ellos un costal vacío para cuando venga Guzmán. Recibirle heis alegremente haciéndole caricias, y cuando sintáis que yo llamo a la puerta hacelde meter en el costal vacío fingiendo estar muy turbada, que yo daré fin a sus amores.

Guzmán muy contento con el nuevo favor de Giralda, consideraba cómo el Greñudo había dado lugar para poder gozar de su dama. Fue al corral, donde secretamente mató dos capones y otra mucha volatería que él tenía aderezada para la cena de aquella deseada noche, y por el corral que junto con el del suyo avecindaba se los dio para que los aderezase.

Venida que fue la oscura noche se disimuló Guzmán y secretamente entró en la posada de Giralda, donde alegremente fue rescebido. Y cuando Guzmán vido los costales llenos de trigo dijo:

188.- Orig.: 'hulgo' (92r).

—Decid, señora: ¿dónde está vuestro marido?

—Señor: ya dije a vuestra merced como quería ir al molino. Y al punto se partió, dándole yo toda la priesa posible porque en extremo deseaba este punto para poder serviros.

—Pues, ¿cómo están los costales llenos? —dijo Guzmán.

—No tengáis pena— respondió Giralda—, que todo se hará bien. Sabed que al punto que estaba para cargar vinieron de casa de su hermana con un recaudo para que luego se partiese, porque estaba muriéndose su marido, y no pudo hacer¹⁸⁹ menos de apresurar su partida por verle vivo.

Simplicio Guzmán dando fe a las palabras de Giralda, sosegó su corazón y lo mejor que pudo le dio a entender su amorosa pasión, y poniéndole los brazos encima, la besaba casi por fuerza. Y en este punto llamó Giraldo Greñudo a la puerta, y fingiendo Giralda estar turbada, dijo:

—¡Oh desdichados de nosotros, que somos perdidos! Porque éste que llama a la puerta es mi marido. No cumple otra cosa, señor Guzmán— dijo Giralda—, sino meteos en este costal, que fácilmente le engañaré y haré creer que está lleno de trigo. Esto conviene hacer, señor Guzmán, por que ambos a dos salvemos la vida; y si no, tened cierto que hemos de morir a sus manos.

Luego Guzmán puso por la obra lo que Giralda le dijo, y con la mayor paciencia del mundo se metió en el costal y Giralda le arrimó a los otros que estaban llenos de trigo. Y en este ínterin el marido subió a la cocina y vido la mesa muy aderezada de los servicios arriba dichos, y dijo:

—¿Qué novedades son éstas, señora Giralda? ¿Qué volatería es esta al fuego? ¿Tenéis por dicha algunos convidados? No me parece nada bien tanto regalo.

Giralda respondió:

—Señor: no os maravilléis.¹⁹⁰ Porque yo sabía que habíades de venir tarde y cansado; por eso quise aderezaros de cenar tan bien,¹⁹¹ y porque sé vuestra condición, que cuando venís de camino gustáis de hallar cosa de sustancia en la mesa.

—Por cierto vos habéis hecho bien —dijo Greñudo—, que yo me siento mal dispuesto y no veo la hora de cenar para irme a dormir. Estos costales quiero ver si están bien llenos y iguales de peso, por que no maten la bestia.

Cuando Giraldo vido tres costales tendidos en el suelo dijo a su mujer:

—Decid, señora: ¿por qué no hacéis lo que yo os mando? ¿Yo no dije que hinchédes dos costales de trigo? ¿Cómo tenéis tres? Si yo no hubiera llegado aquí tan presto, vos me queríades trasponer el uno, porque siempre las mujeres en vuestras casas a vuestros maridos hurtáis lo que podéis.

A esto no respondía nada Giralda. Sentid, hermosas damas, el dolor que Guzmán tendría por verse en tal juicio y en un punto para perder la vida. El desdichado maldecía sus amores y la hora que allí entró, porque tan fácilmente se había creído de una mujer tan falsa.

Luego se llegó Greñudo riñendo con su mujer, y le daba al costal de coces diciendo:

—¡Mal haya el hombre que se fía ni aun de su mujer propia, pues veo con mis ojos el hurto muy a la clara!

189.— Orig.: 'hezer' (93r).

190.— Orig.: 'marouilleis' (93v).

191.— Orig.: 'tambien' (93v).

Con todo esto no dejaba de dalle puntillazo y mojicón,¹⁹² y echole a rodar una escalera abajo, de tal manera que fue a parar a la puerta de la calle (que de industria la había dejado abierta para que tuviese lugar de huir). Luego tomó Greñudo un garrote lleno de ñudos, delgado como el brazo (que para el tal efecto cortado le había), y dábale de tan buena gana que no le quedó hueso ni coyuntura que no le moliese, y si no fuera por la mujer, que le tuvo piedad, cierto diera allí el ánima.

Luego Giraldo se partió de allí dejando la presa a su contento, y Guzmán se salió del costal lo mejor que pudo y se fue a su casa y se acostó, donde estuvo muchos días en recuperar su salud. Y Giraldo¹⁹³ cenó aquella noche a costa de Guzmán, y entre ellos trataron el desdichado suceso.

De allí a pocos días Giralda fue a la fuente, donde vido estar a su querido Guzmán paseando por la lonja de su casa, al cual con alegre rostro le saludó diciendo:

—Tico.

Guzmán conociendo aquella palabra haber sido causa de su mal, no le respondió otra cosa sino:

—Mira, hermana: no quiero más «buenos días», ni «tico» ni «taco», ni me cogereís más en el saco.

Oyendo estas palabras Giralda, puso sus ojos en tierra, el rostro encendido como unas brasas, y se fue a su posada. Y Guzmán procuró de allí adelante no tratar amores de ninguna suerte, temiendo el desdichado fin que con Giralda y Greñudo tuvo.

— o O o —

Cuando las damas sintieron haber dado fin Vincencia a su delicado cuento, todas sonriéndose dijeron:

—Por cierto, si Trivigiano maltrató a las mujeres, Vincencia se ha pagado de su mano en la propia moneda.

Y porque todas se reían del infelice fin de Guzmán mandó la señora Lucrecia que Vincencia prosiguiese con su enigma. La cual alegremente este enigma propuso:

VERSOS

Decidme quién es aquel caballero,
rey esforzado que siempre venció.
Es entre damas soldado guerrero;
segundo en su casa, jamás consintió.
De música y celos de amor se mantiene;
de cuerpo es gentil, también generoso;
vence a la onza,¹⁹⁴ al tigre y al oso;
también el león gran miedo le tiene.

No podían las damas ni caballeros disimular la risa, porque les ocurría a la memoria y se les representaba el enamorado Guzmán; pero considerando la obscura proposición

192.- Patadas y puñetzos.

193.- Orig.: 'giralda' (94r).

194.- Leopardo.

de Vincencia no dejaban de poner las cejas en arco imaginando la¹⁹⁵ exposición ser muy oscura. Mas por que el tiempo no se gastase en diversos paresceres y la noche iba declinando, mandó la señora Lucrecia a Vincencia lo declarase. La cual dijo:

—Prudentísimo auditorio: mi qués cosi y cosa no significa otra cosa sino el gallo, del cual conocemos ser grandes sus extremos. El primero es que tiene corona, como rey, y es tan animoso que no consiente entre las gallinas otro segundo. También conocemos ser el ave más celosa que hoy se halla, y más enamorada, y dotola el sumo Criador de tal gracia, que por la parte que tiene del basilisco¹⁹⁶ le temen los más feroces animales del mundo, como lo escribe Dioscórides *De natura animalium*.

Conclusa la exposición, mandó la señora Lucrecia a un truhán¹⁹⁷ que aquella última noche había concurrido al honesto entretenimiento que dijese alguna cosa de contento (el cual no había venido sin ocasión, porque el galán de la señora Vincencia le había traído para que entretuviese¹⁹⁸ la noche), y al son de una pequeña guitarrilla cantó estos versos.

VERSOS

En la sacra selva Idea¹⁹⁹
a las diosas dedicada,
que de hombres ni animales
de ninguno era pisada
(y dudo que las abejas
la dulce flor esmaltada
tocasen, ni el ruiseñor
gorjea en el alborada),

en medio de aquesta selva
está una fuente sagrada
do las diosas de costumbre
se bañan y es su morada.
De líbanos²⁰⁰ y laureles,
de palmas está cercada.
Fundada sobre columnas,
de jaspe y cristal labrada,

195.– Orig.: ‘al’ (95r).

196.– Animal mitológico con cabeza de gallo y cola de reptil. Se decía que mataba con su mirada y emponzoñaba el entorno con su aliento.

197.– Cómico.

198.– Orig.: ‘entretuuuissa’ (95r).

199.– En el monte Ida, próximo a Troya, tuvo lugar el juicio del príncipe y pastor Paris al que alude la canción (que versiona muy libremente el mito de la manzana de oro). Según la mitología griega, Eris, diosa de la discordia, en un banquete nupcial al que no había sido invitada arrojó sobre la mesa una manzana de oro destinada para la más bella de las diosas. Atenea, Afrodita y Hera (Palas, Venus y Juno en la mitología romana) se la disputaron y Zeus designó a un humano, Paris, hijo del rey de Troya, para que decidiese cuál la merecía. Ellas se trasladaron al monte Ida, se bañaron en uno de sus manantiales y se mostraron desnudas al príncipe-pastor haciéndole diversas ofertas. Paris se inclinó por la sensual Afrodita, que le prometió el amor de la bellísima Elena, esposa del rey de Esparta Menelao.

200.– Cedros.

una medalla de Paris
con una poma dorada.

Cíñela el río Leteo.²⁰¹
De parnasa está morada.²⁰²
De piedras preciosas llena
está la selva sembrada.
Jacintos y cornerinas,²⁰³
jáspides,²⁰⁴ perlas criaba.
Aquella agua cristalina
de rubís está esmaltada.

Al derredor desta fuente
trecientas diosas estaban;
tirándose destas piedras,
entrellas se maltrataban.
Las unas dicen que Paris
aquella poma dorada
dio a la diosa más hermosa,
y estaba bien empleada.
Las otras decían que no,
que a²⁰⁵ Palas fuera bien dada,
que era diosa más tenida,²⁰⁶
hermosa y más estimada;
o que si la diera a Juno
no fuera tan mal juzgada,
que era diosa más querida,
hermosa y más celebrada.

No le dejaron proseguir, porque la clara²⁰⁷ aurora se llegaba, y por que diesen parte a la noche mandó la señora Lucrecia cada uno se fuese a su posada, con condición que la siguiente noche a buena hora viniesen al consistorio. Y despidiéndose todos de la señora Lucrecia, y cada uno de su dama, encendieron²⁰⁸ los pajes y cada uno en buena conversación se fue a su posada.

201.- El Leteo, en la mitología griega, era uno de los ríos del Hades o Inframundo.

202.- Poblada. Debe referirse a alguna planta; quizá el laurel, por el mito de Apolo y Dafne.

203.- Ágatas.

204.- Jaspes. Orig.: 'Aspides' (95v).

205.- Suplo á' (96r)

206.- Apreciada.

207.- Orig.: 'clara' (96r).

208.- Las hachas, se entiende.

NOCHE TERCERA

LA hermana de Febo²⁰⁹ ya potente en el cielo, dando luz a las umbrosas selvas y el occidente horizonte había cubierto las ruedas de Apolo, y las erráticas estrellas por todas partes daban sus rayos, y los pajarillos habían dejado sus suaves cantos y dulces gorjeos, y sobre sus queridos nidos en las verdes ramas quietamente reposaban, cuando las damas y galanes la tercera noche en el lugar usado se juntaron a conversación. Estando todos según su orden sentados, mandó la señora Lucrecia que, según la introducida²¹⁰ costumbre suya, trujesen el vaso de oro; e incluso en él los nombres de cinco damiselas para que según su suerte saliesen y en la misma fabulasen, la primera que salió fue Cateruza; segunda, Ariadna; tercera, Laura; cuarta, Alteria; quinta, Eritrea. Luego la señora Lucrecia mandó a Trivigiano templase su laúd para que danzasen, y puesto fin a la concertada danza, entre las cinco damas se concertaron y al son de varios instrumentos suavemente la siguiente canción cantaron:

VERSOS

De su Lucrecia calle Roma, y cuente
tus gracias, hermosísima Lucrecia.
Si tu estremada hermosura siente,
la de su Elena ya no cante Grecia,
pues falta en ellas lo que dignamente
tienes y tu valor dello se precia:
ánima casta, cuerpo venturoso,
lúcido más que el Sol y más hermoso.

Después que Laura y las otras damas dieron fin a la canción, los ojos de la señora Lucrecia puestos en el claro rostro de Cateruza, mandó que diese principio a su gustoso cuento de la presente noche, y sonriéndose, dijo:

209.- Apolo conducía el carro del Sol.

210.- Orig.: 'intraducida' (96v).

ARGUMENTO: *Pedro, inocente,²¹¹ por virtud de un atún que él había pescado y librado de la muerte se casó con Luciana, hija de Luciano, rey de Capraya, la cual se empenó por cierto encantamiento.*

FÁBULA PRIMERA

SABIAS y hermosas damas: yo he leído en historias antiguas y modernas que muchas veces sucedieron a un simple cosas que,²¹² aunque naturales o accidentales sean, tuvieron buen fin, y por tanto, me ha venido a la voluntad de contaros una fábula de un loco que, mientras en aquella simplicidad vivía, le sucedió un caso por el cual mereció venir en natural juicio y casarse con una hija de un rey, así como por el discurso de mis palabras entenderéis.

En la ínsula de Capraia,²¹³ subjecta al Mar²¹⁴ Ligústico, que Luciano rey señoreaba, vivía una pobrecilla mujer viuda llamada Felicia. Ésta tenía un hijo pescador, que por su infelice signo era simple y todos los que le conocían le llamaban «Pedro el bobo». Éste cada día se iba a pescar, sino que su desgracia era tan ordinaria que nunca vez fue al río²¹⁵ que pescase cosa alguna, y siempre que Pedro venía gritaba tan alto que media legua antes de allegar a la ciudad era sentido, y no decía otra cosa sino: «¡Madre, madre: artesas chicas y grandes para los peces que Pedro trae!».

La pobre madre dando fe a las palabras del simple hijo, al punto aderezaba cuantas canastas y artesas había en su casa, y luego que el bobo llegaba, arremetía hacia su madre la lengua sacada, volviendo los ojos con visajes diabólicos que a la pobre madre causaba gran temor.

Y ésta mujer tenía su casa en frente del palacio del rey Luciano, el cual tenía una hija de diez años, la más linda que en todo el reino había, llamada Luciana. Esta dama, cuando sentía las voces del bobo, salía corriendo a una ventana, y como siempre no decía otra palabra sino «¡Madre: artesas chicas y grandes para el pescado que Pedro trae!», gustaba tanto de oírle, que de risa creía dar el espíritu, y cuando el bobo Pedro sentía reír a Luciana venía en tanta cólera que sólo se vengaba con feas palabras y abominables visajes. Con todo esto Luciana rescibía doblado el contento.

Acontinuando, pues, Pedro su marítimo viaje cada día, no entendiendo salir vana su esperanza que de pescar tenía, le sucedió una felicidad: que estando Pedro para retirarse pescó un grandísimo pescado que en nuestro vulgar llamamos «atún». De lo cual sintió tanta alegría el bobo, que por la ribera del mar no hacía sino saltar y bailar. Cantando decía:

—Yo os cenaré con mi madre, señor pescado.

Esto repetía muchas veces, llegándose al atún con visajes y donosos meneos.

Viéndose el atún preso y que no podía huir, dijo:

211.— Bobo, simple. En la versión italiana, 'pazzo': loco.

212.— Suplo 'que' (97r).

213.— Al N. de la isla de Elba.

214.— Orig.: 'mal' (97v).

215.— Aportación gratuita del Traductor.

—Hermano: por amor de Dios te ruego que no me mates, sino dame vida. Considera que cuando me hayas comido no tendrás otro provecho, y si me das libertad te prometo socorrerte siempre que me hayas menester, y en cualquier necesidad te favoreceré.

Pedro, que más gustaba de comer que de palabras, probó muchas veces de echárselo a cuestras para llevarlo a su casa, y el atún no cesaba de rogar a Pedro que le dejase, prometiéndole que siempre que llegase al mar le daría tanto pescado como él quisiese. Demás desto, le prometía cumplir todo cuanto le demandase.

Pedro, aunque inocente, no tenía tan duro el corazón, que bien sentía dolor de las lástimas que el atún hacía, y movido de misericordia le dio la deseada libertad, de tal manera que con los pies y brazos hacía fuerza hasta que le metió en el mar.

Cuando el atún conoció haber rescebido tan gran beneficio no quiso pagalle con ingratitud, y dijo a Pedro:

—Éntrate en tu barquilla, y con los brazos y remos haz fuerza de manera que vuelvas el borde al agua hasta que veas entrar el agua dentro.

Luego el bobo se entró en la navecilla, y púsola tan de pendiente de una banda, que casi se hinchó de agua, y el atún le socorrió de tal manera que le vació toda el agua y le metió grandísima cantidad de pescado, que casi pensó Pedro anegarse con el demasiado peso. Y postponiendo el miedo fue navegando a tierra, donde desembarcó y tomó toda la cantidad de pescado que pudo llevar a cuestras, enderezando el camino hacia su casa, y desde que salió de la marina no dejó de dar gritos según tenía de costumbre.

La madre, que bien oía las demasiadas y desatinadas voces de su hijo, creyendo ser burla, como antes solía hacer, no quiso hacer movimiento alguno. De lo cual Pedro rescibía grandísimo enojo y daba muy grandes gritos, con los cuales movió su madre que saliese a ver si era verdad lo que su hijo decía, y cuando vido a Pedro tan cargado que apenas²¹⁶ podía caminar, luego aderezó las artesas y vasijas que su hijo decía. Y cuando la madre vido tanta cantidad de pescado quedó espantada y no dejó de rescebir gran contento, dando gracias a Dios, pues le había dado tan buena fortuna.

La hija del Rey, habiendo oído las desatinadas voces de Pedro, fue corriendo a la ventana riéndose y mofando del simple mozo; mas el pobreto, que no sabía el remedio que tuviese para vengarse della, encendido de grandísima ira se fue a la ribera del mar, donde con grandes voces llamaba al atún para que le ayudase, poniendo delante la buena obra que le hizo y lo que le prometió.

Luego quél atún oyó las importunas y lastimadas palabras de su amigo Pedro se llegó a la orilla del mar; sacando la cabeza de las saladas ondas, dijo:

—¿Qué pides, amigo mío? ¿En qué te puedo socorrer? Mándame, que cierto te prometo de no faltarte.

Al cual respondió el bobo:

—Hermano: yo no quiero agora de ti otra cosa sino que Luciana, hija de nuestro rey, se halle luego preñada. Esto has de hacer por amor de mí brevemente, porque me cumple.

Lo cual fue hecho en un punto, por cierto encantamiento, de la misma manera que Pedro pidió.

216.- Orig.: 'penas' (99r).

No pasaron muchos días qu'el vientre comenzó a crescer a la doncella, que a los doce años no había llegado y en ella se hallaban señales verdaderas de mujer preñada. De lo cual su madre quedó muy espantada, y metida en esta confusión no podía persuadirse a creer que una muchacha de once años, que aún no mostraba señal de mujer, se pudiese empreñar; antes creía ser alguna enfermedad como a las doncellas suele venir, y así, mandó llamar las comadres en su oficio más expertas, para que la mirasen y diesen fe de su enfermedad. Las cuales con toda la diligencia posible la miraron y juzgaron verdaderamente estar preñada.

La Reina, no pudiendo sufrir un caso tan ignominioso, secretamente dio parte deste negocio a Luciano su marido, de lo cual Luciano rescibió tanto dolor que vino a lo último de su vida. Y reducido en su salud procuró secretamente hacer información y saber quién había corrompido a su hija, y no hallando indicio alguno ni persona que en tal caso hubiese incurrido, por no vivir con aquella deshonra y desgusto quiso secretamente el Rey matalla; mas la madre, que mucho quería a Luciana, rogó al Rey no consintiese que su amada hija muriese hasta que llegase el punto del doloroso parto, y después cumpliese la voluntad que más a su gusto hiciese. El Rey, que al fin era su natural padre, movido de una entrañable compasión condescendió con la voluntad de la piadosa madre.

Llegada que fue la hora del doloroso parto, la infanta parió un hermoso niño, y por ser tan de estraña belleza no consintió el Rey que le matasen, antes mandó a la Reina que con todo el cuidado posible le hiciese criar y con él se tuviese la cuenta que de un natural hijo se suele tener.

Ya era de un año el infante cuando el Rey mandó que ante él le trujesen, y vista su singular belleza, gracia y rara hermosura, cual en criatura humana no se vido, quedó tan enamorado, que sólo en pensar que había de morir una criatura tan bella le enternecía el corazón.

En este íterin que el niño se criaba le pareció al Rey hacer una experiencia natural, por la cual conosció quién era su padre; y fue que el Rey mandó echar un bando por toda la ciudad que cualquiera hombre que a los catorce años llegase pareciese ante Su Majestad y²¹⁷ trajese en la mano cada uno un juguete, ramo o flor (o, como el común dice, un dij),²¹⁸ con que al infante diesen algún género de alegría.

Ya era divulgado por toda la tierra el mandato de Su Majestad, y ansimesmo vinieron todos a Palacio,²¹⁹ quién con una flor, quién con un cazcabel y otros muchos juegos que por no ser molesta no cuento. Y así, todos pasaban uno a uno por delante del Rey, sentándose por su orden en el lugar que para tal efecto estaba designado.

A esta experiencia sucedió venir un caballero de gran calidad, el cual encontró con Pedro el inocente y le dijo:

—¿A dónde vas, Pedro? ¿Por qué no vas a Palacio y cumples el mandado de Su Majestad como los demás? ¿Quieres que te ahorquen?

Pedro respondió:

217.- Suplo 'y' (100r).

218.- Dije: alhaja, joyuela.

219.- Orig.: 'palacios' (100r).

—¿Dónde quies que vaya un hombre como yo, roto y desnudo, entre tanto caballero y gente tan bien aderezada y puesta en orden para que me lidien? Yo no quiero ir allá ni ser entretenimiento de hombres ociosos como vos y otros tales que allí estaréis.

El caballero, que de oír al inocente gustaba, le dijo casi burlando:

—Ven, ven conmigo, que yo te daré un vestido y te pondré galano. Con esta condición: que te vayas al real palacio conmigo.

—Vamos— respondió Pedro—, que yo soy contento de acompañarte.

Y así, fueron ambos a dos juntos a su posada, donde le mandó vestir una ropa larga y le puso un sombrero y unos guantes que verdaderamente parecía un doctor, y juntamente se fueron a Palacio, donde se presentaron delante el Rey y se sentaron en el lugar que por venir tarde les tocaba, de manera que a Pedro le tocó sentarse detrás de una puerta, donde de nadie apenas era visto.

Ya estaban todos sosegados, esperando saber la voluntad de Luciano cuál fuese, cuando el Rey mandó traer el infante al ama que le criaba, a la cual dijo:

—Delfinia: toma luego esa²²⁰ criatura y pásate con ella poco a poco, de manera que este niño mire a la cara de cada uno de los que aquí están, porque desta manera, según Naturaleza nos muestra, conoceremos quién es su padre, porque las entrañas paternas darán muestra y la natural sangre (como el proverbio dice) hará experiencia.

Luego Delfinia tomó el infante en los brazos paseándose por delante de todos los que allí estaban, y cada uno le acariciaba dándole su flor o juguete y procurándole tomar en sus brazos. Todo esto rehusaba el infante, porque bien conocía ninguno de aquéllos ser su padre.

Ya estaba el ama Delfinia cansada de pasear la sala por aquí y por allí cuando una vez sucedió llegar detrás de la puerta donde Pedro estaba sentado, y en aquel punto comenzó el niño a gorjear y reírse mostrando con el dedo hacia la puerta. De todo no hacía caso Delfinia, porque creía no estar nadie en tan escusado lugar, y a la segunda vuelta que el ama llegó a la puerta dio el infante un brinco hacia donde el inocente estaba, que casi se salió de los brazos del ama.

Todavía Delfinia proseguía en sus vueltas, no haciendo caso de los ademanes ni alegrías del niño, porque cierto entendía no estar ninguno detrás de la puerta donde el infante daba los gorjeos riéndose y abriendo los brazos, y llorando cuando Delfinia se apartaba de aquel lugar. De todo esto estaba el Rey bien satisfecho, y dijo al ama:

—Dime, Delfinia: ¿quién está detrás de esa puerta?

Y sacando la cabeza vido un hombre, y entonces respondió:

—Señor: un médico me parece, según su hábito lo muestra.

Luego mandó el Rey que ante él viniese, el cual conoció ser Pedro el bobo, y medio riéndose mandó a Delfinia que viniese con el infante. Apenas había llegado a él cuando el niño arremetió a Pedro los brazos abiertos, se colgó del cuello riéndose y haciendo pucherros de regalo (como los tales tienen de costumbre), de lo cual el Rey rescibió grandísimo dolor en el corazón.

Disimulando discretamente, mandó a todos los que habían concurrido que cada uno se fuese a su posada, y al punto sentenció a Luciana y al infante su hijo y a Pedro que mu-

220.— Orig.: 'esse' (101r).

riesen secretamente por que tan ignominioso caso no se divulgase por el reino. Mas la Reina, que prudentísima y sagaz era, consideró que si éstos morían ante ella y el Rey les sería gran deshonra, y mayor el dolor que sentirían, porque al fin era su hija natural,²²¹ salida de sus entrañas, y así, aconsejó al Rey mandase hacer una arca de madera y que dentro della les mandase meter a todos tres y cerrallos muy bien, y que luego los echasen a la mar para que según su fortuna muriesen donde sus ojos no lo viesen. De lo cual fue el Rey muy contento, y hecha la caja los metió dentro.

La Reina rogó, por que no muriesen desesperados de hambre y aquel niño no muriese con tanto dolor, diese licencia para que dentro les metiesen una cestilla de pan y otra de higos y un barril de agua; lo cual consintió con esta condición: que luego los echasen en el tempestuoso mar, creyendo que alguna cruel ola daría con ellos al través y morirían brevemente donde nadie les diese socorro de sepultura, sino que los escamosos y fieros pescados se los tragasen. Lo cual no sucedió conforme a la voluntad de los Reyes.

La madre del simple Pedro, con el grave dolor que sintió de la injusta muerte que Luciano²²² había dado a su hijo, en breve tiempo murió.

Estando, pues, la infelice Luciana metida en la caja de las tempestuosas olas combatida, donde su desdichada suerte lloraba, y no teniendo leche con que criar el infante, acallábase con los higos y pan, y desta manera le adormía. Pedro, que no se acordaba de la buena ni mala fortuna, no tenía cuidado sino de dar saca a los higos y pan, porque su felicidad no era sino el comer. Considerando Luciana la estraña simplicidad del inocente, dijo:

—¡Oh desdichada²²³ de mí, Pedro! Pues veesme padecer sin culpa y que mi gloria se ha convertido en triste llanto, y tú te das tan poco por la pena. ¿Sólo imaginas en el comer y²²⁴ beber? No te falta, por mi vida, sino me²²⁵ escarnescer. ¿Es posible que te basta el ánimo no considerar el estraño peligro en que estás puesto?

Pedro respondió:

—Hermana mía: esta fortuna no la padeces²²⁶ por mí, sino por tu culpa, pues siempre que me veías venir del mar salías a la ventana mofando y riéndote de mí. Agora conocerás que no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague. Mas está de buen ánimo, que presto seremos socorridos.

Luciana respondió:

—Por cierto, hermano, tú dices la verdad: que seremos presto socorridos de la enemiga fortuna, que una ola verná tan cruel que dé con nuestra arca en alguna roca donde acabemos con los infelices peligros dando fin a nuestra desdichada vida.

—No tengas pena— dijo el inocente—, que yo tengo un secreto que si tú lo supieses en nada tendrías la furia del tempestuoso mar. Luciana mía: tú sabrás que yo tengo la amistad de un pescado por el cual entiendo seremos remediados, pues nada le es imposible, se-

221.- Orig.: 'natutal' (101v).

222.- Orig.: 'Luciono' (102r).

223.- Orig.: 'desdichado' (102v).

224.- Suplo 'y' (102v).

225.- Suplo 'me' (102v).

226.- Orig.: 'podeces' (102v).

gún entiendo. Y esto conozco ser verdad porque en el mismo punto que yo le pedí fueses preñada, en aquél lo²²⁷ ejecutó, según por la verdad lo vemos.

—¡Oh Dios! —respondió Luciana—. Si esto fuese verdad, ¡qué contento llegaría a mi ánima!

A Pedro le preguntó:

—Dime, hermano mío: ese pescado que tú dices, ¿cómo se llama?

A la cual respondió Pedro:

—Llámase Atún.

—Dame tus veces —dijo Luciana— para que venga a mi mandado y haga lo que yo le pidiere en tu nombre.

A la cual respondió el inocente:

—*Fíat.*²²⁸

Entonces llamó Pedro al atún y le dijo:

—Atún: por la libertad que te di y la fee que me prometiste te ruego cumplas cuanto esta mujer te mandare, porque dello soy contento.

Ya tenía Luciana potencia sobre el atún cuando dijo:

—Atún: por el señorío que en ti tengo y la fee que prometiste a Pedro el simple te mando en su nombre que echés esta caja en la más alta y segura roca del mar que en el reino de mi padre haya.

Después le mandó que diese orden para que Pedro volviese en la más linda forma humana que jamás²²⁹ se hubiese visto y le hiciese el más gentil y avisado que entre la humana gente tratase. Después desto le mandó que sobre aquella alta roca fabricase un fortísimo castillo y que dentro dél hubiese los más ricos palacios y hermosos aposentos que en el reino de su padre se hallasen, y que a la costa de la muralla plantase un jardín, el más lindo que en el mundo hubiese, dentro del cual hubiese árboles que llevasen perlas y piedras preciosas, y en medio dél hubiese una fuente de frigidísima agua.

Esto fue sin faltar un punto cumplido.

El Rey y la Reina acordándose de la ausencia de su hija, creyendo estar los escamosos y fieros pescados hartos de las humanas carnes habiendo dado fin a su desdichada vida, no tenían rato de contento. Metidos en esta agonía y afán determinaron, por aliviar sus lastimados corazones, de irse a Hierusalén y visitar la Casa Sancta. Luego mandaron aderezar una nave, donde metieron las provisiones que a tales personas y largo viaje convenían, y se embarcaron dando las velas al próspero viento.

Apenas habían navegado cien millas de la ínsula Capraia cuando descubrieron un fuerte e inexpugnable castillo fundado sobre una alta y esenta²³⁰ roca, de la cual los Reyes quedaron admirados, porque muchas veces Luciano había seguido aquel viaje, y solía dar fondo al pie de la combatida roca y en ella amarraba y daba cabo para asegurar su nave. Y por estar fundada en su dominio no quiso pasar sin vella, donde hicieron escala y se desembarcaron.

227.— Suplo 'lo' (102v, últ. lín.).

228.— Voz latina que expresa consentimiento. En la versión italiana: 'Sia fatto (disse Pietro) il tuo volere.'

229.— Orig.: 'james' (103r).

230.— Destacada.

Apenas habían llegado a ella cuando Luciana conoció ser sus padres, a los cuales salieron al encuentro Luciana y Pedro y²³¹ con grande alegría y contento los hospedaron en su palacio.

Luego que pasearon el fuerte castillo notaron la estraña belleza, lindo sitio y no menor fortaleza, y bajando por un artificioso caracol fueron a dar al ameno y deleitoso huerto, donde creían estar en el Paraíso Terrenal. En medio deste hermoso huerto había un árbol en el cual había tres manzanas de oro, que las guardaba un horrible y espantoso gigante llamado Inhumano por que de ninguno fuesen hurtadas. Y por cierto encantamiento que el gigante hizo por mandado de su señora, le metió en el seno al Rey la más linda manzana de todas tres.

Queriendo²³² ya salir del agradable jardín, dijo el Inhumano:

—Señora: aquí falta la más linda manzana de las tres que en este árbol había. Yo no sé quién la haya podido hurtar, porque cuando estos señores entraron aquí ninguna dellas faltaba.

Fingiendo Luciana estar muy enojada, mandó al gigante que uno a uno mirase a todos los que dentro estaban. Y el gigante obedesciendo el mandato de su señora, no dejó ninguno que no mirase sino al Rey, y no hallando la manzana, el Inhumano dijo:

—Señora: yo no puedo entender cuál haya sido el hombre tan atrevido y sutil que haya podido hurtar esta manzana.

Luciana fingió estar turbada, y volviéndose al Rey, dijo:

—Sacra Majestad: no os enojéis porque este gigante haga experiencia en vos como en los demás para buscar esta manzana, que cierto es de gran valor y me pesaría perdella, porque mi felicidad está puesta sólo en ella.

Creyendo estar libre el Rey, se quitó la ropa, y desabotoñando el jubón cayó la manzana en el suelo. De lo cual quedó el Rey muy espantado, porque no sabía en qué modo aquella manzana en su poder estuviese.

Viendo Luciana que en poder del Rey había parecido la manzana, dijo:

—Pues ¿cómo, habiéndoos rescebido en mi posada y regalado como vos, señor, merecéis, nos pagáis con esa ingratitud y nos hurtáis el fruto de oro que en este huerto se producía? Por cierto, señor, vos galardonaís muy bien un buen servicio.

El Rey, que de todo esto estaba inocente, mucho se fatigaba, y más porque en aquel punto consideró aquella no pensada fortaleza no estar edificada sin causa, pues su fortuna lo había traído en tal ocasión. En este punto conoció Luciana ser oportuno el tiempo para darse a conocer a sus padres. La cual con amorosas palabras mezcladas con cristalinas lágrimas dijo:

—Señor mío: sabed que yo soy aquella desdichada Luciana hija vuestra, que por infelice desastre fue de vos engendada y condenada a muerte con Pedro el inocente y mi hijo. Yo soy aquella que hallastes preñada, y éste que veis aquí es mi hijo, inocentemente concebido. Éste es Pedro el bobo, que por virtud de un atún fabricó este alto y fuerte castillo. Este gigante que aquí veis es el que os metió la manzana en vuestro seno sin que lo sintiédeses. Sabed, señor mío, que por cierto encantamiento que éste ordenó por mi

231.— Suplo 'y' (103v).

232.— Orig.: 'querindo' (104r)

mandado os puso en vuestro secreto seno esta manzana. Y así, señor, entended y creed que de la misma manera que vos estáis sin culpa ni sabéis cosa alguna deste secreto, del mesmo modo y manera estaba yo inocente de mi preñado; que por virtud deste atún, por encantamiento, me empreñó.

Grandísimo fue el dolor que el Rey sintió cuando Luciana dio fin a su infelice historia; mas considerando su inocencia y la estraña ventura de Pedro mezcló la pena de la desdichada suerte con la gloria del buen suceso, e abrazando a su hija lloraba de contento, e la Reina su madre dio gracias al alto Dios porque había sacado²³³ a luz tan alto secreto para que los Reyes viviesen sin dolor. Asimesmo abrazaron a Pedro, que en gentileza, aviso y discreción excedía a todos los del reino, y al hermoso infante tomaron en los brazos llorando el contento.

Luego celebraron la real fiesta con gran regocijo, y de allí a pocos días se embarcaron en la nave haciendo su viaje a la vuelta de Capraia, donde fueron recibidos con gran triunfo. Y el Rey mandó que luego se celebrasen las reales bodas de Pedro y Luciana su muy amada hija, a los cuales regalaba y trataba como a naturales herederos de su corona.

No pasaron muchos días que a Luciano le sucedió una grave dolencia la cual fue causa de su muerte, y dejó por herederos a Pedro el bobo (que así le decían, aunque sin razón) y a su amada hija Luciana, donde alegremente y en paz gobernaron su reino.

— o O o —

La fábula de Cateruza fue causa que las damas llorasen y los galanes sintiesen la estraña aventura del inocente pescador, a los cuales el supremo Juez sentenció según su simplicidad e inocencia. Luego la señora Lucrecia mandó a Cateruza prosiguiese con su enigma. Y alegremente, aunque vergonzosa, dijo:

VERSOS

Soy más negra que la pez;²³⁴
 soy más blanca que la nieve;
 Soy más limpia que el envés
 de la rosa cuando llueve.
 Pido lo que he menester;
 hablo y no sé qué me digo.
 Trátame bien, mi enemigo,
 por que cante y dé placer.

No sin gran placer de la honestísima compañía fue oído el agudo enigma de la sabia doncella, aunque diversamente interpretado. La hermosa Laura, sonriéndose, dijo:

—El enigma propuesto de nuestra hermosa compañera no significa otra cosa sino la urraca; que, según vemos, Naturaleza la dotó de tantos extremos como por la proposición de la hermosa Cateruza conocemos: ser más negra que la pez y más blanca que la nieve por ciertas plumas que Naturaleza le dio blancas entre las negras; también conocemos

233.— Orig.: 'sacada' (105r).

234.— Alquitrán.

ser una de las más limpias aves que rompen el delicado viento, y puesta en prisión (o por mejor decir, en jaula), vemos que da contento a su enemigo hablando o cantando, como es común en el universo.

Fue causa la excelente exposición de Laura que el diáfano rostro de Cateruza viniese, por la virginal vergüenza, como la matutina rosa, porque entendió²³⁵ en todo este colegio no haber persona alguna que lo declarase. Luego la señora Lucrecia mandó poner silencio a su rumor, y a Ariadna que diese principio a su dulce fabular. Y puesta en el lugar para tal efecto señalado, dijo:

ARGUMENTO: Dalfieno, rey de Túnez, tuvo dos hijos, el uno llamado Lístico y el otro Sultán,²³⁶ que por otro nombre secretamente le llamaban²³⁷ «el Porquero». El cual se casó por cierta aventura con Belisandra, hija de Atarante, rey de Damasco.

FÁBULA SEGUNDA

NO hace poco el sabio marinero si la navecilla, del tempestuoso mar y molestas olas combatida, por su buen juicio de las duras rocas es librada y a buen puerto en salvamiento traída; como sucedió a Sultán, hijo del gran rey de Túnez, el cual después de muchos y no pensados peligros y graves fortunas, con la fortaleza del ánimo en mayor estado fue puesto, gozando del reino del Gran Cairo, como por la presente fábula entenderéis.

En Túnez, ciudad muy antigua en la ribera de África, hubo no ha mucho tiempo un famoso rey llamado Dalfieno, casado con una hermosa y prudentísima dama en la cual hubo dos hijos sabios, virtuosos y obedientes al padre. El uno dellos tenía por nombre Lístico, y el otro Sultán, a los cuales no tocaba el reino porque (según sus antiguas leyes) lo heredaba mujer, porque así estaba constituido.

Viéndose el Rey, por su desdichada suerte, sin hija alguna y ser muy viejo para engendrarla, venía en grandísima tristeza considerando que después de sus días o muerte sería puesto su reino en grandísima diferencia, de donde resultarían crueles odios y sanguinolentas batallas, y a lo último sus desdichados hijos serían ignominiosamente excluidos del reino.

Muchas veces era combatido el Rey destos congojosos pensamientos, y no hallando remedio a su mal, dijo a la Reina:

—Decidme, sabia señora: ¿qué haremos de estos hijos? ¿En qué estado los pondremos para que su honra y valor crezca, pues sabéis que por nuestra antigua ley y ordenados consejos no pueden heredar el reino?

La prudentísima Reina respondió:

—Poderoso Rey y señor: mi parecer no es otro, pues sois señor de tanto tesoro y potente en vuestro reino, que partáis con ellos igualmente dineros, joyas y caballos; ponédlos en su libertad, para que cada uno siga su fortuna y vayan donde de ninguno sean conocidos,

235.— Orig.: 'entendido' (106r).

236.— 'Livoretto' en la versión italiana.

237.— Orig.: 'llamaua' (106v).

y por ventura vernán a ser señores de tan alto estado como sus padres; porque, según sus pronósticos muestran, la próspera y felice Fortuna les prometió seguillos y ponellos en lo más alto de su rueda, o por ventura encontrarán con algún príncipe que, vista su gentileza, liberalidad y buenos extremos de crianza, conocerá ser hijos de tal padre, y desta manera no padecerán ni serán perseguidos, como podrían ser en su propria tierra. Y cuando padesciesen (lo que Dios no consienta) en nuestra ausencia haremos experiencia en el común proverbio: «ojos que no veen, corazón no quebrantan». Mas confío en nuestro Dios que, vista su generosidad y buen proceder, no habrá Rey que no se aficione a ellos, y por el privilegio que su real prosapia les concedió no habrá en este siglo quién no los ame.

Muy bien le pareció a Dalfieno el consejo de la sabia Reina, y luego mandó pareciesen ante él sus amados hijos Lístico y Sultán, a los cuales dijo:

—Hijos de nos, vuestros padres, muy amados: porque después de nuestra muerte os ha de ser quitada la esperanza de nuestro reino, no por odio, sino porque así está constituido y la voluntad de nuestras leyes así lo piden. La alta Providencia os negó el sexu femeníl para que el reino a vuestro mandado fuese subjecto. Nos y vuestra madre, por útil cómodo de ambos a dos,²³⁸ hemos determinado que dándoos iguales partes y gran número de cantidad de dineros y suma de joyas y preseas que a tales personas convienen para que podáis trabucar el mundo y probar vuestra ventura y resistir a la contraria fortuna, si acaso os fuere madrastra. Sed contentos de cumplir nuestra voluntad, porque así nos place y lo hemos determinado por útil cómodo vuestro.

La proposición de los Reyes mucho contentó a Lístico y Sultán, porque en extremo deseaban ver lo más notable del mundo, como a las tales personas es natural.

La Reina, así como es natural don a las mujeres amar y tener más afición al menor que a ninguno otro de sus hijos, así llamó a Sultán secretamente, al cual dio un caballo el más furioso y lindo que en todo el reino había. Demás desto, por el arte mágica que en tal reino se ejercita, era encantado y gozaba de muchas virtudes (como por el discurso de mis palabras entenderéis). De lo cual Sultán fue contento, y tomando ambos a dos la bendición de sus padres, con la cantidad de tesoro que a cada uno tocaba, juntos secretamente se partieron.

Ya habían²³⁹ caminado muchas millas a la vuelta del Poniente y en todas estas jornadas no hallaron lugar ninguno a su contento donde pudiesen recrearse sus ánimos, de lo cual recibieron gran congoja. Sultán, que gran deseo tenía de probar solo su ventura, dijo a su hermano Lístico:

—Hermano: hasta agora hemos caminado ambos juntos a contento, y en todo este camino no hemos hallado ocasión donde probar nuestra ventura y fuerzas en justas ni en torneos. Para gozar de los precios que nuestra fortuna nos concedió, parésceme, si dello sois contento, que nos apartemos el uno del otro, porque²⁴⁰ dos prósperas fortunas pocas veces se han visto venir juntas sin algún género de azar.

De lo cual ambos a dos fueron contentos, con condición que la ausencia no causase olvido para que con sus fraternas cartas se tratasen. Y abrazándose, ambos a dos se despi-

238.— Se refiere a los hijos.

239.— Orig.: 'y auian' (108r).

240.— Orig.: 'para que' (108v).

dieron, tomando Lístico el viaje del Occidente, del cual no se tuvo nueva alguna, y Sultán enderezó su camino al Oriente.

Habiendo caminado gran parte del hemisferio, fatigado de graves dolencias, largos caminos e infelices fortunas e necesidades había consumido todo su tesoro, preseas y joyas que de su parte le habían tocado, excepto el caballo, que con gran fatiga le metió en el Cairo, que del soldán Dambruno era gobernado: hombre astuto y en riquezas muy potente (aunque de antiguos años fatigado), era de juicio muy mozo y sujeto a la sensualidad y dominio de Amor, que a nadie perdona.

Este soldán estaba tan enamorado de Belisandra, hija del rey de Damasco, que por cumplir su sensual apetito había puesto cerco a la ciudad para darle saco y gozar de su diosa, ora de grado o por fuerza, y más la procuraba por si gozar pudiese en conyugal matrimonio de su juventud. Belisandra, que ya había sentido el libidinoso gusto de Dambruno y ser hombre de antiguos años doctado, determinó antes darse a sí propia la muerte que casarse con él.

En este punto sucedió llegar Sultán al Cairo paseando la tierra, y reconociendo la muralla conoció por donde fácilmente le pudiese entrar y en la hora del asalto ser el primero para mostrar el valor de su persona, porque tal ocasión en extremo la deseaba.²⁴¹

Vista la dicha ciudad ser a su contento, propuso no salir della hasta hallar un príncipe a quien²⁴² servir. Y caminando hacia el palacio del Soldán, donde estaban muchos mamelucos²⁴³ y esclavos a los cuales demandó si por ventura en la corte del Soldán había necesidad de algún criado. Los mamelucos respondieron que no; y acordándose uno dellos que en aquella casa era menester un mozo que guardase los puercos, llamó a Sultán y le dijo:

—Hermano: en esta tierra no hallaréis amo sino para guardar puercos.

Sultán respondió que de buena gana los guardaría, y apeándose del caballo lo llevó a la pocilga. También le preguntó cómo se llamaba, al cual respondió:

—Yo me llamo Sultán.

Pero de todos fue llamado secretamente «el porquero», porque así le habían puesto nombre todos los criados del Rey.

Acomodado Sultán en este oficio, usaba dél tan bien que apasentaba los puercos y los engordaba como si en aquel oficio toda su vida oviera sido criado, de tal manera que parecía ser cosa imposible lo que Sultán hacía con el ganado, que un mes le ponía tan lucido como otros porqueros en seis.

Considerando los mamelucos y esclavos la buena diligencia del porquerizo persuadieron al mayordomo que le mejorase en estado y servicio del Rey, porque su buen natural y proceder mostraba ser bien nacido. Atento el mayordomo a la buena información que de los mamelucos tenía, mandó a Sultán que en casa se quedase a curar los caballos acrescentándole su salario, de lo cual rescibió gran contento Sultán, porque desta manera entendió regalar a su caballo mucho mejor. Y puesto a tal empresa, aca-

241.— En este párrafo se altera totalmente la versión italiana: 'Lavoretto [Sultán] adunque, giunto al Cairo ed entrato nella città, quella tutta circui, e rimirandola d'ogni parte, molto la comendò; e vedendosi aver dissipata tutta la sustanzia sua, adempiendo tutti gli appetiti suoi, nell'animo propose di non partirsi di là se prima con alcuno per servidore non era acconcio.'

242.— Orig.: 'aquian' (109r).

243.— Esclavos islamizados e instruidos militarmente.

riciaba tan de veras los caballos, y con tanta afectión los limpiaba, que en breve tiempo tomaron otro sujeto del que tenían.

Entre estos caballos había uno que el Rey tenía en mucho, por ser la cosa más bella que Naturaleza crió. Al cual Sultán le mostró saltar, hincar de rodillas y otras muchas gentilezas, tan de veras, que no le faltaba más de hablar. De lo cual los mamelucos y esclavos estaban muy espantados, porque les parecía ser cosa imposible lo que el caballo hacía, y así, determinaron decillo al Rey para que se informase y de veras supiese las virtudes del porquero.

El Soldán, que en su semblante parecía ser melancólico, así por el extraño amor como por su molesta vejez, de ninguna cosa rescibía²⁴⁴ contento. Fastidiado este gran señor de los amorosos pensamientos que de su querida dama le procedían, tantas veces le suplicaban los grandes de su servicio se asomase a una ventana para que viese las extrañas gentilezas que su querido caballo hacía, que una vez, movido de la importunación, se puso a la ventana, de donde vido las galanterías y gentileces²⁴⁵ del caballo y el contento quél porquero recibía en mostralle hacer estas²⁴⁶ cosas y otras muchas que los tales animales suelen hacer.

Dello se holgó mucho el Rey; mas porque la presencia del porquero mostraba ser hijo de algún gran señor, le pareció a el Soldán pagalle mal con tan vil oficio, porque la persona de Sultán merecía mucho. Ni más ni menos consideraba la buena proporción y gentileza de cuerpo y aviso del²⁴⁷ porquero, la cual fue gran parte para que el Gran Señor le mejorase en estado. Y ansí, le mandó llamar y le dijo:

—Porquero: tus buenos servicios y admirables virtudes me dan muestra de tu valor; y así, soy contento que dejes mis caballos²⁴⁸ y me sirvas²⁴⁹ de gentilhombre.

Esta merced agradeció Sultán, y prostrándose ante el Señor, dijo:

—Alto señor: es tan grande la merced que me has hecho, que no ruego a mi Dios otra cosa sino que me dé gracia con que acierte a servirte.

Puesto el porquero en tal oficio, usábalo por tan buenos términos, que no sólo al Rey, pero a todos los de su corte ponía en gran admiración. De aquí nació entre ellos una grande envidia, que no podían ver a Sultán más que al Demonio, y si por el temor que al Gran Señor tenían no fuera, cierto le ovieren dado la muerte; pero la buena fortuna del dichoso mancebo le fue tan favorable, que de muchas traiciones que le tenían ordenadas le sacó libre.

La primera fue que entre los mamelucos determinaron levantarle un testimonio²⁵⁰ para que fácilmente fuese muerto o excluido del servicio y casa del Gran Señor; y fue que, como los criados sabían que el Soldán estaba enamorado de Belisandra, hija del rey de Damasco, uno de los mamelucos, llamado Quebrur, dijo al Soldán:

—Señor: ¿no sabéis una buena nueva?

—¿Qué es? —preguntó el Soldán.

244.- Orig.: 'rascibia' (110r).

245.- Orig.: 'galantarias, y gentilezes' (110r).

246.- Suplo 'estas' (110r).

247.- Orig.: 'pel' (110r).

248.- Orig.: 'caualleros' (110v).

249.- Orig.: 'sirua' (110v).

250.- Acusarle falsamente.

—Que Sultán el porquero se ha alabado no haber en el mundo otro ninguno que te pueda traer a tu casa a Belisandra sino él.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó el Soldán.

Al cual Quebrur respondió:

—Posible es a él, pues se ha determinado a decillo. Y si piensas que yo te vendo palabras, infórmate de todos los esclavos y mamelucos de tu casa, que fácilmente entenderás mi verdad estar muy clara, porque ante todos lo ha dicho y se ha alabado dello.

Ya estaba el Soldán bien informado cuando mandó llamar a Sultán y le demandó si era verdad aquella nueva que le habían dado dél. El mancebo, que de tal ocasión estaba bien descuidado, animosamente lo negó, de lo cual el Soldán muy enojado, dijo:

—¡Anda luego delante de mí, traidor! Y si en término de treinta días no me traes a Belisandra, hija del rey de Damasco, yo te prometo mandarte ahorcar para que miserablemente mueras.

Habiendo oído Sultán el estraño mandato de su señor ser cosa imposible, vino en una grave dolencia, porque sólo la imaginación le fue causa de mayor dolor; mas no haciendo caso Sultán de su enfermedad, se partió, aunque desconsolado, a la caballeriza²⁵¹ donde su encantado caballo estaba, y cuando el caballo vido tan triste a su amo Sultán volvió la cara hacia él diciendo:

—¿Qué tienes, patrón mío? ¿Por qué no estás alegre?

El porquero Sultán, aunque suspirando, dio parte a su querido caballo del estraño mandato del Rey. Luego el caballo relinchando y saltando mostró gran contento, y dijo:

—Sultán: no temas. Está de buen ánimo, que todo verná a buen fin. Torna al Soldán tu amo y dile que te dé luego una carta para su general, que agora con su ejército está sobre Damasco, mandándole que vista la²⁵² presente mueva el campo,²⁵³ y te dé gran cantidad de dineros y buenas armas para que a tal empresa animosamente acometas. Y si por ventura en el camino alguna persona o animal, de cualquier condición o estado que sea, te mandase alguna cosa, mira que aunque pierdas la vida no dejes de serville ni les niegues lo que te demandaren. Y si por ventura algún hombre me quisiese comprar, dile que de muy buena gana me venderás, y demádale²⁵⁴ tan gran cantidad de dinero que de espanto²⁵⁵ se vaya del mercado por que no vengas a concierto con él. Y si fuere mujer la que me quisiese comprar, muéstrale tu voluntad ser buena para presentarme a su servicio y entretenlas con palabras amorosas haciéndoles ofertas de cumplimiento, dándoles lugar para que me traigan la mano por donde quisieren y me toquen donde su voluntad fuere contenta, que yo me estaré quedito, de manera que no resciban enojo.

Luego Sultán con gran contento fue a su amo, al cual demandó la carta que el encantado caballo le avisó, y al punto le despachó el Gran Señor y Sultán subió en su caballo enderezando el camino hacia Damasco con grande alegría y contento de los esclavos y

251.- Orig.: 'cauelleriça' (111r).

252.- Orig.: 'le' (111v).

253.- Levante el campamento.

254.- Orig.: 'demandele' (111v).

255.- Orig.: 'esponto' (111v).

mamelucos, que por la maliciosa invidia y abominable odio que le tenían pretendían darle la muerte.

Habiendo, pues, Sultán caminado muchas millas, arribó a una laguna muy grande de donde salía un hedor tan abominable y estraño que apenas el afortunado mancebo podía determinar de dónde saliese tan penetrante hedor. Y acercándose más a la hedionda laguna vido estar a la orilla un pescado grandísimo medio muerto, que no podía entrar dentro del agua por el grande tarquín²⁵⁶ que una inundación o creciente sobre el escamoso pesce había echado.

Luego que el pescado vido a Sultán cobró un nuevo ánimo y espíritu, que dijo:

—Gentil caballero: por cortesía te ruego que me saques deste hediondo tarquín, que me estoy muriendo, y me arrojes al agua.

Sultán acordándose de lo que el encantado caballo le había dicho, luego se apeó y sacó al pescado del hediondo lodo, y con sus mismas manos²⁵⁷ le lavó y le echó en la deseada agua. Esto agradeció mucho el pescado, y dijo:

—Caballero: no te quiero pagar con ingratitud, porque es el más abominable vicio del mundo; mas por que entiendas que te he de pagar conforme a tu merescimiento, toma de mi lomo tres espinas, las mayores que hallares, y traelas siempre²⁵⁸ contigo, y cuando te veas en alguna necesidad de ayuda pon las espinas en la ribera desta laguna, que luego al punto saldré a ti²⁵⁹ favoresciéndote con todo lo que ovieres menester.

Sultán tomó las más largas espinas que en el lomo del pescado halló, y luego subió en su caballo caminando hacia Damasco, y en poco espacio de camino encontró con un halcón que medio ahogado estaba en la orilla de un río. El cual dijo:

—Caballero: por amor de Dios, que tengas piedad de mí y me saques deste peligro en que estoy puesto,²⁶⁰ que yo te prometo dar ayuda, si en algún tiempo la ovieres menester, y favorescerte²⁶¹ si me sacas desta mortal congoja.

Vencido Sultán de la benigna compasión, le sacó del agua y en su abrigado seno le enjugó hasta que le metió en calor.

Luego que el halcón se sintió en sus fuerzas firme, en pago del beneficio y regalo que de Sultán rescibió le dio dos plumas que debajo del ala izquierda tenía, rogándole que por su amor las guardase y cuando se viese en alguna fortuna las hincase en la ribera de aquel río, que en aquel momento sería socorrido y libre de cualquier infortunio. Luego el halcón rompió el invisible y delicado aire con veloces y ligeras alas.

Prosiguiendo Sultán su largo camino llegó a la gran ciudad de Damasco, sobre la cual tenía su ejército y campo el General del Gran Soldán y batía con las repentinas y crueles balas, artificiales fuegos y secretas contraminas para volar la dicha ciudad si a buena guerra²⁶² no se rindía.²⁶³ Finalmente, acontinuando Sultán su camino llegó a la real tienda del

256.– Barro.

257.– Orig.: 'manas' (112r).

258.– Orig.: 'símpre' (112v).

259.– Orig.: 'te' (112v).

260.– Orig.: 'puestro' (112v).

261.– Orig.: 'feuorescete' (112v).

262.– Conforme al código militar.

263.– Otra aportación del Traductor. La contramina la hacen los asediados para echar abajo la excavación (mina) he-

General, y besándole las manos le dio la carta del Gran Soldán. El cual la leyó, y obede-ciéndola, mandó que luego se echase bando para que toda la caballería ligera e infantería se retirase una milla de allí y cesasen los fuegos y artillería, donde el General dio orden para que marchasen a la vuelta del Cairo.

Cuando Sultán vido la tierra sosegada y en gran contento entro se dentro de la ciudad, donde se alojó en un mesón y mandó regalar a su caballo y a él le diesen un aposento el mejor y más secreto que en la posada hubiese.

Sultán se vistió las más ricas ropas que traía, cubiertas de preciosas piedras y orientales perlas que al claro sol causaban envidia, y sobre su encantado caballo salió a la plaza, y enfrente de las ventanas del real palacio, donde estaban muchos caballeros y hermosas damas asomados, con gran destreza, lindo aire y galana postura hizo mal a su caballo²⁶⁴ de tal manera que todos quedaron espantados, porque no creían que un caballo pudiese hacer tan estrañas y grandes gentilezas como aquél.

Belisandra, la hija del Rey, quél ruido y rumor de la gente oía, se levantó de su asiento y corriendo se fue a una ventana que toda la plaza señoreaba; vido las gentilezas del ligero y feroz caballo, y más se holgó de ver la gentileza, linda gracia y ademán de Sultán que en hacer mal a su caballo tenía. De lo cual avisó al Rey su padre y le rogó que comprase aquel caballo, porque le había parecido muy bien y había visto en él extremos que sólo a la real presencia convenían tener tal presea.

El Rey, que mucho deseaba dar contento a su hermosa y querida hija, mandó a un caballero de su casa que luego supiese de aquel mancebo si le quería vender y en qué precio le tenía. Al cual respondió Sultán:

—Caballero: esta pieza no es cosa que meresce estar puesta en señalado precio, que para sólo mi contento le tengo; pero si Su Majestad es contento de comprármele, deme la cantidad de dinero que su reino vale, que yo soy muy contento de dárselo.

Entendido que hubo el Rey el inmoderado precio, llamó a su hija y dijo:

—Hija mía: por un caballo, qués carne y pasto de perros, ni por tu contento me quiero privar de tanto tesoro como este loco mancebo pide por su caballo. Ten paciencia, que por ventura hallaremos otro mejor y más gallardo que no aquél para tu contento.

Belisandra más encendida en el amor del caballo (como con la privación del deseo suele acontecer), importunaba muy de veras a su padre con amorosas palabras que le comprase, aunque empeñase todo su estado. No bastaban los amorosos ruegos de Belisandra para mover al Rey de su voluntad ni darle este contento. Entonces la penada Belisandra se fue a su piadosa madre estilando lágrimas de sus cristalinos ojos; con amorosas palabras le dijo:

—Madre mía: nunca creyera que mi padre me negara cosa alguna que tocase a mi contento, hasta agora que he probado la intención y fingido amor que me mostraba.

Tanto lloraba Belisandra, que sobre los brazos de su amada madre se amortesció. Y vuelta en sí, le dijo la madre:

—Hija mía: no tomes enojo, que yo te prometo de contentarte. Deja salir al Rey, que secretamente saldremos ambas a dos a la plaza y le compraremos por todo el dinero que aquel mozo demandare.

cha bajo la muralla por los que pretenden tomar la fortaleza. En la versión italiana: 'che fieramente la città bateva'

264.— Esta curiosa expresión se usaba por 'hacer ejercicio/exhibición de doma'

Conocida la voluntad de su madre, Belisandra se holgó mucho.

En este íterin determinó el Rey salirse a cazar a un bosque que la ribera del río cercaba. Apenas hubo salido el Rey de su casa cuando la piadosa madre envió un criado a Sultán para que vista la presente viniese con su caballo a Palacio. Entendida la embajada y mandato de la Reina mucho se holgó, y luego se partió al palacio real donde la Reina estaba. La cual le demandó que en cuánto estimaba aquel caballo, porque su hija se había acodiciado dél.

Sultán le respondió:

—Sacra Majestad: no te daré el caballo por cuanto tesoro hay en vuestro reino, aunque en precio me diédeses vuestra hermosa hija. Antes se le presentaría a Vuestra Majestad,²⁶⁵ si dello fuese servida; mas ha de ser con una condición: que antes que le metan en la caballeriza quiero que le miréis y le traigáis vos y vuestra hija las manos por la cara y ojos regalándole a modo de caricias, por que no se le haga de mal entrar en poder ajeno —y apeándose del caballo puso en²⁶⁶ la silla a la hermosa Belisandra, por mandado de su madre, y con grande alegría le paseaba por el zaguán del palacio.

No contenta con este paseo, por ser corto, rogó a su madre fuese contenta mandar abrir la puerta falsa que a un fresco y ameno jardín salía, para dalle una carrera, de lo cual fue muy contenta la Reina. Apenas había salido Belisandra un tiro de piedra sobre su ligero caballo cuando Sultán subió ligeramente a las ancas (porque así se lo había avisado el encantado caballo), y hiriéndole sin piedad corrió tanto que parecía volar por el aire.

La hermosa Belisandra viéndose en tal estado, comenzó fuertemente a dar gritos diciendo:

—¡Oh traidor! ¿Dónde me llevas? ¡Déjame en paz descansar con mi querida madre!

Destas injurias ni lamentaciones poco se le daba a Sultán, porque en verse triunfar de su deseo cobró mayor ánimo. Y bendiciendo su ventura llegaron ambos a dos a la ribera del río donde el pescado se le había ofrecido con su ayuda, y Belisandra se sacó un hermoso anillo que en su dedo traía, y ascondidamente le arrojó dentro del agua.

Prosiguiendo Sultán su camino, en pocos días llegó al Cairo, donde presentó al Gran Soldán el deseado don de Belisandra, con el cual estrañamente se holgó de ver su estremada²⁶⁷ hermosura y con amorosos regalos y caricias la rescibió.

Llegando la hora del dulce y suave sueño, ambos a dos se fueron a un aposento tan bien aderezado como a tal persona convenía. Entonces dijo la hermosa dama:

—Señor: entended que si sé²⁶⁸ perder la vida no seré conforme a vuestro amoroso deseo si primero no hacéis a este traidor que me trujo a vuestro poder que luego se parta a buscar un anillo de oro que se me cayó en el río cuando con sus traiciones disimuladas me engañó. Y si le trae, yo os prometo cumplir vuestra venera y libidinosa voluntad aunque fuerce la mía.

265.— Orig.: 'merced' (114v).

266.— Suplo 'en' (114v).

267.— Orig.: 'exremada' (115r).

268.— Que aunque me suponga.

El Soldán, que inflamado estaba y rendido al amor de la hermosa Belisandra, mandó a Sultán que luego fuese a buscar el anillo de Belisandra, amenazándole con la muerte si no le traía.

Considerando Sultán la voluntad del Soldán ser forzoso cumplirla por que con la cruel muerte no diese contento a Belisandra, muy triste se fue a la caballeriza donde tenía su encantado caballo, con el cual fuertemente lloraba porque se sentía desconfiado de la esperanza de hallar el anillo. El caballo, que cuitadamente veía llorar a su amo, le demandó por qué tan de veras soltaba las riendas al triste llanto (aunque bien sabía la causa). Dijo:

—Calla, dichoso caballero, y ten cuenta con la promesa del pescado cuando le diste remedio a su mal. Abre tus sentidos y haz cuanto yo te dijere. Anda, ve al Soldán y dile que te dé cuanto hubieres menester; pártete luego y no dudes, porque cierto alcanzarás lo que quisieres.

Luego el afortunado Sultán hizo lo que su encantado caballo le ordenó, y puesto en el lugar donde con Belisandra se había embarcado puso las tres espinas en la orilla del agua, y el pescado deslizándose por la clara agua aquí y allí mostraba grande alegría y contento. Saltando se allegó al sabio Sultán; abierta la boca, le sacó el anillo, y tomando sus tres espinas, el pescado se zambulló en el agua, donde el pesar y tristeza se le convirtió en grandísima alegría a Sultán. Luego subió en su ligero caballo y al Gran Señor se presentó, al cual dio el preciado anillo de Belisandra.

Cuando el Soldán vido que ya tenía cobrado la hermosa dama su anillo, como ella deseaba y lo había pedido, propuso su deseado y libidinoso amor mostrando a Belisandra grandes caricias, regalos y otros muchos extremos que a tal ocasión convenían, porque aquella noche pretendía dormir con ella. Mas el Soldán procuraba lo imposible, porque la sabia y astuta doncella era de diferente parecer. Al cual dijo:

—No penséis, señor mío, con vuestras falsas lisonjas y ofertas engañarme, porque os juro y desengaño que no cumpliréis vuestra voluntad ni sensual deseo si primero este falso engañador no me trae el agua de la vida.

El Soldán, que de veras procuraba contentar a su amorosa Belisandra, llamó a Sultán y le dijo:

—Mira, discreto y bien afortunado mancebo: procura buscarme el agua de la vida y traella a esta hermosa dama, que este es mi contento. Y si no, cierto tú puedes creer haber acabado con tu vida, porque te daré la más ignominiosa muerte que en el mundo se haya visto otra.

El apasionado gentilhombre en extremo rescibió grandísima pena porque tal ocasión y tan incierta aventura se le había ofrescido, y encendido de ira por el mal galardón que a sus buenos servicios les sucedía, vino en término de desesperar o veramente entrar en el real aposento y dar de puñaladas al Soldán para más presto concluir con la mudable fortuna y no morir tantas veces. Mas venciendo su enojo y mezclándolo con la paciencia se fue, aunque desconsolado, a la caballeriza donde estaba su caballo, maldiciendo su malvada fortuna. Dijo el encantado caballo:

—¿Qué tienes, patrón mío? ¿Por qué tan cruelmente lloras y te quejas de tu fortuna, pues es la más dichosa que hombre en el mundo alcanzó?

Y entendida la substancia de la tristeza, trújole a la memoria lo que el halcón le había prometido cuando le libró de la muerte. Luego se partió Sultán muy contento, aunque pensativo y dudoso si le saldría el efecto como deseaba, y en la ribera del río puso las dos plumas, como el peregrino halcón le había dicho, y al punto se le representó y dijo:

—¿Qué has menester, piadoso caballero? ¿Qué se te ha ofrescido en que te pueda servir?

Sultán respondió tener necesidad del agua de la vida. El halcón respondió:

—Esa es una cosa imposible de alcanzar, porque la fuente está guardada de dos fieros y crudos

leones y otros muchos dragones, que siempre están en centinela aullando y gimiendo cruelmente, los cuales no perdonan la vida al desdichado que entre sus carniceras uñas cae. Mas en pago del beneficio que de ti rescebí toma una redomilla que en tu seno hallaras y ácala a mi ala izquierda. Y no te partas de aquí hasta que yo vuelva.

Luego cortó el delicado viento con sus ligeras alas y en breve espacio volvió con el agua de la vida; y Sultán se partió donde el Gran Señor estaba con grandísimo contento (porque llevaba el agua que a él mismo²⁶⁹ dio la vida) y presentola al Soldán, que en dulce y amorosa conversación estaba con la hermosa Belisandra, a la cual dio el preciado licor. Pero no bastó esto para vencer a la hermosa doncella, porque su voluntad no era conforme con la del Soldán. Al cual dijo:

—Señor: tened por cierto que si vos no me dais licencia para que degüelle a Sultán con su misma espada y su malvado cuerpo coman los hambrientos y rabiosos perros, yo no daré contento a vuestro deseo.

Considerando el Soldán la cruel voluntad de Belisandra contra el gentil mancebo, y que a su libidinoso apetito no quería complacer ni dar gusto, consideraba también el injusto premio de Belisandra para tan buenos servicios como había hecho Sultán, y ser mayor traición si él consintiese en la dañada voluntad de Belisandra. Lo cual no bastó, porque secretamente sacó la cruel doncella un cuchillo de un estuche y arremetió a Sultán y en presencia del Soldán le degolló sin remedio de ayuda ni socorro. No contenta con esto, le hizo por sus conyunturas pedazos, moliéndole los huesos y nervios como menudo polvo. Luego tomó una bacía de alambre²⁷⁰ muy grande, donde echó la menuda y despedazada carne, amasándola como suelen las mujeres la harina para reducilla en masa, y de la molida carne y quebrantados huesos hizo una hermosa figura bien compuesta de todos sus miembros, y con el agua de la vida la roció y en un momento²⁷¹ el hermoso mancebo fue reducido en una forma más hermosa y gentil que antes era.

Cuando el viejo Soldán vido la estraña ventura de su querido Sultán quedó muy admirado, y rogó a la hermosa y sabia Belisandra hiciese lo propio con él para que de nuevo gozase de los deleites deste mundo. No tardó nada la hermosa doncella en hacer lo que el desdichado viejo le rogó, cuando con el mismo cuchillo (que aún de la juvenil sangre estaba bañado), poniendo la cabeza sobre el siniestro brazo prestamente le pasó el agudo filo por la garganta, donde acabó la deseada vida con la aborrescida muerte. Luego Belisandra tomó el cuerpo del Soldán y secretamente le echó en una sima donde él solía echar los reos y sentenciados a cruel y desesperada muerte, y en lugar de tornalle en la deseada forma le hizo manjar y potaje de crudas y horribles serpientes que de la medula de los humanos huesos se suelen engendrar.

Del estraño y admirable caso rescibió todo el Cairo grande contento, porque ninguno de los vecinos y vasallos del Soldán estaban bien con él, por las grandes crueldades e injusticias que con ellos usaba, y a la hermosa y casta Belisandra conocieron e juraron por señora de aquel reino.

Ya sabía Belisandra como Sultán era hijo del rey de Túnez, al cual escribió dando aviso del afortunado suceso, rogándole con gran instancia se hallase en las bodas de su hijo, porque con él pretendía casarse. Cuando Dalfieno supo la dichosa y no pensada nueva,

269.– Orig.: 'al mesmo' (117r).

270.– Cuenco de cobre.

271.– Orig.: 'memento' (117v).

juzgá, hermosas damas, el contento que a su corazón llegaría. Vista la presente, mandó aderezar grandísimas municiones, vajillas de plata y oro y otras muchas cosas que por no ser fastidiosa no cuento.

Ya tenían nueva los príncipes y caballeros del Cairo como Dalfieno, rey de Túnez, llegaba a la ciudad, cuando todos salieron con mucho contento, alegría y triunfo a recibille, y en presencia de Dalfieno la hermosa y casta Belisandra y el felicísimo Sultán el conyugal matrimonio ordenaron, y de todos los príncipes, caballeros y gente común fue regocijado con juegos, triunfos y justas, torneos y otras muchas fiestas que para tales personas convenían.

Estos dos bienafortunados reyes gobernaron su reino con mucha paz y contento, y Dalfieno, padre de Sultán, se despidió muy contento tomando el camino de Túnez, donde mandó que en común regocijasen el buen suceso de Sultán con fiestas y otros muchos regocijos.

— o O o —

Luego que Ariana en glorioso fin puso su apasionada fábula, por que no se rompiese el usado orden, su delicado enigma en tal manera propuso:

VERSOS

De fuego se hace un cuerpo, y de viento,
que viste de yerba su cuerpo redondo.
Es largo y es ancho, es bajo y es hondo;
su ánima sirve en lugar de elemento.

Con grandísima atención escucharon el qués cosi y cosa de Ariana, mas no hubo ninguno en el honestísimo colegio que entenderlo pudiese, ni dar género de exposición, sino la sabia y hermosa Ariana, la cual alegremente dijo:

—Ilustre y hermoso consistorio: mi enigma o proposición no significa otra cosa sino el almarax²⁷² de vidrio, el cual se hace de fuego y de viento, y cubren su cuerpo de yerba seca por que no se quiebre, y en lugar de ánima tiene el agua rosada,²⁷³ que cierto conoscemos ser uno de los elementos; y vemos ser ancho en el medio, largo en la cantidad, bajo en la distancia a respecto de otras cosas más hondas, y profundo a respecto de otras más bajas.

Estaba ya despedida de su enigma Ariana cuando la hermosa Laura, antes de ser mandada de la señora Lucrecia, dio principio a su fábula diciendo:

272.— Almarraja: vasija perforada que se usaba a modo de regadera para perfumar la casa.

273.— Se hacía poniendo a hervir pétalos de rosas rojas recién cortadas.

ARGUMENTO: *Blancabella, hija del marqués de Mantua,²⁷⁴ por mandato de una madrina de don Fernando, rey de Nápoles, fue mandada matar, y los criados le sacaron los ojos y le cortaron las tetas, y por una culebra fue reducida en su natural forma y con Fernando su marido volvió a hacer vida conyugal.*

FÁBULA TERCERA

DAMAS de raro valor y de toda alabanza dignas: cosa justa y necesaria es a la mujer, de cualquier condición o estado que sea, en cualquier efecto sea prudente, porque cierto donde no hay prudencia nada es bien gobernado; que si una madrina, de quien entiendo contaros, con modestia oviese tratado un caso tan extraño no consintiera el divino Juicio que pagase con la vida lo que a traición pensó vengar con la muerte, como agora entenderéis.

Reinaba gran tiempo ha en Mantua un marqués de potente estado, aunque pobre de hijos, llamado Filiberto, el cual deseaba grandemente tener un hijo, pero la gracia de Dios no le era concedida. Sucedió, pues, un día, que estando la Marquesa holgándose en su jardín, cansada y vencida del agravado sueño se quedó adormida a la sombra de un fresco y oloroso cedro. En este ínterin que al dulce y grave sueño estaba sacrificado vino una pequeña culebrilla, y llegándose a ella, por debajo las reales faldas sin ser sentida se entró en el vientre de la Marquesa, donde quietamente reposaba.

No pasó mucho tiempo que la Marquesa se empañó, de lo cual todos los vasallos se holgaron. Llegado el término del doloroso y deseado parto parió una infanta con una culebra que tres vueltas le daba a la garganta. Visto de la comadre un caso tan raro, todos los circunstantes quedaron admirados, y en un momento la culebra, sin perjuicio alguno de la infanta, se apartó y poco a poco se tornó al jardín donde antes solía estar. Luego limpiaron con odoríferos baños y delicados paños a la deseada infanta, la cual comenzó poco a poco a descubrir un collar de oro subtilísimamente labrado, mas no se le parecía sino entre cuero y carne, de la manera que suele parecer el esmaltado oro metido entre el fino cristal. Y tantas vueltas le daba a la garganta cuantas la culebra mostraba.

Esta hermosa infanta era tan blanca y tan bella que le pusieron por nombre Blancabella. Ésta crecía en tanta virtud y gentileza, que ciertamente parecía no ser cosa humana, sino divina.

Gozaba ya Blancabella de los diez años cuando sucedió asomarse a un secreto mirador de donde veía el hermoso jardín de frescas yerbas y olorosas flores esmaltado. Entonces volvió Blancabella su hermoso rostro al ama que la crió desde su tierna niñez y preguntole qué cosa era aquella tan hermosa. El ama respondió ser un jardín donde su madre solía²⁷⁵ ir a recrearse y tomar contento y dormir muchas veces la calorosa siesta de verano.

La hermosa doncella que mucho deseaba ir a ver una cosa tan amena, rogó a su ama la llevase a pasear por allí un rato, y tomándola de la mano la metió en el jardín, y apartándose de la hermosa doncella, a la sombra de un fresco salce se quedó adormida, dejando a la infanta tomar placer por el fresco y ameno jardín. Blancabella, que mucho contento

274.- 'Monferrato' en la versión italiana.

275.- Orig.: 'suele' (120r).

rescibía de pisar las frescas y olorosas yerbas y coger las suaves flores, paseando por aquí y por allí se sintió cansada y sentose al pie de un copado y umbroso laurel.

Apenas la hermosa doncella se había sentado cuando a ella vino una pequeña culebrilla. Con un bajo rumor salió de entre las tiernas y olorosas flores, de la cual mucho se espantó Blancabella, y queriendo dar gritos, dijo la culebra:

—Calla. No temas ni tengas miedo, que yo soy tu hermana y en un punto nascimos de un vientre. Yo me llamo Sanmaritaña, y si tú eres obediente a lo que te mandare serás la más bienaventurada y dichosa que haya nascido en el mundo, y si lo contrario haces vivirás la más desdichada y sin ventura que hoy se halle. Y con tanto, vete sin temor alguno; sólo quiero de ti²⁷⁶ que mañana vuelvas sola a este propio lugar y hagas traer dos vasos: uno de leche y otro de agua rosada finísima, sin mixtura alguna.

Luego se fue la culebra, y la hermosa doncella se levantó en pie y fuese a buscar su ama, a la cual halló durmiendo, y recordándola, ambas a dos alegremente se fueron a su aposento.

Venido el día siguiente, Blancabella estaba sola con su madre, triste, pensativa y melancólica porque no osaba dar parte a su madre de lo que Sanmaritaña le había pedido. Cuando la piadosa madre vio a Blancabella tan triste, dijo:

—¿Por qué estás tan triste, pues hasta agora te he visto alegre y contenta? ¿Qué te ha sucedido, hija mía, para que ames tan de veras la tristeza?

Blancabella respondió:

—Madre mía: no estoy triste por otra cosa sino que querría tener dos vasos, el uno de leche y el otro de finísima agua rosada, para mi contento, y que me los llevasen al jardín.

—¿Por tan poca cosa estás triste, hija mía? Aparta de ti —dijo la madre— todo género de descontento, porque en sólo verte sin alegría atormentas mi corazón.

Luego mandó la piadosa madre traer los dos vasos que Blancabella había pedido y los llevasen²⁷⁷ al lugar donde ella fuese más contenta.

Llegada la hora señalada, la hermosa doncella se fue sola, y secretamente abrió la puerta del jardín, donde se encerró y do estaban los vasos. Apenas se había sentado cuando la culebra salió por el mismo lugar que solía, y llegándose a Blancabella la hizo desnudar como su madre la parió, y en el vaso de la blanca leche la metió, bañándola desde la cabeza a los pies y limpiándola con su misma lengua, de tal manera que no se le parecía haber caído en su cuerpo tal licor. Luego la sacó fuera de aquel vaso y la metió en el del agua rosada, donde rescibió grandísimo contento con el suave olor. Y mandándole vestir, dijo:

—Mira, hermana mía, que a ninguna persona descubras este secreto, aunque sea a tus propios padres, porque yo quiero que en todo el mundo no haya otra tan hermosa como tú, ni gentil; con condición que sin mi voluntad no te cases, aunque tus padres quisiesen.

Finalmente la dotó de grandísimos extremos y particulares virtudes, y así, se despidieron la una de la otra.

Blancabella se salió del jardín, y al aposento donde estaba su madre se fue. A la cual halló muy triste, porque estaba imaginando la ocasión para que serían aquellos vasos que Blancabella su hija le había pedido. Cuando la madre vido a su hija muy más hermosa,

276.- Orig.: 'tu' (120v).

277.- Orig.: 'leuassen' (121r).

gentil y graciosa que antes solía, quedó muy espantada, y demandándole la causa que en tan extremada belleza había venido, Blancabella no respondía otra cosa sino que no sabía.

Luego tomó la madre un peine para peinalla y aderezalle la madeja de cabellos (que verdaderamente parecían rayos de sol), y cada vez que bajaba el peine de la cabeza, caían infinitas perlas y piedras preciosas, y cuando se lavaba las manos caían dellas gran diferencia de odoríferas flores, que verdaderamente parecía estar en el Paraíso Terrenal, según el celestial olor.

Vista tan estraña ventura, la madre fue corriendo a su marido (que Filiberto tenía por nombre) y le dijo:

— Señor mío: nosotros tenemos una hija la más linda que Naturaleza ha criado ni Fortuna ha dado a padres. Y ultra de su gran belleza, de sus dorados cabellos no salen sino perlas preciosas y piedras de inestimable valor; y cuando lava sus blancas manos, el agua que en tierra cae no es otra cosa sino violetas, azahar, rosas y otras muchas flores que por no ser importuna no cuento. Lo cual entiendo que no creeréis si con vuestros mismos ojos no lo viédes.

El Marqués, que de naturaleza era incrédulo, no daba crédito a las palabras de su mujer, antes se reía ultrajándola de boba porque de ligero se creía. Con todo esto, se quiso remitir a la experiencia y mandó llamar a la hermosa hija para que delante dél la peinasen, donde vido ciertamente ser más de lo que su mujer decía. Fue tan grande el contento de Filiberto, que entonces conoció no haber hombre en el mundo que mereciese casar con su hija.

Ya estaba divulgada la fama desta dichosa doncella por todo el mundo. Muchos príncipes, reyes y grandes señores venían a ver la estraña hermosura y virtudes admirables de Blancabella con intento cada uno de rescibilla en conyugal matrimonio; pero eran tan cortos de ventura que ninguno mereció vella, porque a cada uno le faltaba extremo para merecilla. A lo último concurrió don Fernando, rey de Nápoles, cuya fama y claro nombre resplandecía en el mundo como el Sol entre las menudas estrellas, el cual demandó por esposa y mujer a Blancabella.

Viéndole el Marqués tan hermoso, gentil y de buena fama, y en estado más potente que todos los que el mundo señoreaban, concertó el casamiento, y sin entretenimiento alguno se dieron las manos con aquellas ceremonias que los nuevos desposados suelen.

Apenas estaba concluido el desposorio cuando Blancabella se acordó de las palabras que su hermana Sanmaritaña le dijo, y apartándose del lado de su esposo fingiendo salir a proveerse, se fue a una sala donde se encerró sola, y por una ventana que al jardín salía secretamente salió, donde con baja voz llamaba a Sanmaritaña su hermana. Pero no se le aparecía como solía ni venía cuando la llamaba, de lo cual se maravilló Blancabella y quedó muy triste, considerando habelle venido aquella desgracia por no haberle sido obediente. Y dándose a sí la culpa tornó a la sala donde estaba su marido, de lo cual rescibió don Fernando grandísimo contento, porque había gran rato que no la veía.

Acabadas las solemnes y reales bodas, el rey de Nápoles ordenó su viaje para su tierra, donde se le hizo tal recibimiento cual a tal persona convenía, porque los de su reino le amaban mucho. Y quereros especificar, hermosas damas e discretos caballeros, las fiestas,

triumfos y galanas invenciones que en la tierra se hicieron sería no acabar y dar a los demás oyentes²⁷⁸ fastidio.

Tenía el rey don Fernando una comadre que le había sacado de pila, la cual tenía dos hijas, las más abominables que en el reino había, y pretendía casar a don Fernando con una dellas; mas despedida de su vana esperanza por estar ya casado con Blancabella, vino en tanto enojo y odio la comadre con la hermosa Blancabella, que ni vella ni oílla gustaba, aunque fingidamente le hacía algunos regalos por dar gusto al Rey y tener lugar para ganarle la voluntad con falsas lisonjas, sólo por el interese que en la amistad del Rey se seguía.

En este ínterin sucedió que el rey de Túnez hizo grande ejército de guerra para venir sobre Nápoles, no sé si fue la ocasión el casamiento. de muchos codiciado. o por otro interese de cobdicia, como a los que señorean les mueve. Ya había llegado con su potentísimo ejército de infantería y armada de reales galeras a la vista de Nápoles, de manera que fue necesario que don Fernando saliese con su real armada y tomase la mar por defensa, porque el rey de Túnez venía pujante por tierra.

Puesto a punto todo lo necesario, el Rey se despidió de Blancabella con grandísimo dolor, porque la dejaba preñada. Se la encomendó a su comadre para que la regalase y tuviese cuenta con ella, de lo cual holgó mucho la traidora vieja, porque entendía venir a buen fin su malvado deseo. Luego se partió don Fernando con su potentísima armada a buscar al enemigo.

No pasaron muchos días que la endiablada y traidora comadre concertó matar a la hermosa Reina con intento de entregar la una de sus hijas a don Fernando cuando volviese de su jornada. Así, mandó llamar a ciertos criados de quien mucho se fiaba, a los cuales mandó que sacasen a la Reina a la campaña para que tomase algún contento y desechase congojas y fastidios. Asimismo les mandó secretamente la llevasen en un secreto lugar y de allí no se partiesen sin sacalle el ánima; y para que mejor los creyese le trujesen alguna señal de su persona para que viviese contenta y ellos fuesen bien galardonados. Los criados prompts al mal hecho, obedecieron a la señora con un conforme parecer.

Fingiendo ir a un lugar de placer, la llevaron a un bosque donde tenían determinado matalla; mas viéndola tan hermosa y preñada usaron de misericordia con ella dándole la vida, mas por satisfacer a su señora determinaron cortalle las tetas y sacalle los ojos y llevarlos a su señora por manifiesta señal de su muerte, de lo cual la perversa comadre quedó contenta. Y pensando la nefanda y facinorosa traer a verdadero fin su malvado deseo, echó fama que sus hijas habían muerto de enojo y congoja por la partida del Rey y la cruel guerra que contra él se hacía. En esta ocasión sucedieron a la una de sus hijas unas fastidiosas cuartanas que la tenían flaca y consumida. Fingiendo esta traidora ser aquella Blancabella, la metió en su misma cama, por si el Rey viniese hacelle creer que aquella era su amada mujer.²⁷⁹

278.– Otra aportación gratuita y equívoca del Traductor.

279.– Otra vez el Traductor se separa innecesaria y confusamente del original: 'E pensando la scelerata matrigna di mandar ad effetto il suo maligno proponimento, seminò per tutto il regno, che le due figliuole erano morte... e che Biancabella per lo dolore della partita del Ré, disperso aveva un fanciullo [había abortado], e soprugiunta le era una terzana febbre... Ma la malvagia e rea femina in vece di Biancabella teneva nel letto del Ré una delle sue figliuole fingendo lei esser Biancabella da febbre gravata'

Sucedió que el rey don Fernando venció el fiero ejército de su enemigo, y con glorioso triunfo volvió a su tierra con deseo de ver y gozar de su hermosa mujer. La halló tendida en la cama, flaca, fea y amarilla, como de tal enfermedad sucede. De lo cual rescibió gran congoja don Fernando, y acercándose bien a ella, con amorosas palabras la regalaba y miraba en hito²⁸⁰ (porque aún dudaba que fuese su mujer), y viéndola tan consumida rescibió grandísimo dolor.

Todavía aún no podía creer que fuese Blancabella: mandó que luego la peinasen, y en lugar de perlas y preciosas piedras le salían gordos y sucios piojos; de las secas y amarillas manos sacaban una suciedad hedionda de pellejos, como de una culebra cuando se desnuda. Hedía tanto esta mujer, que a todos los que allí estaban les revolvía las entrañas. La malvada vieja le consolaba diciendo que aquéllo sucedía de grave enfermedad, de donde proceden tales efectos.

Todavía estaba la desdichada Blancabella sola en el yermo dando voces a su hermana Sanmaritaña²⁸¹ que le ayudase y socorriese en tanta necesidad, pues podía; pero no había nadie en el solitario yermo que le respondiese sino el resonante eco que en el aire pronunciaba los últimos y lastimeros acentos de su congojosa voz.

Estando la desdichada Reina en este²⁸² dolor, sola y sin ayuda, sucedió venir por allí un hombre que en su proceder pareció ser misericordioso y benigno. El cual habiendo oído la triste y ronca voz avivó el sentido y conoció ser de mujer. Luego apresuró el paso hacia donde el rumor había sentido y halló a la desdichada señora Reina ciega y sin tetas. De grandísima compasión, el buen viejo no pudo sufrir, ni le bastó el ánimo, dejalla entre los crueles espinos, mas vencido de una paterna compasión a su casa la llevó y la encomendó a su mujer rogándole que della tuviese cuidado y la regalase. Ni más ni menos la encomendó a dos hijas que tenía, muy hermosas, para que la acompañasen y acariciasen.

La mujer del misericordioso viejo, que más soberbia era que piadosa, encendida de rabiosa ira contra el marido, dijo:

—Decid, marido: ¿qué queréis que hagamos de una mujer ciega, hedionda, pues no podemos aprovecharnos della para un servicio?

Respondió el honrado viejo, muy enojado:

—Haz lo que te mando, o salte luego de mi casa si no piensas darme contento en lo que rescibo gusto.

Estando Blancabella con la mujer del buen viejo y sus hijas en conversación de diversas cosas, rogó a una de las hermosas doncellas que la peinase, de lo cual se enojó la desabrida e envidiosa vieja, porque no gustaba que ninguna de sus hijas le sirviese. Mas la hermosa doncella, que más piadosa era que su madre, hizo lo que Blancabella le rogó, y más por dar contento a su padre. Y tendiendo un paño blanco en las faldas de la pobre ciega, apenas la había comenzado a peinar cuando cayeron de la rubia cabeza gruesas e finas perlas y piedras de excelso valor. Viendo un caso tan admirable, la desabrida vieja quedó muy espantada, y el odio grande que de primero le tenía se convirtió en grandísima amistad y amor.

280.— Fijamente, con atención.

281.— Orig.: 'Samaritaña'

282.— Orig.: 'esta' (124v).

Luego que volvió el honrado y venturoso viejo a su casa todas se fueron para él a le abrazar con grandísimo gozo y contento alabando su buena ventura. Y mandó Blancabella le sacasen un cubo de agua, donde se lavó las delicadas y blancas manos y dellas salían rosas, violetas y otras no menos hermosas que innumerables flores, de lo cual inferían no ser criatura humana.

Otro día quiso Blancabella que la llevase el buen viejo al mismo lugar donde la había hallado. Todos rescibieron no pequeño descontento (como era razón, por lo mucho que aventuraban con su ausencia) y le rogaron les hiciese merced de no partirse, porque allí la ternían con mucho regalo y contento, sirviéndola todo lo último de potencia.²⁸³ Lo cual no bastó a dimoverla de su voluntad, y así, se partió prometiéndoles de volver a su casa.

El buen viejo, confiado en la palabra de Blancabella, la llevó al mismo lugar donde la había hallado, y al buen viejo rogó que si acaso pasase otra vez por allí aquella noche le hiciese contento de llevalla a su casa, pues todos gustaban de su vuelta. Ya se había partido el amoroso y benigno viejo cuando la desdichada señora comenzó a romper el aire con lamentables y dolorosas voces llamando a su hermana Sanmaritaña que le ayudase. Tanta y tan grandes eran las voces de Blancabella, que penetraban los cielos pensando que su hermana no la oía; mas mucho se engañaba, porque un momento no se apartaba de su lado, pero no le quería responder.

Considerando la desdichada Blancabella derramar sus lágrimas en vano y dar voces al aire, dijo:

—¿Qué haré, desdichada de mí? ¿Dónde iré que me puedan sufrir? ¿Quién me dará ayuda ni se dolerá de mí?

Ya estaba cansada de lamentar cuando rescibió tanta ira que a sí²⁸⁴ propia se procuraba dar la muerte por salir de trabajos; y no hallando otro modo para acabar su vida, fuese (aunque las inhumanas piedras y duros pedernales sus blancos y delicados pies sin piedad ofendían) para un río que cerca de allí hacía ruido con intento de arrojarse dentro y así dar fin a su cuitada vida.

Ya estaba puesta en la ribera del río para arrojarse cuando oyó una grande voz que decía:

—¡Desdichada de mí! ¿Qué gano yo porque desespere esta cuitada mujer? ¡Aguarda, hermana; conserva tu vida, que cierto tendrás mejor fin! No desespere así.

Luego que Blancabella oyó la deseada voz se le erizaron los cabellos y quedó turbada. Cuando Blancabella conoció ser la voz de su hermana tornó en sí cobrando nuevo ánimo y aliento, diciendo:

—¿Quién eres tú que me consuelas? ¿O andas perdida por estos bosques y solitarios montes como yo ando?

Sanmaritaña respondió con voz varonil:²⁸⁵

—Yo soy, tu hermana a quien tan de veras llamas. ¿Qué quieres?

Respondió Blancabella con voz humilde y baja:²⁸⁶

283.- Al límite, a más no poder.

284.- Orig.: 'assi' (126r).

285.- Rigurosa, de enfado, se entiende. El Traductor añade aquí 'varonil'. Algo antes, la versión original lee 'tonante voce'.

286.- Orig.: 'baxo' (126r).

—Por amor de Dios, hermana, no mires mi poco juicio, sino tu grande virtud. No me castigues como merezco, sino antes te suplico mezcles tu ira con la misericordia: ayúdame en esta necesidad, que te he menester. Mira la razón que tengo, y pues en tu mano está mi auxilio y favor, no me desampares; que yo te pido perdón, pues sabes que mi yerro no nació de malicia, sino de ignorancia. No tardes en ayudarme. Conténtate de lo que he pasado por mi poco juicio.

Habiendo oído Sanmaritaña la lastimada lamentación y contemplándola tan maltratada, no dejó de consolalla, y cogiendo de la ribera del río ciertas herbecillas de maravillosa virtud, se las puso sobre los ojos y en el pecho, y poniéndole las manos encima, en un momento fue sana y reducida en el acostumbrado y hermoso ser que solía. Luego Sanmaritaña se metió entre dos piedras, donde se desnudó el pellejo de culebra y quedó en forma de la más linda doncella que en el reino había (no quitando la belleza de Blancabella).

Ya el Sol escondía sus resplandecientes rayos y las tinieblas de la oscura noche parecían cuando el buen viejo con apresurado paso llegó a la selva, donde halló a Blancabella sentada con su hermana sobre la menuda y fresca yerba. Desto quedó espantado el venerable viejo, y más se admiró de verla con ojos. A la cual dijo:

—Hija mía: vos estábades esta mañana ciega y cortadas las tetas. ¿Cómo estáis agora tan linda?

Blancabella respondió:

—Hermano: no mereciendo yo tanto bien, esta dama que vees aquí me ha remediado con su virtud y sciencia —y levantándose ambas a dos se fueron a la posada del pobre viejo cantando suaves y sonorosos versos, donde fueron de la mujer e hijas alegremente rescebidas.

Ya habían pasado muchos días cuando Sanmaritaña con Blancabella, y el viejo con su mujer y hijas, determinaron ir a la ciudad de Nápoles para vivir en ella, donde hallaron una posada vacía que estaba frontero del palacio real y en ella se alojaron. Venida la tenebrosa noche, Sanmaritaña tomó en su mano una vara de laurel, con la cual hirió tres veces la tierra diciendo ciertas palabras; las cuales apenas había formado cuando se le representó un real palacio, el más lindo y bien aderezado que en el reino había.

Venida la mañana, el Rey se levantó, e puesto a la ventana vido el soberbio e pesado edificio, tan bien aderezado, que se admiró de²⁸⁷ ver una cosa tan hermosa en tan poco espacio de tiempo formada, y llamó a su mujer y a la comadre traidora para que viesen el hermoso edificio. De lo cual nada se holgaron, porque entendieron que de allí les había de suceder todo el mal que merecían.

Estando don Fernando en la contemplación del edificio alzó los ojos a una ventana y vio dos hermosísimas damas, que causaban envidia al Sol. En aquel punto que las vido le vino una rabia en el corazón, porque una dellas le parecía en el semblante de la hermosura a su querida Blancabella, y demandoles quién eran y de dónde venían, respondieron ser forasteras que venían de Persia para vivir en aquella gloriosa ciudad. También les demandó si eran contentas que él con su mujer y sus damas les viniesen a visitar. Respondieron ser para ellas muy gran merced y holgaban de rescebilla, aunque las quitaban de la obligación que tenían por ser vasallas de Su Majestad.

287.— Suplo 'de' (127r, hay salto de lín.).

Luego don Fernando mandó llamar a la Reina y a todas las damas que dentro de su casa estaban para hacer aquella visita. La cual mucho rehusaban, porque el corazón (que a nadie fue traidor) les mostraba venir más presto en grandísima deshonra; pero con todo esto fueron al palacio de las damas (que muy vecinas estaban). De las cuales fueron muy bien rescebidas y regaladas. También les mostraron el repentino edificio de estraña y maravillosa belleza, labrado de mármol negro y marfil, con maravillosas historias esculpidas que naturalmente parecían estar vivas.

Visto que fue el pomposo palacio, la hermosa dama se llegó al Rey y le dijo:

—Sacra Majestad: suplícoos me hagáis merced mañana, con todas estas damas, ser mis convidados.

El Rey, que de naturaleza era conversable y amoroso, alegremente concedió el convite, y rendidas las gracias a tan gran regalo como las damas le habían hecho, se despidieron.

Venido el día del aceptado convite, el Rey y la Reina, y²⁸⁸ juntamente la madrina con todas las damas, fueron a honrar la magnífica colación, que ya estaba aderezada en dos mesas: la una para el Rey y Reina, la otra para la comadre y señoras de casa.

Sentados todos por su orden, el maestresala le dio aguamanos y con gran regocijo celebraron el sumptuoso convite, y alzadas las mesas, dieron a Dios las gracias y a los Reyes cortesía. Luego Sanmaritaña se levantó en pie, y puesto su rostro en el de don Fernando dijo:

—Sacra Majestad: por que no estemos metidos en el ocio soy de parecer que alguna de nosotras proponga alguna cosa con que recibamos contento.

Todos confirmaron ser muy bueno, pero ninguna hubo que al deseado entretenimiento se ofreciese²⁸⁹ sino Sanmaritaña, la cual dijo:

—Parésceme, señoras, que ninguna se determina a la proposición. Yo quiero, con licencia de Su Majestad, que una dama mía que se dice Silveria se disponga a decirnos alguna cosa gustosa, porque tiene la más linda voz que hoy se halla.

Sanmaritaña dijo a Silveria:

—Tomad vuestro laúd y decid a Su Majestad alguna cosa con que resciba contento.

La cual obediente, con su dulce armonía y concertados versos suavemente cantó la historia de Blancabella por la misma orden que le había sucedido, aunque no señalaba el nombre de Blancabella ni el de la madrina. Y puesto fin a su maravillosa historia, Sanmaritaña se levantó en pie y dijo al Rey:

—Sacra Majestad: ¿qué pena merece la persona que tal delicto acometió?

La comadre, que bien pensaba con su prompta respuesta disimular su maldad, con ánimo varonil y diabólico dijo:

—Por cierto merece, a mi parecer, que la metiesen en un horno ardiendo y viva la quemasen. Y aun es poca pena para tan grave delicto.

En este momento se levantó Sanmaritaña en pie. Encendida de ira, dijo:

—Por cierto tú te has dado la pena que mereces, pues cometiste tal traición. Tú propia, malvada hembra, te has sentenciado —y volviéndose hacia el Rey dijo—. Ésta es vuestra hermosa mujer. Ésta es vuestra Blancabella tanto de vos amada, sin la cual vos no

288.— Suplo 'y' (128r).

289.— Orig.: 'oppusiesse' En la versión italiana: 'Ma non vi fu però veruno, che proponere ardisse [que se ofreciese]. Onde vedendo Samaritana tutti tacere, disse'

podéis vivir. Y en señal de verdad veis aquí, señor, estas doncellas que os darán razón de la verdadera historia, porque ante ellas ha pasado.

Y mandó a Silveria que luego desmarañase la dorada madeja de cabellos de Blancabella y con un peine la peinasen, de donde salían muchas perlas y piedras preciosas, y de sus hermosas manos muchas y odoríferas flores. Y por más verdadera información, mostró al Rey el cristalino cuello de Blancabella, donde se le figuraba la sutilísima cadena de fino oro entre cuero y carne.

Cuando el Rey conoció por las verdaderas señales e manifiestos indicios ser aquélla su amada Blancabella, enternecidamente comenzó a llorar de contento abrazando a Blancabella. No quiso don Fernando partirse de allí sin que la justicia se ejecutase, y mandó encender un horno donde metió a la comadre y sus hijas, las cuales, tarde arrepentidas de su grave pecado, miserablemente acabaron su vida.

Después de esta justicia las dos hijas del misericordioso viejo honradamente fueron casadas, no olvidando el gualardón del buen viejo y su mujer. El rey don Fernando con su amada Blancabella y su hermana Sanmaritaña alegremente gozaron de su reino en paz y contento.

— o O o —

Había la fábula de la hermosa Laura dado muchas veces ocasión a las damas para llorar, y por que el rumor no pasase adelante, la señora Lucrecia mandó siguiese el usado orden. La cual graciosamente dijo:

VERSOS

Pasa por medio de un florido prado
una dama soberbia, cruel y hermosa.
Es muda y es ciega, valiente y medrosa,
y aquel que la mira se queda espantado.
Viste un vestido sin seda labrado;
jamás se cosió ni tuvo costura,
y cuando la tiene, no tiene ventura,
pues paga la culpa que dio al no engendrado.

Atentamente oyeron el oscuro enigma de la prudentísima Laura, que a todos causó no pequeña admiración. Y viéndolos estar a todos suspensos, dijo:

— Señoras mías: por no teneros tanto tiempo vacilando quiero brevemente daros la facilísima y clara exposición de mi qués y qués. El cual no significa otra cosa sino la culebra, en la cual conocemos claramente estar todos los extremos que os he dicho: ella es dama según el nombre; soberbia y cruel según su naturaleza; hermosa según su figura; muda porque no puede hablar; ciega porque de natural don en el invierno está metida debajo de la tierra y en todo aquel tiempo no vee; valiente porque es temida; medrosa porque teme. Viste un vestido de estrañas labores, labrado por Naturaleza sin seda, como es manifiesto; tampoco se cosió, porque Naturaleza la proveyó sin costura, y si la tiene es porque alguno por su corta ventura la mata o acuchilla, de manera que viene a pagar la culpa que noso-

tras decimos haber dado al no engendrado, que es Adán, cuando en el Paraíso Terrenal le engañó el Demonio en figura de serpiente o culebra.

Todo el honesto colegio quedó admirado, por no haber uno que pudiese dar el verdadero sentido al qués y qués de la prudentísima Laura. Y puesta en su lugar,²⁹⁰ mandó la señora Lucrecia a Alteria que prosiguiese con la fábula, porque la risa y el rumor de las damas y caballeros era grande. Y puesta en pie, hizo reverencia al prudentísimo colegio y en el tribunal asiento dio principio a su fábula diciendo así:

ARGUMENTO: Fortunato, por una injuria rescibida, se ausenta de sus padres y va peregrinando por el mundo, y por su buena suerte entra en un bosque donde halló tres animales, de los cuales por su buena sentencia fue galardonado. Después llega a Polonia, donde entró en una justa, y en precio della²⁹¹ le dieron en casamiento una hija del Rey llamada Doralice.

FÁBULA CUARTA

NO tenemos cosa más usada entre nosotros, sabio y honestísimo colegio, que son los motes, o como vulgarmente se dice, refranes. De los cuales pocas veces o ninguna nos aprovechamos, sólo nos quedamos con el chiste. A esta ocasión se me ha ofrescido un proverbio, no poco usado, de donde no pequeña doctrina podremos sacar, y decir el contrario sería dar coces contra el aguijón;²⁹² y así entenderéis que quien oye, vee y calla, a ninguno daña y del mundo goza.²⁹³

Hubo en la Transilvania un hombre llamado Clivornio, abundante en bienes temporales y de ánimo generoso, y en grandeza de estado a²⁹⁴ ninguno era inferior. Éste estaba casado con Calidonia, dama muy hermosa; aunque de baja prosapia, era un ejemplo y extremo de buenas costumbres. Ésta amaba en extremo a su marido, y en muchos años que estuvieron casados no fue la voluntad divina contenta de dalles hijos de bendición.²⁹⁵

Metidos, pues, en esta confusión y natural deseo consideraban ser desgraciados, y así, determinaron ir a un cierto lugar donde las desamoradas y pobres madres solían poner sus hijos para que otros, más ricos, los criasen, y pusieron los ojos en un niño, el más hermoso que en todos había, para criallo y prohijallo. Finalmente lo llevaron a su casa y le entregaron a una ama, la cual con toda diligencia le crio e impuso en buenas costumbres.

En este ínterin fue contento Aquel que los cielos y tierra rige y todas las cosas a su voluntad hace, que Calidonia se empañase, y llegada la hora del doloroso parto parió un hijo natural al padre, y pusieronle por nombre Valentino²⁹⁶ a este deseado infante. El

290.- Vuelta al asiento que antes ocupaba, se deja entender.

291.- Orig.: 'del' (130r). Quizá no sea errata, sino que el Traductor pensó en 'torneo'.

292.- Aguijada, la vara puntiaguda con que el boyero pica a los bueyes.

293.- 'Oye, ve y calla, y con nadie tendrás batalla.' El Traductor se atiene a la versión italiana: 'chi ode, vede e tace, altri non nuoce e vive sempre in pace.'

294.- Suplo 'a' (130v).

295.- Propios, legítimos.

296.- Orig.: 'Vatentino' (131r).

cual en breve tiempo creció en virtud y buenas costumbres, que parecía ser increíble en criatura humana haber tantos extremos; y amaba tanto a su hermano Fortunato, que un punto no se hallaba sin él. Mas la discordia, enemiga de todo bien, viendo el grande amor²⁹⁷ que entre estos dos niños había, procuró entre ellos sembrar su malvado fruto, como en tales casos suele.

Sucedió que estando jugando estos dos hermanos al trompo vinieron a enojarse y pelearse, como los muchachos tienen de costumbre, de manera que Valentino no consentía a Fortunato que en ninguna cosa le fuese superior; y vino en tanta ira, que muchas veces le dijo Valentino a Fortunato ser hijo de una vil mujer. De lo cual se avergonzó mucho Fortunato, y le respondió:

—¿Cómo? ¿Yo soy hijo de vil mujer? ¿Por ventura yo soy bastardo?

Valentino le respondió:

—Sí: sois hijo de una puta.

De esto Fortunato quedó corrido, y dejando el juego fue a su madre y le preguntó:

—¿Por ventura, señora madre, yo soy hijo de Clivornio, mi señor y vuestro?

La madre le respondió, sonriéndose:

—Sí sois, por cierto —y acordándose Fortunato de las feas palabras que Valentino le había dicho, juró que se la tenía de pagar.

Todavía imaginaba Fortunato en las villanas razones de Valentino y en la fría respuesta de su madre, de donde colegía ser verdad lo que su hermano le había dicho, y con esta ansia iba y venía muchas veces a su madre preguntándole si era su hijo legítimo y que de veras se lo dijese y le desengañase.

Al cual respondió Calidonia, viendo su gran deseo:

—Mira Fortunato: no me fastidies más, por vida tuya; que no eres nuestro hijo legítimo, sino que por amor de Dios te hemos criado.

De esto Fortunato rescibió grande afrenta y un dolor sobre otro. Con esta imaginación venía el desdichado mancebo en grandísima tristeza, y así, determinó irse de casa de su padre a probar su ventura. Viendo Calidonia la voluntad de Fortunato cada hora estar más prompta y que no le podían mover della, con grande ira le dijo:

—Plega a Dios,²⁹⁸ si la mar en algún tiempo pasares, que seas tragado de un pescado para que jamás oya nueva de ti, así como las combatidas naves son tragadas de las tempestuosas ondas del mar.

Fortunato, movido del tempestuoso viento de la ira, no entendió la maldición que Calidonia con enojo le había dado, y sin mudar de propósito se salió de su casa a la vuelta del Poniente. Peregrinando por tenebrosos valles, altas montañas y caudalosos ríos, finalmente llegó a un bosque muy áspero, donde halló un lobo, una águila y una hormiga que habían cazado un ciervo y entre ellos estaban batallando sobre la partición, de manera que el uno no quería dar al otro lo que pedía.

Fortunato, que en este tiempo llegó, fue juez, y a cada uno dio la parte que le convenía, de manera que todos tres quedaron contentos; porque Fortunato hizo una buena consideración: conociendo el natural de cada animal, hizo las partes conformes. Al lobo, como

297.— Orig.: 'rumor' (131r).

298.— Suplo 'a' (131v, últ. lín.).

animal glotón, le dio los huesos y carne más flaca; al águila, emperatriz y reina de las aves, dio las entrañas y carne más noble; a la solícita hormiga, que no tenía dientes como lobo ni pico como águila, le dio los sesos, y así quedaron todos contentos.

Mas porque la ingratitud, entre los demás vicios, es torpe y fea, concertaron entre los animales gratificalle el bien rescebido desta manera; que el lobo dijo:

—Hermano: yo te doy esta virtud: que siempre que tu voluntad sea tornarte en forma de lobo dirás «¡Oh si yo fuese lobo!», y en aquel punto te verás en la forma deseada. Y cuando tu querer fuere volverte en la humana figura, ni más ni menos.

En la misma moneda le pagaron el águila y la hormiga. Fortunato, muy contento con el don recibido, dándoles las gracias se despidió dellos y tomó el camino hacia Polonia, ciudad muy noble y populosa. El imperio de ella tenía Trajano, señor muy potente y valeroso, el cual tenía una hija muy hermosa llamada Doralice, y queriéndola casar muy honradamente pregonó por todo su reino una real justa, y el precio della era darle su hija en casamiento. Muchos duques, marqueses, príncipes y otros muchos señores de diferentes nasciones y estraños reinos vinieron por alcanzar el precioso premio.

Ya había pasado el primero día de la justa cuando vino a la plaza un sarraceno negro, de presencia y cuerpo robusto, alto como un gigante. Cuando Doralice vido la estraña y disforme presencia y cuerpo robusto del sarraceno negro sintía grandísimo dolor porque un hombre como aquél viniese a la real justa, puesto caso que era hijo de un gran señor, temiendo Doralice no fuese vencedor (porque su presencia no daba a entender otra cosa) para que gozase contra su voluntad de un don tan supremo.

Era tanto el descontento de Doralice, que sólo se ocupaba en calzar y descalzar el guante, con aquella ira que los enojados suelen, y mostrando mayor disgusto, maldiciendo su mala y cruda suerte, deseando primero morir que del negro sarraceno ser mujer.

En este punto entró Fortunato en la ciudad, donde se holgó de ver la real fiesta y el gran concurso de caballeros puestos a punto de la justa; y entendida la causa del glorioso triunfo,²⁹⁹ le dio un grandísimo deseo de conocer cuánto fuese su valor en aquella ocasión (que atormentaba su generoso corazón la pobreza) que se le ofrescía. Y puesto en esta fatiga alzó los ojos a las ventanas y en la una dellas vido estar a Doralice acompañada de hermosísimas damas, de la manera que está la Luna entre las resplandecientes estrellas.

Venida la noche, todos los caballeros se fueron a sus posadas, y la desconsolada Doralice se encerró sola en un aposento no menos aderezado que hermoso, y con el gran disgusto que llevaba no curó de cerrar la ventana, y cuando Fortunato la vido abierta, entre sí mesmo dijo:

—¡Oh váleme Dios, y quién se tornase agora águila!

Apenas acabó de formar las virtuosas palabras cuando se halló en la deseada forma, y volando se entró por la ventana y vuelto en su humana forma se presentó ante Doralice. De lo cual quedó muy espantada, y como si de hambrientos perros fuera despedazada, en alta voz comenzó a gritar de tal manera que el Rey su padre lo sintió, y oyendo³⁰⁰ decir que en el aposento de su hija había un hombre, luego saltó en pie con toda su guarda y en el

299.– El desfile previo a las justas. Equivalente al 'paseillo' en las corridas de toros.

300.– Orig.: 'oyo' (133v).

apuesto de Doralice buscaron por todas las partes secretas y públicas si acaso hallasen lo que decía; pero no hallaron cosa alguna, porque hecho águila se tornó a salir por la ventana.

Apenas se había tornado el Rey a dormir cuando Doralice de nuevo volvió a gritar diciendo:

—¡Señor: otra vez lo he visto como de primero!

Fortunato, que no andaba descuidado, por el peligro que de la vida se ofrecía se volvió en la forma de la hormiga y entre los dorados cabellos de Doralice se metió.

En ese momento entró el Rey en el aposento, y no hallando nada se enojó mucho contra su hija, diciéndole que si otra vez volviese a dar gritos la había de maltratar de manera que no se le olvidase (porque el Rey creía que hacía burla dél); y así, se volvió a su aposento muy enojado.

Apenas estaba el Rey en su palacio cuando Fortunato dejó la forma de la hormiga tomando la suya propia y a Doralice se representó. Quiso la hermosa Doralice otra vez dar voces, pero por las feas palabras del padre no osó; ni pudo, porque Fortunato le tapó la boca con la una mano y le dijo:

—Señora mía: no soy aquí venido por quitaros vuestro³⁰¹ honor. Suplícoos me oyáis dos razones, que cierto vengo a consolaros. Si no calláis, vos seréis causa de dos daños: el uno, os disfamáis a vos; el otro, seréis causa de mi muerte y la vuestra. Por eso, señora mía, en un punto ser causa de tanto mal no es razón.

Mientras Fortunato decía estas palabras la hermosa Doralice estilaba de sus ojos lágrimas que orientales perlas parecían. Viendo Fortunato el perturbado ánimo de la hermosa doncella, con dulcísimas y amorosas palabras (que a una diamantina piedra ablandarían) convirtió el enojo de Doralice en un entrañable y cordial amor. La cual vencida³⁰² de la grande belleza y gentil disposición de Fortunato, con los intelectuales ojos³⁰³ consideraba la estraña presencia y feo rostro del negro sarraceno, temiendo no fuese vencedor para que de su angélica belleza gozase.

Mientras que Doralice entre sí misma razonaba, dijo Fortunato:

—Hermosa dama: si yo tuviese lo necesario que para tal justa se requiere, ciertamente probará mi ventura, porque entiendo os sacaré desacongoja que os fatiga.

Entonces respondió la afligida doncella:

—Cuando tú quisieses probar tu ventura para sacarme de fastidio y salieses vencedor, nadie sería mi señor³⁰⁴ sino tú. No tengas pena ninguna que te faltará nada de lo que ovieres menester: pues te dispones a tal empresa, toma dineros y joyas y pártete luego a procurar lo que has menester para que a tu contento pruebes tus fuerzas y buena ventura, la cual entiendo que ternás dichosa y felice, según tu buen ánimo lo muestra. Y para que mejor te conozca vístete de mis colores, que son raso blanco recamado con oro y seda encarnada; sacarás por divisa una mano que apriete un corazón, por que desta manera terné cuenta contigo. ¡Dios te dé ventura!

301.— Orig.: 'vuestra' (134r).

302.— Orig.: 'vencido' (134r).

303.— Los ojos del entendimiento, la razón.

304.— Orig.: 'nadie sería vencedor' (134v). En la versión italiana: 'niun altro che voi farebbe della persona mia Signore'.

Luego los dos se abrazaron, y dándose la virginal paz³⁰⁵ se despidieron. Otro día por la mañana salió al palenque con las colores arriba dichas y unas armas que entre las otras resplandescían, y en el peto traía la divisa y favor de Doralice.

Ya estaba puesta toda la gente en sus señalados asientos para ver las reales justas cuando salió el caballero no conocido de las mismas colores en un robusto y bien aderezado caballo, la lanza enristrada, con muy lindo aire y brío para justar. Todos procuraban conocerle; mas era por demás, porque ninguno le había visto a pie ni a caballo, y puestos en admiración, cada uno decía: «¡Válame Dios! ¿Quién puede ser este caballero que tan bien aderezado viene?».

Luego Fortunato se metió en el palenque, donde le cupo por su suerte el negro sarraceno, y enristrando sus ñudosas y gruesas lanzas, como desencadenados leones se encontraron. Tal fue el golpe que Fortunato dio al sarraceno en la visera, que dio con él muerto por la gurupera del caballo. No de otra manera Fortunato rompió su gruesa lanza que suele hacer un delicado vidrio batido en una muralla.

No sólo llevó el premio del sarraceno, pero de otros muchos caballeros que a tal empresa se determinaron.

Juzgá, hermosas damas, el contento de Doralice cuando conoció ser vencedor y gozar del premio del triunfo el caballero que della sola era conocido, porque mucho temía no llevase la victoria el caballero negro; que ninguno le viera que, según su brío y horrible presencia, no juzgase ser suyo el real premio. De lo cual Doralice dio gracias al alto Dios, porque de tan grave tentación la había librado.

Ya había llegado la obscura noche cuando llamaron a Doralice para cenar. La cual fingió no tener apetito ninguno, mas secretamente se hizo meter en su aposento muchos y delicados manjares y preciosos vinos para el bienafortunado caballero, que aficionadamente le esperaba, la ventana abierta como solía, donde se hallaron juntos a una mesa y en un corazón. Y porque no era cosa justa ni a la honra de Doralice convenía que Fortunato pasase allí la noche, acabada la colación demandó Fortunato a la hermosa Doralice las segundas colores, las cuales fueron de raso verde, recamadas de plata y sembradas muchas perlas, y la divisa fuese una encadenada cifra³⁰⁶ que dijese «Libertad».

Venida la mañana, el caballero no conocido vino a la plaza con las colores y divisa arriba declaradas, y puesto en la real tela segundó con los caballeros que por suerte le habían tocado mucho mejor que la primera, de tal manera que todos en alta voz decían: «¡Suya es la dama!».

Ya era hora de cenar cuando el Rey mandó llamar a Doralice (que alegre y contenta estaba) para que cenase, y fingió lo mismo que la noche pasada, y encerrada en su aposento, abierta la ventana esperaba al hermoso mancebo, con el cual cenó muy contenta. Y Fortunato le demandó las colores que el siguiente día tenía de usar.

La hermosa dama respondió con ánimo alegre y contento que habían de ser de raso carmesí, todo recamado de cañutillos y sembradas muchas perlas y piedras preciosas, y la divisa fuesen dos manos asidas de una «F», que daba a entender la fe que en el amor le tenía. Fortunato dijo a Doralice:

305.- Beso en la mejilla.

306.- Un jeroglífico.

—Señora: si acaso viniere mañana un poco tarde, suplicoos no rescibáis congoja, porque conviene así por cierto respecto que no de pequeña gloria será ocasión.

Llegado el tercero día y la hora del torneo estaba todo el pueblo esperando el término del glorioso triunfo con grandísimo contento, pero ningún caballero osó salir, por los crueles encuentros del caballero no conocido. Doralice estaba con muy grandísima congoja, porque tampoco había venido Fortunato; y más lo sentía porque no sabía la causa de su tardanza si fuese por indisposición o por enojo. También causó a los caballeros grandísima sospecha, porque no entendían si fuese de temor o por hacer burla de los príncipes y caballeros que en aquel torneo pretendían el precioso premio.

Todos estaban metidos en esta confusión cuando entró el caballero no conocido en su potente caballo con las colores y devisa de la hermosa Doralice (la cual ninguno pudo entender porque sólo³⁰⁷ a los dos estaba clara). Estuvo solo el caballero paseándose por la plaza con los mantenedores,³⁰⁸ haciendo muchas galanterías y gentilezas en su caballo más de dos horas y tratando de muchas aventuras que a cada uno habían sucedido en semejantes ocasiones. Todo esto hacían por ver si pudiesen conocerle, pero era por demás, porque el caballero andaba sobre aviso.

Cuando los jueces vieron que ningún caballero de los que habían de tornear ante ellos parecía, mandaron tocar muchos instrumentos, disparar la artillería, y todos a una voz decían: «¡Viva, viva el caballero no conocido!». Luego se apeó del caballo y se fue a la reja donde gloriosamente había triunfado, y hincado³⁰⁹ de rodillas dio gracias al supremo Dios, y los mantenedores le pusieron una corona de verde laurel y le pasearon por toda la ciudad con grandísimo triunfo, sonando trompetas, tocando atabales³¹⁰ y muchos caballeros corriendo delante dando voces publicando la victoria del caballero no conocido.

Al cual trujeron a la presencia de los Reyes con gran majestad y pompa, y desenlazándole el yelmo vieron un hermoso y gentil mancebo, bien dispuesto, que sólo en su presencia mostraba ser hijo de un gran señor. Los Reyes, muy contentos de su dichosa ventura, mandaron llamar a Doralice y en presencia de todos aquellos príncipes y grandes señores de su corte los desposaron.³¹¹ No cesaron en un mes las justas, torneos y otros muchos juegos que por no fastidiar dejo.

Ya había mucho tiempo que Fortunato estaba casado cuando le vino al pensamiento no ser cosa justa estar tanto tiempo metido en el regalo y vicio del mundo. Así, determinó dejar la mujer por algún tiempo para irse donde su gran valor fuese conocido; y alcanzada la licencia de los Reyes y de Doralice su amada mujer (aunque contra su voluntad) mandó aderezar una galera y meter dentro mucha munición de bastimentos y gran tesoro de lo que el Rey le había dado, y así, se embarcó con grandísima alegría, y³¹² dando las velas al próspero viento en breve tiempo llegó al Atlántico Mar.

Apenas se había engolfado diez millas cuando una serena, la más linda y mayor que jamás se vido, llegó a la banda de la popa, donde Fortunato estaba recostado durmiendo,

307.– Orig.: 'sola' (136r).

308.– Organizadores, autoridades.

309.– Orig.: 'hincando' (136v).

310.– Orig.: 'atables' (136v).

311.– Orig.: 'desposo' (136v). Sucede que la versión italiana no habla aquí de 'los Reyes', sino de 'il Rè'.

312.– Suplo 'y' (137r).

y en un proviso se lo tragó y, muy enojada, en las saladas ondas se escondió. Como los marineros no le pudiesen dar favor ni socorrelle, renegando de su cruel fortuna dieron un color negro a la galera y a las velas, en señal del dolor que sentían, y tomaron la vuelta de Polonia, donde los Reyes estaban, y les contaron el infelice suceso como había sucedido sin poder favorecelle. De lo cual los Reyes y todos los del reino sintieron grandísimo dolor y se vistieron de negros y groseros paños.

En este punto se le llegó a Doralice la hora del doloroso parto y parió un niño muy hermoso que con mucho cuidado de regalos y delicados manjares fue criado. Y puesto en el segundo año de su nacimiento Doralice determinó, con licencia o sin la voluntad del padre, embarcarse para probar su ventura o acabar con la vida, atenta estar ajena de contento por haber perdido tan gran bien como en su querido Fortunato tenía. Y así, mandó aderezar la misma galera que su Fortunato había llevado, en la cual se embarcó con su amado hijo, y para acallar el hermoso infante cuando llorase metió tres manzanas a manera de juguete: la una era de oro, la otra de plata, la tercera de alatón morisco. Y dadas las velas al favorable viento, en alto mar se metió y mandó a los marineros que enderezasen la proa al mismo lugar donde su marido fue de la cruel serena arrebatado. A la cual obedecieron los marineros, y en llegando al mismo lugar donde la hermosa y desconsolada Doralice perdió a su marido comenzó el infante a llorar fuertemente. No pudiendo la piadosa madre acallarle, sacó la manzana de alatón morisco y al hermoso infante se la dio en sus manos para que olvidase el triste llanto.

Mientras el niño jugaba con esta manzana sucedió legarse a la galera la misma serena que a Fortunato había tragado, y sacando su hermoso rostro de las espumosas ondas dijo:

—Mujer: dame esta manzana, porque yo estoy enamorada della.

Respondió Doralice que no se la quería dar, porque era para acallar aquel niño.

Otra vez pidió la serena la manzana diciendo:

—Si tú me la das yo te mostraré a tu marido, y le verás hasta los pechos.

Desto quedó admirada Doralice, y por ver lo que tanto deseaba, libremente se la dio, y en recompensa del don rescibido le mostró a su marido hasta los pechos y en el mismo punto se escondió en el agua.

Doralice, que mucho deseaba ver a su marido, no sabía qué remedio tuviese. Sólo se consolaba con su hijo, y el muchacho lloraba tanto que no pudo acallarle sino dándole la manzana de plata.

La cual también vido la serena, porque ascondidamente aguardaba coyuntura para poder tragar al infante y a Doralice. Y visto el poco remedio, dijo:

—¡Dame esta manzana!

De dársela rehusaba Doralice, por ser entretenimiento del infante, con que callaba, de manera que otra vez la serena demandó la manzana con condición de mostrarle a su marido hasta la rodilla. La pobre Doralice, deseosa de ver a su marido, libremente se la dio, y más fácilmente vido a Fortunato como la cruda e inhumana serena se lo prometió.

Doralice, que en extremo deseaba hallar remedio para librar (si pudiese) a su marido del carnicero vientre del inmanísimo³¹³ pescado pero no le hallaba, porque a su parescer

313.— De 'inmane': inhumano, salvaje.

pretendía lo imposible, sólo con su amado hijo en brazos se avenía, porque a rienda suelta lloraba, y para acallarle fue necesario darle la tercera manzana de oro.

Luego que la³¹⁴ vido el envidioso pescado, se la pidió prometiéndole de mostrar a su marido todo junto, vivo y contento. Doralice, que su misma vida le diera, parecióle ser muy poco aquel don, y así, sin recelo se la concedió. Y porque la serena le había prometido mostrarle su esposo todo junto, para cumplir su palabra se llegó cerca de la galera, y³¹⁵ puesto Fortunato sobre sus lomos, a Doralice se lo mostró como le había prometido.

Cuando Fortunato se vido sobre los lomos de la serena y fuera del agua, dijo:

—¡Oh váleme Dios, quién fuese ahora águila!

Y en un punto se halló en la deseada forma, y rompiendo el delicado aire con sus ligeras alas se puso sobre la entena de la galera, de lo cual los marineros y Doralice quedaron estrañamente espantados, y más cuando le vieron reducido en la humana forma.

Luego Fortunato abrazó a su amada Doralice y tomó en sus brazos a su caro hijo llorando de contento. Y asimismo mandó a los marineros guiasen a la vuelta de Polonia, donde Trajano³¹⁶ con deseo de saber de su amada hija vivía; y así, llegaron en pocos días al deseado puerto tocando los instrumentos que en su real galera traían y disparando mucha artillería. El Rey sintió estas alegrías, y no podía imaginar qué nueva de contento fuese.

En este punto llegó un marinero con la alegre³¹⁷ nueva al Rey, de la cual juzgá, hermosas damas y gentiles caballeros, el contento que los Reyes y el pueblo sentirían cuando supiesen la dichosa y alegre nueva.

Luego se desembarcaron, y con gran triunfo los llevaron al real palacio acompañados de muchos príncipes y caballeros que al servicio de Trajano asistían, donde alegremente se regocijaron con muchas justas, torneos y otros juegos.

Después de algunos días Fortunato determinó de ir a casa de sus padres hecho lobo, y desta manera vengó su injuria haciendo piezas a Calidonia y a Valentino su hermano, y vuelto en la humana y natural forma, al reino de su suegro se volvió y con Doralice su mujer alegremente vivió.

— o O o —

Apenas había dado fin Alteria a su apasionada fábula cuando la señora Lucrecia mandó que prosiguiese con su enigma. La cual alegremente dijo así:

VERSOS

¿Cuál será aquella hermosa mujer
que nunca en el mundo vivió ni es persona?
Ella no es reina y tiene corona,
es inhumana, amorosa y cruel.
Canta suave; más ¡triste de aquel
que oye este canto tan temeroso!

314.— Suplo 'la' (138v).

315.— Suplo 'y' (138v).

316.— Orig.: 'Trajado' (138v).

317.— Orig.: 'alegría' (139r).

A ésta la temen el gato y el oso,
leones y perros; los hombres también.

Oído que fue el notable enigma de Alteria, diversamente le interpretaron los caballeros y damas, y por no ser molesta en su qués cosi y cosa como en la fábula prolija, ella le interpretó diciendo:

—Sabias y hermosas damas: no significa mi enigma otra cosa sino la serena del mar; la cual, según nos la pintan, tiene la cara de una hermosa dama; y no vive en el mundo ni es persona porque, según su natural, le conviene que esté en el profundo mar con los demás pescados; píntanla con una corona, como reina, por ser reina de ellos; es inhumana, a diferencia de lo humano; amorosa, porque se enamora de los hombres (según los que della escriben nos muestran); cruel, porque con su suave canto mata al que le oye. Y por eso digo que le temen los animales señalados, porque en la mar están ni más ni menos que en la tierra, no conformes en naturaleza, mas en nombre y forma.

Entendida la avisada exposición del obscuro enigma, todos la fijaron en la memoria, y agradeciendo la merced que se le había hecho en dar audiencia a su largo proceso se bajó del tribunal asiento dando lugar a la hermosa Eritrea. La cual con rostro muy vergonzoso dijo:

ARGUMENTO: Mamolín³¹⁸ conjura unos estudiantes que en una huerta suya estaban comiendo higos.

FÁBULA QUINTA

LÉESE en las Sagradas Letras que Dios puso su virtud en las palabras, yerbas y piedras; mas las piedras aventajan a las yerbas y palabras, como en esta breve fabulilla entenderéis.

En Nápoles, gloriosísima ciudad dotada de grandísimos extremos, vivía un clérigo muy avaro llamado Mamolín, el cual tenía un jardín fuera de la ciudad, en un lugar de placer que llaman Puzol,³¹⁹ todo cercado de muralla y foso (de manera que no se podía entrar sino por la puerta), donde tenía muchas diferencias de frutas, y entrelas unos higos que en castellano llaman «godones», los mejores que en todo el reino había, de los cuales solían participar otros de su avariento humor. Estos higos eran tan bien guardados, que de noche y de día no se quitaba Mamolín de la huerta.

A esta fama concertaron ciertos estudiantes hacer una encamisada³²⁰ de manera que espantasen al guardián fingiendo ser ánimas que andaban en penas. Y así, cada uno fue a su posada y se vistió una alba blanca (que para tal efecto habían traído) y juntos se fueron a la huerta, donde cada uno se subió en su higuera, encerrando los preciados higos en la oscura cárcel del vientre.

318.— 'Pre Zefiro' en la versión italiana.

319.— Pozzuoli.

320.— En el argot militar, incursión nocturna para sorprender al enemigo.

Mamolín estaba con grande cuidado no le diesen saco en la fruta, como otras muchas veces habían hecho, y fuese paseando hacia las higueras, donde halló a los estudiantes, que a su gusto, como tordos andaban gorjeando por las higueras comiendo de los preciados higos. Cuando el sacerdote los vido quedó casi espantado, y medio temblando les rogó que se descendiesen por amor de Dios y se contentasen de los que le habían comido. Pero los astutos y cautos estudiantes, para espantalle, daban unos largos y penados gritos de la manera que suelen los hambrientos lobos, de manera que el uno se respondía al otro, mas con todo esto no dejaban de ejercitar la bucólica.³²¹

Cuando el miserable Mamolín vido que no bastaban ruegos ni plegarias para que descendiesen, se hincó de rodillas conjurándolos por el cielo, por la tierra, por los siete planetas, por los cuatro elementos y por las virtuosas palabras de la Sacra Escritura que bajasen. De todo esto no se les daba nada a las ánimas, antes a más y mejor pasaban su pena.

Otra vez segundó el sacerdote con sus conjuros, y viendo que no aprovechaban palabras para aquel efecto hincose de rodillas y tomó un puñado de diferentes yerbas, y en virtud dellas los conjuró que descendiesen. Y ellos se subían más altos.

Viendo esto Mamolín, con grande enojo dijo:

—Yo he leído que en las yerbas, palabras y piedras ha puesto el Criador grandes virtudes. Yo he probado a conjurar estas ánimas con las sanctas palabras e virtuosas yerbas y no he hallado remedio para mi congoja. Quiero probar con las piedras.

Y así, se bajó y tomó tres o cuatro piedras de una forma³²² que allí estaba, diciendo:

—Agora os conjuro, en virtud de estas piedras, que bajéis.

Y así, comenzó de tiralles con grande enojo, que zumbeaban como si las enviara con un trabuco. Con las cuales acertó a dos dellos en los pechos, de tal manera que dio con ellos en tierra. Viendo esto los demás compañeros, se bajaron lo mejor que pudieron y dieron a huir. Entonces dijo Mamolín:

—Agora conozco la ventaja que las piedras tienen a las yerbas y palabras, pues no bastaron hasta que las virtuosas piedras hicieron operación.

— o O o —

Ya Eritrea había dado fin a su gustosa fábula (aunque pequeña) cuando la señora Lucrecia hizo una seña para que con su avisado enigma procediese. La cual alegremente dijo:

VERSOS

Nombre tengo de mujer,
y un hermano anda conmigo.
Es tan mortal enemigo,
que jamás estoy con él.
Éste no puede cenar,
ni tampoco yo comer;
ni juntos nos podrán ver
aunque nos veen pelear.

321.— Masticar.

322.— O 'horma': muro hecho de piedras sueltas.

Quedaron todos tan espantados del marañado enigma de Eritrea, que no sabían qué responder; y rogados de la sabia doncella que cada uno dijese su parescer, seguían tan diferentes sentencias que fue menester (por que la risa no pasase adelante) que la discreta Eritrea lo declarase. La cual dijo:

—Ilustres caballeros y hermosas damas: no quiero que digáis que me quise pagar de mi mano y por haber sido corta la fabulilla he querido molestaros con larga tardanza de mi resolución. Sabed que mi proposición no significa otra cosa sino la noche y el día y el eclipse del Sol desta manera: que el día tiene nombre de varón y la noche de mujer, y ansí, donde³²³ digo «nombre tengo de mujer» hemos de entender que es la noche; y «un hermano anda conmigo» que es el día, y andan como dos enemigos, el uno huyendo del otro, de manera que cuando la noche ha reinado lo que le toca llega el alba señoreando nuestro hemisfero y va huyendo la noche a buscar a los antípodas; desta manera, sabio auditorio, no los podemos ver juntos, según orden natural. Digo que el uno no puede cenar ni el otro comer por la diferencia que tenemos en los vocablos de nuestra provisión, porque en el día decimos «comer» y en la noche «cenar». Donde digo «ni juntos nos³²⁴ podrán ver», etc., hemos de entender el eclipse del Sol, cuando según nuestra vista juzgamos que pelean la luz, que es el Sol, y las tinieblas, que es la sombra de la Tierra que entremedias se pone; y a lo último de su contienda lleva la victoria la luz, madre de nuestro contento.

Todos se holgaron con la avisada exposición de Eritrea; mas porque todas las estrellas estaban escondidas sino aquella que más rutilante en la blanca aurora se muestra,³²⁵ mandó la señora Lucrecia a todos los caballeros se fuesen a reposar, pero que la siguiente noche ninguno faltase, so pena de su desgracia y perpetuo silencio dél entre las damas.

323.— Suplo 'donde' (141v, últ. lín).

324.— Suplo 'nos' (142r).

325.— El 'lucero del alba', Venus.

CUARTA NOCHE

YA el dorado Apolo con su inflamado carro había dejado nuestro hemisfero, metiéndose en el salado y hondo mar para refrigerar y apascentar sus febeos³²⁶ caballos en los frescos y amenos antárticos³²⁷ prados, y aquellos cansados labradores, de su afán y fatiga muy descuidados, poniendo sin recelo sus personas en el ara del suave y dulce sueño alegremente reposaban,³²⁸ cuando la virtuosa compañía al lugar designado se redujo; y después de haber todos gran rato departido mandó la señora Lucrecia fuese traído el vaso de oro, y por el acostumbrado orden salieron por suertes: la primera, Flordiana; segunda, Vincencia; tercera, Ludovica; cuarta, Isabela, y quinta, Leonor.

Y antes que al dulce fabular diesen dichoso principio mandó la señora Lucrecia que guiasen una danza o caracol, el cual guio Flordiana, porque el primer lugar tenía aquella noche de fabular. Puesto fin a la concertada danza, Trivigiano tomó su laúd, y a un son los demás instrumentos concertaron y las damás con angélicas voces los siguientes versos cantaron:

VERSOS

Temiendo voy, Lucrecia, la caída;
 que vuestro gran valor me va mostrando
 un extremo tan alto, el cual mirando
 el más docto no halla la subida.
 Al viento mi pobre ala va tendida,
 tras Ícaro imprudente voy volando,
 la pobreza de ingenio va cortando
 el vuelo, en voluntad de amor nascida.
 El mucho merescer quema las alas,
 aquellas que el amor habié criado
 para sólo loaros, si supiera.
 Mas no digo yo solo, mas si Palas
 o Apolo, entre los dioses celebrado,
 por daros nombre, el suyo se perdiera.

La canción fue de todos alegremente oída. Y puesta en glorioso fin, Flordiana dio principio a su avisada fábula en este modo:

326.- De Febo, Apolo. Redundancia que no se lee en la versión italiana.

327.- El Traductor debiera decir 'antípodas' como se lee en la versión italiana

328.- Orig.: 'alegremente auia despertado' (142v), lectura que no puede mantenerse. En la versión italiana: 'dolcemente nel letto riposavano'

ARGUMENTO: Ricardo, rey de Tebas, tuvo cuatro hijas. La una dellas se va peregrinando por el mundo mudado el nombre de Costanza en Constante; la cual fue a parar a la corte de Caco, rey de la Bitinia, y se casó con ella por su virtuoso celo.

FÁBULA PRIMERA

HERMOSÍSIMAS damas: la fábula de Eritrea en la pasada noche contada me ha movido a gran vergüenza, porque entiendo que la mía no será tan agradable; mas por guardar el orden que soy obligada me esforzaré a contaros otra. Aunque no tan gustosa, al menos será ejemplar, y entenderán las damas que siendo constantes y guardando su virginal vergüenza vienen a merescer. Como hizo Costanza, hija de Ricardo: afligida y rodeada de grandísimas necesidades, quiso antes servir y ser criada que hacer vileza contra su real prosapia, por donde alcanzó ser mujer de un rey, como por el discurso de mis palabras entenderéis.

En Tebas, antiquísima ciudad de Egipto, adornada de públicos y soberbios edificios e abundante de todas cosas, y finalmente, muy ínclita y célebre, reinaba en los pasados tiempos un rey cuyo nombre era Ricardo, hombre de gran sciencia y experiencia, casado con Valeriana, hija de Maximiano, rey de Escocia, en la cual hubo tres hijas muy virtuosas y no aborrecidas de la hermosura: la una dellas tenía nombre Valenciana; la otra, Dorotea; la tercera, Espinela. Y como fuesen³²⁹ de madura edad para casallas determinó su padre dalles maridos no menores que su valor, y dividiendo su reino en tres partes, a cada una hizo señora de la suya no dejándose a sí desheredado: a la una casó con el rey de Scardona³³⁰ y a la otra con el rey de Goti;³³¹ a la tercera, con el rey de Scitia, dándoles a cada uno el tercio de su reino, y para sí dejó una parte muy pequeña para pasar su vida honestamente con Valeriana su mujer.

Sucedió que después de muchos años la Reina se empreñó, y llegada la hora del parto parió una infanta no menos hermosa que sus hermanas, a la cual criaron con grandísimo contento y regalo. Aunque la Reina estaba la más desgraciada señora del mundo, por verse tan pobre a respecto de la gran riqueza y potencia que antes tenía, y todo este descontento era porque no podía casar a su hija con tanta honra como las demás.

Dada a criar esta infanta a una ama muy honrada para que la regalase e impusiese en gentiles y honestas costumbres, como a hija de tales padres convenía, la infanta, que Costanza tenía por nombre, crecía cada día en costumbres virtuosas, en gentileza y no menos en hermosura y buenos respetos, de tal manera que no eran menester consejos de la sabia maestra, porque Naturaleza, como verdadera madre, obraba en esta hermosa infanta. Ultra desto, Costanza se había mostrado a recamar,³³² cantar, tañer y danzar y otros muchos extremos que por no ser prolija paso en silencio. Y no contenta con esto, dióse tanto a los estudios y virtuosas letras, que todo género de contento postponía por un rato que en este virtuoso ejercicio se ocupaba, procurando siempre saber cosas nuevas, exquisitas, de

329.- Y al punto que fueron.

330.- Región de Croacia.

331.- De tratarse de Gotia o Gotnia, en la península de Crimea.

332.- Bordar.

gran valor. Después desto, no como mujer, mas animosamente, ejercitaba el arte militar domando caballos; en justas y torneos las más veces ganaba el premio, no de otra manera que suelen los caballeros de tal gloria dignos. Por estos extremos y otros muchos era de sus padres muy querida, tanto, que no había término en su amor.

Ya era Costanza de edad para conseguir conyugal matrimonio, de lo cual pesaba mucho a los Reyes, por estar tan pobres³³³ de estado para casalla con tanto triunfo como a las demás hijas. Mas Valeriana, que muy sabia e discreta era, consideraba en la suma belleza, virtudes y otros muchos extremos que a su amada hija esmaltaban, y así, consolaba al Rey diciendo:

—Señor: no tengáis congoja, que nuestra amada hija está dotada de tan buenas partes que no habrá rey en el mundo que vista su gran hermosura y excelentes virtudes no la resciba por mujer postponiendo el dote, aunque fuesen los imperios del mundo.

No pasó mucho tiempo que la hermosa infanta fue pedida en casamiento de muchos y grandes príncipes, entre los cuales era el uno el hijo del gran marqués de Viena, llamado Brunelo. Luego vinieron los Reyes en consulta y mandaron llamar a Costanza, y en presencia de la Reina le dijo:³³⁴

—Hija de nosotros muy amada: ya es llegado el tiempo de tu casamiento, del cual entiendo que el alto Dios es contento. Y por gracia suya y tu gran virtud hemos hallado un caballero muy a nuestro gusto, hijo del gran marqués de Viena, nuestro amigo y súbdito a nuestra corona, cuyo nombre es Brunelo, hermoso mancebo, virtuoso, rico. Éste se contenta de tu sola persona y postpone todas las riquezas a tu gran valor y hermosura. Ya sabes, hija, que por nuestra gran pobreza no te podemos dar y emplear en mayor estado. Por eso, confórmate con nuestra voluntad.

La hermosa y discreta doncella atentamente escuchó las paternas razones, y sin dilatar tiempo, desta manera respondió:

—Sacra Majestad: no conviene alargar palabras para responder a vuestra voluntad. Primeramente os doy las gracias que a tal don soy obligada por la buena voluntad que me mostráis tener procurando darme marido, lo cual tengo muy olvidado y duermo descuidada de tal dolor. Demás desto, no quiero ser menos que mis hermanas ni antepasados, pues todos han casado con reyes. No sería razón tomar yo marido inferior para ser escarncida y tenida en menos: no darían a vos, señor, la culpa, sino a mi bajo pensamiento. Vos, padre mío muy amado, habéis engendrado cuatro hijas; las tres habéis casado con reyes muy poderosos, dándoles grandísimo tesoro y gran parte de vuestro reino, e a mí, que siempre os he sido obediente ¿procuráis casarme tan humil e bajamente? Con esto concluyo que si no me dais por marido a un rey a mi voluntad no soy contenta de casarme; antes quiero andarme por el mundo como desdichada, para ser ejemplo de muchas que su desgracia en tal estado las puede constituir.

Y tomando licencia de los Reyes, no sin gran dolor y cantidad de lágrimas subió sobre un caballo y sola se salió de Tebas enderezando el camino³³⁵ hacia aquellas partes que su destino la guiase. Ansimesmo dejó el nombre de Costanza mudándole en Constante. Y

333.— Orig.: 'pobre' (144v). En este pasaje la versión italiana habla sólo de 'il Rè'.

334.— En la versión italiana: 'disse il Rè'.

335.— Orig.: 'campo' (145v).

pasando diversas vírgines montañas, ásperos y escabrosos caminos, muchas ciudades y lugares, y finalmente, tratado muchas y diferentes lenguas, consideraba los diferentes trajes, estraños usos e invenciones que no de hombres, mas de bestias parecían.

Finalmente un día³³⁶ al esconder del sol llegó a una populosa y gran ciudad llamada³³⁷ Costanza,³³⁸ la cual señoreaba Caco, rey de la Bitinia. En esta famosa ciudad tenía su real palacio el Rey, por ser la más principal y cabeza del reino. Luego que Constanza entró dentro de la tierra, paseándose por ella contemplaba los soberbios palacios, hermosos edificios, anchas y derechas calles, los corrientes y caudalosos ríos que la circundaban, las limpias y claras fuentes que la ilustraban. Luego fue a la plaza, donde vido el real palacio, fundado sobre jaspeadas columnas, y en defensa y ofensa mucha artillería.

Contemplando Constanza tan lindos extremos alzó los ojos a una ventana que la plaza señoreaba, donde vido estar al Rey, al cual con reverencia saludó. Viendo el Rey a este dichoso y bien afortunado mancebo tan gentil hombre, de buen aire y hermoso, mandole que luego pareciese ante él y demandole de dónde era, qué nombre tenía y cuyo hijo fuese.

El gentil mancebo respondió con alegre rostro venir de Tebas perseguido con varios infortunios y trabajos, y que su nombre era Constante, hijo de pobres padres; que en extremo deseaba servir a un caballero de quien fuese bien tratado, sirviéndole con aquel amor y fidelidad que deseaba.

El Rey, que bien le había parecido el hermoso mancebo, dijo:

—Hijo mío: pues tu felicidad te ha traído a mi corte y tu voluntad es servir, yo soy contento que quedes en mi servicio y sólo te ocupes en el regalo y servicio de mi persona.

El mancebo que no deseaba otra cosa, agradeciendo la real merced lo aceptó por señor, ofreciéndose a todo lo posible que a su servicio cumpliera.

Constante servía con tan buena gracia que a todos causaba no pequeña admiración de ver su liberalidad y gentileza. Puesto caso que fuese mujer, usaba tan bien de los viriles trajes, que en pulicía, gala ni cortesía ninguno de los gentileshombres del servicio del Rey se la ganaba. En tanto extremo vino la felicidad de Constante, que no sólo era amado del Rey y vasallos, pero aun de la Reina era bien querido en esta manera: que considerando sus buenos y excelentes extremos, hermosura y buen proceder se enamoró dél tan de veras que de día y de noche no le dejaba de su boca tratando con las damas de su buen aire e animoso semblante. No pasaba vez el querido Constante por junto a la Reina que hasta perdelle de vista no cesaba de miralle, haciéndole melindres con los ojos y visajes con la boca procurando darle ocasión para reducirle en su enamorado deseo.

Tan de veras amaba la Reina a Constante, que no deseaba sino coyuntura de poderse ver con él y descubrielle su voluntad. Y así, sucedió un día hablar ambos a dos en secreto, y la Reina dijo a Constante:

—Hijo mío: heme contentado tanto de tu persona y buen servicio, que estoy determinada de demandarte al Rey para mi servicio, porque, ultra de ser bien galardonado, serás bien querido de mí y toda mi corte, y serás tenido en más que sirviendo al Rey.

336.— Suplo 'un día' (145v, últ. lín.).

337.— Suplo 'llamada' (146r, primera lín.).

338.— Ciudad rumana en el Mar Negro. Orig.: 'Goostança' (146r).

Constante, viendo su libidinoso y venereo apetito, y aquellas palabras salir del amoroso corazón y no de buen celo que la Reina tuviese, consideró Constante y propuso la impotencia que por ser mujer tenía para cumplir su desenfrenado deseo. A la cual, con rostro muy contento y humilde, respondió:

—Señora mía: es tan grande el deseo que de acertar a servir al Rey mi señor y marido vuestro tengo, que me parece hacer la mayor villanía del mundo cuando pretendiese salirme de su servicio sin su voluntad. Esta es, señora, la causa que me disculpa a no poder cumplir vuestro mandado; aunque estoy prompto a vuestro servicio, obedesciéndooos como a señora, no dejando un punto el servicio del Rey, que es lo que a mí más conviene —y tomando licencia de la Reina se despidió.

Considerando la Reina, como astuta, que la dura carrasca con un golpe no se corta, procuró con todos los modos posibles metelle en su servicio; mas estaba Constante tan firme en su voluntad como la torre de los impetuosos y fuertes vientos combatida, de lo cual rescibía la Reina grandísimo descontento, de tal manera que el grande amor que a Constante tenía se convirtió en su contrario, pues ante sus ojos no le quería ver, ni aun gustaba de oírle mentar al Rey por su criado. No contenta con sólo esto, procuraba con las mayores astucias del mundo darle una muerte ignominiosa, aunque se le ponía delante la voluntad y amor que el Rey le tenía, que era grande obstáculo para no disponer y ejecutar su mal propósito.

Había en la provincia de Bitinia una especie de hombres la forma de los cuales era de medio arriba humana y de medio abajo de cabra. Éstos echaban a perder la media provincia comiéndose los ganados, destruyendo los pastos, y muchas veces mataban mucha gente. Atenta esta estraña crueldad destes perjudiciales sátiros, el Rey procuraba todo lo del mundo destruillos, y más deseaba haber uno vivo para vengar su corazón; mas eran tan feroces que no osaba ningún hombre salir al campo a hacer tal empresa. En esta coyuntura conoció la Reina tener buen cómodo para dar la vengativa muerte a Constante; pero no le sucedió al punto, porque muchas veces acontece el engañador ser engañado y pagar su mal intento. Así, permitió la Divina Justicia que en la alevosa Reina se ejecutase la muerte.

La falsa Reina, como supiese la voluntad de su marido, estando ambos a dos en buena conversación tratando diferentes negocios, dijo:

—Señor: ¿no sabéis como Constante vuestro criado por daros contento dice que le basta el ánimo sin ayuda ninguna tomar un sátiro y presentallo ante vos vivo? Lo cual podréis fácilmente experimentar y cumplir vuestra voluntad, porque cierto creo lo hará, pues desea tanto serviros y muestra aventurar por vos cien vidas por salir con el triunfo.

Mucho se contentó el Rey con la nueva de su mujer, y así, mandó llamar a Constante, al cual dijo:

—Hijo mío: si tú me amas como dices y cada uno lo cree, tú procurarás contentar mi deseo, de donde alcanzarás honra y fama para toda tu vida. Sabrás que no hay cosa que más desee en esta vida sino tener un sátiro vivo, aunque me cueste todo mi tesoro; y para esto no entiendo que haya otro en el mundo sino tú para tal empresa. Pues tan de veras muestras contentarme, sabe, hijo mío, que sólo en esto consiste mi contento. No me lo niegues, pues soy informado que fácilmente lo cumplirás.

El sabio mancebo, que bien entendía proceder aquellas palabras de otro sentido y que aquel tiro no salía de aquella aljaba, no quiso dar desgusto al Rey, antes con alegre semblante dijo:

—Señor mío: no digo yo eso, mas otras cosas de mayor importancia donde pueda aventurar mil vidas quiero que me mandéis. Puesto caso que mis fuerzas no basten a cumplir vuestra voluntad, antes me daré a mí mismo la muerte que daros ningún género de disgusto. Y antes que me disponga a tal empresa mandá que en el bosque donde habitan los sátiros me lleven un gran vaso del mejor vino que se pueda hallar en este reino y un costal de pan.

Luego mandó el Rey que se cumpliese lo que Constante mandaba sin faltar punto. Y así, Constante se partió al satírico bosque, donde hizo una enramada y grande foso, y dentro della metió una ancha artesa donde desmenuzó el pan y con el fuerte vino hizo muchas sopas, como suelen hacer los astutos cazadores para tomar los cuervos, y al pie de un alto árbol donde él se subió las puso, por el temor que de la muerte tenía. Apenas el afortunado mancebo había subido a lo alto cuando los crueles sátiros sintiendo el suave olor del vino se llegaron al vaso donde las sopas estaban, y con aquella agonía comían que suelen los hambrientos lobos en los humildes corderos.

Después que ovieron hartado sus insaciables vientres del nuevo y suave manjar quedaron tan sujetos al sueño, que Constante tuvo lugar para descender del árbol y atar tan fuertemente a un sátiro de los pies y manos, que no bastaron sus satíricas fuerzas aflojar los fuertes y ciegos ñudos que de buena gana había dado.

Luego, sin ser sentido de los demás salvajes, subió en su caballo, y apartándose del bosque caminó con el sátiro a su gusto aprisionado, y a las cuatro de la tarde llegó a una viña, no muy lejos de la ciudad, donde recordó del triste sueño qu'el suave licor le había causado, y desperezando cada miembro por sí, vido un hombre llorando entre mucha gente que acompañaba un mancebo que de cierta dolencia se había muerto, y el clérigo que hacía las obsequias cantaba los responsos con voz suave y alegre, de lo cual rio mucho el sátiro.

Después de haber entrado en la ciudad, en medio de la plaza vido mucha gente que atentos miraban un pobre mozo que estaba ahorcado, de lo cual también se rio el sátiro y mostró gran contento.

Luego que llegó al real palacio toda la gente con gran alegría decía: «¡Ya viene Constante con el sátiro!». Viendo esto el sátiro, se rio de tal manera que puso admiración a todo el pueblo.

Ya estaba Constante con su prisionero ante los Reyes, caballeros y damas cuando el sátiro volviendo la cabeza a una parte y a otra, le dio una risa tan estraña que todos quedaron admirados.

Viendo el Rey que Constante había cumplido su voluntad con tanta afición y tan de veras, de nuevo le comenzó a cobrar amor, más entrañable que solía. De lo cual la Reina rescibió grandísimo dolor, porque entendió con sus cautelosas palabras dar la muerte a Constante y fueron parte para mejoralle en estado.

No pudiendo la traidora sufrir tanto bien como por su causa a Constante le había sucedido, imaginó otra nueva traición; y fue que ella sabía como el Rey procuraba con grande instancia hacer hablar al sátiro. Dijo al Rey:

—Señor: no sé para qué tomáis fastidio tan en balde ni os cansáis en dar cada día lección a ese sátiro, pues no podéis salir con ello. Seos decir, señor, que si Constante no le toma entre las manos no hablará, porque delante de mí ha dicho hacelle hablar en cuatro días. Mandá, señor, luego se disponga a ello amenazándole con la muerte, que de otra manera no lo hará.

Luego le mandó el Rey parecer ante él y le dijo:

—Constante, amigo mío: ya sabes el contento que rescibiré si este sátiro hablase. Yo soy informado de tu rara habilidad y extremada virtud. Pues a tan poca costa puedes darme gusto, no será razón dejes de hacello, porque de otra manera costarte ha la vida. Bien sé que te has alabado de hacelle hablar en cuatro días; no te cumple pretender otra cosa sino disponerte a tal empresa, pues con pequeña facilidad saldrás con ella. Aunque corre un peligro: que este sátiro sea mudo; mas con todo eso quiero que intentes y pruebes tu ventura.

Entonces respondió Constante:

—Sacra Majestad: yo holgara en extremo daros contento; pero si vos, señor, le habéis hablado tantas veces y no os ha respondido, cierto creo que debe de ser mudo. Mas con todo eso yo procuraré daros contento; con una condición: que si más no pudiese no entendáis que sea de malicia ni esté en mí la falta, porque cierto haré todo lo posible, como soy obligado, aunque ya sabéis que no es oficio humano hacer hablar una bestia muda, sino divino. Mas si el impedimento procediese no de vicio natural ni accidental, sino de dura obstinación y pertinaz brío yo me esforzaré a lo posible.

Luego se fueron ambos a dos a la prisión donde el sátiro estaba, y Constante le mandó dar muy bien de comer y beber, diciéndole con un género de amor:

—Come, Chapín —que así le habían puesto nombre.

En este punto que Constante le habló alzó Chapín los ojos muy airados a miralle, y sin responder palabra los tornó a abajar otra vez.

Dijo Constante:

—Habla, Chapín. Mira que te lo ruego. Dime lo que quieres, que yo te prometo no darte desgusto.

Nada aprovecharon estas palabras para ablandar el duro corazón del salvaje, porque estaba con aquel coraje que suelen los rudos animales cuando se veen sin libertad. Viendo Constante su pertinaz rebeldía, le dijo:

—¿Tú no me quieres responder, Chapín? Ciertamente que no te entiendes; que yo te haré morir en esa prisión de hambre y sed.

Cuando Chapín oyó las coléricas palabras de Constante regañaba con los ojos, crujiendo con los dientes y echando espumajos por la boca, y arañando la tierra procuraba soltarse. A el cual dijo Constante:

—Respóndeme, Chapín, que yo te prometo dar la libertad de manera que jamás vuelvas a la prisión.

Atenta la promesa, respondió Chapín:

—¿Qué quieres tú de mí? ¿Para qué quieres que te responda, pues me has engañado con tus falsos manjares y me has puesto en el estado que estoy?

Constante le preguntó:

—¿Has comido y bebido a tu gusto hoy?

—Sí he. ¿Por qué lo dices? —respondió Chapín.

—Por vida de tu libertad —dijo Constante— me digas una verdad: cuando veníamos por el camino, ¿de qué te reías? ¿Qué viste o qué sentiste cuando llevaban a enterrar aquel difunto?

—No me reí del difunto— respondió el sátiro—, sino porque el padre de aquel muchacho cantaba, y el que no le había nada³³⁹ lloraba.

—¿Cómo es eso? —preguntó Constante.

Respondió Chapín:

—Porque la mujer de aquel hombre que lloraba adulteraba, y parió del que cantaba.

Otra interrogación o pregunta le hizo Constante a Chapín diciéndole:

—Dime ¿de qué te reías cuando entramos en la ciudad y viste aquel ahorcado?

Respondió Chapín:

—Porque vide allí mil ladrones que habían robado más cantidad que aquél y se holgaban de verle ahorcado.

—Después desto, dime, Chapín ¿qué fue la causa de tanto contento como recibiste cuando los criados del Rey mi señor salieron a nosotros dando voces?

—¡Válame Dios —respondió Chapín—, no me atormentes más! Vuelve mañana, que yo te responderé. Y por ventura te diré cosas de que tú estás descuidado.

De lo cual se espantó mucho Constante, y dijo al Rey:

—Sacra Majestad: vámonos, que mañana volveremos a saber las novelas deste sátiro.

Luego mandó el Rey que le diesen de comer al Chapín.

Venido el día siguiente, ambos a dos vinieron a saber lo que mucho deseaban, y vinieron al monstruoso sátiro y lo vieron bufar y gruñir como un puerco. Y llegándose a él Constante, muchas veces con voz alta le llamó, mas no quería Chapín responder con el bravo coraje que de verse ajeno de su libertad tenía.

Constante muy enojado, tomó un agudo dardo y fuertemente le punchaba con él, de manera que el animal se enojó y dijo:

—¿Qué me quieres, fastidioso engañador?

—No te pido otra cosa —dijo el mancebo— sino lo que ayer me prometiste.

Respondió Chapín:

—Por tu vida que no me maltrates de aquí adelante, porque rescibo grandísimo dolor con tus graves y temerosos castigos.

—Yo me huelgo —dijo Constante— que padezcas, pues no haces lo que te mando. Y no pasará desta manera de aquí adelante, que yo te mandaré dar mil palos cada mañana si no respondes brevemente a lo que te fuere preguntado, aunque sea en perjuicio de quien te lo pidiere.

—Está atento —respondió Chapín entonces—, que tú mismo te has sentenciado: sabrás que ayer me reí cuando llegamos a esta cárcel porque todos gritaban «Ya viene Constante», y de mujer que eres finges ser hombre. Lo cual sabes mejor que yo —y por que Chapín no pasase adelante cortole el hilo de su historia.

El bien afortunado mancebo,³⁴⁰ entendiendo que el Rey no lo había sentido, mudó la plática diciendo:

339.- No tenía vínculo.

340.- Orig.: 'macebo' (151v).

—Dime, hermano: ¿de qué recibiste tanto contento cuando veniste ante el Rey y la Reina?

Respondió Chapín:

—Porque tú y el Rey vivís engañados con las damas de la Reina, que cierto creéis que son mujeres y son alevosos hombres y traidores a la corona real.

Desto quedó el Rey tan espantado que apenas pudo hablar palabra. Luego se despidieron del silvestre sátiro y secretamente se informaron de lo que Chapín había revelado; y hecha la experiencia, halló a Constante ser mujer, y las hermosas damas que a la Reina servían ser naturales varones. En aquel momento mandó el Rey encender un horno en medio de la plaza, y en presencia de todo el pueblo y público pregón hizo abrasar a la alevosa Reina y traidores hombres.

Considerando el Rey la estremada virtud y lealtad grande de Constanza procuró saber cómo hija fuese, y en breve tiempo supo ser hija de un gran rey. De lo cual holgó mucho Caco, y luego envió embajadores a Ricardo y a Valeriana sus padres, y a todos los demás cuñados que arriba hice mención, como Constanza estaba casada con él. Cuando llegó la dichosa nueva, juzgá, hermosas damas, el contento que todos rescibieron. Y así Constanza largo próspero y dichoso tiempo se gozó con Caco, rey de la Bitinia.

— o O o —

Ya era llegado el deseado fin de la no menos dulce que artificiosa fábula cuando la señora Lucrecia dio seña a Flordiana que con su enigma continuase. La cual un poco desdeñosa (no de vicio, mas por cierto accidente que de la prolija fábula se le ofreció) dijo así:

VERSOS

Doma un monarca dos fieros leones,
y sobre los lomos les tiene la silla.
Sirven de estribos (¡oh gran maravilla!)
tres cardenales, tres otros varones,
teólogos sanctos de esencia sencilla.
La mano siniestra de aqueste monarca
tiene un manjar sabroso a los justos,
y en la derecha una aguda parca
quél cielo y la tierra, el infierno abarca,³⁴¹
y quita³⁴² la vida a malvados injustos.

Fue el docto enigma de la prudentísima Flordiana encomendado a la memoria de las damas y galanes que en el honestísimo colegio asistían, pero no hubo ninguno que la verdadera sentencia diese, porque quién de una manera, quién de la otra lo interpretaba; y por no gastar tiempo suplicó dejasen el escusado vacilar de los delicados juicios, y en breves palabras dijo:

341.— Orig.: 'la abarca' (152v).

342.— Orig.: 'quito' (152v).

—Sabio colegio: mi qués cosa y cosa va fuera de vuestra sentencia y diverso parescer, porque no significa otra cosa sino la Divina Justicia, la cual como monarca gobierna y rige el cielo, la tierra y el infierno, desta manera: que donde digo «doma un monarca dos fieros leones, y sobre los lomos les tiene la silla» hemos de entender que la Divina Justicia, como monarca del mundo, doma dos fieros leones, conviene a saber: los soberbios y desagradados. Y los estribos donde este divino espíritu restriba son tres virtudes cardinales: prudencia, fortaleza y templanza. Los otros tres varones tólogos que sirven de estribo son otras tres virtudes teologales: fee, esperanza y caridad, con las cuales la Divina Justicia gobierna y rige cielos y tierra y abismo. Esta divina virtud (según nos la pintan) tiene en la mano derecha una aguda espada que nos muestra quitar con ella la vida a malvados e injustos hombres, y en la mano izquierda tiene un manjar sabroso a los justos y buenos, que es un peso con el cual nos muestra igualar y poner en fil³⁴³ las cosas deste corruptible mundo y aun las de la divina e infernal morada.

Determinada que fue la ingeniosa y sutil interpretación todos rescibieron gran contento, porque mucho la deseaban. Y la hermosa Vincencia suplicando la atención, antes de ser mandada dijo:

ARGUMENTO: Glauco,³⁴⁴ caballero de Atenas, rescibió por adoptiva esposa a Filenia Centuriona, y por el grande celo que della tenía la acusó por adúltera ante el juez, y por intercesión y astucia de Hipólito su amigo fue libre, y Glauco su marido condenado a muerte.

FÁBULA SEGUNDA

AMOROSAS damas: dichoso y bienaventurado se puede llamar aquel que sin fraude ni dolo³⁴⁵ sirve al verdadero amor, que divinamente nos incita a virtud, y de contrario título goza aquel desdichado amador que al falso Cupido rinde y subjeta su libertad, pues coge un amargo y desabrido fructo, que es el envidioso celo, y otros desgustos y falsas imaginaciones que de su desesperada muerte viviendo son causa. A este propósito, avisado auditorio, se me ha ofrescido una fábula con la cual entiendo rescibiréis gran contento, por el infelice fin que tuvo un caballero de Atenas que con endiablado celo procuró dar la muerte a su mujer, y por su mal gobierno y nescio proceder se le trocaron las suertes, dándose a sí mesmo la muerte.

En Atenas, antiquísima ciudad de Grecia, en los pasados tiempos madre de todas las ciencias y estudio de las virtuosas doctrinas (mas agora, por su soberbia, goza de diferente título), en esta ciudad vivía un caballero llamado Glauco, hombre de gran valor y estimado en la tierra, pero de juicio muy pobre, el cual fue casado con una hija del centurión Dalfinio llamada Filenia, mujer muy hermosa y de virtudes bien compuesta, y amada sin término de su marido Glauco.

343.— Equilibrar la balanza.

344.— 'Erminione Glaucio' en la versión italiana.

345.— Orig.: 'dolor' (153v).

Esta dama era tan acabada en hermosura, que su marido temía estrañamente no fuese requebrada de alguno, porque su hermosura daba ocasión a tal efecto; mas por evitar este escándalo, y por que no viniese en alguna tentación o ignominioso caso por donde fuese ultrajado del pueblo, procuró que de ninguno fuese vista. No pasaron muchos días que el pobre viejo sin ocasión tuvo della³⁴⁶ tanto celo que apenas de sí proprio se fiaba.

En este tiempo sucedió vivir en aquella ciudad un estudiante llamado Hipólito, el más gentil hombre, bien dispuesto, virtuoso y de avisada conversación que en toda aquella provincia había, por los cuales extremos era de todos absolutamente querido, y de Filenia, antes de su infelice casamiento, amado. Ultra de esto, tenía particular amistad con Glauco su marido, y tan vinculada, que en cualquier necesidad el uno al otro se favorecían.

Ya era llegado el tiempo de los fastidiosos calores, cuando los solícitos estudiantes celebran las deseadas vacaciones para descansar y gozar de los paternos regalos en sus deseadas patrias, y así, Hipólito determinó salirse de Atenas a la vuelta de Candía,³⁴⁷ donde tenía sus padres. Y llegado el término del nuevo curso volvió en Atenas, donde halló a Filenia que ya estaba casada, de lo cual rescibió tanta tristeza que adolesció, porque cierto entendía no verla más con aquella libertad que solía antes de casada. Mayor era el dolor que a su aficionado corazón afligía cuando consideraba su admirable hermosura y gentileza estar empleada en aquel podrido y desdentado viejo.

No pudiendo el enamorado Hipólito sufrir los ardentísimos y agudos estímulos de amor, consideraba por todos los modos posibles muchos y buenos ardides para cumplir su deseo, y vínosele a la memoria un remedio el mejor que entre otros halló; y fuese a casa de un carpintero y mandole hacer dos arcas de una mesma forma, pintadas por defuera de tal manera que ninguno las diferenciara. Después fuese a buscar su amigo Glauco fingiendo tener necesidad de su favor. Con artificiosas palabras, desta manera le dijo:

— Señor Glauco Delfín: considerando la particular amistad y el grande amor que me mostráis me atrevo con importunidad a rogaros cierto negocio que en salir con él me va la vida.

— ¿Qué es? — respondió Glauco.

— Saded, señor — dijo Hipólito —, que deseo estrañamente llegar a Venecia a negocios míos importantísimos, donde pienso estar algunos días hasta haber concluido; y porque en mi casa no tengo persona de quien fiarme querría me hiciédes merced, si sois contento, guardarme una de mis arcas, porque la tengo llena de las mejores ropas, preseas y galas que para mi persona tengo.

Glauco, que no pensaba la astuta malicia y cautela, respondió:

— Señor Hipólito: yo soy muy contento. Y para que más confiado y seguro viváis yo la quiero poner en el mesmo aposento donde duermo.

Luego fueron ambos a dos a su posada y a Glauco mostró el arca y lo que dentro della había; también mandó llamar a uno de sus criados para que le conociese, porque él era contento, cuando viniese aquel mozo por ella, que se le diese. Dello fue muy contento Glauco, e Hipólito se metió secretamente dentro de la otra caja, dándole orden a su criado para que la mandase llevar a la posada de Glauco su amigo, encargándole el secreto con ciertas promesas.

346.— Orig.: 'dello' (154r).

347.— Creta.

Ya estaba la caja en el aposento del buen viejo cuando mandó a su mujer Filenia que tuviese mucha cuenta con ella, por ser de su amigo Hipólito. De lo cual holgó mucho su mujer, por tener en su poder prendas de quien tanto ella quiso. En este ínterin se le ofreció a Glauco Delfín un largo viaje a la vuelta del puerto Pireo, cincuenta leguas de Atenas, para aplacar ciertos bandos e intereses que entre unos caballeros deudos suyos andaban.

Venida la hora quél celoso Glauco tenía de hacer su viaje (aunque contra su voluntad era forzoso, porque en su persona sola consistía la paz de aquellos caballeros, por ser un hombre que en todo el ducado de Atenas era respectado por su valor, riqueza e grande estado de honra), en fin salió de su casa Glauco, malcontento por el celo rabioso que de su hermosa mujer tenía.

Y apenas había caminado media legua cuando el enamorado Hipólito sintió a su amada Filenia que fuertemente lloraba maldiciendo el punto y la hora que con aquel maldito viejo gruñidor fue casada, pues tan mala vida le daba. No quiso en este punto el discreto mancebo ejecutar su deseo, sino aguardó el oportuno tiempo que su amada Filenia fuese dormida, y cuando conoció estar en el primer sueño salió secretamente y sin rumor de su arca, y a tiento llegó a la cama diciendo:

—¿Dónde estáis, ánima mía?, que yo soy el infelice Hipólito, vuestro apasionado servidor.

Esto dijo dos o tres veces, cuando recordó Filenia tan espantada que casi quedó amortecida del repentino sobresalto. Y vuelta en sí quiso dar gritos; pero no la dejó Hipólito, porque le atapó la boca con una mano y amorosamente le dijo:

—Decidme, espejo mío: ¿es posible que no conocéis a vuestro amado Hipólito, que en un tiempo fue de vos querido y por su corta ventura y menor merecimiento le desconocéis agora? Suplícoos, señora mía, no gritéis; estad contenta, y si os da gusto el oírme, mandadme lo que fuéredes servida, que yo os prometo obedescer vuestra voluntad.

Luego que Filenia conoció ser el hermoso y gentil mancebo rescibió grandísimo contento, aunque en la imaginación se le representaba la podrida y abominable vejez y fiero gesto del celoso Glauco su marido, y esforzándose lo mejor que pudo, pasó aquella noche en amorosa conversación con su amado Hipólito.

Venido el día, el amoroso mancebo se encerraba en el arca, y a la noche salía a holgar con su amada Filenia.

Ya eran pasados muchos días cuando Glauco Delfín, con el rabioso celo que continuamente le atormentaba, a su deseada casa volvió. Sentid, hermosas damas, el dolor que éstos dos amantes recibirían.

Hipólito dio orden a su criado para, cuando Glauco volviese de su viaje, que en aquel punto viniese por el arca. El cual lo hizo sin faltar un punto de lo que el amo le había mandado.

Ya estaba la caja en la posada de Hipólito y acompañada con grandísimo contento de Glauco, entendiendo hallar a su amigo en su casa para darle el bienvenido; pero como no le hallase dejó las encomiendas a los criados, y así, se despidió. Salido Hipólito del arca se fue hacia la plaza, donde encontró con su buen amigo Glauco, y abrazándose el uno al otro se dieron la buena venida, ofreciéndose el uno al otro sus posadas.

Venida la noche, Glauco Delfín se acostó con su hermosa Filenia, y tratando de su largo viaje sucedió alzar los ojos a las paredes, donde vido muchos y frescos gargajos que estaban lejos de donde él solía escupir, y encendido del rabioso celo imaginaba si aquellas

salivas fuesen suyas o de otra persona, según estaban recientes. Después de muchas veces haber pensado esto, con rostro malcontento y airado volvió hacia su mujer y dijo:

—Decid Filenia: ¿cúyos son estos gargajos, pues vos no escupís tan lejos ni yo tengo fuerza para echallos donde aquéllos están? Cierto que entiendo me debes haber hecho traición.

Entonces respondió Filenia, casi riéndose:

—¿Tenéis otra cosa que decir o que levantarme?³⁴⁸

Cuando Glauco vido respondelle riendo, dijo:

—¿De qué te ríes, traidora?

—Ríome —respondió Filenia— de vuestro ciego juicio. ¿Qué cosa es demandarme unas niñerías como ésas?

Todavía el pertinaz viejo entre sí mismo se carcomía. Imaginando si aquellos gargajos fuesen suyos, muchas veces tosía y probaba su fuerza por ver si llegaría con sus podridos y pesados gargajos donde los otros estaban, mas iban tan cansados que daba con ellos en medio de la cama, y otras veces se daba en medio de la barba. Hecha esta experiencia conoció cierto no ser suyos y su mujer haberle hecho traición, a la cual dijo las mayores villanías y feas palabras que nunca se dijeron a mujer culpada, amenazándola con la muerte y otros géneros de tormentos crueles. Lo cual le pareció no ser cómodo para él, por que la Justicia no procediese,³⁴⁹ y así, determinó dar parte de la traición al juez para que de tal alevosía le vengase.

Otro día de mañana, movido de la diabólica ira, en la pública audiencia la acusó por adúltera y el pretor le rescibió su confesión, porque en ninguna manera podía darle la muerte sin hacer este auto de justicia y guardar una antigua ley que en el reino estaba constituida.

Había en Atenas esta antigua ley: que cualquiera mujer acusada por adulterio fuese puesta al pie de una columna colorada encima de la cual había una cruel serpiente, y sobre ella se le tomaba el juramento; y era necesario meter luego la mano en la boca de la serpiente, y si era verdad haber adulterado y no lo confesaba, la cruda serpiente le arrancaba la mano del brazo, y si no había cometido la traición quedaba sin daño alguno.

Hipólito, que ya había sabido la nueva de la querrela y el mandato del juez para el temeroso juramento que Filenia había de hacer por que no fuese condenada a muerte, en aquel momento se desnudó sus vestidos y tomó los de un loco que por Atenas andaba echando piedras. Sin ser de nadie conocido salió de su casa y fue corriendo como un loco, motilado a trasquilones,³⁵⁰ haciendo mil visajes por las calles, hasta llegar al palacio donde habían de llevar a la hermosa Filenia.

Ya traían la desdichada señora entre los crueles tormentadores y carnílices verdugos a voz alta de pregoneros manifestando la acusación de Glauco contra su mujer por las calles públicas para que de todos fuese conocida su traición. A este rumor salían a las ventanas, terrados y corredores mucha gente para ver la hermosa dama (que por tal era tenida en toda la tierra). Unos decían: «No tiene esta mujer cara de haber hecho tal traición, sino que aquel viejo loco de su marido se lo levanta». Otros decían: «¡Pague la traidora!». Otros: «Dios descubrirá la verdad».

348.— Imputarme falsamente.

349.— Contra él, se entiende.

350.— Torpemente cortado el cabello.

Entre este tropel de gente llegó Hipólito. Apartando los unos, dando mojicones a los otros y haciendo gestos temerosos se puso tan adelante que pudo abrazar con grande alegría a la desconsolada dueña y dalle un beso en la cristalina mejilla. Filenia no pudo escusallo, porque tenía las manos atrás atadas.

Luego que llegaron ante el juez, dijo:

—Dime, Filenia: ¿cómo has cometido tan gran traición? Una mujer tan principal como tú, ¿no miraras estar casada con un hombre tan principal, valeroso y de tanta honra como Glauco Delfín? El cual te acusa por adúltera; y si es así, yo te certifico vengarle con una muerte tan ignominiosa que sea ejemplo a todas las del mundo. Mas si el pecado propuesto no es así y el juramento te salva, no tengas miedo, que yo te vengaré a ti.

Filenia, que cauta y prudentísima era, animosamente juró con ningún hombre haber pecado sino con su marido y aquel loco que en el camino, delante de todos, la había besado. Luego la llevaron a la serpiente, y con el mismo juramento le metió la mano Filenia en la boca dos veces y la sacó libre sin detrimento alguno, porque había jurado la verdad: que con ninguno había pecado sino con su marido y aquel loco que en medio la calle la había besado.

Cuando los parientes de la venturosa Filenia y todos en general la juzgaron estar libre y esenta de aquel pecado que Glauco su marido le había levantado, todos a una voz decían ser reo Glauco de la cruel muerte que Filenia había de padecer. Mas por ser muy aparentado³⁵¹ y de los más principales de la ciudad no consintió el juez que fuese quemado públicamente, y por no quebrantar las leyes antiguamente definidas le condenó en una perpetua prisión, donde en pocos días acabó con una muerte harto miserable por su diabólico celo, y Filenia de la deshonorada muerte se libró.

De allí a pocos días Hipólito se casó con ella, los cuales vivieron alegres y contentos muchos años.

— o O o —

Acabada la fábula de la prudentísima Vincencia, las damas y galanes rescibieron grandísimo contento con el dichoso fin de la estraña ventura de Filenia. Era tan grande el rumor que las damas e galanes hacían alabando la dichosa fábula, que mandó la señora Lucrecia poner silencio, y a la discreta Vincencia que prosiguiese con su enigma, el cual en tal manera propuso así:

VERSOS

Decid, caballeros y damas hermosas,
 quién es aquel maligno traidor
 que a todos enoja y causa dolor
 y vive entre reyes y damas graciosas.
 Está entre animales. Está en muchas cosas.
 Viste de azul (que así le conviene).
 Consume la vida de aquel que lo tiene,
 y mezcla desgusto en cosas gustosas.

351.— Con parientes influyentes.

Aquí dio fin Vincencia a su enigma, el cual ninguno de los caballeros ni damas pudo volar tanto con su buen juicio que le pudiese entender, y así, cada uno daba diferente sentencia; pero la hermosa Vincencia, viéndolos tan diferentes, riéndose dijo (aunque suspirando):

—Señoras mías: mi proposición no significa otra cosa sino el rabioso celo que a nadie perdona, pues conocemos que hasta los brutos animales son celosos. Y este maligno causa en amorosas y dulces conversaciones desgustos y otros muchos géneros de descontentos que consumen la vida. Éste ama el color azul, según los que mejor sienten de las significaciones de los colores.

Esta declaración agradó mucho a todos, especialmente a la señora Clara,³⁵² porque estaba afligida del envidioso celo de su marido. Y por evitar rumor mandó la señora Lucrecia que a la risa se pusiese silencio y que Ludovica (a quien tocaba el sucesivo fabular) diese principio. La cual así comenzó:

ARGUMENTO: Un soldado compró cierta cantidad de gallinas a un villano de Sayago,³⁵³ y en lugar de pagárselas, le engaña a él y a un fraile que estaba confeccionando a un labrador.

FÁBULA TERCERA

POR cierto, hermosas damas, ilustres y gentiles caballeros, la fábula de Vincencia ha sido tan excelente que entiendo me sería mejor callar, como a Glauco el celoso, que no decir cosa con que yo propia me dé la sentencia; mas por no interrumpir el usado orden quiero contar una fabulilla en la cual os quiero dar a entender la malicia y astucia que los soldados (con la libertad, estando fatigados de la necesidad, enemiga y compañera suya), usan.

En Córdoba, ciudad muy antigua, madre de grandes caballeros, buenos juicios y de valientes hombres, nació un hombre llamado Diego Rapiña. Éste desde su niñez fue dado al juego, aprovechándose dél cuando no se hallaba en disposición de cortar bolsas³⁵⁴ y hacer traiciones. Era tan incorregible y facineroso, que en toda la tierra no le podían sufrir. Visto su poco crédito procuró salirse de Córdoba en una compañía por soldado, y marchando muchos días sin socorro ni paga de rey hallose en Toledo sin blanca. No sabía qué hacerse para comer, porque tenía convidados una docena de amigos, los más particulares de la compañía, y no teniendo lo necesario imaginó engañar un pobre villano y a costa suya cumplir el banquete. Fue tan venturoso, que le sucedió mejor que deseaba.

Un día salió Diego Rapiña a la plaza de Zocodover a buscar lo necesario, y su ventura le encontró con un pobre labrador zafio que estaba vendiendo muchas gallinas y capones,

352.— Una de las 'damas de venerable presencia' presentadas al principio.

353.— No se precisa en la versión italiana. Se trata de una accidentada comarca de la prov. de Zamora. En los textos de la época se alude frecuentemente a la rusticidad e ingenuidad de los sayagueses.

354.— El saquillo de monedas se llevaba colgado de la cintura o de la muñeca. Los carteristas de la época lo cortaban por debajo.

los cuales fueron concertados en dos ducados. El soldado mandó a un criado que consigo traía que tomase aquella volatería y luego la hiciese aderezar para comer en su posada.

El simple Memo (que así se decía) dijo al soldado:

—Señor: dadme el dinero que me debéis. No me hagáis estar aquí tanto tiempo, que dos horas ha que me tenéis aquí.

Diego Rapiña respondió:

—Hermano: sufríos, que estoy esperando a mi criado que ha de traer dineros.

En este ínterin imaginaba su remedio para engañar al pobre gallinero, y díjole:

—And'acá, hermano, conmigo, pues aquel bellaco de mi criado no viene, que en el monesterio de la Merced³⁵⁵ tengo un tío fraile: darnos ha dineros y yo te pagaré.

De esta manera le trujo más de dos horas cruzando calles, hasta que, de cansado, le dijo:

—Señor soldado: yo ando muerto y no acabamos de llegar a la Merced.

Todo esto hacía Diego Rapiña por descabullirse del villano y dejallo (como dicen) a la luna, pero no aprovechó nada, porque Memo andaba corriendo post dél a mataballo.³⁵⁶ Cuando Diego Rapiña conosció no poder dalle cantonada llevole al monasterio, donde por ventura halló a un fraile que estaba confesando a un labrador, y el soldado dijo al Memo:

—Ves aquí, nescio, a mi tío que nos dará todo lo que fuere menester y te pagaré para que te vayas con Dios y me dejes; que por mi vida que me traes más molido que la alheña.³⁵⁷ ¿Por ventura pensabas que me tenía de ir con tus dineros? ¡Bien dicen que no hay necio sin malicia!

Diciendo estas palabras se llegó al fraile, y secretamente le dijo:

—Padre mío: este hombre es mi criado y ha más de dos años que no confiesa. Por amor de Dios que le confeséis, porque se ha de ir luego al campo y no será razón se vaya sin confesar.

El padre, movido de caridad y amor fraterno, consideraba el largo tiempo que no había confesado y en los torpes vicios que están metidos estos brutos labradores. Así, le llamó y le dijo:

—Hermano mío: esperad un rato mientras acabo aquí con este hombre, que yo cumpliré con vos.

El villano, pensando que le había de dar el dinero, respondió:

—Padre mío: yo esperaré cuanto mandare.

Luego le dijo Diego Rapiña:

—¡Estarás ya contento, que mi tío te dará todo tu dinero! —y tornándose a encargar al padre, luego se despidió de Memo su acreedor.

Ya había acabado el padre de confesar cuando llamó a Memo, y puesto ante él descaperuzado,³⁵⁸ dijo el fraile:

—Hincaos de rodillas, hermano.

—¿Para qué? —preguntó el villano.

Respondió el fraile:

355.— Saqueado e incendiado durante la invasión francesa, más tarde se remodeló para prisión. En su lugar se ubica hoy la Diputación Provincial.

356.— A toda prisa.

357.— Arbusto de cuyas hojas, molidas, se obtenía un polvo empleado como tinte.

358.— La caperuza era un gorro rematado en punta que caía hacia atrás.

—No seáis luterano,³⁵⁹ que os doy mi palabra de acusaros ante los señores del Sancto Oficio. Por eso, hincaos de rodillas.

Luego obedesció el tímido villano, y hincado de rodillas se persignó, dijo las cuatro oraciones y el padre le dijo:

—Confesá vuestros pecados todos, no tengáis vergüenza de ninguno.

Entonces respondió Memo:

—Pagame, padre, mis gallinas. Dejaos de confesarme, que ya he confesado yo.

—¿Qué gallinas? —respondió el padre—. ¿Vienes loco? Confiesa, si has de confesar, o vete con Dios.

Respondió Memo:

—Ni quiero confesar ni comulgar agora, sino³⁶⁰ págame mis gallinas, pues lo prometistes. Porque os juro de romperos la cabeza si no me pagáis; que tal debéis vos de ser como el otro bellaco, que bien me decía mi corazón a mí cuando me traía cruzando calles, entrando por una puerta de la iglesia y saliendo por otra hasta que el Diablo me encontró con vos.

El fraile, creyendo que estaba endemoniado, le dijo:

—Conjúrote de parte de Dios que me digas quién eres.

Respondió el labrador:

—Conjúrote de parte del Diablo que me des mis dineros.

Cuando ya estuvo cansado el fraile de conjurar al labrador, y el Memo de respondelle, dijo el fraile entre sí: «¿Si es engaño³⁶¹ este que me hizo aquel hombre, o es demonio que me viene a tentar de paciencia?».

Todavía daba voces el labrador por sus dineros, alzando los gritos que los metía en el cielo, de tal manera que el fraile se quitó los hábitos para echalle fuera de la iglesia. Pero mostrose tan terco el villano, que no bastó el padre para echalle fuera, de manera que el padre no sabía qué hacerse, porque estaba tan cansado y ciego de la cólera que determinó llamar a todos los frailes del convento para que le conjurasen, porque todavía creyó ser demonio en figura humana.

A este rumor salieron los frailes con lumbres encendidas y una cruz conjurando al labrador. Mientras los frailes andaban envueltos en sus exorcismos y conjuros Memo asió el hábito y la capilla que el fraile había puesto encima del confesionario para echalle fuera de la iglesia, por que no se le rompiesen mientras³⁶² andaban en la brega.

Cuando el fraile vido que Memo se cubijaba³⁶³ sus hábitos dijo:

—Conjúrote de parte de Dios que dejes esos hábitos sin hacer daño en ellos.

Respondió el villano:

—¡Ladrones! ¡Traidores! ¡Pagadme mis gallinas y no me conjuréis, que ya es noche y no he comido! —y arremetiendo al fraile solo, le asió del escapulario diciendo:

—Si no me dais mis dineros no tengo de soltaros, antes pienso llevaros asido delante el corregidor.

359.- Martín Lutero no consideraba obligatoria la confesión.

360.- Orig.: 'sí' (161r).

361.- ¿No será engaño...

362.- Orig.: 'mientras' (161v).

363.- Colocaba, vestía.

Con buenas palabras procuraba soltarse el padre, rogándole por amor de Dios le diese sus hábitos, pues él no le debía nada ni le prometió más de confesalle.

Estando en este debate se llegaron allí muchos hombres que conocían muy bien a Memo, los cuales dijeron:

—Padre: mirá qués poca consciencia ésa, porque nosotros vimos hacer el concierto de las gallinas con un soldado por dos ducados.

Respondió el padre:

—Señores míos: yo quiero deciros lo que me pasa con ese hombre que decís. Él se llegó a mí, que estaba confesando, y secretamente me dijo que por amor de Dios le confesase aquel mozo, porque estaba malo y había dos o tres años que no confesaba. Yo le prometí hacello; si él pensó que le prometí de pagar sus gallinas vive engañado. Mas por quitar tiendas deme mi hábito, que yo le quiero dar alguna cosa por que no lo pierda todo.

—A buena fe —respondió Memo— que antes que llevéis los hábitos me habéis de pagar dos ducados.

Finalmente le pagaron en el monesterio dos ducados, y así, se desnudó los hábitos Memo y se fue renegando del fraile, y el fraile del soldado, el cual hizo su rico banquete con la volatería a costa de los frailes.

— o O o —

Cuando las damas y galanes conocieron la fábula de Ludovica haber llegado a glorioso fin no pensaron acabar de reír la estraña astucia del cordobés y el cauteloso estilo que tuvo con el fraile. Todos consideraban el agonía del fraile para conjurar al villano y la codicia de Memo para cobrar sus dineros. Era tanto el bullicio que en la sala había, que mandó la señora Lucrecia a todos que callasen, y a Ludovica que con su enigma procediese. La cual dijo:

VERSOS

Un padre amoroso, querido en el mundo,
nació de su madre y un año vivió.
Después de enterrado en lo más profundo,
debajo la tierra un hijo engendró.
La madre contenta de un caso tamaño,³⁶⁴
crio juntamente otros muchos hijos.
Molidos a coces en yermos cortijos,
les hacen morir y vivir otro año.

Este enigma no fue de ninguno entendido, aunque sobre él fue hecho largo comento; y la señora Ludovica, viendo que ninguno de los caballeros ni damas daban en el blanco, dijo:

—Ilustre colegio: mi qués cosicosa no significa otra cosa sino el trigo; el cual nació de su madre, que es la tierra, y vivió un año, porque luego le siembran y le entierran. Después torna a nacer un hijo de aquel grano sembrado, y la tierra, como madre natural, estando viciosa con el buen tiempo que nuestro Criador le provee, cría muchos hijos alrededor

364.— Tan notable.

de aquél, los cuales pasan martirios acoceándolos³⁶⁵ y rompiéndolos con las fuertes herraduras en las eras y cortijos. Después, de limpio, parte dello siembran y parte guardan para pasar su año, como cierto sabemos. Y esta es la causa que en el último verso digo «les hacen morir y vivir otro año».

Fue grandemente alabada la declaración del qués cosicosa cuando Isabella dio principio a su amoroso cuento (porque la vez le tocaba). La cual con alegre semblante dijo:

ARGUMENTO: Merino,³⁶⁶ hijo del rey de Arcadia, se enamoró de Genobia, mujer de Reimundo, médico, y llevándosela Merino a su tierra, Reimundo murió de dolor.

FÁBULA CUARTA

HERMOSAS y graciosas damas: muchos hombres hay en este siglo que después de mucho tiempo haber estudiado y cursado en las virtuosas letras piensan ser infinita su ciencia, y venido a entender, no saben nada. Estos tales piensan (como dicen) santiguarse y sácense los ojos; así como sucedió a un médico, muy letrado en su arte, el cual pensando³⁶⁷ cazar a otro, fácilmente le pescaron a él, así como por la presente fábula entenderéis si atentamente escucháis.

Agamón, rey de Arcadia, tuvo un hijo llamado Merino, y fue criado en tanto extremo, que hasta que fue de diez años no le dejaron ver mujer ninguna más de su madre y al ama que le crio. Ya era Merino de perfecta edad cuando Agamón su padre mandó que le llevasen a las escuelas de París, para que no sólo fuese letrado,³⁶⁸ mas también entendiese las lenguas italiana y francesa. Así como su padre lo determinó, sin faltar punto se cumplió.

Ya estaba el infante en París, donde tomó muchas amistades de estudiantes muy particulares que siempre le paseaban y respectaban como a tal persona convenía. Entre estos amigos tenía uno muy particular que leía³⁶⁹ la cátedra de Medicina, el nombre del cual era Reimundo, y habiendo tratado entre ellos muchas y diferentes cosas, como es costumbre entre mancebos tratar de hermosura, lindo aire de damas, cuál tiene mejor presencia, quién es fea; desta manera iban discurriendo sus diversas sentencias sobre damas parisien-ses. Merino, que hasta entonces no había estado en semejantes coloquios y conversaciones, a ninguna dama daba su voto de hermosa sino a su madre y ama que le había criado, y así, animosamente decía, en viendo cualquier dama, no llegar a la hermosura de su madre.

Ya le habían³⁷⁰ conocido al infante el humor, y gustaban tanto dél, que cada día no se ocupaban sino en mostralle las más lindas y hermosas damas que en París había, pero de ninguna decía bien ni trataba de hermosa más de a su madre y ama.

365.– Orig.: ‘acoceadolos’ (163r).

366.– ‘Nerino’ en la versión italiana, que le hace infante de Portugal, no de Arcadia. Y es que los portugueses tenían fama de ridículamente enamoradizos. Por eso se lee más adelante: ‘le bastaba de su misma sombra enamorarse’.

367.– Orig.: ‘pensaua’ (163v). En la versión italiana: ‘persuadendos’.

368.– Ilustrado.

369.– Impartía.

370.– Orig.: ‘auia’ (164r).

Reimundo, que tenía por mujer la más hermosa dama que en todo París había, disimulando lo mejor que pudo, pensando hacer burla dél, dijo:

—Señor Merino: yo he visto una dama la más linda y más hermosa a gusto de todos que hasta hoy se ha visto en todo el reino de Francia ni de Italia, y cuando Vuestra Alteza la viese se desengañaría y dirá con justa razón ser más hermosa que su madre y ama.

Al cual respondió Merino que él no podía creer que fuese tanto como su madre, pero que gustara mucho verla para juzgalo. Entonces dijo Reimundo:

—Cuando Vuestra Alteza fuere contento de vella yo me obligo a ello, y entiendo que es muy poco para lo que deseo serville.

Merino agradeciéndoselo, respondió:

—Señor Reimundo: yo quedaré obligado a todo lo que os cumpliere, haciéndome vos ese placer.

—Mañana —dijo Reimundo— podrá Vuestra Alteza ir a la iglesia mayor,³⁷¹ que le prometo hacerla venir por engaños, por que a lo menos viva³⁷² desengañado y dé la ventaja a cuya es.

Así, se despidieron ambos a dos, y Reimundo dijo a su mujer:

—Mañana, señora, os levantaréis bien temprano, y aderezaos lo mejor que pudiéredes, con las más galanas ropas que tenéis, porque es mi voluntad que mañana vais a la iglesia mayor a misa, que se hace cierta fiesta en la cual quiero que os halléis.

La hermosa Genobia, que no estaba acostumbrada más de a coser y labrar en su casa, maravillose mucho desta novedad de su marido, mas por darle contento y cumplir su voluntad se puso en orden lo mejor que pudo, de tal manera que nadie la juzgara ser criatura humana, y así, se fue a buena hora al templo donde su marido le había mandado y Merino la estaba esperando.

En aquel punto que la vido entrar, entre sí mesmo la juzgó por la más hermosa que jamás había visto. Acabada la misa, Genobia se fue a su casa y Reimundo se llegó a Merino diciendo:

—¿Qué le parece a Vuestra Alteza de la dama que agora salió de la iglesia? ¿Creerá ahora haber otra más hermosa que su madre? ¿Por ventura Vuestra Alteza ha visto dama que se oponga a su hermosura o extremo que se le iguale?

—Por cierto, señor Reimundo —respondió Merino—, que me parece que Naturaleza no puede estender más su gracia ni dar mayor hermosura a mujer deste siglo. Agora conozco ser mi madre y ama no nada a respecto de esa dama, y así, me rindo a vuestro parecer. Mas decidme, por cortesía, cuya mujer sea y dónde vive.

Reimundo respondió al contrario, porque no gustaba decille ser su mujer ni ser ocasión de su mal. Al cual dijo Merino:

—Señor Reimundo: si no queréis decirme quién es ni dónde vive, a lo menos dadme un contento: que mañana la torne a ver.

—¡De muy buena gana! —respondió el médico—. Yo daré orden para que mañana la vea Vuestra Alteza en el mesmo templo donde ayer la vido.

Luego se despidieron, y el médico fue a su casa y dijo a su mujer:

371.- Catedral.

372.- Orig.: 'biuia' (164v, primera lín.). Es correcto el reclamo al pie de la plana anterior.

—Genobia: poneos mañana muy en orden, la más galana que podáis, diferentemente del otro día, porque habéis de ir a misa donde ayer estuvistes, que importa mucho a cierto negocio.

Genobia estaba maravillada y con gran congoja hasta saber las novedades de su marido, mas porque tanto se lo encargó, sin faltar punto lo mejor que pudo se aderezó y fuese a la iglesia, donde Merino vuelta de espaldas la vido, pero bien la conoció en su buen aire y gentil presencia, y mejorándose en asiento púsose tan cerca della que de veras pudo contemplar la hermosura y belleza de Genobia. De la cual quedó tan enamorado más que hombre deste siglo (aunque ser arcádico le bastaba de su misma sombra enamorarse).

En este punto llegó Reimundo, y Merino le rogó que le dijese quién era aquella dama tan hermosa, porque no sólo le daba la ventaja en hermosura, pero aun él se rendió a su valor. Reimundo se partió luego de allí fingiendo tener grandes negocios, de lo cual rescibió Merino gran desgusto, por la poca cuenta que dél hizo, y entre sí mismo dijo: «Así que no me quies decir quién sea esta dama. Yo te prometo de sabello aunque te pese por cima de los ojos».³⁷³ Y así, se salió de la iglesia, paseándose por la lonja hasta que Genobia salió, a la cual hizo una reverencia y con avisada conversación la acompañó hasta la puerta de su casa.

Luego que Merino supo la posada pocos eran los momentos que no le pasease la puerta, procurando sazón y coyuntura para darle a entender su amoroso deseo de modo que en su honra, por ser casada, no corriese peligro.

Gastó Merino muchos días en este propósito, y no hallando remedio para su dolor (porque el médico no le dio más lugar para que fuese vista ni se pasease, por el celo que del Infante tenía), visto el poco remedio, procuró Merino una nueva amistad de una vieja que tenía su casa enfrente de la de Genobia. Por respecto de ciertos presentes y dádivas cada día entraba secretamente y salía, de manera que por aquí vino a ganar la voluntad de la astuta vieja.

En esta casa había una ventanilla por donde se veía una sala en la cual Genobia estaba gran parte del día labrando, y no le quería hablar por no darle materia ni ocasión para no dejarse ver. Estando, pues, Merino muchos días en esta atalaya, no pudiendo resistir el ardiente fuego de amor que a su corazón abrasaba determinó escribille una carta y echársela a tiempo que su marido no estuviese en casa. Lo cual hizo con buena astucia muchas veces.

Genobia, que muy descuidada estaba destes amores, tomaba las cartas y sin leerlas las echaba en el fuego; pero no le sufrió el corazón hasta que, movida de su voluntad, abrió una carta y leyó lo que en ella se contenía, y entonces supo ser el autor el príncipe de Arcadia y della estar muy enamorado.

En este cuidado estuvo metida muchos días, y juntamente consideraba la mala vida que su marido le daba, lo cual fue ocasión para que con buen ánimo hiciese cara a Merino y secretamente le dio orden para metelle en su posada, y así, el enamorado Príncipe le dio a entender el grande amor que le tenía y los tormentos que su lastimado corazón pasaba. Atenta Genobia a las amorosas palabras de Merino, fácilmente fue movida de piedad, no negándole su amor.

Estando, pues, ambos juntos en amorosa conversación llamó a la puerta Reimundo, y Genobia hizo esconder al Infante detrás de las cortinas hasta que su marido saliese. El cual no hizo más de tomar ciertos papeles que en su estudio tenía, y sin hablar palabra se salió.

373.— Sumamente, a más no poder. Expresión del tipo 'endeudarse hasta los ojos'.

Venido el día siguiente, Merino se fue a la plaza paseando, donde halló a Reimundo y le dijo:

—Señor doctor: ¿queréis saber una buena nueva?

—¡De muy buena gana! —respondió Reimundo.

—¿Entendíades, señor doctor —dijo el Infante—, que yo no tenía de saber la posada de aquella dama? Ya la sé; y he estado con ella holgando hasta que vino el cornudo de su marido, y en este punto me escondí detrás de las cortinas, donde estuve hasta que el bellacón se fue.

Reimundo respondió:

—¿Es posible eso?

—Sí —respondió el Infante—; y por Dios que no he visto cosa más bella en mi vida ni mejor conversación de dama. Si acaso, señor Reimundo, fuéredes por allá, hacedme placer de encomendármela,³⁷⁴ y rogadle de mi parte que de veras me tenga por suyo hasta la muerte, como haré yo siendo dello servida.

Esto prometió Reimundo hacer, y de muy mala gana se despidió. Demandándole si el día siguiente había de volver. Merino respondió que sí.

Luego que Reimundo llegó a su casa no quiso decir nada a su mujer, antes determinó aguardar tiempo para hallarlos juntos.

Llegado el día siguiente, Merino volvió a la casa de Genobia, donde alegremente fue rescebido, y estando los dos amantes en amorosa conversación llamó a la puerta el marido, y en un momento metió Genobia a su amado Merino en una secreta caja y sobre ella puso mucha ropa. Luego que Reimundo entró en su posada, sin hablar con persona alguna fingió buscar cierta cosa y fuese derecho a la cama, buscando por detrás de las cortinas. Trabucando toda la ropa, daba los suspiros que los metía en el³⁷⁵ cielo, y no hallando nada, sin dar a su mujer parte de cosa alguna se salió de casa, y Merino ni más ni menos se salió de la posada.

Aquel mesmo día se encontraron Reimundo y Merino en la plaza, y el Infante dijo:

—Señor doctor: no me preguntáis nada de mis amores, ni hacéis caso ya de los amigos de pocos días a esta parte.

—Por cierto, señor Merino —respondió el doctor—, que está Vuestra Alteza engañado, porque dudo en todo este reino no tenga otro amigo que tan de veras le desee servir. Y así, me hará merced de avisarme de todo su buen suceso, para, si en algo soy bueno, me emplee en su servicio, y así entenderá Vuestra Alteza si mis palabras son blasones.

—Yo lo creo —respondió el Príncipe—. Y considerando vuestra amistad no puedo dejar de daros parte de mis negocios. Sabed que yo torné a la posada de mi señora, pero la envidiosa Fortuna me apartó de un contento el³⁷⁶ mayor que en mi vida he tenido, porque vino su marido entonces, el cual fue estorbo de nuestro contento.

—Pues ¿qué remedio tuvo Vuestra Alteza? —preguntó Reimundo.

Respondió Merino:

374.— Recomendarme ante ella.

375.— Orig.: 'al' (167r).

376.— Suplo 'el' (167v).

—Abrimos una arca y metime dentro. Y para mejor disimular la flor³⁷⁷ echó mucha ropa sobre la caja, de manera que aunque él se dio buena priesa a buscarme echó mal lance, pues no me halló, y así, se salió más penado que contento.

Juzgue la que en amor tiene voto lo que sentiría Reimundo con estas nuevas.

Merino había dado a Genobia un diamante muy preciado, en el cual estaba esculpida su figura y nombre.

Otro día Reimundo se fue a las escuelas y Genobia metió en su casa a Merino con mayor contento que de primero. Estaban los dos amantes en el último contento de amor cuando Reimundo llamó a la puerta, y en un punto la astuta Genobia abrió un escritorio grande que en su aposento tenía y metió dentro a su querido Infante. Reimundo, que ya estaba en casa, fingiendo buscar ciertas cosas revolvió (como dicen) toda la casa lo de abajo arriba callando como un mártir, y no hallando lo que deseaba en el arca ni en otros muchos lugares secretos, vino en tanta desesperación que puso fuego a los cuatro cantones de su casa para abrasar todo lo que dentro estaba, entendiendo quemar a su enemigo Merino.

Ya comenzaban a arder las vigas y ropa cuando Genobia, airada contra su marido, dijo:

—¿Qué nueva cosa es ésta, señor Reimundo? ¿Por ventura estáis loco? ¿Qué es la causa que os mueve para abrasarme mi casa y ropa? ¿Hacé a vuestro gusto! ¿Quemá lo que os pareciere! Y no me abraséis aquel escritorio, donde tengo todas mis preseas, galas y cartas de dote. Lo demás abrasadlo, y a vos con ello.

Luego mandó traer una acémila y hizo cargar el escritorio y que lo llevasen en casa de la buena vieja su vecina, donde sin ser de ninguno vista abrió el escritorio y salió Merino muy contento paseándose hacia su casa. En este ínterin que la casa se ardía estaba esperando el cuitado Reimundo cuándo había de salir su mortal enemigo huyendo del fuego. A este rumor acudieron muchos vecinos a socorrer el grandísimo fuego que en la casa andaba, y diéronse tan buena diligencia que en breve espacio lo apagaron.

El día siguiente, Merino salió paseándose a la plaza y encontró con su amigo el doctor. Después de largas pláticas, dijo Merino:

—Basta, señor Reimundo, que yo soy el más dichoso caballero que en este siglo se halla.

—¿Cómo? —respondió Reimundo.

Merino dijo:

—Yo me he librado del mayor peligro que en mi vida me he visto. Sabé, señor, que yo fui en casa de aquella dama, y estando en el mayor contento de amor llegó su marido el más enojado hombre que he visto en mi vida. Y después de haber desvuelto y trabucado toda la casa, no hallando nada, echó fuego a la sala y abrasó cuanto dentro había.

—Y vos —dijo Reimundo—, ¿dónde estábades?

Respondió Merino:

—Yo estaba escondido en un escritorio que mi señora por su buen juicio hizo sacar.

Oyendo estas palabras Reimundo, conoció ser verdad lo que decía (porque aún no lo había creído), de lo cual rescibió grandísima congoja. No osaba el doctor, con todo este desgusto, descubrirse, por ver si le pudiese asir con Genobia su mujer. Sacando (como dicen) esfuerzo de flaqueza, le preguntó:

—Señor Merino: ¿piensa Vuestra Alteza volver allá?

377.— Treta, artimaña.

—No pienso volver más allá —respondió el Infante—, pues me escapé del fuego.

Dando fin a sus razones, dijo Reimundo:

—Señor Merino: suplico a Vuestra Alteza no me niegue una merced.

—¿Qué es? —respondió el Príncipe.

—Que mañana se vaya a comer conmigo —dijo el doctor. Y alegremente aceptó el convite.

Luego, a la mañana, Reimundo convidó a todos sus parientes, con los de la mujer, y aderezó una sumptuosa comida en casa de un amigo suyo que secretamente había dado cuenta de su congoja, y a su mujer mandó diese orden para que los servicios viniesen concertados y que no pareciese ella en el convite, porque así convenía para que más honradamente se cumpliera.

Ya estaban juntos los parientes con el infante de Arcadia y sentáronse a la mesa, donde fueron servidos de excelentes manjares. Asimismo procuró Reimundo con sus gruesas letras³⁷⁸ emborrachar a Merino para que su efecto viniese a buen fin, y dábale solamente al Infante de cierto vino preparado para que perdiese el juicio. Merino, que bien reglado y sobrio era en su provisión, usaba tan regladamente dél que casi no hizo operación.

Cuando Reimundo entendió ser buen tiempo para que Merino dijese lo suyo y ajeno, entendiendo haber hecho efecto el mixturado licor, dijo:

—Señor Merino: suplico a Vuestra Alteza, pues me ha hecho tanta merced, que la resciba más cumplida y nos cuente el extraño suceso que le pasó con aquella dama y su marido; que verdaderamente, según salió dichoso, se puede contar con los de la fama.

Merino, que³⁷⁹ no sabía que Genobia estaba cautelosamente escondida ni ser mujer de Reimundo, contó al pie de la letra toda su historia, reservando los nombres de cada uno. Sucedió en este punto a un criado de los que servían a la mesa subir al aposento donde Genobia estaba, y dijo:

—Por cierto, señora, si oviéades estado allá bajo gustárades de una historia la mejor que ha sucedido a hombre en el mundo, la cual nos ha contado el príncipe de Arcadia. Yo creo que no ha dado fin a su cuento: suplícoos le vais a oír un rato, porque cierto os holgaréis.

Luego Genobia bajó secretamente y escuchó lo que Merino decía; entonces conoció contar las aventuras que entre ella y el Príncipe habían pasado. Genobia, que muy discreta era, conociendo el daño que de la suave historia le venía, tomó luego el diamante y lo echó en una taza o cubilete con un poco de vino, y dijo al mozo:

—Hermano: toma esta taza y dala al Príncipe cuando demande vino; y mira que no la des a otro, porque me darás mucho contento. Y verás cómo cuenta otras muchas cosas de que reirán todos esos señores.

Luego tomó el criado la taza, y dándosela a Merino, bebió hasta que vido el anillo, y al punto conoció ser su diamante que había presentado a Genobia; el cual discretamente le dejó caer en la boca, y fingiendo limpiarse la barba se le metió en el dedo. Y así entendió Merino aquella mujer ser cosa que tocaba a Reimundo su amigo, y no quiso pasar adelante con su historia; pero los parientes de Reimundo rogaron a Merino que procediese, porque no era razón dejar de saber el fin de tan dichoso suceso.

378.— Burdas artes. En la versión italiana: 'con la sua maccheronesca scienza'

379.— Suplo 'que' (169r).

El Infante respondió, como hombre que en la malicia sospechaba:

—Señores: cantó el gallo, y en este punto recordé y no vi más.

Oyendo esto los parientes de Reimundo, que primero creían ser verdad, dijeron:

—Señor: ¿soñaba Vuestra Alteza?

Respondió Merino:

—Pues si fuera verdad os diera la mitad de mi reino.

De lo cual quedaron muy espantados, y Reimundo contento, porque conoció ser sueño lo que el Príncipe decía.

Otro día Merino se encontró con Reimundo, y fingiendo no saber que Genobia era su mujer dijo:

—Señor doctor: mi padre me ha escrito que vista la presente me parta. Por tanto, si en alguna cosa os puedo dar contento avisame, porque lo haré según lo debo a tan buena amistad y porque vuestra persona lo merece.

Reimundo le respondió que Dios le diese buen viaje. Merino concertó secretamente su partida con Genobia, a la cual llevó a Arcadia, donde en gran contento vivieron, y Reimundo desesperadamente murió con el descontento que la ausencia de su mujer le causó.

— o O o —

Este cuento fue muy gustoso a las damas y galanes porque Reimundo llevó el pago que merecía, pues con su propia mano se dio la muerte.

Luego que la señora Lucrecia conoció Isabela haber dado fin a su gustosa fábula mandó que con su avisado enigma prosiguiese; y obediente al mandato de su señora propuso lo siguiente:

VERSOS

No se sufre³⁸⁰ ni es razón
que entre dos buenos casados
tenga menos el varón
que la hembra cuatro estados.³⁸¹
Ella lleva los arados
porque labra sabiamente,
y él le lleva la simiente
en unos trapos mojados.

Era ya llegado a su término el docto y delicado enigma de Isabela cuando todos quedaron admirados, y ninguno hubo que supiese determinar la verdadera significación. Por no gastar tiempo, dijo Isabela:

—Ilustres caballeros y damas hermosas: no conviene vacilar con vuestros delicados juicios, porque mi qués cosicosa no significa sino la escribanía³⁸² y el tintero, los cuales como buenos casados andan juntos; y el varón, que es el tintero, tiene cuatro estados de

380.— Orig.: 'çufre' (170v), por única vez en el texto.

381.— Cuerpos, alturas.

382.— La cajita en que los escolares llevaban las plumas y el tintero.

los suyos menos que la hembra, que es la escribanía en la cual se encierran las plumas cortadas para escribir. Llámole «arados» porque están cortadas a semejanza de un arado y labra por el papel en la misma forma. Y el varón «lleva la simiente en unos trapos mojados», que es la tinta empapada en los algodones.³⁸³

Grandísimo fue el contento que las damas y galanes rescibieron con la facilísima exposición del obscuro³⁸⁴ enigma de la sabia Isabela, a la cual dieron muchas gracias, y la señora Lucrecia le mandó que diese el lugar a Leonora (a quien la última fábula de la presente noche tocaba). La cual con generoso ánimo, en tal modo, sonriéndose, dijo:

ARGUMENTO: Flaminio³⁸⁵ se partió de Ostia buscando la muerte y encontró con la vida, la cual le hizo ver el miedo y probar la muerte.

FÁBULA QUINTA

HONESTAS y virtuosas damas: muchos hombres hay en esta vida que con las fuerzas posibles buscan algunas cosas que después de halladas les pesa y huyen dellas como el Demonio del agua bendita. Así sucedió a Flaminio, que buscando la muerte halló la vida y le hizo ver el miedo y probar la muerte, como sabréis prestándome la atención que sois obligados.

En Ostia, antigua ciudad no muy lejos de Roma, vivía un mancebo bien avisado llamado Flaminio, el cual había muchas veces entendido no haber cosa más abominable y temerosa que la muerte, porque igualmente trata al pobre como al rico, al siervo como al señor, y finalmente a nadie perdona. Desto estaba maravillado Flaminio, y con todo el deseo del mundo determinó buscar y saber quién fuese esta muerte tan cruel, pues a nadie perdonaba. Luego se vistió unos hábitos de peregrino y de Ostia se salió.

Había ya Flaminio caminado muchas jornadas cuando por su ventura encontró en el camino con un zapatero que zapatos y bolsas hacía, al cual dijo Flaminio:

—Dios os salve, maestro. ¿Qué hacéis?

Respondió el zapatero:

—Aquí estoy, cosiendo bolsas y zapatos. ¿No lo veis?

—Y después ¿qué hacéis de ellos? —preguntó Flaminio.

—Véndolos para sustentar mi familia —respondió el zapatero—, y guardo cuatro reales para la vejez.

—Y después ¿qué haréis? —preguntó Flaminio.

Respondió el zapatero:

—Tender la pierna y morir.

—¿Morir? —dijo Flaminio.

—Morir, aunque no queramos —respondió el zapatero.

383.— Para evitar el goteo sobre el papel, la pluma no se sumergía en el tintero, sino que absorbía la tinta del algodón por capilaridad. Otro elemento de la escribanía era la salvadera: un frasco (del estilo de un salero) con polvos secantes que se echaban sobre lo recién escrito y luego se retiraban soplando.

384.— Orig.: 'obscura' (171r).

385.— 'Flaminio Veraldo' en la versión italiana.

—Hacedme un placer, padre mío —dijo Flaminio—: que me digáis si sabéis quién es esa muerte que tan nombrada es. ¿Habeisla visto alguna vez?

Respondió el zapatero:

—Ni la he visto ni la quiero ver, que es una bestia la más fiera y espantable del mundo.

—¿Sabreisme decir dónde la hallare? —preguntó Flaminio—. Que en verdad ha más de veinte días que la ando a buscar por montes, bosques, valles y ciudades, villas y lugares, y no la he podido hallar, ni nueva della.

El zapatero respondió:

—Hermano: yo no la he visto ni sé dónde la podáis hallar. Pero andá más adelante, que por ventura encontraréis con ella.

Luego se despidió Flaminio, y en poco espacio de camino entró por un negro y áspero bosque donde halló un leñador que cortaba mucha leña a gran prisa para quemar, y saludándose el uno al otro, dijo Flaminio:

—Hermano: ¿qué piensas hacer de tanta leña?

El leñador respondió:

—Corto esta leña para pasar los fríos y yelos del invierno, y esotra que sobrare vendella para sustentar mis hijos y pasar esta triste vida hasta la muerte.

—¡Válame Dios! —dijo Flaminio—. ¿Sabreisme decir³⁸⁶ dónde hallaré esa muerte que tan grande nombre alcanza?

Respondió el leñador:

—No sé, hermano; ni conozco tal ni en mi vida la vi, ni la quiero ver ni sé de qué modo es, porque yo gasto mi tiempo en este bosque cortando leña, y no pasa por aquí hombre sino por gran ventura.

—¿Qué orden tendría yo, o dónde iré que me sepan decir della?

—Caminá más adelante —respondió el leñador—, que por ventura encontraréis con alguna persona que os informe —y así, se despidieron.

Ya había caminado gran rato Flaminio cuando encontró con un sastre el cual tenía mucha ropa sobre la percha y un grande cajón lleno de capas y sayos. Al cual dijo Flaminio:

—Dios sea con vos, maestro mío.

—En hora buena vengáis, hijo mío —respondió el sastre.

Flaminio preguntó:

—¿Qué hacéis de tantos vestidos? ¿Son todos vuestros?

—Dellos³⁸⁷ son míos —respondió el maestro—, dellos ajenos.

—¿Qué hacéis dellos? —preguntó el mancebo.

—Dellos se visten en verano, dellos en invierno, y así van discurriendo hasta la muerte. Cuando Flaminio oyó mentar la muerte dijo:

—¿Por ventura, señor maestro, sabreisme decir dónde hallaré esa muerte que ahora dijistes?

El sastre, muy enojado, respondió:

386.— Orig.: 'de dezir' (172r).

387.— Parte de ellos, una parte.

—¡Qué preguntas me hacéis tan necias! Dejadme, por vuestra vida, que ni yo sé dónde está la muerte ni quiero saber de tal enemigo mío. Por vuestra vida que os vais de aquí, que en sólo oílla nombrar parece que la tengo delante, porque no hay cosa que tanto tema.

Luego se despidió Flaminio, con más miedo que vergüenza por las airadas palabras del sastre. Y caminando por estraños y ásperos caminos llegó a una breña³⁸⁸ muy antigua, solitaria, donde estaba un viejo ermitaño la barba larga, blanca y muy marañada, que de la áspera penitencia y continua mortificación estaba macilento y flaco, los ojos hechos carne³⁸⁹ de llorar. De lo cual Flaminio quedó muy espantado, porque cierto creyó ser la muerte, y con medrosas palabras le dijo:

—Padre mío: Dios os salve.

—Él propio os dé la vida eterna, hijo mío —respondió el ermitaño.

—¿Qué hacéis —dijo el peregrino— solo en estas silvestres, oscuras y tenebrosas breñas, apartado de la conversación humana?

Respondió el ermitaño:

—Hijo mío: yo gasto mi tiempo y vida en este solitario bosque en continua oración, mortificando la enemiga carne con ayunos y disciplinas para servir al omnipotente Dios Criador nuestro y a Jesús, hijo de María Virgen, al cual tengo tan ofendido, que entiendo cierto lo que hago ser muy poco para cuando mi ánima salga deste malvado cuerpo y venga en aquel terrible y tan temeroso día del Juicio a dar la obligada cuenta para no ser condenada al fuego eterno y miserable muerte.

—¡Oh venerable padre mío! —dijo Flaminio—. Por vuestra vida, si sois servido, me digáis quién sea, o de qué es hecha y criada la muerte.

Respondió el ermitaño:

—Hijo mío: por vida tuya no me preguntes eso. Ni quieras saber de una cosa tan espantable y temerosa, llamada de los sabios varones último término de dolores, tristeza de bienaventurados, deseo de miserables y desdichados, fin de las cosas deste mundo. Ésta divide al amigo del amigo, aparta el padre del hijo, y a lo último aparta el ánima del cuerpo y nos deja a todos convertidos en hedionda basura.

—¿Habeisla vos visto, padre mío? —preguntó Flaminio.

—No la he visto —respondió el ermitaño.

—¿Cómo tendría yo manera —dijo el peregrino— para podella ver?

—Si vos, hijo mío, deseáis tanto verla —respondió el ermitaño—, caminad más adelante, que vos la hallaréis; porque mientras más el hombre camina en este mundo, más presto se acerca a la muerte.

El mancebo lo agradeció mucho al sancto ermitaño, y tomando licencia se despidió.

Continuando, pues, Flaminio su deseado camino pasó muchos y profundos valles donde vido muchos y diferentes animales muy temerosos y espantables, y a cada uno le decía: «¿Eres tú por ventura la muerte?».

Todavía el deseoso mancebo proseguía su camino por diversas tierras y lugares temerosos, por altos y espesos bosques. Finalmente llegó a una montaña de no pequeña altura, y bajando a un hondo y obscuro valle cubierto de altos y ásperos riscos vido un estraño y

388.- Terreno accidentado y yermo. En el texto se añade 'muy antigua', quizá por completar la plana 173r.

389.- Enrojados.

monstruoso salvaje que con sus grandes y desentonados gritos atormentaba toda la sierra y en el cavernoso y profundo valle pronunciaba el resonante eco, al cual dijo Flaminio:

—Dime: ¿quién eres tú? ¿Por ventura eres la muerte?

Respondió el salvaje:

—Yo no soy la muerte. Sigue tu camino, que presto la hallarás.

Oída por Flaminio la deseada respuesta se alegró mucho. Aunque el desdichado iba cansado y medio muerto, lo mejor que pudo salió del temeroso valle, y a la vista de un puerto descubrió una ancha y espaciosa vega en la cual vido una ciudad grandísima, fortalecida de cavas hondas y altísimas murallas; la puerta, fundada sobre riquísimos y altos mármoles, por donde, con licencia de los alcaldes o castellanos, entró.

Apenas había caminado un tiro de piedra cuando encontró con una vieja muy antigua cargada de años; su cara, muy rugosa; los ojos, sumidos y encarnizados, que verdaderamente parecían pedazos de cruda carne; las mejillas,³⁹⁰ sumidas; los labios, revueltos; las manos, ásperas, desacompañadas de carne y acompañadas de duros y antiguos callos; la cabeza, inclinada, y el débil cuerpo encorvado, temblando como la verde hoja combatida del viento. Su caminar era tan cansado y con tanta fatiga, que daba con los ojos donde ponía los pies. Vestida de paños muy groseros y viejos. Ultra desto, tenía en la mano izquierda una aguda y tajante espada, y en la derecha un ñudoso y grueso bastón con una punta hecha de un triángulo de hierro sobre el cual muchas veces y a menudo se recostaba. Demás desto, traía pendiente una gran bolsa al lado llena de diversos botes con estraños y odoríferos ungüentos, aromates³⁹¹ y pastillas de cierta mixtura para diversos accidentes acomodadas.

Luego que Flaminio vido esta desdentada vieja imaginó ciertamente ser la cruel muerte que él con tanto deseo buscaba, y llegándose a ella, dijo:

—Madre mía: Dios os guarde.

La desabrida vieja, sin responder ninguna cosa, con la aguda espada le dio un fiero golpe que le quitó la cabeza. Luego la encantadora vieja tomó la cabeza y la tornó a poner sobre el cuerpo en el mismo lugar, aunque diferente, porque se la puso lo de trás adelante, y con los admirables ungüentos la ungió y³⁹² en un momento fue sana. En qué modo no lo sabré decir, porque la cara le puso donde tenía el colodrillo.³⁹³

Cuando Flaminio se vido lo que jamás se había visto, conviene saber, las partes traseras adelante, tomó tanto miedo que no hallaba lugar donde ascondarse. Lo mejor que pudo, con dolorosa y baja voz dijo:

—¡Ay de mí! Madre mía: por amor de Dios que me tornéis en mi natural forma, porque yo no he visto cosa más abominable que yo me veo. Sacame, por amor del Criador eterno, desta fatiga; no probéis vuestro furor en un rendido. No os tardéis os ruego, piadosa madre: socorreme, pues tan fácilmente podéis ayudarme.

La astuta vieja callando mostraba no ser parte de su remedio ni causa de su mal, esperando que en los admirables ungüentos se cociese. Finalmente, habiéndole hecho sufrir la pena por espacio de dos horas, para remedialle le hizo bajar la cabeza, y poniendo mano a

390.— Orig.: 'maxillas' (174r).

391.— Sustancias aromáticas, perfumes.

392.— Suplo 'y' (174v).

393.— Cogote.

la afilada espada le cortó otra vez la cabeza y con gran facilidad y virtud de los ungüentos le volvió en su natural ser.

Luego que Flaminio se vido reducido en la deseada forma cobró un nuevo ánimo, y habiendo visto el miedo hizo experiencia en la deseada y temerosa muerte. Sin despedirse de la encantadora vieja³⁹⁴ tomó el camino en las manos.³⁹⁵ Cruzando montes y ásperos bosques llegó en breve tiempo a su deseada y natural tierra y patria, donde con todas las fuerzas y modos posibles procuró la deseada vida aborresciendo la temerosa muerte. Determinó tomar ejemplo en la áspera vida del ermitaño, y en un áspero y tenebroso monte se metió, donde con una continua disciplina y mortificación del miserable cuerpo dio fin a sus días.

— o O o —

Sólo restaba a la hermosa Leonor concluir con su ambiguo enigma. La cual suplicando el perdón por su molestosa fábula, dijo:

VERSOS

Por un anchuroso y soberbio prado
sembrado de flores y yerbas estrañas
vi caminar tres ninfas hermanas
que nunca paraban. A paso tirado,
la una hilaba de un lino preciado,
la otra lo aspaba, que así convenía,
la otra cortaba por donde quería
de aquello que estaba torcido³⁹⁶ y aspado.

El delicado enigma con no menor atención que afecto fue de todos oído, pero ninguno hubo en el sabio coliseo que el natural sentido le diese. Y por no gastar tiempo, dijo la sabia doncella:

—Damas hermosas, de virtudes adornadas: mi qués cosicosa no significa otra cosa sino las tres Parcas que los antiguos nos daban a entender ser tres hermanas: Cloto, Láquesis y Átropos, las³⁹⁷ cuales Parcas (según la poética ficción) significan el³⁹⁸ principio, el medio y el fin de nuestra vida. Cloto, que le pintan con una rueca, significa el principio de la vida; Láquesis, que coge o aspa lo hilado, significa el tiempo que vivimos; Átropos, que corta lo que está hilado de su hermana Láquesis, significa la atrevida muerte, que en cualquier tiempo de nuestra vida nos corta el hilo cuando el omnipotente Dios le da licencia, y el florido prado significa el soberbio mundo.

394.— Mejor en la versión italiana: ‘& havendo veduta la paura, & per isperienza provato quanto brutta, & paventosa era la morte, senza altro commiato prendere dalla vecchiarella...’

395.— Se puso en marcha.

396.— Trenzado.

397.— Orig.: ‘los’ (175v).

398.— Suplo ‘el’ (175v).

Ya el vigilante gallo al dios Mercurio dedicado³⁹⁹ había dado señal de la hermosa aurora cuando la señora Lucrecia mandó que al dulce fabular se diese fin y cada uno de los caballeros se fuese a su posada con la designada condición. Y porque aún de la noche quedaba un rato para entretenerse, mandó la señora Lucrecia a las damas y galanes que concertadamente cantasen una amorosa canción a son de sus acordes y templados instrumentos. Todos fueron muy contentos del edicto de la hermosa señora, y con suaves y concertadas voces cantaron estos amorosos versos que Trivigiano compuso (porque estaba enamorado de la dama que arriba declaramos) a respecto de los nuevos desfavores que le daba:

VERSOS

¿Qué te ha causado, dulce ánima mía,
bajar los ojos? ¿No quieres ya verme?
*No nada, Trivigiano, que esconderme
es causa contemplar⁴⁰⁰ en mi alegría.*
¿Qué es tu contento? Di, esmeralda mía.
*El sólo imaginar de no poderme
rendir el dios de amor, que ya querría
a sólo su dominio someterme.*

Luego que las hermosas damas y bizarros caballeros dieron fin a la suave canción la señora Lucrecia tomó una hacha, con la cual hizo ciertas mudanzas muy galanas. Y cada uno de los caballeros, con licencia de la suprema señora y de las damas, se despidieron.

399.- A menudo se representaba a Mercurio, heraldo de los dioses, acompañado de un gallo (heraldo del nuevo día).

400.- Que al esconderme puedo recrearme.

QUINTA NOCHE

EL Sol, belleza del hermoso y claro cielo, medida⁴⁰¹ y diámetro⁴⁰² del mudable tiempo y verdadero ojo⁴⁰³ del mundo, de quien la cornuda Luna y coruscas⁴⁰⁴ estrellas reciben su resplandor, había ya escondido en las cristalinas y saladas aguas del Océano Mar sus dorados cabellos, y la fría hija de Latona⁴⁰⁵ de rutilantes y turquesadas estrellas estaba rodeada dando luz a las oscuras y tenebrosas cavernas del hemisférico centro,⁴⁰⁶ cuando la ilustre compañía con apresurado paso al discreto sarao se juntaron y la señora Lucrecia con alegre rostro los rescibió. Y juntos en el lugar señalado, se sentaron en el lugar que a cada uno por orden le tocaba y la señora Lucrecia mandó traer el dorado vaso, incluso dentro los cinco boletines, en cada uno escritos los nombres de las cinco damas que en aquella noche tocaba el fabular. De los cuales, por su dichosa Suerte, salió la primera Eritrea; segunda tocó a Alteria;⁴⁰⁷ tercia a Laura señaló la Fortuna, la cuarta a Ariana⁴⁰⁸ concedió su Hado; el último lugar señaló el Cielo por elección a Cateruza, y al son de unas muy suaves cornamusas⁴⁰⁹ comenzaron su grave paseo y concertada danza. Después de haber un rato platicado, tres damas, de las más hermosas, al son de las cornamusas suave y dulcemente cantaron:

VERSOS

Contenta estaba ya Naturaleza
de ver en perfección lo que criado
había, y un dechado
labró de su belleza
y acá nos le envió por gran grandeza.
¡Oh gran grandeza!
En medio y lo mejor del Paraíso
crio y formó Natura este dechado;
y lo mejor que quiso,

401.- Orig.: 'medido' (176v).

402.- Pese a las recientes proposiciones (1543) de Copérnico, seguía creyéndose que el Sol describía una circunferencia alrededor de la Tierra (sistema Geocéntrico).

403.- Orig.: 'espejo', pero en la versión italiana: 'occhio'.

404.- Resplandecientes.

405.- Diana, la Luna.

406.- En la versión italiana: 'le folte tenebre della buia notte' [las densas tinieblas de la oscura noche]. Entiendo que el Traductor no habla aquí de los hemisferios boreal y austral del globo terrestre, sino de las porciones que en cada momento reciben o no la luz solar.

407.- Orig.: 'toca Alteria' (177r).

408.- Orig.: 'cuarta Arianna' (177r).

409.- Gaitas.

más lindo y más cendrado,⁴¹⁰
 lo puso en vos, Lucrecia.
 ¡Oh alma pura!
 ¡Oh alma pura,
 cual nunca se verá en criatura!

Después que las tres doncellas dieron fin a la amorosa canción mandó la hermosa Lucrecia a Eritrea (a quien por suerte había tocado el primer lugar de la presente noche) que a su dulce fabular diese principio. Y considerando no poderse escusar de la obligación hizo su acatamiento y en el supremo lugar se sentó, donde con elegante estilo la presente fábula propuso:

ARGUMENTO: Sireno,⁴¹¹ hijo de Filipo, rey de Sicilia, libró a un salvaje de la prisión en que su padre le tenía; y la madre, por miedo del Rey, envía su hijo por el mundo y el salvaje le libra de muchos peligros.

FÁBULA PRIMERA

DAMAS ilustres y gentiles caballeros: oído he decir, y probado por experiencia, que un buen servicio con un buen galardón se paga, y un refrán muy antiguo que dice: «haz bien, no mires a quién». A este propósito se me ha ofrecido una fábula de la cual, hermosas doncellas, conoceréis no ser perezosas en servir al alto Dios Criador nuestro, porque cierto nos galardonará y pagará con su divina gracia.

Sicilia, isla muy nombrada, como cierto sabéis, es la más fértil y abundante de nuestro hemisferio. A ésta la ennoblece su antigüedad, ricas ciudades, fuertes castillos y abrigados puertos. Desta isla en los tiempos pasados fue rey Filipo María: hombre sabio, sagaz y amoroso. Éste fue casado con una dama la más graciosa y gentil que en los dos reinos⁴¹² se hallaba, en la cual hubo un hijo llamado Sireno. El Rey su padre en extremo se deleitaba con la caza, que por ser hombre grueso y robusto el tal ejercicio le convenía.

Sucedió un día, andando en la caza con muchos caballeros, vido salir del áspero y espeso bosque un salvaje de estraña figura, disforme y feo, que no pequeña admiración causaba a quien le veía, y de corporales fuerzas a ninguno era inferior. Luego que el Rey le vido se puso en orden con otros dos caballeros y animosamente arremetió. Después de gran rato de la batalla valerosamente le venció y preso le envió a su casa, donde fue metido en una oscura y tenebrosa prisión. También mandó que de noche y de día le hiciesen guardia. Queríale tanto el Rey, que de nadie fiaba las llaves sino de la Reina su mujer, y no dejaba día ninguno de visitalle dos o tres veces.

410.- Acendrado, puro.

411.- 'Guerrino' en la versión italiana.

412.- Sicilia y Nápoles. El nombre 'las dos Sicilias' tiene su origen en la revuelta insular contra Carlos de Anjou (quien siguió conservando el territorio continental), pasando la isla a depender de Pedro III de Aragón. Ambos reyes se presentaban como 'rey de Sicilia'

No pasaron muchos días que el Rey se puso en orden para su aficionado ejercicio con otros muchos caballeros, y a la Reina su mujer le encomendó que tuviese gran cuenta con él y guardase con mucho cuidado las llaves de la prisión mientras él viniese. Ya andaba el Rey dos días había en la caza cuando a Sireno su hijo le dio gran deseo de ver al salvaje, y así, se fue solo, con un arco y una flecha en la mano, a la tenebrosa prisión donde el salvaje estaba, con el cual comenzó amorosamente a hablar; mas el salvaje, astuto, prestamente le tomó la dorada saeta de la mano. El Infante cobró gran miedo y comenzó fuertemente a llorar rogándole que le diese la saeta. Al cual respondió el salvaje:

—Si tú me abres y libras desta prisión yo te prometo de dar tu saeta. De otra manera, descuidate, que no la llevarás.

Entonces respondió el Infante:

—¡Válame Dios! ¿Cómo quieres que yo te abra y libre de esa prisión, pues no tengo las llaves ni modo para ello?

Luego dijo el salvaje:

—Si tú fueses contento dello, yo te mostraría cómo me sacases desta fatigada prisión.

—¿De qué manera? — preguntó Sireno—. Avísame, que yo haré todo lo de potencia.

El salvaje dijo:

—Si tú tienes tanta voluntad de hacerme merced y de darme libertad, anda; ve donde tu madre duerme, y debajo de las almohadas de la cama hallarás las llaves. Procura secretamente hurtarlas y abrimme, que yo te daré tu saeta, y desta merced, por ventura, andando el tiempo te podrás pagar en otra buena obra.

Sireno, que gran voluntad tenía de cobrar su dorada flecha, hizo lo que el salvaje le había rogado; y hallando las llaves, el Infante se fue al salvaje, al cual dijo:

—Ves aquí las llaves. Pero mira que si tu fortuna es buena y sales de aquí, que te vayas tan lejos que de ti no se sepa nueva alguna, porque si mi padre andando en la caza te tornase a prender, ten por cierto que has de morir.

—No dubdes, hijo mío —respondió el salvaje—, que tan presto como abras la prisión y yo me vea en mi libertad yo te daré tu saeta y me iré tan lejos que ni tu padre ni otro alguno pueda triunfar de mí.

Sireno, que muy animoso era, fácilmente abrió la cárcel, y el salvaje le rindió la saeta y agradeciéndoselo se partió.

Este salvaje era un hermoso y gentil mancebo enamorado, que por desesperación de los pocos favores que su dama le daba dejó los amorosos pensamientos tomando por habitación las oscuras y tenebrosas montañas, umbrosas selvas y espesos bosques, comiendo las amargas yerbas, bebiendo las turbias aguas, como bestia, donde el desdichado amante cobró un vello muy largo; la barba, marañada y sucia; los largos cabellos tenía verdes, del húmido moho de las duras piedras donde retribaba⁴¹³ la cabeza, que era monstruosa cosa velle.

Luego que la Reina alzó las almohadas de la cama para sacar las llaves que siempre traía consigo, y no hallándolas quedó muy espantada. Sin un punto detenerse fue corriendo a la prisión como una loca, y hallándola abierta y que el salvaje también faltaba, rescibió tanta congoja que de dolor pensó morir. Corriendo por el palacio aquí y allí, a todos preguntaba si habían visto salir el salvaje o quién fue el temerario traidor que tuvo

413.- Apoyaba, reposaba.

corazón para dar libertad a aquel captivo. Todos respondieron no haberle visto ni saber quién lo hubiese hecho.

En esta coyuntura llegó Sireno, y a su madre, que muy enojada estaba, le dijo:

—Madre mía: no deis culpa ni sospechéis sobre nadie. Tened por cierto que si alguno merece castigo por haber dado libertad al aprisionado salvaje soy yo, que con mi misma mano le abrí.

De lo cual la Reina rescibió grandísimo dolor, temiendo que el Rey, en viniendo de la caza, con el enojo le mandaría matar, porque a él le había encomendado la puerta.

A este mal procuró la Reina dar remedio, y cayó en otro mayor peligro. Y así, mandó llamar dos caballeros de quien ella mucho se fiaba, a los cuales dio juntamente con su hijo muchas joyas, dineros y caballos muy hermosos, para que en compañía se fuesen a buscar su ventura, encargándoles el regalo de su hijo.

Apenas se había el Príncipe despedido de su madre cuando el Rey llegó de la caza cansado, y apeándose del caballo fue derecho a la prisión donde el salvaje solía estar, porque gran deseo tenía de velle. Cuando el Rey halló la puerta abierta y el salvaje ausente rescibió tan grande enojo que juró de matar al que había sido causa de su descontento. Luego que entró en el aposento donde su mujer estaba preguntó cuál había sido el traidor que con poco temor había sacado de la prisión el salvaje.

La Reina, que muy triste estaba, temblando respondió con humilde y baja voz:

—Sacra Majestad: no toméis enojo, puesto que tenéis razón, porque nuestro hijo Sireno, según me ha confesado él propio, le dio libertad —finalmente le contó toda la historia como Sireno le había confesado, de lo cual rescibió el Rey grandísimo disgusto.

Considerando la Reina estar su marido muy enojado y que mucho deseaba hallar a Sireno, para quebrar su enojo dijo:

—Señor: no os fatiguéis, que entendiendo la ira que habíades de rescebir, con temor no le matásedes le envié a él y a otros dos caballeros para que le regalasen; con gran cantidad de dineros y caballos se fueron a probar su ventura.

Entendiendo esta nueva el Rey, rescibió dolor sobre dolor de veras, tanto, que casi vino en término de perder el juicio. Y vuelto en sí determinó dar la muerte a la Reina, si no fuera por los príncipes y cortesanos que fueron gran parte para templar su desatinada ira con un poco de paciencia que las dulces y retóricas palabras de los grandes le causaron, y así, dijo a la Reina:

—Dime, traidora desconocida⁴¹⁴ ¿qué pensamiento fue el tuyo tan endiablado cuando tan sin piedad echabas a mi hijo de mi casa y le enviabas a reinos estraños? ¿Tan poco juicio tienes que creías haber yo de tener más cuenta con un salvaje que no con mi propia carne?

Sin esperar más respuesta mandó a muchos caballeros que se dividiesen en cuatro cuadrillas y fuesen a buscar al Príncipe con toda la diligencia posible y no viniesen sin él. Pero ellos pretendían lo imposible, porque el Infante caminaba tan escondido que ninguno pudo dar nueva dél ni de los caballeros.

Ya había llegado Sireno a unas ásperas y duras montañas, cruzando valles y ríos y diversos lugares, descansando aquí y allí. Mas, con todos sus trabajos, rescibía otro mayor cuando se acordaba de los regalos y contentos de sus padres.

414.- Desagradecida.

No pasaron muchos días que a los malintencionados caballeros cegó un diabólico y malvado pensamiento de matar al hermoso infante y quitalle todas las joyas y preseas que llevaba, para entrellos repartillas. Pero su pensamiento no salió verdadero como ellos deseaban, porque el divino Juicio no permitió que en las voluntades fuesen conformes.

Sucedió, pues, en el instante, por su buena fortuna, pasar por allí un hermoso y bien aderezado caballero sobre un soberbio caballo ricamente enjaezado, y bajando la cabeza saludó a Sireno diciendo:

—Gentil caballero: si vos fuédeses contento, querría que ambos a dos en compañía caminásemos.

Sireno respondió:

—Por cierto, caballero, vuestra gentileza no consiente que yo deje vuestra compañía, antes me huelgo por no caminar solo por estos solitarios yermos y bosques. Antes, si vos sois contento, quiero que hagamos las jornadas iguales y que mi despensa y la vuestra sea toda una, por que alegremente caminemos sin pensar en congojas, aunque hartas me fatigan.

Este mancebo que con Sireno se juntó era el salvaje que él mismo había dado libertad y sacado de la prisión del Rey su padre. Este salvaje, habiendo por muchos y varios caminos discurrido, acaso le llevó su fortuna a un yermo donde se encontró con una hermosísima ninfa que muy enferma estaba de una apostema⁴¹⁵ que della pensó morir, y cuando el salvaje la vido llegose a ella preguntándole su dolencia o cuál fuese la causa de su mal (que tan flaca, aunque hermosa, estaba). La ninfa respondió ser grande la dolencia; que por amor de Dios le diese remedio. Luego el dichoso y bien afortunado mancebo buscó ciertas yerbas que él conocía para la tal enfermedad saludables, y aplicándolas a la dolencia fácilmente fue sana. Cuando la ninfa se conoció estar remediada de su fatiga determinó pagalle la buena obra y no ser desagradecida. Al cual dijo: «Hombre, aunque monstruoso y espantable, de mi deseada salud ocasión: anda, ve donde la voluntad de Dios te guiare y la tuya fuere contenta, que por mi destino y virtud quiero que seas el más lindo, gentil y sabio que en el mundo se halle, con toda aquella autoridad y poder que a mí la Naturaleza me concedió. Y asimesmo te doy poder que puedas hacer y deshacer cualquier cosa que a tu contento diere gusto». Luego le presentó un hermoso y soberbio caballo bien enjaezado y le dio licencia que caminase donde su voluntad fuese.

Caminando, pues, Sireno en compañía deste felice mancebo (que aún no le conocía) llegaron a una fortísima y hermosa ciudad llamada Irlanda, que en aquel tiempo el rey Zifroy la señoreaba. El cual tenía dos hijas hermosísimas y de virtuosas costumbres esmaltadas: la una se llamaba Potencia, la otra Elvira. Eran tan amadas de su padre, que no sentía otra gloria en este suelo sino cuando tenía delante estas dos hermosísimas hijas.

Luego que llegó Sireno a la ciudad de Irlanda, juntamente con el mancebo no conocido y los dos caballeros que le acompañaban se alojaron de camarada en una posada de un hombre muy amoroso llamado Bastón, el más donoso que en Irlanda se hallaba, el cual los hospedó y regaló lo mejor que pudo.

Venido el día siguiente, el mancebo no conocido fingió querer partirse y caminar más adelante, y así, pidió licencia agradeciéndole su buena compañía. Mas Sireno, que grandísimo amor le había cobrado, no consintió en la partida, antes le rogó tanto que le hizo quedar en su compañía.

415.— Absceso de pus.

En este ínterin sucedió hallarse en el territorio de Irlanda dos feroces y espantables animales. Estos eran dos caballos selváticos, que no sólo de campestres yerbas se sustentaban, mas de carnes humanas y silvestres se proveían. Esta era la causa que en aquella ciudad no quería venir a habitar ningún vecino, antes huían della desamparando sus amadas y antiguas moradas por no haber entre ellos un hombre de tan buen ánimo que osase salir con alguna astucia a matar aquellos crueles animales. Viendo el Rey que su tierra se despoblaba y que dejaban muchos sus haciendas rescebía gran desgusto, y affligíase tanto que no sabía qué remedio se tuviese para matar aquellas inhumanas fieras.

Los dos caballeros que acompañaban a Sireno, considerando todo aquel camino no haberse podido cumplir lo que entrellos estaba concertado por estar tan discordes en las voluntades, todavía se determinaron con la venida del caballero a su diabólica traición, considerando ser señores de tantas joyas y dineros como Sireno llevaba. Entre los cuales trataron, y de conformidad dijeron:

—Veamos agora si ternemos orden alguna para matar al Príncipe.

Y no hallándole, por no incurrir en otro mayor peligro determinaron ser mejor hablar con Bastón el huésped y decille como su amo era un caballero muy principal y el más valiente que en el mundo se hallaba, el cual se había jactado que él solo bastaba para matar los caballos silvestres que tanto mal hacían en aquella tierra. Y por ventura llegaría a los oídos del Rey, que tanto lo deseaba por la quietud y cómodo de su reino, y vista su voluntad le haría procurar la empresa, por donde más fácilmente fuesen señores de su tesoro y él fuese muerto de las inhumanísimas bestias. Con este mismo orden entrellos concertado se siguieron.⁴¹⁶

Cuando Bastón el huésped supo la nueva no dejó de rescebir gran placer, por lo que le tocaba de su parte y por dar buenas nuevas al Rey, que tanto lo deseaba. Luego en este punto fue al real palacio, y hincadas las rodillas ante el Rey dijo:

—Sacra Majestad: sabé que en mi posada tengo un huésped el más valiente que en mi vida vi, al cual no conozco más de que se nombra «Sireno». Y estando con sus criados en conversación, entre otras cosas me dijeron ser un mancebo el más determinado y dichoso del mundo con las armas en la mano, el cual se había alabado diciendo que en toda vuestra corte no había otro hombre que pudiese matar los fieros animales sino él.

Entendiendo esto el Rey, expresamente mandó a Sireno que luego pareciese ante él. Bastón, obediente al Rey su señor, volvió a su mesón y dijo a Sireno que solo se fuese al real palacio, porque Su Majestad quería tratar con él cierto negocio. Dello fue muy contento el Infante, y puesto ante Zifroy con la conveniente reverencia le preguntó cuál fuese la causa que ante él le mandaba venir. Zifroy respondió:

—Sireno: la ocasión que me ha forzado para que ante mí parezcas es que yo tengo entendido como eres uno de los más animosos caballeros y venturoso en las armas que en el mundo se puede hallar, y asimesmo te has alabado de matar los feroces caballos sin detrimento ni peligro de tu persona. Pues sabes la ferocidad destas crueles bestias y cuánto mal hacen en mi reino, disponte a ello, que si sales vencedor prométote por mi real cabeza darte un don con el cual serás el más bienaventurado, que en mi reino no tengas segundo

416.— Convinieron. Mejor en la versión italiana: 'Et si come deliberato havevano, cosi fecero.'

en riqueza, valor ni estado. Mira si te basta el ánimo a tan gloriosa empresa, porque recibiré gran contento.

Oída la alta proposición del Rey, Sireno quedó muy espantado, negando no haber dicho ni alabádose de tal cosa. No dejó el Rey de recibir grande enojo con la fría respuesta de Sireno, y muy airado dijo:

—Mira, Sireno, que no cumple exemirte con buenas palabras ni agudas razones, pues yo soy contento dello. A ti te cumple poner la vida a riesgo y salir a este combate, o ten por muy cierto que has de acabar con la vida.

Luego se partió Sireno a su posada el más penado caballero que jamás se vio, porque cierto conocía ser lo que el Rey le mandaba muy ajeno de remedio.

Cuando el mancebo no conocido le vido estar diferente de su alegría y melancólico,⁴¹⁷ amorosamente le demandó cuál fuese la causa de su tristeza. El Infante, por el fraterno amor que le tenía, no pudo negarle la honesta demanda, y contole de principio a fin todo lo que el Rey le había mandado ser cosa muy imposible. Entendida la razón, el caballero no conocido respondió:

—Gentil mancebo y amigo mío: está de buen ánimo; no tengas pena, que yo te daré orden con el cual no peligrarás y saldrás vencedor desta peligrosa batalla y el Rey gozará de su deseo. Vuelve al Rey y dile que te dé un sabio maestro de herrar caballos, y ordénale que te haga cuatro herraduras muy gruesas de caballo, y dos dedos más de las comunes, que tengan las robraduras o rampones⁴¹⁸ tan largas como dos dedos y muy agudas. Y con ellas mandarás herrar mi caballo; que hecho esto, tú sal y tuya será la vitoria.

Luego Sireno fue al palacio donde Zifroy estaba y le demandó todo lo que el no conocido amigo le había ordenado. El Rey muy contento, mandó venir un maestro muy primo⁴¹⁹ de hacer herraduras, al cual mandó hacer las herraduras conforme Sireno las ordenase. Y estando ambos a dos juntos, Sireno le dijo en qué modo habían de ser las industriosas herraduras, y mofando el maestro, dijo ser un loco desatinado, pues pedía cosas nunca usadas, ni en el mundo se habían pedido.

Viendo Sireno la mala voluntad del herrero, dijo al Rey:

—Sacra Majestad: sabé que este maestro no quiere hacer lo que le pido, antes me trata de loco y ultraja de suerte que, si no fuese por daros desgusto, le oviera dado el pago que pienso dar al cruel animal.

Luego envió el Rey a llamar al herrero y le mandó que sin faltar punto hiciese todo lo que Sireno le mandase, o que él fuese a la deseada empresa que Sireno había de hacer. Oyendo el maestro el expreso mandado del Rey juzgó lo mucho que le importaba obedecer a Sireno, y en un momento dio fin a su obra y herró al caballo como Sireno le mandó.

Herrado, pues, el caballo en el orden necesario, dijo el mancebo no conocido a Sireno:

—Sube en este caballo y vete en paz. Pero has de advertir que cuando oigas relinchar los silvestres caballos apéate del tuyo, y quítale la silla y freno y déjale en su libertad; mas procura luego de subirte en el más alto árbol que hallares, y allí esperarás el fin de la deseada empresa.

417.— Orig.: 'melancolica' (183v).

418.— Doble del clavo en sentido contrario al de entrada. Remache.

419.— Excelente.

Sireno, bien impuesto en lo que el compañero le había dicho, alegremente se despidió.

Había ya volado la fama por todo el reino de Irlanda como un gentil y animoso caballero había salido al combate con las inhumanas fieras con intención de presentallas a Zifroy, e a esta fama salieron muchas damas, caballeros y otras muchas personas particulares a las ventanas por verle pasar, y viéndole tan hermoso, gentil y con tanto triunfo, todos a una voz decían:

—¡Oh pobre de ti y desdichado, cómo te envían a la muerte! Cierto es lástima consentir una cosa como ésta, imposible, como éste pretende porque su ánimo le engaña. Y debe de ser hijo de algunos principales padres, según lo muestra en su ánimo y presencia.

Sireno, que poco caso hacía de lágrimas ni lástimas de mujeres, con alegre y viril ánimo caminaba. Ya había llegado al lugar donde los fieros animales estaban cuando los oyó relinchar, y apeándose de su caballo le quitó el freno y la silla, para que a su albedrío caminase donde le guiasse su voluntad, y en un muy alto árbol se subió, donde esperó la fiera batalla.

Apenas había subido Sireno en el árbol cuando el silvestre caballo y el del valiente y bien afortunado mancebo trabaron una cruel pelea, que cierto parecían dos desencadenados leones, echando por la boca unos cuajados espumajos, los ojos encarnizados, bufando por las narices de la manera que suelen los hambrientos y rabiosos lobos. Después que ovieron valerosamente combatido gran rato el encantado caballo dio dos crueles coces en una quijada a la inhumana fiera y dio con ella en el suelo, y en un punto perdió sentido y fuerzas. De lo cual holgó estrañamente Sireno, porque vido lo que tanto deseaba.

Y descendiendo del árbol, con un cordel que consigo para el tal efecto traía fuertemente con ciegos ñudos le ató y desquijarado le llevó por las reales calles de la ciudad y⁴²⁰ con grande alegría y triunfo del pueblo al Rey le presentó, el cual rescibió tan grandísimo contento.

Aunque los dos caballeros criados de Sireno no rescibieron ninguno, porque no les sucedió conforme su deseo. No contentos con esto, dijeron al Rey, con el estilo arriba dicho, como Sireno se alababa con arrogantes palabras de matar el otro animal que en el áspero bosque quedaba. Asimesmo le mandó el Rey a Sireno que luego segundase con el fiero animal. Donde no,⁴²¹ sería ahorcado de un pie, como traidor rebelde a la real corona.

Con este enojo se volvió Sireno a su posada, donde el compañero muy amado estaba, al cual contó lo que el Rey le mandaba. El buen amigo le respondió que luego volviese al mismo herrador y le mandase hacer otras cuatro herraduras, las robraduras y rampones más agudas que las otras, y guardar el orden que con el otro animal tuvo. Hechas ya las herraduras, y con ellas herrado el fuerte y encantado caballo, a la deseada empresa se partió.

Luego que Sireno llegó al lugar donde estaba la poderosa y espantable fiera e la oyó relinchar hizo lo mismo que con el caballo había hecho. Poniendo en libertad a su encantado caballo, la yegua le salió al encuentro con un bocado el más estraño que jamás se vido, porque se le parecían las entrañas al encantado caballo, de manera que no se pudo defender sino a coces tan estrañas que a la⁴²² fiera bestia quebró una pierna, de tal manera que nunca más se pudo tener en pie para pelear, antes se tendió rendida en tierra. Y en este punto descendió Sireno del alto roble y estrechamente la ligó, y subiendo sobre su

420.– Suplo 'y' (185r). En la versión italiana: 'e con grandissima allegrezza di tutto il popolo.'

421.– Cuando no, en caso contrario.

422.– Orig.: 'a vna' (185v, últ. lín.).

caballo, con gran triunfo se fue al palacio donde Zifroy estaba y le presentó la presea deseada, de lo cual todos recibieron gran contento, y mayor admiración del dichoso y bien afortunado suceso de Sireno.

Ya volaba la fama de la gloriosa victoria por todo el reino de Irlanda; a esta fama venían todos por ver los espantables y feroces animales, que a todos ponían admiración. Ya estaba Sireno en su posada descansando del demasiado trabajo que en la brega con las fieras bestias había recibido, y mandó que luego le aderezasen⁴²³ una cama para acostarse; mas era tan grande el rumor que en el aposento andaba, que no pudo dormir un solo momento y levantose en pie por ver qué cosa fuese aquella que tanto rumor hacía, y en un vaso de miel halló un abejón zurreando con las alas, que casi estaba ya muerto. Movido Sireno de piedad, le sacó de allí dándole la libertad causadora de su vida.

Zifroy aún no había galardonado el buen servicio del dichoso infante, y paresciéndole gran villanía le mandó llamar. Al cual dijo:

—Sireno amigo mío, remedio de todo mi reino: por que entiendas que no soy ingrato y que no hallo merced que conforme a tu buen servicio sea, tengo determinado casarte con una de mis hijas. La una se llama Potencia, de tan hermosos cabellos, que cierto parecen rayos de sol o verdaderamente madejas de oro trenzadas de cristalinas piedras; la otra se dice Elvira, en hermosura no menos que su hermana, los cabellos de la cual no dan menor luz que el resplandeciente sol en el mediodía. Si tú adivinas cuál es Potencia yo te prometo dártela en conyugal matrimonio con grandísimo dote, y si no aciertas, pagarte he con quitarte la vida.

Cuando Sireno entendió la estraña voluntad del Rey quedó muy espantado, y dijo:

—¡Cómo, Sacra Corona! ¿Este es el galardón de mis molestos trabajos? ¿Este es el premio de mis fatigas, habiendo sido yo causa de vuestro contento y remedio de vuestro reino, que hoy fuera despoblado si por mi gran ventura no fuera? ¡Ay de mí, que cierto no merecía tal galardón ni de un tan alto Rey esperaba tal merced! Pero ya que esa es vuestra voluntad y a vuestras manos soy venido, disponé de mí conforme a vuestro gusto.

Entonces respondió el Rey:

—Lo que te cumple, Sireno, es que luego te dispongas a mi voluntad en término de veinte y cuatros horas. Donde no, incurrirás en lo arriba contenido.

Sireno se partió el más desconsolado caballero que jamás se vido, y a su muy amado amigo le contó toda la historia de lo que el Rey le mandaba. De todo hizo muy poco caso el sabio caballero, y a Sireno su amigo dijo:

—Venturoso infante: está de buen ánimo. No tengas congoja ninguna, que todo te sucederá muy bien. Acuérdate que en los días pasados libraste de la muerte al abejón que en la dulce miel estaba ahogándose. Éste será ocasión de tu vida y remedio de tus congojas. Ten cuenta que mañana después de comer le hallarás volando delante de aquella dama que el Rey te promete en casamiento, y ella misma con su blanca mano procurará deshechalle de sí por el molesto fastidio que le dará: aquélla es Potencia, la que de tus congojas será contento.

Respondió Sireno:

423.— Orig.: 'adereçasse' (186r).

—¡Válame Dios, hermano mío! ¿Cuándo terné tiempo para pagarte lo mucho que te debo! Mas Aquel que galardona todas las cosas en este corruptible suelo supla mis faltas y te pague lo que yo no puedo.

El amigo respondió:

—Hermano mío Sireno: no es menester galardonarme estas fatigas. Ahora es tiempo que tú me conozcas. Entiende que de la misma manera que tú me libraste de la muerte, asimesmo te pagaré en la misma moneda: yo soy aquel salvaje a quien diste libertad en la prisión de tu padre, y el nombre mío es Roberto, servidor y amigo tuyo —y le contó todo lo que en su viaje le sucedió con la enferma ninfa hasta aquel punto en que estaba.

De todo quedó Sireno muy espantado, y abrazándole lloraba tantas lágrimas que a Roberto enternecían y movían a grandísima humanidad.

Ya se llegaba el tiempo de cumplir con Zifroy, y ambos a dos se fueron al real palacio, donde mandó el Rey que Potencia y su hermana Elvira saliesen cubiertas de dos muy blancos velos, y puestas ante Sireno, dijo el Rey:

—¿Cuál destas es, Sireno, la que yo te señalé por mujer?

El cual no respondió nada, por estar sobre el aviso de lo que Roberto le había avisado. Mas Zifroy, que mucho deseaba ver el fin a tal ventura, muy a menudo le importunaba que respondiese, porque el tiempo se concluía.

Sireno, humildemente, respondió:

—Sacra Majestad: verdad es que el tiempo se concluye, pero aún me quedan hartas horas de término para responder.

Estando en esta controversia llegó el deseado abejón zurreando con sus azules alas, y arremetiendo hacia las damas estuvo gran rato que no se podía determinar cuál fuese hasta que se sentó sobre la dorada cabeza de Potencia, que cierto parecía humanamente mostrarle ser aquella Potencia. Y ella, como espantada, con gran temor procuraba echarle de sí con su cristalina mano; esto hizo tres o cuatro veces muy airada, diciéndole de molesto e importuno animal, de lo cual Sireno rescibió grandísimo contento, y con alegre voz dijo:

—Sacro señor: ésta es vuestra amada Potencia. Ésta es la que me prometistes en casamiento. Ésta ha sido remedio de mi vida, y entiendo que será mi descanso y gloria en este siglo.

Luego la descubrió, para que realmente conociesen ser verdad lo que decía, y en presencia de todos los caballeros que presentes estaban los otorgó. Mas Sireno no consintió si a Roberto su amigo no casaban con Elvira su hermana, lo cual alegremente concedió Zifroy, porque en breve tiempo supo ser hijos ambos a dos de reales padres. Y así, fueron celebradas las reales bodas con muchas justas, torneos y triunfos, que duraron⁴²⁴ los tres meses de la alegre primavera.

En este íter que los reales regocijos se trataban avisaron a Filipo María, rey de Sicilia, del dichoso casamiento que a Sireno su hijo por su dichosa ventura le había sucedido, de lo cual rescibió grandísimo contento, porque había tenido nueva que miserablemente había dado fin a sus días. No pasó mucho tiempo que Sireno y Roberto con sus hermosas mujeres tomaron la vuelta de Sicilia, donde alegremente con reales triunfos fueron resce-

424.- Se prolongaron.

bidos y en paz vivieron, dejando seis hijos herederos los más hermosos que en toda la isla ni en el reino había.

— o O o —

A todos los oyentes dio gran gusto la piadosa fábula de Eritrea, y su excelente enigma en tal modo propuso:

VERSOS

En una cárcel me echaron
mis amigos más que hermanos.
Y ellos, con sus propias manos,
de la prisión me sacaron,
y por confirmar la paz
me encierran en sus entrañas.
Yo con mis potentes mañas
me vengo, por ser sagaz.

Acabado el donoso enigma algunos le declararon en diferente sentido, porque su delicado juicio no bastaba a tan obscuro argumento. Viendo Eritrea que todos vacilaban, por no fastidiar con su tardanza dijo:

—Señoras mías: mi qués y qués no significa otra cosa sino el vino; al cual encierran los hombres en una calabaza o vaso, y ellos mismos le⁴²⁵ sacan de aquella prisión para beberlo. Y beben tanto los que deste mal vicio son fatigados, quél mismo vino se venga dellos embriagándolos, para que dellos se rían todos.

Rescibieron no pequeño contento con la facilísima declaración de Eritrea, porque su enigma no lo mostraba ni se dejaba entender tan fácilmente como la hermosa dama le dio su sentido. Luego Alteria (que el segundo lugar ocupaba), sabiendo la obligación, puesta en el designado lugar, suplicando la atención, con mesurado y vergonzoso rostro la segunda fábula alegremente propuso:

425.— Orig.: 'se' (188v).

ARGUMENTO: Zíngar,⁴²⁶ homicida y ladrón, fue preso y puesto al tormento. El cual no confesó, y viendo a su inocente hijo padecer en el tormento confesó, y el juez le concedió la vida con perpetuo destierro. Despues Zíngar se hizo ermitaño, por donde salvó su ánima y fue ejemplo de muchos que su mal vicio seguían.

FÁBULA SEGUNDA

EN Pavía, noble y antigua ciudad, ilustrada por las excelentes escuelas y divina prenda que del bienaventurado Sancto Agustín,⁴²⁷ martirio de los herejes, lumbre y claro espejo de la religión cristiana, vivía no ha mucho tiempo un hombre traidor, malvado, homicida y ladrón llamado Zíngar⁴²⁸ (que vale tanto como decir «gitano», que por sus malvados hechos le dieron este nombre). Era tan rico, que a su costa traía cien hombres salteando por los caminos. Éste era tan temido de toda la ciudad, que si acaso había menester docientos o cuatrocientos ducados se los enviaban donde él estaba con muchos regalos y bastimentos para toda su cuadrilla; pero tenía tan buen conocimiento que los tornaba a pagar, aunque (como dicen) les salía⁴²⁹ del cuero las correas, pues con sus mismas haciendas los restituía.

Como Zíngar oviese cometido tantos y tan estraños delictos, dél habían querellado ante el juez, sino que tenía tanto favor, con el miedo que dél tenían por que no los destruyese, que el mesmo juez era parte de partir mano de las querellas.

Tenía Zíngar un hijo que de naturaleza en todo era contrario al padre, y hacía una vida muy sancta y reprehendía al padre con palabras muy amorosas la mala vida que traía, rogándole diese fin a tantas traiciones y graves delictos poniéndole delante los peligros en que andaba. Los misericordiosos ejemplos del⁴³⁰ cristiano hijo eran en balde, porque Zíngar⁴³¹ lo hacía peor y más disolutamente usaba de sus traiciones, ni trataba otra cosa sino: «Hoy salteé a don Fulano, ayer a Zutano, el otro día maté o forcé a tal doncella».

Perseverando, pues, Zíngar en su diabólico ejercicio, consintió la Divina Justicia que fuese preso, por que se cumpliese el refrán que dice: «no hay deuda que no se pague ni plazo que no llegue». Y puesto en la fuerte y aborrescida prisión de Pavía, ante el juez desvergonzadamente negó toda la demanda. Viendo el juez su malvada e pertinaz mentira mandó que luego se le diese un grave tormento, y que primero le diesen ocho días tres onzas⁴³² de pan y una de agua, para que cuando se conociese gastar de su virtud⁴³³ le apretasen los cordeles.

426.- 'Rosolino da Pavia' en la versión italiana.

427.- Sus restos están depositados en la iglesia de San Pietro in Ciel d'Oro.

428.- Orig.: 'Zingaro' (189r).

429.- Orig.: 'le salia' (189v).

430.- Orig.: 'de' (189v).

431.- Orig.: 'Zingaro' (189v).

432.- En Castilla, el peso equivalente a 1/16 de libra. Así que Zíngar recibía menos de 100 gramos diarios. En cuanto al agua, la versión italiana le asigna 'tre uncie', no una.

433.- Energías.

Llegado el día que para el tormento estaba señalado, mandó el juez traer ante él a Zíngar, por ver si con el juramento conociese la verdad. La cual negó como primero. Visto esto, mandó el juez que luego se le diese tormento de fuego para acabar con él. Y puesto en el dicho tormento, negando decía mil traiciones con feas palabras al juez, escribano y a toda la Justicia, diciéndoles de traidores, malvados, que sin justicia mataban los hombres de bien con falsos testigos por que sólo dijese ser buenos jueces, justicieros, temidos⁴³⁴ de los pobres que justamente ganan la vida como él.

Viendo el juez su pertinaz mentira y que con todos los tormentos había negado la verdad, porque mucho deseaba hacer justicia dél, venida la noche el juez se metió en su estudio a mirar las leyes que en tal caso convenían para disponer de la vida de Zíngar. Imaginando en su constancia y firmeza, y como en ninguna manera le podía matar como deseaba, a la mañana el juez mandó llamar a consejo todos los doctores y buenos letrados de Pavía, a los cuales propuso la firmeza de Zíngar, ladrón, en los tormentos crueles, y que cierto sabía ser el mayor traidor que en el mundo había, y dijo:

—Señores: yo soy de parecer, con vuestro consentimiento, usar de una astucia muy buena desta manera: que enviemos a prender con un alguacil a su hijo deste traidor, y en presencia suya dalle un grave tormento; y podría ser que, viendo padecer a su hijo ino- centemente, entiendo que luego confesará su pecado.

Dello fueron muy contentos todos los letrados del consistorio, y al momento dio orden para prender a Lorencio su hijo (que así tenía nombre). Luego le trujeron ante el juez, atadas las manos atrás, a rempujones, que cierto parecía un manso cordero cuando le llevan a la carnicería. Y puesto ante el pretor le preguntó si sabía o conocía que su padre era saltador, homicida y traidor. El cual respondió:

—Por cierto, señor, que yo no sé tal, ni he andado con él para sabello. Porque ya, señor, sabéis en qué modo gasto mi vida y como yo no vivo con mi padre ni ando en su compañía; no por la mala vida que me da, antes lo hago por mejor servir a mi Redemptor negando los bienes y regalos temporales para alcanzar la vida eterna.

Segundando el juez en sus preguntas conoció la negativa de Lorencio, y mandó que luego le diesen tormento de fuego, y puesto en el efecto, le decía el juez:

—Pues no has querido decir la verdad, tú morirás en este martirio.

De todas estas amenazas nada se le daba a Lorencio, antes en alta voz decía:

—¡Tened misericordia de mí, señor juez! Mirá que padezco sin culpa. No consentáis que padezca más tormento, porque en ese caso no sé cosa alguna, ni he sido consentidor para que yo padezca tal tormento.

El juez respondió:

—Confiesa, hijo, la verdad. No te consientas morir tan cruelmente, pues sabemos cierto que tú has ido muchas veces con Zíngar tu padre a saltar.

Lorencio dijo ser falso todo lo que le proponían. Luego mandó el juez que le diesen tormento de carrucha, para que más fácil fuese su martirio. Y subiéndole un estado⁴³⁵ le daban humo de azufre por las narices, que le revolvían las entrañas, lo cual fue causa para

434.— Orig.: 'midos' (190r).

435.— El tormento consistía en atar las manos del preso por la espalda. El otro extremo de la cuerda se pasaba por un sistema de poleas que facilitaban alzarle varios metros. Para más dolor, solía atársele un gran peso a los tobillos.

que Lorenzo conociese⁴³⁶ lo que no era verdad ni había hecho, o, como dicen, conoció lo suyo y ajeno, diciendo desta manera:

—Señores: no me acabéis de matar, que cierto lo que a mi padre pedís yo lo he hecho. Yo soy contento de morir, pues mi desgracia me ha traído a tal estado.

Oyendo Zíngar la falsa confesión de Lorenzo su hijo, movido con paterno amor dijo:

—Señores: no atormentéis más mi hijo, que cierto ha confesado lo que no debe, inocentemente y con temor de los tormentos: yo lo he hecho.

Cuando el juez oyó la confesión de Zíngar mandó que se tomase por testimonio, y con deseo de saber la causa dijo el juez:

—¿Cómo has sufrido, Zíngar, tantos tormentos y con ninguno has confesado la verdad hasta ver a tu amado hijo en los crueles tormentos? Así Dios perdone tu ánima, porque cierto has de morir, que me digas la causa de donde procede tu confesión.

Zíngar respondió:

—¿Es posible, señor, que vos no lo entendéis, pues sois tan cursado en casos de justicia?

El juez respondió:

—¿Quién basta sabello si tú no lo das a entender? ¿Quies tú que yo juzgue tu corazón?

Zíngar dijo:

—Yo lo diré, si todos estáis atentos. Señores míos, muy piadosos, humanos y amigos de la justicia: vosotros habéis visto mi firmeza en el tormento. Lo cual no es maravilla, porque atormentábades mis mortales carnes; mas cuando atormentábades las de mi inocente hijo Lorenzo, en aquel punto rescebía más grave dolor la viva carne, que es el corazón, y mis entrañas, por ver padecer la que sin fuego hierve.

Entonces respondió el juez:

—Luego ¿tú muerto estás?

—No estoy —respondió Zíngar—, ni estuve hasta que⁴³⁷ vi atormentar mi ánima.

—¿En qué manera? —preguntó el pretor.

—En ver padecer inocentemente mi hijo y condenarse a él por salvarme a mí —respondió Zíngar.

Luego que el juez entendió la causa procuró de todo punto librar a Zíngar; mas porque la recta justicia no consentía dejalle sin castigo determinó perpetuamente desterralle de su proprio natural aunque el pecado no consentía tal perdón, antes por que a los vivos fuese ejemplo y su ánima se salvase le concedió la vida.

Cuando Zíngar oyó la benigna sentencia alzó los ojos al cielo. Juntas las manos, con humilde voz dio gracias al misericordioso Dios, prometiéndole hacer perpetua penitencia procurando la sancta vida.

Luego que Zíngar salió de la fuerte prisión, despedido de todos sus parientes se salió de Pavía, y en unos altos y espesos montes hizo tan gran penitencia de sus nefandos pecados, que por la Divina Gracia mereció ser salvo. Del cual hasta hoy día se hace memoria.

— o O o —

436.— Reconociese, admitiese.

437.— Por faltar el fol. '188' en el ejemplar de la ed. de Zaragoza-1578 que compulso tomo el texto de la ed. de Pamplona-1612.

Ya era llegada a glorioso fin la fábula de Alteria cuando la señora Lucrecia mandó que con su docto enigma procediese. La cual alegremente dijo:

VERSOS

Un rey generoso, pulido y galano,
vestido de verde, azul y amarillo,
le vi caminar a pie por un llano
llorando. ¿Por qué? Yo no sé decillo.
Afirman algunos, y cierto así es,
que llora de verse tan sucio y tan feo.
Canta también, y cierto lo creo,
por verse tan lindo. Decidme: ¿quién es?

Cuando Alteria oyó el gran rumor que su obscuro enigma había causado y las diferentes sentencias que todos proponían, dijo:

—Hermosas damas e ilustres caballeros: no conviene ni es lícito que por una cosa tan imposible fatiguéis vuestros buenos juicios con tan gran selva de sentencias; antes a la mía os suplico deis atención, porque mi qués cosicosa no significa otra sino el pavón, devisa de la hermosa diosa Juno, el cual se viste con sus doradas plumas de diferentes colores, como cierto sabemos ser verde, azul y amarillo; éste tiene corona, como rey de todas las aves; dicen muchos que cuando la hermosa cola pone en rueda canta de verse tan lindo, y en mirándose a los pies se ve tan feo y sucio que deshace la soberbia rueda con un género de tristeza que le causa vergüenza, y por un gran rato no se junta con las hermosas y lozanas pavas.

Declarado el obscuro enigma todos recibieron grandísimo contento, y a la memoria lo encomendaron⁴³⁸ con grandes apuestas a quien mejor le dijese cuando le fuese pedido. Viendo la señora Lucrecia la amorosa envidia que entre ellos reinaba, dijo:

—Caballeros: no deis fastidio a vuestros claros juicios; que según creo os tocará vuestra vez, para que de vuestras gracias y elegante estilo participemos.

—¿De qué manera? —respondieron los galanes.

—Porque estas damas —dijo la señora Lucrecia— me han rogado que también pongáis honestamente cuando os fuere mandado.

Todos a una respondieron ser dello muy contentos, con la condición de las suertes que entre ellas usaban, y desta manera estaban prestos a obedecella.

Luego la señora Lucrecia mandó a la hermosa Laura que con el usado orden procediese. La cual con vergonzoso rostro dijo:

438.— Aquí vuelvo al ejemplar de la ed. de Zaragoza-1578.

ARGUMENTO: *La fábula amorosa de la señora Alteria me ha dado ocasión de contaros otra, aunque pequeña, gustosa, en la cual entenderéis la envidia que entre las naciones reina, como dos criados de dos soldados, el uno tudesco y el otro español, que comían juntos, lo muestran.*

FÁBULA TERCERA

UN tudesco y un español se hallaron acaso juntos en un mesón, donde fueron servidos en una mesa de muchos y delicados manjares. Y comiendo juntos, el soldado español dio a su criado un pedazo de carne en un plato, y de cada manjar que en la mesa había un poco. El tudesco no tenía otro cuidado más de comer a su gusto, sin acordarse de su criado, de lo cual nació entre los dos criados una gran discordia y envidia. El criado del tudesco decía que los españoles eran más liberales, más cumplidos y sin ceremonias en todas sus cosas que ninguna otra nación. En ello concedía el criado del español, y después de haber comido los dos soldados, el tudesco tomó todo lo que en la mesa había sobrado y lo dio a su criado diciendo:

—Come, hermano. Y si más te diere gusto comer, demándalo a la güéspedes.

Dello rescibió grande envidia el mozo del español, porque vido la liberalidad del tudesco con su criado. Y revocando la sentencia arriba dada, dijo:

—Agora conozco que los tudescos son más liberales que los españoles.

Respondió el criado del tudesco:

—Dime, bruto español, donde todas las maldades y virtudes se encierran: ¿cómo hablas tan aficionadamente?⁴³⁹ ¿No sabes que la primera vale dos? Cuando tú estabas comiendo yo moría de hambre; ahora tú no estás contento y has comido también⁴⁴⁰ como tu amo. ¿Bien querías ayudarme a mi trabajo? Pues déjame, que yo daré cuenta de mi plato como tú del tuyo.

De esta contienda rescibieron los dos soldados gran contento, y dijo el español:

—Por cierto, señor tudesco, ahora conozco ser verdad lo que dice Horacio: «ninguno vive contento con su suerte», pues vemos que el soldado alaba la vida del labrador, y el labrador la del soldado. Y así, de grado en grado va subiendo y bajando esta envidia, como lo muestran estos dos nuestros criados, que primero alababan al español y agora alaban al tudesco. Mas, sacada en limpio, conocemos por sentencia y pareceres de muchos que la primera, ora sea buena, ora sea mala, vale dos.

— o O o —

Mucho holgaron las damas y galanes con la donosa fábula de Laura, y entrellos juzgaban cuál fuese más liberal de los dos soldados. Y remitiéndolo a los mejores juicios, prosiguió con su enigma desta manera:

439.- Apasionadamente.

440.- Igual, lo mismo.

VERSOS

Decime, juicios de fino cristal,
 pues nada es obscuro a vuestro intelecto,
 ¿cuál es la música más substancial
 que al mundo consuela en su mismo subjecto?
 El cielo, la tierra, el infierno, está quieto
 al son desta música tan celestial.
 Quien della no gusta, aun no es animal
 ni tiene lugar en este respecto.⁴⁴¹

Este enigma no fue de todos bien entendido, aunque ovo sobre él grandes comentarios. Viendo la hermosa Laura la diferencia de las sentencias, dijo:

—Honesto y prudentísimo colegio: mi qués cosicosa no significa otra cosa sino la paz y concordia, con la cual viven los cielos, la tierra y los infiernos, aunque entre nosotros hay muy poca. Llámole «música» porque si la música no está templada (que tanto monta como «en paz») no vale nada ni suena a gusto.

Declarado el sutil enigma, la hermosa Laura se levantó en pie. A la cual sucedió la prudentísima Ariana (que en orden era la cuarta), y con suave y amoroso estilo la presente fábula propuso:

ARGUMENTO: Plutón,⁴⁴² villano, procurando matar una mosca mató a su amo, y del homicidio se libra con una simple gracia.

FÁBULA CUARTA

SABIO y hermoso auditorio: muchas veces he oído decir a prudentísimos letrados que los yerros no cometidos con el corazón no son tan graves como los voluntarios, de donde procede ser venial, no⁴⁴³ mortal, como entre niños o manebos se cometen para con facilidad ser perdonados. A esta ocasión se me ha ofrecido deciros una fabulilla o cuento que a Plutón sucedió, que queriendo matar una mosca que a su amo fastidiaba, inocentemente mató a su señor.

Vivía en la ciudad de Ferrara un hombre muy rico llamado Fortunio, el cual tenía un criado que Plutón tenía nombre: el mejor serviente y que más regalaba a su señor; de tal condición, que en toda la tierra no tenía segundo. Ultra desto era tan simple que de todas las cosas se reía, ni jamás se sintió en él malicia que le dañase.

Sucedió que por el grande calor de la siesta su amo se salió a dormir a la sombra de unas frescas parras, donde era tan fastidiado de las importunas moscas, que a Plutón le dio lástima, y con un moscador⁴⁴⁴ las espantaba para que mejor y más a su gusto durmiese

441.- Orig.: 'respesto' (194r).

442.- 'Fortunio' en la versión italiana. El Traductor asigna este nombre al patrón.

443.- Orig.: 'o' (194v).

444.- Abanico grande hecho de papel o plumas.

Fortunio su amo. Había Plutón tomado interese con una mosca más señalada entre las otras, que siempre se ponía en medio de la calva a su amo, y con agudas picadas, sin temor de la muerte, chupaba la sangre al desdichado viejo. Muchas veces había el villano procurado echar la fastidiosa mosca de la cabeza de su amo, y visto que no bastaba, vista su desvergüenza no lo pudo más sufrir y procuró imprudentemente matalla.⁴⁴⁵

Estando, pues, la mosca sobre la calva de su amo chupando a su sabor la sangre, Plutón, hombre muy simple, criado siempre entre brutos animales, tomó un arcabuz que su amo tenía, cargado con una bala y muchos perdigones, por ser muy amigo de la caza, y asestando⁴⁴⁶ a la mosca de medio a medio por que no se le fuese, disparó su arcabuz, de tal manera que le metió la bala y perdigones a Fortunio su amo por la cabeza. Y no mató la mosca, antes dio con su amo muerto en el suelo.

Viendo este fracaso Plutón, rescibió tan gran congoja que no supo otro remedio para librarse de la muerte sino enterralle por que dél no se supiese nueva ninguna (y más lo hizo de piedad dél, por que no se le comiesen las moscas), y juró de tener cuenta con aquella mosca hasta dar fin de su vida. Luego tomó Plutón un costal en el cual metió a su desdichado amo, y junto a una bodega que muy secreta estaba le enterró.

Fortunio tenía por su contento un cabrón de los mayores cuernos que jamás se vido, el cual se apacentaba en la verde y fresca yerba del huerto, y acaso llegó a beber cerca de un pozo o anoria que en el huerto tenía, y de enojado, dijo:

—Yo os prometo que pues mi amo, que tanto os quería, no vive, que tenéis vos de morir —y tomándole en brazos le arrojó dentro del pozo.

La desconsolada mujer de Fortunio estuvo esperando a su marido tres o cuatro días, y vista su larga tardanza sospechó mal sobre su criado Plutón, y demandándole de su marido, siempre respondía no sabía cosa ninguna dél ni le había visto.

Con estas malas nuevas la pobre vieja no cesaba de llorar por su marido, que cierto creía haberse muerto en alguna montaña o risco corriendo tras alguna fiera o res campes- tre, porque su contento era andarse tras ellas con lazos, trampas y otras astucias que los cazadores usan para matar los tales animales. Cuando los parientes y amigos de Fortunio vieron que en tanto tiempo no venía ni sabían nuevas dél, dieron parte al juez y quere- llaron de Plutón sospechando dél, o que a lo menos diese nueva alguna de su amo, como otras muchas veces solía.

Luego mandó el juez prender a Plutón, y preso, que luego le diesen tormento de car- rucha, por los indicios que contra él se hallaban. Apenas habían subido dos palmos de la tierra al inocente Plutón cuando a grandes gritos dijo:

—Señor: yo diré dónde está mi amo.

Así, mandó el juez quitar del tormento a Plutón para que dijese dónde estaba Fortu- nio, y cautelosamente dijo:

—Señor: ayer, estando medio adormido en mi huerto, oí un grandísimo golpe en el pozo, que me pareció haber caído un gran peso, de lo cual rescibí gran miedo, y para certificarme metí la cabeza y vi el agua que estaba haciendo grandes olas. Desta manera me dormí un gran rato, y entre sueños oí otro golpe mayor, y entonces sospeché que era

445.— Orig.: 'matalle' (195r).

446.— Apuntando.

mi amo, porque muchas veces se ponía a dormir sobre el bocal del pozo encima de una tabla. Mas por que la verdad no sea sospechosa ni esté suspensa, y porque de la sospecha no nazca sentencia, sino verdadera experiencia, vamos al pozo, que yo descenderé y veré si era mi amo el que cayó.

El juez quiso hacer experiencia en lo que el simple mozo decía, porque la experiencia es maestra de todas las cosas, y la prueba que se hace con los ojos es más válida que la de oídas. Mandó que le llevasen maniatado delante dél hasta el pozo, donde encontró con los grandes cuernos del cabrón que pujaban por cima del agua dos palmos; y haciendo gran ruido, a grandes voces llamó al juez diciendo:

—¿Está ahí vuestra merced?

—Sí —respondió el juez.

—Pues mande traer aquí a mi ama —dijo el simple—, porque le quiero hacer una pregunta y dalle una buena nueva en esta ocasión.

Respondió la mezquina vieja (que entre todos había venido), y dijo:

—¿Qué quies? Di, Plutón, amigo mío.

Plutón preguntó:

—¿Por ventura, señora ama, su marido tenía cuernos?

—¿Por qué lo dices? —respondió su ama.

—Porque he hallado aquí dentro uno que tiene los cuernos más largos que yo. ¿Es por ventura vuestro marido éste?

La pobre vieja no respondió palabra, de vergüenza que rescibió.

Cuando Plutón vido que ninguno no respondía, dijo:

—¡Ah, señora! ¿No queréis responder? ¿Alguna cosa sabéis vos de vuestro marido!

Luego llamó al juez, diciéndole:

—Mande, señor juez, que tiren de esa sogá, que allá⁴⁴⁷ va el marido de esa señora de tal manera que pienso no le conocerá ella ni el Diablo.

Todos tiraban de la sogá con gran contento, y sacaron un cabrón que apenas podía sacar los cuernos por el bocal del pozo. Cuando el juez y todos los demás vieron ser un cabrón rieron tanto que apenas pudieron hablar en aquella hora, y Plutón salió el más contento hombre del mundo, diciendo:

—Señor juez: yo no he hallado otra cosa en este pozo; que en verdad os digo que si a mi amo hallara también le sacara. Mi señora resciba mi voluntad, que cierto era muy buena.

Vista la inocencia deste simple villano, el juez conoció no intervenir malicia, y así, le dio libertad, y de Fortunio no se supo nueva alguna.

— o O o —

Todas las damas y caballeros rieron el estraño caso tan bien ordenado, y por ser grande el rumor que en la sala había con la demasiada risa, mandó la señora Lucrecia a Ariana procediese con su enigma. Y así, alegremente dijo:

447.— Orig.: 'ya' (197r).

VERSOS

¿Quién es aquel perverso villano
que vive en la tierra al revés de la gente;
vestido de verde, y el cabello cano,
vive en Levante, también en Poniente;
es perezoso, también diligente;
no tiene amistad con hombres de plaza,
sino es de bordón y de calabaza,⁴⁴⁸
y luego le escupe si alguno lo siente?

A todos dio contento el delicado qués y qués de la prudentísima y hermosa Ariana, aunque de los más fue fácilmente entendido; y por darle contento fingieron ser el más obscuro de todos los que en aquel honestísimo colegio se habían propuesto. Y por no causar fastidio, dijo:

—Señoras mías: mi qués cosicosa significa el ajo, puerro de todos generalmente llamado «villano». Éste nasce en la tierra al revés de la gente, que trae la cabeza debajo de la tierra; y viste de verde, como claro parece en las hojas; tiene el cabello cano, pues es tan blanca la cabeza, que no lo⁴⁴⁹ podemos negar. Esta especie de ajo es tan común que en todas partes darán razón dél. Dígole «perezoso» mientras está metido debajo la seca tierra, y «diligente» cuando con su villano olor atosiga a la gente, especial a los hombres que tratan en plazas. Si le huelen a algún bordonero, luego le escupen como a la más vil cosa del mundo.

Acabada la declaración del facilísimo enigma, con mesurado paso bajó Ariana del tribunal asiento dando el lugar a Cateruza, que el cielo le había dado por quinta y última suerte. La cual breve y sucintamente dijo:

448.– De bastón cantimplora, vagamundo.

449.– Orig.: 'la' (197v).

ARGUMENTO: *Maestro Gaspar*,⁴⁵⁰ médico, con su extremada virtud sana los locos.

FÁBULA QUINTA

EN el reino de Inglaterra vivía un hombre rico el cual tenía un hijo llamado Gaspar, y con el deseo que los honrados padres tienen que sus hijos sean letrados, con este propio envió a su hijo a estudiar en las escuelas de Lovania.⁴⁵¹ Mas Gaspar muy poco se curaba de las virtuosas letras ni se le daba nada de las deseadas ciencias, antes gastaba su tiempo en saber jugar a los naipes, hacer fácilmente una pandilla,⁴⁵² retirar una carta y otras semejantes fullerías, platicándolas con turroneiros⁴⁵³ y pícaros de la ciudad dados a los lascivos y mundanos placeres, donde consumió su tiempo y gran parte de la hacienda que para estudiar las obras de Galeno su padre le había enviado. Mas el mundano Gaspar, que diferente propósito tenía, poco caso hacía de las virtuosas medicinas, antes se holgaba con los vicios que declarados tengo.

Pasados seis años Gaspar determinó volverse a su tierra, porque los largos y cudiciosos cursos eran ya acabados. Y de los parientes fue alegremente rescibido, entendiendo que venía gran letrado, y estando en conversación les hizo creer haber aprendido la sciencia al revés de los otros. Preguntando en qué modo, respondió que en la lengua caldea.

De lo cual todos los médicos y letrados se reían, y le daban matracas, vayas⁴⁵⁴ y fraternos corrillos, y muchas veces en ausencia cortaban⁴⁵⁵ y decían dél y de su sciencia caldea, de manera que todos le decían por burla «Gaspar⁴⁵⁶ el caldeo».

Cuánto dolor rescibiese su viejo padre dejó a los mejores juicios, pues al cabo de tantos años y de haber gastado gran cantidad de su hacienda esperando que su hijo le diese descansada vejez, fue muy al contrario.

Considerando, pues, el desconsolado padre las grandes afrentas que recibía y la poca vergüenza y gran disolución de su hijo, determinó desterralle de su presencia, tierra y parientes para siempre jamás. Al cual con reprehensión dijo:

—Hijo mío: diferentemente quiero usar con nos de lo que habéis procedido en vuestras letras, sólo porque con justa razón os den a vos la culpa de vuestro daño e a mí no me tengan por riguroso ni torpe —y abriendo un grande cofre le dio dos mil ducados que de su parte le tocaban, hecha la cuenta con lo que en sus estudios pródigamente había gastado, y díjole—. Hijo: veis aquí la parte que de vuestra hacienda os toca. Con ella procurad vivir más honradamente que hasta agora habéis vivido. Y mirá que os los daré con esta condición: que luego os vais tan lejos de mí que jamás oiga nueva alguna de vos, pues tan

450.- 'Gasparino' en la versión italiana.

451.- Lovaina, en Bélgica.

452.- Liga entre varios jugadores para desplumar al incauto; pero quizá aquí valga por 'flor': trampa.

453.- Fulleros.

454.- Burlas, mofas.

455.- Murmuraban, criticaban.

456.- Orig.: 'Gaspara' (198v).

mala cuenta habéis dado de mis canas. Y cierto podéis entender que gusto más de la soledad que de vuestra compañía.

De todo esto fue muy contento Gaspar, y al punto que rescibió los dineros se fue a su albedrío donde su fortuna le guiase.

Ya había Gaspar caminado gran cantidad de leguas cuando llegó a una alta montaña que al pie della mansamente corría un caudaloso río, y en la ribera dél edificó una grande casa toda de mármol, de muy hermoso edificio; las puertas eran de bronce, y a esta casa ceñía un profundo foso y una inexpugnable fortaleza de muchas lagunas y pantanos llena, para que ninguno cruzase ni llegase a la gruesa y alta muralla. Esta casa tenía otro foso de tarquín por dedentro, de tal manera labrado, que a unos les daba a la rodilla, a otros a la cinta⁴⁵⁷ y a otros a los pechos. En cada parte deste foso tenía amarrada por la muralla una gruesa cadena de hierro, y en la puerta de la casa un grandísimo letrero de letras góticas⁴⁵⁸ que decía: «Este es el lugar donde sanan los locos».

Ya estaba la fama divulgada por toda la tierra como en aquella casa sanaban los locos. A esta fama acudían muchos venáticos de diferentes humores, frenesís y fantasías procurando el remedio de su natural juicio. A cada uno daba Gaspar la pena según su dolencia, porque a unos metía en el agua hasta la boca, a otros en el lodo hasta los pechos, y desta manera discurría por todos los venáticos locos que en aquella casa venían al tal remedio. No sólo contento con esto, a unos daba de palos, a otros azotes, a otros castigaba con ayunos, a otros con los naturales vientos, yerbas y palabras. Destos extremos usaba él artificialmente y con astucia, porque ni él sabía lo que se hacía: a sola Naturaleza le encomendaba estos medicinales efectos.

Eran tan grandes las voces que aquellos atormentados locos daban con los crueles castigos, que se oían dos leguas de allí. Y acaso un cazador pasó por allí junto con un halcón en la mano, acompañado de muchos y buenos perros de muestra, de redes, ventores⁴⁵⁹ y de otros muchos extremos. Cuando los locos vieron este cazador, maravillándose cómo cabalgaba con un pájaro en la mano y muchos perros tras él, uno de los que mejor juicio tenía de aquellos locos le preguntó qué pájaro era aquel que traía en la mano tan gordo y tan lindo, y de qué servía. El cazador respondió:

—Hermano: éste es un pájaro muypreciado de rapiña que se llama halcón, y estos perros buscan las perdices, codornices y otras muchas aves. Este halcón las toma y yo las como.

El loco dijo:

—Dime, por vida tuya, ¿qué tantos dineros gastaste en ese halcón y perros?

El cazador respondió:

—Hermano: compré los perros por diez ducados, y el halcón en cincuenta.

—¿Qué tanto gastaréis cada año con ellos? —preguntó el loco.

—Veinte ducados y más —respondió el cazador.

—¿Qué tantas perdices tomaréis al año? —dijo el loco.

—Yo cazo más de docientas —respondió el cazador—, que valen más de diez ducados.

457.— Cintura.

458.— Grandes. mayúsculas.

459.— Perro que sigue a la presa guiado por el olfato.

Y alzando la voz el loco (aunque en las preguntas no lo era) dijo:

—¡Huye, loco traidor! ¡Huye delante de mí, que más dignamente y mejor estarías tú en este lugar padesciendo martirios que no yo! ¿Es posible que tú gastes treinta ducados cada un año por ganar ocho o diez, y gastes el tiempo con tanto trabajo, corriendo a pie y a caballo por los ásperos y duros terrones? ¡Huye de aquí!, que si el ministro nuestro te ase, él te meterá en una laguna déstas, donde a palos pagarás tu locura con diferentes castigos, lo cual mereces mejor que yo, pues en tu juicio haces tan estraña locura. ¿Es cierto que no conoces ser más la pérdida que la ganancia? Esto te demandará Dios, pues podías gastar ese dinero en dar de comer a estos pobres, o a otros muchos que mendicando viven con gran pobreza como nosotros, que nos mata de hambre este endiablado maestro, hartándonos de palos, azotes y otros muchos castigos.

— o O o —

Esta fábula fue de todos muy bien notada, aunque cierto no es fábula, sino gran verdad, porque el cazador es más loco que otro ninguno, pues a gritos llama las aves, a voces los perros; él salta por los bosques a pie y a caballo, poniendo su vida en aventura y su hacienda a riesgo con la codicia de tomar una peregrina perdiz que vale un real.

Luego prosiguió con su enigma la sabia Cateruza, por que el sabio colegio tuviese lugar de regocijarse un rato que de la última noche quedaba, y con sereno rostro dijo:

VERSOS

¿Cuál es aquel galán fanfarrón
sin cuerpo, sin alma, que trata con gentes;
tan alto, tan bajo, de gran presunción,
que sube a los cielos por sus accidentes;
es rico y es pobre, es rey impotente;
baja al infierno y estase en la tierra,
él ama la paz, él quiere la guerra,
y está entre nosotros agora presente?

Este enigma fue de ninguno entendido, aunque los comentarios fueron buenos, mas no conformes a la natural sentencia. Vista la gran duda que entre todos había, la sabia Cateruza, sonriéndose, dijo:

—Ilustres caballeros y avisadas damas: mi proposición no significa otra cosa sino el juicio del hombre, con el cual fácil y accidentalmente sube a los cielos, baja y penetra los infiernos. Él se contempla rico, él se hace pobre, él se vee rey, conde, gran señor, y a lo último manjar de gusanos. Y para que más fácilmente lo entendáis, digo que está agora entre nosotros presente, pues con él imagináis lo que mi obscuro enigma significa.

Todos rescibieron grandísimo contento con la discreta exposición de Cateruza, y dándole las gracias bajó del tribunal asiento. Y porque gran rato quedaba de la noche, la señora Lucrecia mandó que se entretuviesen en un honesto pasatiempo para que rescibiesen algún contento. Dello gustaron los ilustres caballeros y hermosas damas, dando la autoridad al ilustre Embajador para que conforme a su voluntad procediesen.

El cual respondió ser dello muy contento, pero que no saliesen del acostumbrado orden que en danzar habían tenido, y después de haber danzado quería ordenar un juego muy honesto, con el parecer de la señora Lucrecia. Ella respondió:

—Por cierto, caballero, yo soy muy contenta, y así, entiendo que lo serán todos los demás.

—Pues, hermosa e ilustre señora, me habéis dado licencia —dijo el Embajador—, sólo quiero que todos y cada uno de por sí tomemos una letra del ABC y que cada uno en su letra señale una ciudad, un árbol, y sobre él un pájaro que cante una canción a favor de su dama.

Mucho se holgaron las damas y galanes con el nuevo juego, aunque pasó gran rato en podelle entender. No dejaron de concertarse con grandísima alegría y risa.

Tocó la primera letra a la señora Lucrecia, la cual con risueño rostro dijo:

—Caballeros: por que entendáis que deseo acertar con vuestro gusto, aunque mi habilidad no lo alcance, supliréis con la vuestra mis faltas. Hame tocado la «A», según vuestro orden y principio de nuestro juego: si acaso no acertare a daros el contento que deseo, suplicóos no sea notada de torpe ni molesta, pues mi voluntad desea serviros.

Todas las damas y galanes imaginaban en lo que por obligación y suerte les había tocado, cuando la hermosa Lucrecia con amoroso melindre dijo:

VERSOS

En Alejandría ciudad
vi un almendro muy florido;
sobre él fabricado un nido.
Dentro un águila caudal,
por espantar su cuidado,
cantaba aquesta canción:
«Allá va mi corazón
de mil cuidados cansado».

Todos quedaron admirados del raro juicio y gran facilidad que en todas las cosas tenía la sabia Lucrecia. Y ansimesmo procedieron todos por las letras, tocando la «B» al donoso Bembo. El cual procedió con su inocente prosa diciendo así:

—En Burgos vi una bimblera,⁴⁶⁰ y sobre ella asentado un búho que cantaba: «Volando va el pensamiento a do le manda el cuidado».

Todos rieron con el donoso proceder de Bembo, aunque no dejaron algunos caballeros y damas de tenerle envidia por haber cumplido con su donosa proposición, y así discutiendo, dieron fin a su avisado juego.

Ya era llegada la resplandeciente aurora, y los amorosos ruseñores cantaban sus suaves versos, cuando la ilustre Lucrecia dijo a los caballeros:

—Paréceme, galanes, que sería razón, si gustáis dello, que las hermosas doncellas descansasen siquiera una noche, pues tantas nos han dado de contento. Mas ha de ser con esta condición: que obedesciendo lo prometido cada uno de vosotros se disponga para la noche siguiente, porque se han de echar las suertes según nuestra antigua costumbre. Y a

460.— Arbusto común en las orillas de los ríos.

quien su venturosa suerte le tocara prosiga con el orden de las honestas y virtuosas damas, reservando los que a tal empresa no se hallaren suficientes.

Todos respondieron ser muy contentos, con esta condición: que a solos dos caballeros tocara, echando los boletines en el dorado vaso, y los demás quedasen para otras noches por que no les faltase entretenimiento.

Dello fue muy contenta la señora Lucrecia, con las hermosas damas, y a los pajes mandaron encender sus antorchas para que a sus amos acompañasen. Y cada uno se despidió de su dama, y todos de la hermosísima señora.

NOCHE SEXTA⁴⁶¹

LA seca tierra había ya enviado de sí la húmeda sombra de la oscura y tenebrosa noche, y los vacabundos pajarillos sobre los ñudosos ramos de los copados árboles reposaban, cuando la amorosa compañía, dejando a una parte los enojosos pensamientos, al honestísimo colegio se redujeron, donde después de haber ejercitado muchas y diferentes danzas mandó la hermosa Lucrecia traer el dorado vaso; y metidos dentro los nombres de los dos ilustres caballeros según estaba concertado, salieron por suerte, primero, el ilustre embajador de Inglaterra, segundo fue el amoroso Antonio Bembo su hermano, no sin gran contento de las damas, por verse libres aquella noche para poder notar a cada uno según su juicio.

Y por que no gozasen de todo descanso, mandó la señora Lucrecia que entre ellas concertasen una suave canción. Las cuales con angélicas y concertadas voces cantaron.

VERSOS

En aguas cristalinas siembra y ara,
y el delicado viento coge en redes,
y en desatada arena altas paredes
funda, y a lo obscuro, luz muy clara.
Le dice y del desnudo las mercedes
espera que se suelen, y a la cara
le sale la señal desta esperanza
quien pone en la mujer fe y confianza.

No sin algún género de suspiro fue oída la canción, que cierto penetró las entrañas de muchos que enamorados estaban de las hermosas damas, aunque cada uno dentro de su enamorado y secreto corazón lo encubría.

Luego el ilustre Embajador subió al asiento, y suplicando a las damas y caballeros la atención, dijo.

461.- En la versión italiana, el primer libro constaba de sólo cinco noches.

ARGUMENTO: Maestro Lactancio, sañtre, muestra a Dionisio su criado el oficio, y aprendiendo dél muy poco, de otro que secretamente usaba sale maestro, por el cual merece casarse con una hija del rey de Sicilia.

FÁBULA PRIMERA

MUCHOS y varios son los juicios de los hombres, y diferentes las voluntades; mas, como dice el Sabio,⁴⁶² cada uno es señor de sus cinco sentidos, de donde procede unos amar las leyes, otros la filosofía, otros la retórica, y finalmente cada uno sigue su voluntad. Lo cual entenderéis si con atención mi gustosa fábula oís.

En Sicilia, isla muy nombrada y antigua, está fundada una ciudad muy noble que por su hondo y cerrado puerto es dicha Mecina. En la cual nació maestro Lactancio, en dos oficios excelente hombre: el uno usaba públicamente, y el otro tan secreto que de ninguno se dejaba ver. El que públicamente usaba es la sañtrería, y el que secreto la nigromancia.

Sucedió a Lactancio rescebir por aprendiz un hijo de un pobre hombre, llamado Dionisio, de grandísima habilidad y fácil en todas las cosas, de tal manera que un día aprendía más que otros muchachos en ocho meses de todo aquello que le mostraban o veía hacer.

Estando acaso un día Lactancio encerrado en una secreta camarilla haciendo ciertas experiencias de nigromancia, Dionisio su criado lo vido por unos agujeros de la puerta. Pareciole tan bien al muchacho este oficio, que procuró dejar el de sañtre, aunque no osaba decillo a su maestro. Considerando Lactancio la diferencia que de pocos días aquella parte mostraba su criado, y cómo, de muy hábil, sabía menos cada día, determinó enviárselo a su padre avisándole cómo era tan malo que no quería aprender el oficio.

El padre, que muy pobre era, cuando vido volver a su hijo a su casa por la poca gana que tenía de ser sañtre rescibió tan gran congoja que pensó morir. Con todas estas penas, le dio muchos azotes y se le tornó a su amo rogándole que por amor de Dios le rescibiese y que sin misericordia le castigase por que aprendiese el oficio.

Lactancio, que bien conocía ser muy pobre el padre de Dionisio su criado, volvió a rescibille y mostralle el oficio con toda la voluntad posible. Dionisio, por la mala voluntad que al oficio tenía, fingíase de duro ingenio y no quería tomar el aguja en la mano, por lo cual su amo le daba mil mojicones cada día hasta que le hacía saltar los dientes, de manera que si se contasen los mojicones con los bocados que al día comía, eran al doble los pescosones que rescibía por tener lugar, a la noche, de asomarse a los agujeros de donde veía los círculos, rumbos y conjuros que su amo hacía.

Considerando Lactancio la poca habilidad de su criado no se le daba ninguna cosa de ejercitar delante dél el arte mágica, imaginando que si no podía aprender el oficio de sañtre, que tan fácil era, menos aprendería el arte mágica, pues era de tanta sciencia. Esta era la causa que Lactancio no se escusaba de su criado, antes en presencia suya ejercitaba este diabólico arte. Dello rescibía Dionisio gran contento, y aunque era tenido por inhábil y de poco juicio, fácilmente aprendió el arte mágica, de tal manera que en gran parte excedía a su amo, aunque secretamente.

462.- Debe referirse a Aristóteles. El Traductor se separa de la versión italiana: 'e ciascaduno... nel suo senso abbonda'

Pasando un día por la puerta el padre de Dionisio, vido como su hijo no trabajaba, antes le veía cargado de espuertas, de agua, leña, y hacer otros muchos mandados de fuera de casa. De lo cual rescibió grande enojo, porque le habían informado como Lactancio no le hacía coser, sino fregar y barrer. Con esta cólera se lo llevó a su casa dándole de empuellones, maldiciéndole hasta el día en que nació porque tan mala cuenta había dado de sí en el oficio que le había de dar de comer. Vista la poca vergüenza, le dijo:

—Hijo mío: ya sabes cuánto dinero he gastado y hacienda que he consumido por vestirte y tratarte muy honradamente. Tú no me has dado una blanca de provecho ni sabes tomar el aguja en la mano. Yo querría que tomases otro modo de vivir para sustentarte.

Dionisio respondió:

—Señor padre: cuanto a lo primero, yo os agradezco lo mucho que habéis hecho por mí y las fatigas en que os habéis puesto. Por amor de Dios os ruego que no os apasionéis, que si no he aprendido el oficio de sastre, como vos deseábades, cierto yo sé otro mejor oficio y de más provecho con que puedo sustentar mi casa muy honradamente. Lo cual quiero que veáis; por eso, estad quedito; no os espantéis de nada que veáis, que presto veréis el provecho que a vuestra casa he traído para que mejor podáis pasar los trabajos desta miserable vida. Sabed que yo quiero por arte mágica tomar figura del más lindo caballo y más bien enjaezado que jamás se haya visto. Vos me llevaréis a vender a la feria, donde me daréis por los dineros que más halláredes, y el día siguiente que me hayáis vendido yo me volveré a casa en mi natural forma. Mas guardaos que en ninguna manera entreguéis el freno al que me comprare, porque no podré en mi vida volver a vuestro poder o por ventura no me veréis más.

Luego tomó Dionisio la forma de un muy lindo, hermoso y bien enjaezado caballo, y su padre le sacó a la feria como tenían ambos concertado. No había hombre que le viese que no se aficionase de tal manera que no tratase del precio para compralle. En este ínterin sucedió hallarse el nigromántico Lactancio en la feria y conoció aquel caballo no ser natural, y así, se fue a su casa y se vistió en hábito de mercader muy rico y volvió a la feria y conoció aquel caballo ser Dionisio su criado, y demandando al viejo si lo quería vender respondió que sí; y tratando del precio fueron concertados por cien ducados con esta condición: que el freno no se contase en el precio. Tan buenas razones tuvo Lactancio con el buen viejo, que también llevó el freno.

Ya tenía Lactancio el caballo en su posada atado fuertemente, y cada mañana le daba dos cientos de palos por cuenta, de manera que el pobre caballo vino tan flaco que era dolor miralle.

Tenía Lactancio dos hijas, no menos piadosas que hermosas, y viendo la crueldad del padre cada día bajaban secretamente a la caballeriza, donde regalaban al caballo tan bien que en pocos días le pusieron en buenos términos.

Finalmente un día, por dalle más contento, le sacaron secretamente por una puerta falsa al río para que se refrescase. Apenas había entrado en el agua cuando el caballo se volvió en figura de un grande pescado, y haciendo remolinos, en la clara agua del corriente río se ascondió. De lo cual las hermosas doncellas quedaron espantadas del estraño caso, y vueltas a su posada comenzaron amargamente a llorar hiriéndose los pechos, mesándose los rubios cabellos.

No pasó mucho rato que Lactancio volvió a su casa y derecho se entró en la caballeriza para dar la ración de los palos al triste caballo, como de costumbre tenía. Pero cuando no le halló, encendido de una diabólica ira subió al aposento donde estaban sus hijas llorando, y demandándoles la causa de su llanto (aunque bien la sabía), las damas le contaron toda la historia puntualmente como les había sucedido. Y Lactancio se desnudó y en un momento se arrojó en las corrientes aguas del río, donde tomó la figura de un grueso atún con intento de matar a Dionisio.

Temiendo este desdichado fin el escamoso pescado, se llegó a la orilla del río y en forma de un preciado rubí se convirtió fuera del agua, y secretamente se metió en un tabaquillo⁴⁶³ de una dama de una hija del Rey que por su contento en la ribera del río cogía muchas guijuelas de diferentes colores, entre las cuales se escondió. Luego que la dama volvió a su casa, en presencia de la hermosa hija del rey Violante vació las pintadas guijuelas, y vido el preciado rubí y a un platero mandó que dél hiciese un rico anillo, el cual se metió en su dedo muy contenta.

Venida la noche, Violante se fue a acostar con el anillo en el dedo, y al primer sueño el preciado anillo se volvió en la forma humana de Dionisio, que muy gentil mancebo era. Y poniéndole la mano sobre el pecho recordó la hermosa doncella (que aún no estaba del todo adormida) y quiso dar gritos de miedo, mas no pudo, porque el mancebo le tapó la boca con la otra mano. Y puesto de rodillas ante ella, dijo:

—Serenísima señora: suplícoos me perdonéis; que yo no soy venido aquí por violaros ni gozar de vuestra casta virginidad, antes os suplico me ayudéis con vuestro favor —a la cual contó toda su historia de quién él era, por qué había venido allí y de quién andaba perseguido.

Violante con las humildes palabras del mancebo mucho se aseguró, y contemplando en su gracia y gentileza le dijo:

—Hermoso mancebo: grande ha sido tu locura, pues has venido donde no eras llamado, y mayor por haber tocado donde no te convenía; mas empero, por haber oído tus dolorosas razones, yo, que no te tengo el corazón de acero, te prometo dar todo el favor posible, pues has reservado mi virginal honor.

Dionisio le agradeció la merced y en el precioso rubí se volvió. Luego le tomó Violante y le puso en una pequeña cajuela donde tenía muchas perlas, piedras y otras muchas preciadas preseas. Era tan grande el alegría de la hermosa Violante, que cada momento abría y cerraba la cajuela donde el rubí estaba, con el cual hablaba y se reía como si en la humana forma estuviera.

En este tiempo sucedió al Rey, padre de Violante, una grave enfermedad para la cual no se hallaba remedio alguno, antes los médicos decían ser mortal, porque cada día iba de mal en peor. Esta nueva supo Lactancio, y vistiéndose unas ropas largas de médico fue a la posada del Rey determinado de reducirle en la deseada salud. Y tomándole el pulso, dijo:

—Sacra Majestad: vuestra enfermedad es grande y muy peligrosa; mas estad de buen ánimo, que brevemente ternéis salud con ayuda de Dios y ciertos remedios que para tal enfermedad secretamente sé. No tengáis congoja alguna.

El Rey respondió:

463.- Cestillo.

—Doctor mío: si vos me libráis desta enfermedad yo os galardonaré de tal suerte que todo el tiempo de vuestra vida⁴⁶⁴ viváis el más contento del mundo.

—Sacra Majestad —dijo Lactancio—: no quiero otra merced de vos, ni estado ni dineros: sólo pido un anillo con un precioso rubí que en poder de vuestra hija está.

El Rey muy contento con tan pequeña demanda, respondió:

—Por cierto, doctor, si vos sois contento de esa pequeña merced a mí me pesa, porque de tan poca cosa os pagáis; mas estad seguro que cierto os será concedida.

Lactancio muy alegre se despidió, y con grandísimo cuidado dio remedio a la salud del Rey, de tal manera que en diez días se puso en tan buen sujeto como el Rey deseaba.

Ya estaba el Rey con mucha salud cuando en presencia de Lactancio mandó llamar a su hija y expresamente le mandó que luego trujese la cajuela de sus joyas de oro. La hermosa Violante, obediente a lo que su padre le mandó, sacó todas sus joyas excepto aquella que tanto amaba.

Cuando Lactancio revolvió todas las joyas y no halló el rubí que tanto deseaba dijo:

—Suplico a Vuestra Majestad mande buscar por todos sus cofres este rubí que tanto deseo, que cierto ella le tiene escondido.

Violante, que bien enamorada estaba del rubí, negaba tener tal anillo, ni con sus ojos habelle visto.

El Rey oyendo estas largas razones que entre ambos trataban, dijo a Lactancio:

—Andá, amigo, a vuestra casa y volvé mañana, que cierto yo haré con mi hija de manera que vos llevéis lo que tanto deseáis.

Despedido el médico, el Rey llamó a Violante su hija a un aposento donde ambos solos secretamente se encerraron, y con amorosas palabras le pidió el rubí que tan de veras el médico demandaba. Lo cual negaba la hija de tal manera que el padre la creía, y despedida, fuese derecha a su aposento y secretamente lloraba con el precioso rubí. Tomándole en las manos le besaba y abrazaba maldiciendo la hora y punto que el médico había entrado en aquella casa. Viendo el rubí las vivas y cristalinas lágrimas que de los ojos instilaba y los profundos suspiros que del amoroso corazón procedían, movido de piedad se volvió en la forma humana y con amorosas palabras dijo:

—Señora mía, por quien entiendo tener vida y contento: no sospiréis ni lloréis por mí, que cierto soy vuestro, y así, buscaré remedio para el deseo que de serviros tengo. Sabé, señora, que aquel médico que con tanta fatiga procuraba haberme cierto es mi mortal enemigo. Advertí, pues sois mujer sabia, que no me entreguéis en sus manos; antes fingiendo estar muy enojada, cuando más no podáis escusaros de darme airadamente daréis conmigo un gran golpe en la pared, y desta manera yo daré remedio a mi vida.

Venido el día siguiente, el médico volvió a Palacio por la merced prometida, y viendo la mala respuesta de Violante afirmaba con juramentos estar en su poder.

El Rey, que mucho deseaba dar contento a Lactancio, dijo:

—Violante, hija mía: ya sabes como por virtud deste médico tengo recuperada mi salud, y por su galardón no quiere estado ni dineros: solamente se contenta con este rubí el cual afirma estar en tu poder, como lo vees y yo lo creo. Dame a mí este contento, pues tan poco aventuras. Yo creo, según el amor que me tienes, no me negarás una cosa tan de

464.— Orig.: 'vista' (207v).

poco precio, antes creo me darías tu sangre si acaso la oviese menester (si no me engaño). No te pongo otra cosa delante sino mi contento; por él te pido no mires la voluntad deste médico, sino la palabra que le tengo dada, la cual tengo de cumplir.

Cuando Violante conoció la voluntad de su padre volvió a su aposento y tomó el precioso rubí con otras muchas joyas, y una a una las mostró a su padre. Cuando el médico vido lo que deseaba, señalándola con el dedo dijo:

—¡Sacra Majestad: la presea que yo busco! Esta es la merced que me prometistes —y queriéndola asir con su mano, Violante se volvió a él muy airada diciendo:

—Doctor: estad quedo; no seáis tan agudo, que yo os le daré. ¿Quién os dio a vos tanta facultad para querer tomar con vuestras manos lo que en mi voluntad está darosle o no? —y tomándole con su mano dijo—. Tomá vuestro anillo, y entendé de mí que os lo doy muy contra mi voluntad —y así, dio con él en una pared.

Cuando el rubí cayó en tierra, al momento se abrió por medio y salió dél una granada muy hermosa, la cual tomó el Rey en su mano y en aquel punto se desgranó toda en el suelo. Cuando el médico vido tan estraña cosa, al momento se volvió en un hermoso gallo, creyendo con su pico quitar la vida a Dionisio; y fue muy engañado, porque se escondió un grano de tal manera que el gallo no le vio, y el escondido grano se convirtió en una astuta y sagaz raposa, la cual arremetió con el gallo y prestamente le hizo presa del pescuezo. Finalmente, delante del⁴⁶⁵ Rey y su hija se lo comió.

De esta cruel batalla rescibió el Rey gran maravilla; mayor porque Dionisio se volvió en la humana forma, el cual contó al Rey toda la historia como le había sucedido hasta ponerle en aquel punto, y dello rescibió el Rey gran contento, y por la estraña aventura casó a Dionisio con Violante su hija, los cuales alegremente y en paz muchos años se holgaron. Y Lactancio murió tan miserablemente como, señoras, habéis oído, aprovechándose poco de sus quirománticas letras.

— o O o —

El ilustre Embajador había dado glorioso fin a su estremada historia, y era tan grande la risa que entre las damas y caballeros había, que apenas le dejaban proseguir con su delicado qués cosicosa. Y puesto silencio por la señora Lucrecia, en tal modo su enigma el ilustre caballero propuso.

VERSOS

Decidme, señoras, cómo puede ser
que engendre una madre a su hija sin padre,
y engendre la hija también a su madre
perdiendo la vida que tuvo al nascer.

El enigma dio a todos gran contento y causó no pequeña admiración, porque ninguno entendía el verdadero sentido; y por no gastar el tiempo en varios propósitos, el ilustre caballero dijo:

465.— Orig.: 'de' (209r).

—Hermosas damas: por que tengamos lugar de holgarnos con nuestras danzas y los demás caballeros prosigan con nuestro discreto ejercicio no quiero ser más molesto; y así, entenderéis⁴⁶⁶ que mi pequeño qués cosicosa significa el agua, de la cual se engendra la fría nieve, y Naturaleza, como verdadera madre, provee que de la blanca nieve se torne a engendrar el agua, perdiendo la cándida forma que en su nacimiento tomó.

—Por cierto, señor Embajador —dijo la señora Lucrecia—, que con justa razón se os debe dar láurea corona, pues tan gloriosamente habéis triunfado; mas con todo esto me parece que para juzgar bien se han de oír ambas partes. Por lo cual no me determino a la difinitiva sentencia hasta que los demás caballeros salgan a la gloriosa batalla, donde se conocerá la ventaja ni más ni menos que en vuestra gustosa fabulilla lo mostrastes entre Dionisio y Lactancio.

Mucho agradeció el favor de la hermosa Lucrecia el ilustre Embajador, y dándole la⁴⁶⁷ silla a su hermano Antonio Bembo. El cual, por diferenciar el estilo que las damas y galanes habían tenido en su dulce fabular, templó su laúd y con divina voz y admirable armonía este nuevo metro cantó:

FÁBULA SEGUNDA⁴⁶⁸

CON mi ganado acaso llegué un día
a un valle umbroso de árboles cercado,
do vi un pastor maltrecho que yacía
en brazos de su ninfa desmayado.
Tanto llora el pastor, que ya tenía
cubierto de rocío el verde prado.
Viéndole en tal estado su pastora,
las lágrimas le limpia y mucho llora.
Deseando ver el fin desta aventura,
y no sin gran piedad del pastor pobre,
a ellos me llegué por la espesura
cubierto con un gran tronco de un robre.
Quejándose el pastor de su ventura,
mostrando bien que mucho mal le sobre,
dijo: «Llegado es ya, pastora mía,
éste partir que tanto yo temía.
Alegre vivirás viéndome ido,

466.— Aquí, en el primer fol. del pliego Dd, se trunca el ejemplar de la ed. de Zaragoza-1578 que compulso. En lo que sigue empleo la ed. de Pamplona-1612.

467.— Suplo 'la' Aplico la menor enmienda posible, todo y no resolver el problema de sintaxis.

468.— Por la 'ley del encaje' el Traductor insertó aquí una composición poética del toledano Juan de Almeida. Véase Marco Federici: *Un viaje de despedida: intrusiones en Le piacevoli notti españolas* (*Dialogoi, Rivista di studi comparatistici*, 2015, pp. 145-162). Truchado prosificó el asunto del poema al principio de la Séptima noche, correspondiente a la Segunda parte.

yo triste moriré, pues que me alejo.
 Tú pagarás mi pena con olvido,
 yo triste penaré, pues que te dejo.
 Tú ganarás de verme a mí perdido,
 yo de mi perdimiento no me quejo».
 Y poniéndose ante ella de hinojos,
 le dijo: «A Dios, pastora de mis ojos».

Las manos le tomó la ninfa hermosa
 con rabia, con dolor, con desvarío,
 perdido aquel color más que de rosa,
 rosa en el prado verde y con rocío,
 con voz debilitada y dolorosa,
 dando un suspiro dijo: «¡Ay pastor mío!
 Ya que te vas, procura venir cedo,⁴⁶⁹
 que sin placer y con peligro quedo.

Seguro irás que no podrá olvidarte
 una alma que tan bien supo quererte.
 De mis ojos podrá el Hado apartarte,
 mas no del corazón hasta la muerte.
 Mi fe subida está en segura parte
 suceda bien, suceda mal la suerte;
 que este viento contrario que nos corre
 moverá la veleta y no la torre».

Súbito se levanta,⁴⁷⁰ y en un punto
 se apartaron los dos (¡oh gran hazaña!):
 ella muriendo y él casi difunto,
 él al camino y ella a la cabaña;⁴⁷¹
 el corazón dél con ella iba junto,
 el alma della al corazón compañera.
 Y así, quedé sin que juzgar pudiese
 cuál destos dos el más penado fuese.

Fingió el donoso Bembo haberse quebrado la prima⁴⁷² del laúd para dar a entender el glorioso fin de su historia, porque las damas y galanes estaban tan embebecidos en el suave canto, dulce y sonora armonía, que fue necesaria la ficción. Y porque las amorosas damas distilaban orientales perlas de sus cristalinos ojos sintiendo el dolor que la partida del enamorado pastor causaba a su hermosa ninfa, las damas y galanes esperaban si declarase Antonio Bembo los nombres de estos dos enamorados pastores. Y vista su dilación, dijo la señora Lucrecia:

469.- Pronto.

470.- Se refiere al pastor.

471.- Al rebaño.

472.- La cuerda más fina y de sonido más agudo.

—Señor Antonio Bembo: en todo os habéis diferenciado de nuestro proceder y usado estilo. Paréceme que no debe de ser sin causa, lo cual holgaríamos en extremo saber, y que juntamente nos declaréis los nombres de estos dos pastores, porque nos daréis gran contento en no dejarnos suspensos.

Respondió el amoroso Bembo:

—Ilustre colegio: de muy buena voluntad haré lo que me mandáis, pero ha de ser con esta condición: que la señora Lucrecia y todos los demás suplan la declaración de mi amorosa historia por enigma. Lo cual suplico porque cierto sé que gustaréis dello, aunque no lo hago más de por dar lugar a nuestros bailes y concertadas danzas.

Todos condescendieron con la condición de Antonio Bembo, porque en extremo deseaban saber la exposición de esta historia. El cual sonriéndose, dijo:

—Amorosa y Marcelo, pastores del ilustre caballero Beltrán Ferrer en las riberas del Danubio, entre unas quebradas que el río y la sierra hacían a la sombra de un verde laurel los vi estar despidiéndose, no sin gran cantidad de lágrimas del uno y el otro por respecto de unos rabiosos celos que de Galtero, pastor, tenía, porque en presencia suya Amorosa le dio un abrazo por premio de un natural retrato del diáfano rostro de Amorosa que en una lisa cuchara había entallado. El fin desta amorosa historia en la segunda parte de nuestro sarao de todo punto entenderéis.

Mucho holgaron las damas que Antonio Bembo diera fin a su amoroso suceso; mas por dar lugar al honesto entretenimiento, tomándole la palabra para cuando le fuese pedida bajó del alto asiento haciendo a las damas mesura y a la señora Lucrecia reverencia.

Después de acordados los instrumentos, Antonio Bembo danzó con la hermosa Laura. Acabada la danza, las damas y caballeros esperaban si la señora Lucrecia diese el premio a cuyo fuese, y vista su dilación, Bernardo Capelo dijo:

—Señora Lucrecia: justa cosa me parece que la honra se dé a cuya es.

—¿En qué manera? —preguntó Lucrecia.

Bernardo Capelo respondió:

—Que⁴⁷³ vos, señora, decretásedes el más elegante y gustoso fabulador, y a éste se le diese el premio que de tan honesta contienda merece.

—No me parece ser razón —dijo Lucrecia— en este tiempo señalar premio, porque sería ocasión de cortar el hilo a nuestra suave tela. Mas por evitar tan grande incomodo soy de parecer no señalalle hasta ver el fin del amoroso suceso de Antonio Bembo que para nuestra última noche tiene prometido. Y entonces tomando el mejor parecer de todos los caballeros y damas, sin hacer agravio ninguno, goce del láureo don quien le merece.

De todos fue alegremente oída y consentida la justa sentencia, y luego mandó la señora Lucrecia tocar los instrumentos y al son dellos danzaron un regocijado saltarelo, con el cual se despidieron cada uno de su dama, y todos de la prudentísima Lucrecia, con la señalada condición que ningún caballero la siguiente noche faltase.

FIN

473.— Suplo 'Que'

